Hölderlin

El rayo envuelto en canción

ANTONIO PAU

EDITORIAL TROTTA

Hölderlin. El rayo envuelto en canción

Hölderlin. El rayo envuelto en canción

Antonio Pau

E D I T O R I A L T R O T T A

LA DICHA DE ENMUDECER

© Editorial Trotta, S.A., 2008, 2012
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

© Antonio Pau Pedrón, 2008

ISBN (edición digital pdf): 978-84-9879-326-0

A nosotros, poetas, corresponde
resistir la tormenta de Dios, desnuda la cabeza,
y coger con las manos el rayo
del Padre, y transmitir al pueblo
envuelto en canción el don del cielo.

Doch uns gebührt es, unter Gottes Gewittern,
Ihr Dichter! mit entblößtem Haupte zu stehen,
Des Vaters Strahl, ihn selbst, mit eigner Hand
Zu fassen und dem Volk ins Lied
Gehüllt die himmlische Gabe zu reichen.

(Hölderlin, *Wie wenn am Feiertage...*)

ÍNDICE

Nota preliminar 11

I. La doble orfandad. De Lauffen a Nürtingen 15
II. Las casas 23
III. Un duque al acecho 27
IV. Las escuelas monacales. Amigos, amor, viajes 31
V. *Yo soy eternamente tu Hölderlin* 43
VI. Los años de Tubinga: primera etapa de plenitud 47
VII. Los *Himnos de Tubinga*: el eco de la revolución 59
VIII. Un dormitorio a saliente y la historia de la filosofía 65
IX. Un mundo nuevo en el castillo de Waltershausen 75
X. Jena: despiste, complejo y fuga 85
XI. Regreso al seno materno, pasando por Heidelberg 93
XII. Preceptor en Fráncfort: segunda etapa de plenitud 129
XIII. Un verano en Bad Driburg 137
XIV. *Haga poemas breves* 143
XV. *Se hace la noche ante nosotros* 149
XVI. La despedida como asunto poético 155
XVII. Homburg (I): *Pero yo, ¿a dónde iré?* 165
XVIII. Episodios de palacio. La princesa enamorada 171
XIX. *Iduna*, una ilusión de verano 183
XX. La estela literaria de *Iduna*: los ensayos y *Emilia en vísperas de boda* 189
XXI. *Hyperion* (I): seis años, seis versiones 195
XXII. *Hyperion* (II): novela lírica 201
XXIII. *Un tejido multicolor de sensaciones, pensamientos, fantasías y sueños* 205
XXIV. Empédocles no llega a morir 209

XXV. El cambio de siglo: tercera etapa de plenitud 215
XXVI. Poeta sobre todas las cosas 261
XXVII. Una declaración de amor: *El archipiélago* 265
XXVIII. Intermedio suizo 269
XXIX. Penúltimo retorno: la puesta en limpio 277
XXX. Intermedio francés 283
XXXI. Último retorno: *Apolo me ha vencido* 287
XXXII. El viaje a Ratisbona y los *Cantos nocturnos* 295
XXXIII. Los *Cantos patrios* 301
XXXIV. Una traducción produce risa en Weimar 305
XXXV. Una mirada retrospectiva: la muerte de Susette 309
XXXVI. Homburg (II): *Aquí está otra vez, solo y loco* 313
XXXVII. *Volar como Píndaro* 319
XXXVIII. Siete meses en una jaula 323
XXXIX. Un día como todos 327
XL. La habitación de la torre 331
XLI. *Si puedes reconocerme todavía* 335
XLII. *Poemas* (1826), una edición desdichada 343
XLIII. Muerte de la madre: herencia y litigio 347
XLIV. *Ya no es infeliz* 351
XLV. Las cartas de Zimmer 357
XLVI. *Señor mío, yo ya no me llamo Hölderlin* 361
XLVII. Una muerte sin agonía 365

Cronología, con indicación de domicilios, viajes y obras, y concordancias de literatura alemana y española 371
Principales obras consultadas 385
I. Hölderlin 385
II. Hölderlin en español 385
III. Sobre Hölderlin 386
1. Obras generales 386
2. Monografías y artículos 388
IV. Sobre Hölderlin en español 390

Índice onomástico 395
Índice de obras, poemas y primeros versos 413
Índice de lugares 419
Índice de ilustraciones 421

NOTA PRELIMINAR

Rilke leyó a Hölderlin en vísperas de la Gran Guerra. El joven Norbert von Hellingrath —que al poco tiempo moriría en las trincheras de la batalla de Verdún—, le regaló el cuarto tomo de las *Obras completas*, que acababa de aparecer: más de un millar de versos desconocidos de Hölderlin, que había descubierto Hellingrath, se publicaban en ese tomo. Rilke se quedó deslumbrado. Cuando, unos meses después, escribió sus *Cinco Cantos* —una arenga a los soldados de la Gran Guerra, que acabó en elegía—, el eco de los *Cantos* de Hölderlin resultó claramente perceptible. En septiembre de 1914, cuando Rilke se refugió de las atrocidades de la guerra en el minúsculo pueblo alpino de Irschenhausen —y allí el destino le puso, de nuevo, una mujer enamorada al lado: Lou Albert-Lazard—, escribió un poema a Hölderlin. En él dice:

> ¡Oh espíritu cambiante, el más cambiante! Mientras todos
> viven en un poema cálido y doméstico […]
> tú vas a lo sublime, y lo devuelves al mundo
> más sagrado y sin ansia.

«Más sagrado y sin ansia» (*heiler, unbedürftiger*), dice Rilke. Es inevitable recordar a Hölderlin mismo: «Lo que permanece, lo fundan los poetas». ¿Cabe una caracterización mejor? «Más sagrado y sin ansia»: altura y sosiego, como el vuelo del águila. Así son los poemas de Hölderlin. Los poemas tienen que tener, le dice Hölderlin a Friedrich Emmerich en una carta de la primavera de 1800, «elemento celestial y elemento terrestre», «cólera y reflexión». En uno de los *Ensayos*, Hölderlin exige al poema «entusiasmo» y, a la vez, «sobriedad»: *Begeisterung* y *Nüchternheit* son dos nociones esenciales en su pensamiento poético.

Salgo día tras día a una búsqueda nueva.
Con el tiempo he andado todos los caminos.
He estado en lo alto de las cumbres frías,
entre sombras y fuentes. El espíritu erraba
por alturas y llanos, sólo pidiendo paz.

Täglich geh ich heraus, und such ein Anderes immer,
Habe längst sie befragt, alle die Pfade des Lands;
Droben die kühlenden Höhn, die Schatten alle besuch ich,
Und die Quellen; hinauf irret der Geist und hinab,
Ruh erbittend.

Altura y sosiego. Cada poema es un vuelo, una «búsqueda nueva» sobre «lo alto de las cumbres frías». Y como Petrarca en la subida al Monte Ventoso, lo que Hölderlin divisa desde lo alto es el abismo de su propio mundo interior.

«Se puede *caer* también en la altura, igual que se puede caer en el abismo» (*Man kann auch in die Höhe* fallen*, so wie in die Tiefe*), escribió Hölderlin en uno de los *Fragmentos de Fráncfort*. ¿Cuál fue la caída de Hölderlin, la que le precipitó en las tinieblas? A juicio de sus contemporáneos fue una caída hacia arriba: estuvo demasiado cerca de los dioses. Bettine von Arnim escribió: «una fuerza divina le ha arrollado como una marea».

Pero Hölderlin sufrió el silencio de Dios.

Está cerca
y es difícil captar al dios

Nah ist
Und schwer zu fassen der Gott

dicen los sobrios y doloridos versos con que arranca el poema «Patmos». Y Hölderlin se refugió entonces en la geografía y la mitología de la Grecia clásica. Romano Guardini, tan sutil escrutador de los sentimientos religiosos, llegó a la conclusión de que Hölderlin creía en los dioses griegos, en sus mitos y sus andanzas.

¡Vosotros, fríos hipócritas, no me habléis de los dioses!
A vosotros con la razón os sobra. Vosotros no creéis en Helios,
ni en el dios de los truenos, ni en el dios de los mares

Ihr kalten Heuchler, sprecht von den Göttern nicht!
Ihr habt Verstand! ihr glaubt nicht an Helios,
Noch an den Donnerer und Meergott

les dice Hölderlin a esos poetas de su tiempo que tanto nombraban a los dioses griegos sin creer en ellos. El título de este poema de reproche no puede ser más expresivo: *Die scheinheiligen Dichter*, los poetas que aparentan ser devotos.

Hölderlin concibe sus poemas como «cánticos» (*Gesänge*). Igual que los rapsodas de la Grecia clásica —como Homero, a quien tanto admiraba— Hölderlin escribe poemas sonoros: imitando con sílabas átonas y tónicas las sílabas largas y breves de los pies de la métrica grecolatina, los versos de Hölderlin se acercan a la frontera de la música, si acaso no lo son plenamente. Sus ensayos de teoría poética —escritos para la fracasada revista *Iduna* en el verano de 1799— están llenos de términos musicales: «tonos», «cambios de tono», «armonía», «temperamento armónico», «cambio armónico», «afinación», «disonancias»…

Es posible que Hölderlin percibiera algún tiempo antes los pródromos de la locura, pero el primer anuncio está en la carta que le dirigió a Casimir Böhlendorff en diciembre de 1801. En ella le dice: «Temo que al final me vaya a pasar lo que al antiguo Tántalo, que se acercó a los dioses más de lo que podía soportar». En esos mismos días escribió el poema «Mitad de la vida» (*Hälfte des Lebens*), que es el segundo anuncio. Entre las dos estrofas hay un denso silencio. Cambia el tono —el color— de manera sorprendente. De la luz radiante del verano se pasa a la penumbra fría del invierno. Y la premonición fue absolutamente certera: la línea divisoria pasa exactamente por la mitad de la vida de Hölderlin. El poema dice así:

Con peras amarillas
y con rosas silvestres
el campo se inclina sobre el lago.
Oh cisnes rebosantes de gracia,
que ebrios de besos
sumergís las cabezas
en la sagrada lámina del agua.

Ay de mí, ¿dónde podré coger,
cuando el invierno llegue,
flores, y dónde
el rayo de sol y la sombra en la tierra?
Se alzan los muros,
silenciosos, helados, y en el viento
chirrían las veletas.

Mit gelben Birnen hänget
Und voll mit wilden Rosen

Das Land in den See,
Ihr holden Schwäne,
Und trunken von Küssen
Tunkt ihr das Haupt
Ins heilignüchterne Wasser.

Weh mir, wo nehm ich, wenn
Es Winter ist, die Blumen, und wo
Den Sonnenschein,
Und Schatten der Erde?
Die Mauern stehn
Sprachlos und kalt, im Winde
Klirren die Fahnen.

I

LA DOBLE ORFANDAD. DE LAUFFEN A NÜRTINGEN

Hölderlin no sufrió la primera orfandad, pero sí la segunda. Cuando murió su padre, de un fulminante ataque de apoplejía, él tenía dos años. La madre se casó poco después con un viejo amigo de la familia, y pasó de Lauffen —donde había nacido el poeta el 20 de marzo de 1770— a Nürtingen, otro pueblo del mismo valle del Neckar y del mismo ducado de Württemberg. El segundo marido de Johanna Christiana Heyn, Johann Christoph Gock, fue un hombre apreciado por sus vecinos que, al poco tiempo de la boda, fue nombrado alcalde de Nürtingen. Fue precisamente cuando ayudaba a sus vecinos en una inundación provocada por la crecida del Neckar cuando Johann Christoph Gock enfermó de neumonía y murió. Hölderlin tenía entonces nueve años. El comerciante Gock no hizo distinciones entre su hijo Karl y sus hijastros Friedrich y Heinrike, y su muerte fue sentida por los tres con el mismo dolor. En una carta tardía —de 18 de junio de 1799—, Hölderlin vincula su permanente inclinación a la tristeza al dolor que le produjo la muerte de Gock: «Quizá lo dude usted —le dice a la madre—, pero me acuerdo de todo aquello perfectamente. Y fue entonces, cuando murió mi segundo padre, cuyo cariño no puedo olvidar, cuando, con un dolor inconcebible me sentí huérfano, y fui testigo de su tristeza y de las lágrimas que usted vertió día tras día. Fue entonces cuando mi alma se revistió de ese aire grave del que nunca he podido liberarme, y no ha hecho más que acentuarse con el paso del tiempo».

El pietismo de la madre fue decisivo en la formación espiritual de Hölderlin. Pietista era el padre, pero de él no recibió el poeta influencia alguna. La madre también lo era, y más acentuadamente aún, porque era de familia clerical de muchas generaciones —en aquella época se tenía la idea de que la vocación de pastor se transmitía con la sangre, y esa puede ser una de las razones de que la madre de Hölderlin es-

tuviera convencida de que su hijo tenía que dedicarse a la teología—. El pietismo había llegado a aquellas tierras a principios del siglo XVIII, y había dado lugar a una versión local, la *Inspirationsbewegung*, más estricta, obsesiva y solipsista que el pietismo en general. A los pietistas, y más aún a los pietistas de Württemberg, les tenían sin cuidado las manifestaciones externas, los ritos, los oficios, y sólo les preocupaba la salvación personal, que era una tarea estrictamente individual. La deriva psicológica del pietismo era la introspección, el aislamiento. Cuando, tras la muerte de Hölderlin, se hizo inventario de su pequeña biblioteca, se descubrieron las obras más importantes del pietismo local: el *Gnomon Novi Testamenti*, de Johann Albrecht Bengel, el padre del pietismo suabo, y las *Predicaciones del Evangelio de los domingos y días festivos* (*Predigten über die Sonn- und Feiertags- Evangelien*), de Friedrich Christoph Oetinger, autor también de una repetidísima «oración por la resignación» (*Gelassenheitsgebet*), que es seguro que rezaba el Hölderlin niño.

El pietismo se unía, en la madre, a la ambición social. Rara amalgama, que refleja su compleja personalidad. El primer marido —el padre del poeta— pertenecía a la pequeña hidalguía suaba y tenía un cargo de cierta consideración pública, con mando sobre un buen número de menestrales y manejo de caudales importantes. La herencia que dejó, de más de diez mil guldas, comprendía fincas, objetos de valor, metálico y cédulas hipotecarias —las *Pfandbriefe*, que eran el modo habitual de invertir en la época—. Por eso, cuando la viuda Heyn se iba a casar con Johann Christoph Gock, que era escribiente —no escribano, es decir, escribía cartas y redactaba instancias a quienes no sabían escribir—, quiso elevarle precipitadamente: le dió las 4.500 guldas que costaba el *Schweizerhof* —una de las casas mejores y de mayor solera de Nürtingen, con bodega y granja— y le dedicó al negocio del vino. Después trató de destacarle socialmente y logró que le hicieran alcalde del pueblo. Pero la bondad de Johann Christoph Gock no iba unida a la habilidad en los negocios, y los miles de botellas que acumuló en las bodegas del *Schweizerhof* no salieron nunca de allí.

Se ha conservado una sola carta de las muchas que la madre envió a Hölderlin, y esa única carta es una buena prueba de la religiosidad pietista en la que educó a su hijo. Resulta muy revelador que la carta sea de octubre de 1805. El hijo tenía treinta y cinco años, y según testimonios nada dudosos de esos meses, ya había perdido la razón. «Te pido de manera especial y de todo corazón que no abandones las obligaciones que tenemos hacia nuestro Dios y Padre del Cielo. No podemos alcanzar en esta tierra una felicidad mayor que estar en gracia de Dios. Después de eso, lo que tenemos que hacer es tratar de estar unidos a Él para siempre, allí donde ya ninguna separación es posible».

A la religiosidad intimista del pietismo se une, para producir una mayor introversión en Hölderlin, la temprana vivencia de la muerte: no sólo la de su padre y su padrastro, sino también la de su hermana Johanna Christiana en 1775, cuando la familia se trasladó a Nürtingen. Hölderlin tenía entonces cinco años, y su hermana, al morir, cuatro. Pero aún le esperaban a Hölderlin otras muertes próximas, porque de los cinco hijos que su madre tuvo con el señor Gock, cuatro de ellos murieron al poco de nacer.

Las vivencias dolorosas de la infancia quedan reflejadas en uno de los primeros poemas de Hölderlin, «Los míos» (*Die Meinige*), escrito a los quince años —en los primeros meses de 1786—. Es un poema largo, de veintidós estrofas de ocho versos cada una, que anticipa la sonoridad y la firmeza de los *Himnos de Tubinga*. La omnipotencia de Dios se contrapone a la fragilidad humana. La vida es un «curso de dolores» (*Bahn der Leiden*), en el que sólo brillan algunos «instantes celestiales» (*Himmelaugenblicke*). Es un poema atravesado de principio a final por un sentimiento religioso, pero no es un poema de blanda piedad infantil, sino todo lo contrario: se aprecia ya una disociación entre lo humano y lo divino, entre la vida del hombre y el «Dios ausente», que tanto se repetirá a lo largo de la obra de Hölderlin. Hay un momento del poema en que esa disociación desaparece, y la esfera humana y la divina se funden:

¡Oh mi buen Karl! Fue en uno de esos hermosos días
en que estábamos juntos, en la orilla del Neckar,
felices al ver cómo las olas golpeaban la ribera.
Jugábamos a abrir arroyos en la arena...
De pronto alcé los ojos. En la luz de la tarde
inmóvil quedó el río. Una emoción sagrada
hizo vibrar mi corazón: dejé las bromas,
de pronto, y los juegos de niños.

Temblando, balbucí: ¡recemos!
Susurrando caímos de rodillas entre los matorrales.
Simplicidad, inocencia... el corazón
de dos niños habló.
¡Dios mío! Fue hermosa aquella hora.
¡Cómo una voz, quedamente, pudo llamarte *Abba*!
Los niños se abrazaron. Luego sus brazos
se orientaron al cielo. Cómo ardía
—con la promesa de seguir rezando...— el corazón...

Guter Carl! – in jenen schönen Tagen
Saß ich einst mit dir am Neckarstrand.

Fröhlich sahen wir die Welle an das Ufer schlagen,
Leiteten uns Bächlein durch den Sand.
Endlich sah ich auf. Im Abendschimmer
Stand der Strom. Ein heiliges Gefühl
Bebte mir durchs Herz; und plötzlich scherzt ich nimmer,
Plötzlich stand ich ernster auf vom Knabenspiel.

Bebend lispelt ich: wir wollen beten!
Schüchtern knieten wir in dem Gebüsche hin.
Einfalt, Unschuld wars, was unsre Knabenherzen redten –
Lieber Gott! die Stunde war so schön.
Wie der leise Laut dich Abba! nannte!
Wie die Knaben sich umarmten! himmelwärts
Ihre Hände streckten! wie es brannte –
Im Gelübde, oft zu beten – beeder Herz!

Los sentimientos de Hölderlin hacia su hermano Karl, varios años menor que él y sometido al ambiente opresivo de la casa familiar, con madre y abuela en constante vigilancia, se traslucen nítidamente en las cartas. Hölderlin quiso, además, que Karl tuviera algo que él no llegó a tener: una vida ordenada, con sólida formación filosófica, con lecturas sistemáticas, con una profesión civil que le permitiera una vida cómoda para él y útil para sus conciudadanos. La relación de Hölderlin con Karl Gock fue sólo epistolar. Pero las cartas revelan una dedicación entrañable al hermano: trata de contribuir a su formación con sencillas y ordenadas exposiciones filosóficas, le recomienda lecturas, le da consejos.

Muy distintas son las cartas de Hölderlin a su hermana Heinricke, que carecen absolutamente de aspectos culturales o intelectuales. Más allá de las expresiones de afecto, sólo hay referencias a los hechos de la actualidad, sea personal o colectiva. La evolución de la guerra, la firma de la paz de Luneville, la esperanza de un futuro más libre... y pocas cosas más hay fuera del relato superficial de la vida cotidiana de Hölderlin. Se ha conservado una carta dirigida al cuñado, respetuosa en el trato y estereotipada de contenido. En el nuevo siglo, y a lo largo de cuatro décadas, las cartas de Hölderlin dirigidas a la hermana se pueden contar con los dedos de una mano.

Hay pocos testimonios para apreciar cómo fue la relación entre Hölderlin y sus hermanos desde la perspectiva de éstos. ¿Por qué no fueron a verle a Tubinga durante las largas décadas de locura? ¿Por qué ni uno ni otro hicieron un corto viaje para asistir a su entierro? Los pocos testimonios que han quedado favorecen poco a Heinrike Hölderlin y a Karl Gock: las injustificadas suspicacias con la generosa familia

Zimmer, el enfrentamiento por la herencia de la madre y luego por la del poeta...

Pero hay que volver a la infancia de Hölderlin. A los seis años empieza a asistir a las clases de la escuela latina. Las *Lateinschulen* eran un residuo de la enseñanza medieval que aún perduraba en el siglo XVIII. Y aún subsistirían estas escuelas hasta los primeros años del siglo siguiente, en que serían sustituidas por los institutos o *Gymnasien*. En la escuela latina de Nürtingen, Friedrich Hölderlin recibe clase de latin, griego, filosofía y teología. Por las tardes, en casa, un joven profesor que está haciendo la carrera eclesiástica, Nathanael Köstlin, le ayuda a remachar las asignaturas; y no porque el pequeño Friedrich tenga dificultad, sino todo lo contrario: porque tiene excesiva facilidad y puede y quiere aprender más de lo que le enseñan en la clase del pueblo.

También aprende, en casa, a tocar el clavicordio y la flauta travesera. La enseñanza de la música queda arraigada de tal manera en la sensibilidad y en la memoria de Hölderlin, que aun en los años en que tenga perdida la razón, sus dedos sabrán tocar las teclas con precisión. Lo que Hölderlin aprendió a tocar de niño era el clavicordio, no el piano. Por una confusión semántica suele escribirse que Hölderlin aprendió a tocar el piano en Nürtingen. La palabra *Klavier* —que hoy significa piano— tenía, en el siglo XVIII, un sentido más general de *instrumento de tecla*: abarcaba el órgano, el clavicordio, el virginal, el clavecín y la espineta. En toda la Europa ilustrada eran frecuentes las composiciones «para teclado», sin mayor especificación. El método *Anmutige Klavierübung*, que compuso Johann Krieger en 1699, servía para ejercicios de digitación en cualquier instrumento de tecla. El *Wohltemperiertes Klavier* de Bach es una obra escrita para clavecín. Aunque sólo se atendiera a las fechas en que Hölderlin estudió clavicordio, no cabría pensar que el instrumento era un piano, porque hasta la última década del siglo no empieza a generalizarse el uso de este instrumento.

El instrumento que Hölderlin tenía en su habitación de Tubinga, en los años de locura, no era tampoco un piano. Los visitantes hablan de *Klavier*, y la palabra se interpreta con el sentido que tiene hoy. Habría sido imposible subir uno de aquellos primeros *fortepianos* por la estrecha escalera de la torre, y además habría ocupado demasiado espacio en la pequeña habitación que ocupaba el poeta. Lo que Hölderlin tenía allí —y así lo atestigua alguno de los visitantes, más preciso a la hora de designar el instrumento— era una espineta. En la planta baja, en las habitaciones de la familia Zimmer, había, allí sí, un *fortepiano*, en el que Hölderlin pasaba muchas horas.

Sólo se ha conservado un poema del Hölderlin niño. Se titula «Poema de gratitud» (*Dankgedicht*). Está dedicado a sus maestros. Es un poema bien construido, con rima consonante y alterna, elemental en

su expresión —como no podía ser de otra manera—, pero extraordinariamente significativo desde la perspectiva biográfica. Ya aparece en él la mayor ambición en la vida de Hölderlin, «paz y quietud» (*Ruh' und Friede*), y frente a ella, como un feroz enemigo al acecho, el «ánimo indolente» (*träger Sinn*).

> Alegre se apresura el caminante, por negros bosques,
> por desiertos que arden de calor,
> y de lejos divisa los felices campos
> donde florecen la paz y la quietud.
>
> *Froh eilt der Wanderer, durch dunkle Wälder,*
> *Durch Wüsten, die von Hitze glühn,*
> *Erblikt er nur von fern des Lands beglükte Felder,*
> *Wo Ruh' und Friede blühn.*

Resulta premonitoria la estrofa que rechaza con vehemencia —«¡no!»— la oscura fuerza que amenaza esa ambición de paz y de quietud:

> Sí, ¡grandes mecenas!, es esa
> la dicha que nos dais, y que un ánimo indolente
> no ha de empañarnos nunca, ¡no! Que siempre
> veneremos el esfuerzo, la acción y la virtud.
>
> *Ja, dieses Glück, das, große Mäcenaten,*
> *Ihr schenkt, soll nie ein träger Sinn,*
> *Bey uns verdunkeln, nein! verehren Fleis und Thaten,*
> *Und Tugend immerhin.*

Ésta es la infancia de Hölderlin: los paisajes jugosos y ondulados de Suabia, el aprendizaje de palabras griegas y latinas, la madre, sola, que asume toda la autoridad familiar y se siente obligada a ser extremadamente severa.

Cuando la palabra *infancia* aparezca en los poemas tardíos de Hölderlin, estará siempre rodeada de dulzura: hablará de «los días dorados de la infancia» (*der Kindheit goldne Tage*), de «los días tranquilos de la infancia» (*der Kindheit stille Tage*), de «los días sagrados de la infancia» (*die seligen Tagen der Kindheit*), de «la infancia dulce y despreocupada (*süße sinnenfreie Kindheit*), «la divina infancia» (*göttliche Kindheit*). Un poema entero, «La patria» (*Die Heimat*) —que tiene una primera versión breve de 1798 y una larga escrita dos años después— estará centrado en la infancia. Pero la patria —su tierra natal

II

LAS CASAS

La casa que fue propiedad de los padres de Hölderlin en Lauffen está en pie, y es hoy propiedad particular del señor Ernst Hirschmüller, agricultor. El ayuntamiento trata de adquirirla para hacer de ella la casa-museo del poeta. La casa familiar de Hölderlin está en la *Nordheimer Straße*, muy cerca de lo que queda del convento que administraba el padre. A esa casa se trasladó la madre, en el verano de 1772, al quedarse viuda, y de ella se fue en el otoño de 1774, cuando se trasladó a Nürtingen para contraer el segundo matrimonio. Hölderlin vivió en esa casa de los dos a los cuatro años. ¿Nació en ella el poeta?

No se ha podido saber, y lo que se hacen son conjeturas. Los padres no vivían en su casa propia, sino en la casa del administrador, la *Amtshaus*, que estaba en el recinto conventual. ¿Se trasladarían a su casa para que se produjera allí el alumbramiento? En la *Amtshaus* no vivían solos, sino que vivían también —en viviendas separadas— los menestrales que trabajaban para el convento y sus familias. Esa podía ser una razón que les animara a refugiarse en la intimidad de la casa propia a la hora del nacimiento de los hijos. En esa casa vivían, además, dos cuñadas solteras de la señora Heyn, que la habrían atendido.

Al menos dos veces al año, el duque de Württemberg venía a pescar en el Neckar o a cazar en los bosques cercanos, y se alojaba en la casa del administrador del convento. El administrador y su familia tenían entonces que desalojarla e irse a vivir a su casa. Ha quedado constancia precisa de las *Einquartierungen*, los *acantonamientos*, como llamaban a ese traslado del duque y sus sirvientes al convento de Lauffen. Y al tiempo del nacimiento de Hölderlin, el duque no estaba en el pueblo. Hay sin embargo un mínimo incidente de esas fechas del que ha quedado reseña documental: el día que nació Hölderlin, su padre había salido de viaje para comprar leña. ¿Era motivo suficiente para que su mujer se fuera de la *Amtshaus* a su casa para dar a luz?

A principios del siglo XX, cuando el convento de Lauffen llevaba ya varias décadas secularizado, el capitán general (*Generalmajor*) von Seeger lo compró y lo derribó casi en su totalidad: sólo quedó en pie la iglesita del convento, de una sola nave. La casa del administrador cayó en 1919. En esos años, el joven Norbert von Hellingrath ya había elevado la obra de Hölderlin al lugar que le correspondía en la literatura alemana, y el derribo de la que podía ser su casa natal fue lamentada por los admiradores del poeta, que ya eran muchos.

De lo que fue el *poblado*, el *Dörfle*, como llamaban los vecinos al conjunto de construcciones que integraban el convento de santa Regisvinda, sólo quedan hoy en pie el muro exterior, con ventanas góticas, y la iglesia. La iglesia está destinada a sala de exposiciones y museo Hölderlin —*Hölderlin Museum am Kloster*—. Sobre la puerta de la casa del administrador estuvo, durante sesenta años, el bajorrelieve del poeta que hizo en bronce, en el año 1873, Wilhelm Pelargus. Los Pelargus abarcan cinco generaciones de excelentes fundidores que han llenado Alemania de campanas y de estatuas; el último Pelargus murió en el frente de la Gran Guerra. Cuando se derribó la *Amtshaus* en 1919, el bajorrelieve de Hölderlin estuvo unos años guardado, hasta que en 1923 se erigió un monumento semicircular al poeta —en el recinto del *Dörfle*— y el bajorrelieve se colocó en él.

La casona de Nürtingen —el *Schweizerhof*— era una gran construcción de principios del siglo XVII —concretamente de 1622—. El pueblo de Nürtingen repta por una colina escarpada que culmina en la plaza de la iglesia. A pocos pasos de la iglesia estaba el *Schweizerhof*. En 1750 casi todo el pueblo se convirtió en cenizas por un incendio, y el *Schweizerhof*, que no era una de tantas *Fachwerkhäuser* del pueblo, hechas de adobe y gruesas vigas negras, sino de sólida piedra de sillería, se mantuvo en pie. Sólo hizo falta una reconstrucción parcial. Pero lo que no habían logrado el tiempo y sus calamidades lo hizo la desidia —armada de piqueta— a principios del siglo XX. La vieja casona se derribó, y su solar lo ocupa hoy una construcción insulsa, dedicada a colegio. En una de las fachadas, un óvalo de bronce rememora el *Schweizerhof* y su vinculación a la vida de Hölderlin. Los escudos de piedra del siglo XVII que coronaban su entrada se han trasladado al nuevo edificio, y evocan el viejo esplendor.

En esta casa —en lo que fue esta casa— murieron cinco niños al poco de nacer: Johanna Christiana Friederike era hermana del poeta y los otros cuatro eran hermanastros, hijos del segundo marido de la madre. Al poco tiempo de morir los hijos se produjo la muerte del padre, el señor Gock, en marzo de 1779. Unos años después murió el marido de Heinrike, y desde entonces en la casa de Nürtingen sólo vivieron viudas, de tres generaciones: la abuela del poeta, Johanna Rosina Sutor,

que murió anciana en 1802, la madre y la hermana, que siendo aún muy joven se vino a vivir a la casa familiar.

En el año 1795, la madre de Hölderlin vendió el *Schweizerhof*, aunque siguió viviendo en la casa hasta principios de 1798, en que se trasladó a otra más modesta, pero mejor situada aún, en la *Kirchgasse*, junto a la iglesia del pueblo. En esta segunda casa de Nürtingen pasó el poeta los primeros años de locura, a su regreso de Burdeos: de mediados de junio de 1802 a finales de junio de 1804. En lo que le quedaba de vida —casi cuatro décadas—, Hölderlin no volvió a Nürtingen, el pueblo en que había discurrido su infancia.

III

UN DUQUE AL ACECHO

El duque Karl Eugen von Württemberg fue uno de los personajes que más influyó en la vida del poeta Friedrich Hölderlin. El duque, que tuvo once hijos naturales, que no dudó en reunir en su palacio a sus amantes y a su mujer, la duquesa Elisabeth Friederike Sophie von Brandenburg-Bayreuth, y que metía a sus enemigos entre barrotes de acero, impuso a sus súbditos una severa religiosidad pietista a través de la Iglesia local, la Iglesia evangélica de Württemberg, *Evangelische Landeskirche in Württemberg*, que aún subsiste, y que forma parte de la Federación Luterana Mundial.

El duque Karl Eugen vigilaba de cerca el Seminario de Tubinga, donde se formaban los jóvenes nacidos en el territorio ducal que querían ser pastores o maestros: la élite intelectual. En la galería alta del Seminario hay unos bajorrelieves de bronce con el perfil de algunos jóvenes que han salido de allí. Entre ellos están Kepler, Hegel, Schelling y Hölderlin.

El máximo temor del duque era la infiltración de los ideales revolucionarios. El temor estaba justificado, porque el duque tenía el enemigo en casa: desde mediados del siglo XV, el ducado de Württemberg se extendía —por enlaces y herencias de los soberanos europeos— a un pequeño enclave en la orilla izquierda del Rin, en pleno territorio francés, el condado de Montbéliard —o Mömpelgard en la versión alemana—. El condado de Mömpelgard era, además de un enclave político, un enclave religioso, un territorio protestante rodeado de iglesias católicas. Por esa razón, los jóvenes de Mömpelgard que querían estudiar teología tenían que venir al Seminario de Tubinga, y en el equipaje traían las ideas revolucionarias. Los estudiantes de Mömpelgard eran asiduos visitantes del calabozo —*der Karzer*— con que se castigaba en el Seminario —a veces sólo por horas, y a veces por días enteros— la indisciplina.

El duque Karl Eugen llevó a su apogeo el absolutismo dieciochesco. La escasa población del ducado, dispersa en pueblos minúsculos —la única ciudad, Stuttgart, apenas superaba los veinte mil habitantes—, era estrechamente vigilada, y cualquier pensamiento divergente desencadenaba un juicio por alta traición.

Friedrich Hölderlin, hijo del mayordomo y administrador de un convento —*Klosterhofmeister und Verwalter*—, miembro de la baja hidalguía suaba —el escudo de armas de la familia ha llegado hasta nosotros—, no tuvo apenas trato con el hombre que más influyó en su vida. Pero vivió condicionado por él: padeció la educación pietista y sufrió la falta de libertad. Como Hölderlin hizo la carrera eclesiástica —hasta el grado de *Magister* y con excelentes calificaciones— y el duque estaba muy pendiente de darle destino, buscó afanosamente una actividad que encubriera su solitaria dedicación a hacer versos. Y procuró tener siempre una profesión —la de preceptor, que ejerció sin entusiasmo—, que le mantenía a cubierto de la permanente amenaza de ser enviado a gobernar una parroquia.

El camino que todos tomaban para la huida era el mismo. Sus amigos Hegel y Schelling lo cogieron también. Hegel se fue a Berna, donde dió clases particulares a los hijos del capitán Karl Friedrich von Steiger, y cuatro años más tarde —por mediación de Hölderlin— a los hijos de un comerciante de vinos, el señor Johann Noe Gogel, de Fráncfort. Al poco tiempo logró una plaza sin sueldo en la Universidad de Jena, como profesor habilitado —*Privatdozent*—, y varios años más tarde, en julio de 1806, fue nombrado profesor asociado —*außerordentlicher Universitätsprofessor*—: cobró entonces el primer sueldo de su vida, cien táleros, que no logró superar. Schelling, cinco años menor que Hölderlin y Hegel, siguió el rastro de sus amigos: fue preceptor en Leipzig y muy pronto profesor de filosofía en Jena.

La vejez reblandeció al duque Karl Eugen von Württemberg, que sin abandonar el despotismo lo tiñó de un paternalismo afable. Schiller, que también había sido víctima suya, le perdonó. Un día paseaba con su amigo Justinus Kerner cuando pasaron por delante de la tumba del duque, y el poeta le dijo a Kerner: «Ahí descansa por fin ese hombre que siempre andaba inquieto. Tenía grandes defectos como gobernante y aún mayores como hombre. Pero los primeros hay que considerarlos encubiertos por sus virtudes, que también las tenía. Y el recuerdo de los segundos hay que enterrarlo también con su muerte».

No hay testimonios de que Hölderlin perdonara al duque por los muchos castigos que sufrió en el Seminario. Cuando el duque redactó personalmente los últimos estatutos del Seminario, en un intento desesperado e inútil de que no arraigara la libertad que soplaba desde Francia, Hölderlin escribió a su hermano Karl: «Me resulta imposible

permitir que me impongan normas inútiles y sin sentido, y quedarme en un lugar donde acabarían aniquiladas mis mejores fuerzas. Haré todo lo que esté en mi mano para salvar mi honor. Estamos obligados a dar a nuestra patria y al mundo una prueba de que no estamos hechos para que se juegue con nosotros a capricho». Y cuando, en esos mismos días, escribió el «Himno a la libertad», dedicó estos versos al duque Karl Eugen:

¿Puede un gigante mutilar a este águila?
¿O un dios retener los orgullosos truenos?
¿Puede el decreto de un tirano desterrar los mares?
¿O entorpecer el curso de los astros?

Kann ein Riese meinen Aar entmannen?
Hält ein Gott die stolzen Donner auf?
Kann Tyrannenspruch die Meere bannen?
Hemmt Tyrannenspruch der Sterne Lauf?

Carl Philipp Emanuel Bach trató de enseñar al duque a tocar el clavecín, pero no logró hacer carrera de él.

A la muerte del duque Karl Eugen von Württemberg, que ocurrió a finales de octubre de 1793, no le sucedió ninguno de sus hijos, porque su única hija legítima estaba excluida del trono por ser mujer, y los ocho hijos varones estaban excluidos por ser ilegítimos. De manera que quienes ocuparon el trono tras su muerte fueron sus hermanos menores Ludwig Eugen y Friedrich Eugen, que sólo estuvieron un par de años cada uno al frente del ducado de Württemberg. Ludwig Eugen era amigo de Rousseau, con quien mantuvo nutrida correspondencia, y Friedrich Eugen era hombre filantrópico y pacifista. De haber durado más el gobierno de uno y de otro, el destino de los ciudadanos de Württemberg habría sido menos cruento y más feliz.

Pero quien ocupó el trono en 1797 fue Friedrich I, que no heredó el temperamento bondadoso de su padre el duque Friedrich Eugen, sino que fue un hombre colérico y autoritario. Medía más de dos metros y pesaba cerca de doscientos kilos. Pactó inmediatamente con Napoleón —que no le llegaba a los hombros, como puede verse en los grabados de la época—, porque compartían las mismas ambiciones de poder y de territorio. La amistad les llevó a emparentar —una hija del duque se casó con Jerónimo Bonaparte, hermano menor del emperador—, y le valió a Friedrich I convertirse primero en Gran Duque —en 1802— y luego en Rey de Württemberg —en 1806—.

Cuando Hölderlin escribió en la primera versión de *La muerte de Empédocles* estos versos:

Ya no es tiempo de reyes.
¿Guarda
acaso el águila a sus crías para siempre
en el nido? Se preocupa de ellas cuando son ciegas,
cuando dulcemente, bajo sus alas, duermen.
Pero cuando han visto ya la luz del sol,
cuando están sus alas ya maduras,
las empuja del nido, para que ellas
emprendan su propio vuelo. Avergonzaos
de querer un rey. Sois muy mayores
para ello

Dies ist die Zeit der Könige nicht mehr.
Hegt
Im Neste denn die Jungen immerdar
Der Adler? Für die Blinden sorgt er wohl,
Und unter seinen Flügeln schlummern süß
Die Ungefiederten ihr dämmernd Leben.
Doch haben sie das Sonnenlicht erblickt,
Und sind die Schwingen ihnen reif geworden,
So wirft er aus der Wiege sie, damit
Sie eignen Flug beginnen. Schämet euch,
Daß ihr noch einen König wollt; ihr seid
Zu alt,

lo que trataba es de incitar a sus compatriotas a rebelarse contra el despótico Friedrich I. Por si la arenga no lograba exaltarlos, escribió un poema —«A Eduardo» (*An Eduard*)— en que animaba a los suabos al tiranicidio:

¡Ya brilla el acero!

Schon blinkt der Stahl!

La gran ilusión política de Hölderlin —la creación de la República de Suabia, que se creyó inminente tras la proclamación de la República Helvética y la República de Batavia— tuvo enfrente la figura gigantesca y cruel del duque Friedrich I, que la combatió con todos los medios. Sólo la locura libró al poeta de la cárcel cuando sus amigos revolucionarios fueron encerrados en las lóbregas mazmorras del ducado en los primeros meses de 1805.

IV

LAS ESCUELAS MONACALES. AMIGOS, AMOR, VIAJES

Denkendorf está a siete kilómetros de Nürtingen. Como las escuelas latinas— las *Lateinschulen*—, las escuelas conventuales —*Klosterschulen*— son, en estos años finales del siglo XVIII, otro residuo histórico, aunque éste más moderno, porque las escuelas conventuales proceden de los primeros años de la Reforma protestante. Para que pueda asistir a las clases de Denkendorf tienen que levantar al pequeño Friedrich a las cinco de la madrugada —a las seis en invierno—, y vestirle con un oscuro hábito monacal: las ropas mundanas (*weltförmige Kleidung*) están rigurosamente prohibidas por los estatutos de la escuela. La lectura de novelas y otros libros dañosos (*schädliche Bücher*) está castigada con calabozo. Al entrar en la escuela, los padres —en representación del hijo— tienen que prometer fidelidad a la vocación religiosa; en caso de incumplimiento —es decir, de salir de la escuela y dedicarse a una actividad civil— tienen que rembolsar a la escuela todos los gastos de enseñanza y manutención.

Poco se sabe de los dos cursos —de octubre de 1784 a octubre de 1786— que Hölderlin estuvo en la escuela conventual de Denkendorf. Sí queda claro que la rigurosa disciplina de internado no le desvía de su vocación poética, sino todo lo contrario; en una carta enviada a su madre le dice: «Tengo miles de esbozos de poemas, que quisiera completar estas vacaciones». De esos meses son algunos poemas breves, de arte menor, como «El descontento» (*Der Unzufriedene*) o «El recordar» (*Das Erinnern*), y otros extraordinariamente largos, como «Arenga de Alejandro a sus soldados en Issos» (*Alexanders Rede an seine Soldaten bei Issus*) o «Los míos» (*Die Meinige*), que llega a los ciento setenta y seis versos. Los poemas largos permiten asegurar que a los quince años Hölderlin ha leído ya a Klopstock, porque el eco de sus *Cantos* es perceptible en esos poemas.

Más interesantes son, sin embargo, los poemas breves, como «El descontento», de sólo seis versos, de un dramatismo que hace pensar en las meditaciones tenebrosas que el poeta-niño oiría de sus maestros en las aulas sombrías:

¡El destino! Infelices pesares
se llaman, oh mortal, las alegrías,
que escalonan la escarpada carrera,
en robo atroz. Tu consejo es que arranque
esas lágrimas de miedo
que tienen nostalgia del sepulcro.

Schicksal! unglücksvolle Leiden
Heißt du Sterblichen die Freuden,
Die die steile Laufbahn hat,
Grausam rauben. Bange Tränen,
Die sich nach der Bahre sehnen,
Zu erzwingen ist dein Rat.

Atormentado es también el otro poema breve, «El recordar»:

Son tantos, tantos, los días míos
que, sacrílegos, se hunden en pecado.
Oh gran Juez, no me preguntes
por qué. Oh, deja que se entierren
en tu olvido lleno de misericordia.
Que la sangre del Hijo los recubra.

Ay, son tan pocos los días
coronados de piedad, que huyen.
Ellos son, ángel mío, los que debes
hacer presentes ante el eterno Trono.
Deja que brille su menguado número,
y que algún día cuando el Juez elija
pueda contarme a mí entre los piadosos.

Viel, viel sind meiner Tage
Durch Sünd entweiht gesunken hinab.
O, großer Richter, frage
Nicht wie, o lasse ihr Grab
Erbarmende Vergessenheit,
Laß, Vater der Barmherzigkeit,
Das Blut des Sohns es decken.

Ach wenig sind der Tage
Mit Frömmigkeit gekrönt entflohn,
Sie sinds, mein Engel, trage
Sie vor des Ewigen Thron,
Laß schimmern die geringe Zahl,
Daß einsten mich des Richters Wahl
Zu seinen Frommen zähle.

La tortura moral del joven Hölderlin asoma también en la primera carta que se conserva de su extenso epistolario. Esa carta, fechada en noviembre de 1785, está dirigida a quien había sido su profesor particular en Nürtingen, el diácono Nathanael Köstlin. «Me pregunto —le dice— cómo es posible conciliar la amabilidad hacia los demás y la religión. Jamás lo he logrado; siempre he oscilado entre lo uno y lo otro. De pronto siento impulsos generosos, que nacen de mi natural sensibilidad, pero son absolutamente inestables. Le confieso que en esos casos creía ser un cristiano perfecto, todo me resultaba placentero, y en esos instantes (porque no duraban más que unos instantes), la naturaleza ejercía una acción extremadamente viva en mi corazón; pero al momento no podía ya tolerar a nadie a mi alrededor, sólo deseaba estar solo y despreciaba a la humanidad. La más mínima cosa bastaba para encrespar mi corazón, y entonces me volvía absolutamente frívolo. Quería ser razonable, y mi corazón se llenaba de maldad y la más mínima ofensa le convencía del satanismo de los hombres [...]. Hoy, domingo, he reconsiderado mi conducta pasada hacia Dios y hacia los hombres, y he tomado la firme resolución de ser un cristiano, y no un exaltado versátil [...]. Por eso le pido humildemente que sea usted mi guía, mi padre, mi amigo [...]. Permítame que le dé cuenta de toda circunstancia que contribuya a dar forma a mi corazón [...]».

Los dos cursos de Denkendorf terminan. El examen final consiste en una predicación sobre el primer capítulo de la *Epístola a los Hebreos*: «La verdadera revelación en Cristo». El predicador adolescente —acaba de cumplir quince años— aprueba, y con nota alta. Para calificar su conducta, el profesor emplea una palabra francesa —el francés es, en el siglo XVIII, el idioma de la urbanidad—: *poli*, es decir, educado, cortés.

El 18 de octubre de 1786, Hölderlin pasó a la escuela conventual superior (*höhere Klosterschule*) de Maulbronn. El ambiente cambia: altas naves góticas, claustros silenciosos, galerías porticadas. Maulbronn está rodeado de un muro, y el muro, de un denso bosque de robles y arces. Hoy el viejo monasterio está enclavado en el parque natural de Stromberg-Heuchelberg. Dentro del recinto amurallado está no sólo el convento y la residencia de los seminaristas, sino otros muchos edificios, que entonces tenían destinos diversos y aseguraban la vida autó-

noma de quienes allí vivían: fragua, molino, tahona, tonelería, almacén, administración…

En el expediente académico de Hölderlin pueden verse las asignaturas que estudió en Maubronn: latín, griego, hebreo, francés, poética, lógica, retórica, historia, matemáticas y metafísica.

Sin salir de los viejos muros, Hölderlin conoce por primera vez el amor: Luise Nast es hija del intendente, y vive en una dependencia del monasterio. La amada será *Stella* en los versos que empiezan a salir atormentadamente de su pluma.

¡Ay, Stella, cuánto padecemos! Si al menos la tumba
viniera. ¡Ven, tumba fría! ¡Tómanos a los dos!
Mira las lágrimas de Stella, y ven
fría tumba y serena.
[...]

Stella! ach! wir leiden viel! wann nur das Grab –
Komme! komme kühles Grab! nimm uns beide!
Siehe Stellas Tränen, komme
Kühles ruhiges Grab.
[...]

De los poemas juveniles de Maulbronn hay uno de particular significación biográfica: se titula «Mi propósito» (*Mein Vorsatz*). Es la primera vez que Hölderlin expresa en verso su vocación poética. A este seguirán, unos años después, otros poemas con el mismo asunto: el más importante es sin duda «Profesión de poeta» (*Dichterberuf*), de 1801. En el primero dice:

¡Oh amigos, amigos, que tan fieles me sois!
¿Qué es lo que empaña mi visión solitaria?
¿Qué es lo que empuja mi corazón
al silencio mortal de noches tenebrosas?

Huyo de la suave presión de vuestras manos,
del beso feliz y fraterno que me dáis con el alma.
No me guardéis rencor si lo rehuyo.
Miradme en lo más hondo. Contempladme y juzgadme.

¿Es una sed ardiente de plenitud humana?
¿Es acaso codicia de una gran ofrenda?
¿Es un débil impulso de volar como Píndaro?
¿Es acaso la lucha por alcanzar a Klopstock?

¡Ay, amigos! ¿Qué pliege de la tierra
podría ocultarme y en la eterna noche
cobijado, llorar? No podré alcanzar nunca
el vuelo de los grandes que sobrepasa el mundo.

¡Pero no! ¡Adelante por el grandioso camino del honor!
¡Adelante! ¡Adelante! Que en un sueño ardiente
conseguiré alcanzarlos. Y después de muerto
aún podré balbucir, ¡amigos, olvidadme!

O Freunde! Freunde! die ihr so treu mich liebt!
Was trübet meine einsame Blicke so?
Was zwingt mein armes Herz in diese
Wolkenumnachtete Todtenstille?

Ich fliehe euren zärtlichen Händedruck,
Den seelenvollen, seligen Bruderkuß.
O zürnt mir nicht, daß ich ihn fliehe!
Schaut mir in's Innerste! Prüft und richtet! –

Ists heißer Durst nach Männervollkommenheit?
Ists leises Geizen um Hekatombenlohn?
Ists schwacher Schwung nach Pindars Flug? ists
Kämpfendes Streben nach Klopstocksgröße?

Ach Freunde! welcher Winkel der Erde kann
Mich decken, daß ich ewig in Nacht gehüllt
Dort weine? Ich erreich' ihn nie den
Weltenumeilenden Flug der Großen.

Doch nein! hinan den herrlichen Ehrenpfad!
Hinan! hinan! im glühenden kühnen Traum
Sie zu erreichen; muß ich einst auch
Sterbend noch stammeln; vergeßt mich, Kinder!

Este poema temprano anticipa las contraposiciones que atormentarán a Hölderlin a lo largo de toda su vida: amistad y misantropía, ambición de altas metas y temor a no alcanzarlas, entusiasmo y desfallecimiento. Muchos episodios difícilmente explicables de su vida —como esas huidas precipitadas de un lugar en que parecía estar feliz: Jena, Hauptwil, Homburg, Stuttgart, Burdeos...— se deben a la brusca aparición de un sentimiento contrario. Otro poema de estos mismos días, «El laurel» (*Der Lorbeer*) revela la misma lucha, la misma contraposición de ambición y fracaso, de exaltación y caída:

¡Gracias te doy, oh soledad, mi íntima amiga!
Tú me has sacado del bullicio de las multitudes,
para que cante, lleno de ardor, al laurel,
porque sólo a él mi corazón se entrega.

¡Oh espíritus grandes! Seguiros... ¿yo podría?
¿Se hará fuerte algún día este canto juvenil?
¿Encontraré el camino que lleva hasta la meta,
esa meta que mis ojos contemplan a lo lejos?
[...].

Dank dir! aus dem schnadernden Gedränge
Nahmst du mich, Vertraute! Einsamkeit!
Daß ich glühend von dem Lorbeer singe,
Dem so einzig sich mein Herz geweiht.

Euch zu folgen, Große! – Werd ichs können?
Wirds einst stärker, eures Jünglings Lied?
Soll ich in die Bahn, zum Ziel zu rennen,
Dem dies Auge so entgegenglüht?
[…].

Y unas estrofas más abajo, la huida del mundo. Una huida que aquí es sólo retórica, pero que en la vida de Hölderlin será partida precipitada de los lugares en que parecía sentirse feliz:

¡No! No quiero nada de esta tierra.
Sólo sufrir persecución del mundo,
sufrir cada tormento, vejaciones constantes,
los amargos desprecios de los envidiosos.
[…]

Nein! ich wollte nichts auf dieser Erden!
Dulden all' der Welt Verfolgungen,
Jedes Drangsal, jegliche Beschwerden,
All des Neiders bittre Schmähungen.
[…]

Hölderlin, extraordinariamente susceptible —él mismo, en una carta de estos días, habla de su «excesiva hipersensibilidad»—, se siente desdeñado al más mínimo gesto de sus compañeros, o aun sin gesto alguno, por la simple sospecha: «cuando mis amigos van a pasar juntos un rato agradable haciendo música, prefieren un hueco en el conjunto a llamar a ese Hölderlin […]».

En su cuarto solitario de Maulbronn, Hölderlin lee con entusiasmo a Schiller, vuelve a los poemas de Klopstock, se asombra ante el bardo Ossian («¡Que novedad! ¡Qué novedad tan hermosa! —le escribe a un amigo— Tengo aquí a Ossian, al gran poeta inigualable, al rival del mismísimo Homero… ¡y lo tengo aquí, en mis manos!»). Los poemas de Ossian, inventados por James Macpherson, habían sido traducidos al alemán, unos años antes, por el austriaco Johann Nepomuk Denis.

En las cartas que escribe a su madre desde la escuela de Maulbronn empiezan a manifestarse las dudas de Hölderlin sobre su vocación eclesiástica. La madre responde siempre con dureza a las tentaciones de abandono. El empeño de la madre y la falta de vocación del hijo se enfrentarán en un forcejeo que no cesará nunca. Para Hölderlin, siempre respetuoso con su madre —hasta las cartas más tardías lo revelan—, la actitud contumaz de ella será un motivo permanente de desequilibrio interior.

Pero los días de Maulbronn terminan, y Hölderlin no tiene valor para eludir el paso siguiente en toda carrera eclesiástica: entrar en el Seminario. Con buenas calificaciones en el bolsillo, Hölderlin se despide de la escuela. Pero antes de entrar en el *Tübinger Stift*, hace un largo viaje, en el que llegará hasta Espira, en el Palatinado. Son unos días felices, que contribuyen a formar en su mente la idea de la gran patria alemana —inexistente como realidad política, porque el suelo alemán está fragmentado en más de trescientos Estados, pero que apunta ya como utopía posible—. Además, el viaje le permite conocer nuevos paisajes y nuevas ciudades, a los que dedicará algunos de sus mejores poemas: el Rin, Heidelberg, las grandiosas catedrales de Espira y Mannheim...

Se ha conservado el diario de viaje y puede reconstruirse minuciosamente el trayecto. Hölderlin alquiló un caballo, y por caminos desconocidos —a veces calzadas adoquinadas y a veces estrechas sendas de tierra— cruzó el Palatinado y luego, por el *Dreieck* —en que confluyen el Rin y el Neckar, y los tres territorios históricos del Palatinado, Württemberg y Hessen—, entró en Heidelberg, Mannheim y Espira.

Su gran asombro fue el Rin. «Tuve que esperar mucho tiempo a que llegaran los barqueros desde la otra orilla. Pero nunca he esperado con tanto agrado desde entonces. Es difícil imaginárselo: se trata de una corriente tres veces más caudalosa que el Neckar, bordeada de bosques en sus dos orillas. Es un espectáculo que no olvidaré nunca. Me conmovió profundamente. Las barcas en que se cruza el río son tan grandes que caben dos coches de caballos además de la gente».

Unos años más tarde, Hölderlin conocerá, en un breve viaje a Suiza, el nacimiento alpino del Rin, y se soprenderá de cómo un arroyo puede transformarse en el inmenso caudal que recordaba de sus años de estudiante. En el curso imprevisible del río verá Hölderlin una metáfora, el sometimiento del héroe a su destino:

Pero ahora, en el valle,
debajo de las cimas plateadas,
bajo el verdor feliz,
contemplado por bosques temblorosos
y rocas que alzan sus cabezas las unas
sobre otras, día tras día,
al fondo del abismo, oigo
el lamento del joven que suplica
liberación a su madre la Tierra
y al dios atronador que lo ha engendrado.
Y los mortales huyen del lugar,
pues es terrible
la ira que llega
del semidiós que ciego retuerce sus cadenas.

[...]

Pero un dios no sabría
dejar abandonados a sus hijos a una vida fugaz,
y ahora sonríe, al ver que impetuosas
las corrientes, aun retenidas por los Alpes grandiosos,
braman contra él en las quebradas.
En una fragua así
se forjan los metales más puros.
Y es hermoso
ver cómo más allá,
dejando atrás las cumbres,
avanza en silencio por tierras alemanas,
y aplaca su pasión en cosas de provecho, el padre Rin:
cultivando los campos y nutriendo a sus hijos
en las propias ciudades que ha fundado.

Jetzt aber, drin im Gebirg,
Tief unter den silbernen Gipfeln
Und unter fröhlichem Grün,
Wo die Wälder schauernd zu ihm,
Und der Felsen Häupter übereinander
Hinabschaun, taglang, dort
Im kältesten Abgrund hört'
Ich um Erlösung jammern
Den Jüngling, es hörten ihn, wie er tobt',
Und die Mutter Erd' anklagt',
Und den Donnerer, der ihn gezeuget,

Erbarmend die Eltern, doch
Die Sterblichen flohn von dem Ort,
Denn furchtbar war, da lichtlos er
In den Fesseln sich wälzte,
Das Rasen des Halbgotts.
[...]

Ein Gott will aber sparen den Söhnen
Das eilende Leben und lächelt,
Wenn unenthaltsam, aber gehemmt
Von heiligen Alpen, ihm
In der Tiefe, wie jener, zürnen die Ströme.
In solcher Esse wird dann
Auch alles Lautre geschmiedet,
Und schön ists, wie er drauf,
Nachdem er die Berge verlassen,
Stillwandelnd sich im deutschen Lande
Begnüget und das Sehnen stillt
Im guten Geschäfte, wenn er das Land baut,
Der Vater Rhein, und liebe Kinder nährt
In Städten, die er gegründet.

Heidelberg fue su segundo asombro. «Es el lugar más hermoso que uno pueda imaginar. A la espalda de la ciudad se alzan montañas escarpadas y frondosas, y, sobre ellas, el antiguo y venerable castillo». El que hoy se llama Puente Viejo (*Alte Brücke*) se acababa de terminar en ese mismo año de 1788 en que Hölderlin visitaba la ciudad. El poeta fue uno de los primeros en cruzarlo. La ciudad y el puente aparecerán en el poema «Heidelberg», uno de los más delicados de toda la obra de Hölderlin:

Hace mucho que te amo y quisiera
llamarte madre y regalarte una canción sencilla,
a ti, la más hermosa
de las ciudades que de mi patria he visto.

Como el pájaro vuela en el bosque entre las cumbres,
se alza sobre el río y brilla junto a ti,
el puente, leve y firme, tronante
de gentes y carruajes.

Un hechizo enviado por dioses, llegó hasta mí aquel día
cuando pasaba el puente,

y el paisaje lejano
parecía tirar de mí hacia las montañas.

Y aquel joven —el río— se lanzaba hacia el llano,
triste y alegre a un tiempo, igual que el corazón
cuando se asombra de su propia belleza
y se arroja a las olas del tiempo para seguir amando.

Y eras tú la que dabas a ese fugitivo
curso y sombra. Tus orillas
iban tras él mirándolo, y las ondas
reflejaban su imagen tan hermosa.

El inmenso castillo, testigo del destino,
se alzaba sobre el valle gravemente,
rasgado hasta sus pies por las tormentas.
Pero el eterno sol lanzaba

su luz sobre la vieja mole y la tornaba joven,
y la hiedra la rodeaba, vivaz,
y el suave murmullo de los bosques
se alzaba hasta la altura.

Y arbustos en flor por la ladera en calma
descendían, y bordeando colinas y riberas
tus callejas felices
descansaban en jardines olorosos.

Lange lieb' ich dich schon, möchte dich, mir zur Lust,
Mutter nennen und dir schenken ein kunstlos Lied,
Du, der Vaterlandsstädte
Ländlichschönste, so viel ich sah.

Wie der Vogel des Waldes über die Gipfel fliegt,
Schwingt sich über den Strom, wo er vorbei dir glänzt,
Leicht und kräftig die Brücke,
Die von Wagen und Menschen tönt.

Wie von Göttern gesandt, fesselt' ein Zauber einst
Auf die Brücke mich an, da ich vorüber ging
Und herein in die Berge
Mir die reizende Ferne schien

Und der Jüngling, der Strom, fort in die Ebne zog,
Traurigfroh, wie das Herz, wenn es, sich selbst zu schön,
Liebend unterzugehen,
In die Fluten der Zeit sich wirft.

Quellen hattest du ihm, hattest dem Flüchtigen
Kühle Schatten geschenkt, und die Gestade sahn
All' ihm nach, und es bebte
Aus den Wellen ihr lieblich Bild.

Aber schwer in das Tal hing die gigantische,
Schicksalskundige Burg nieder bis auf den Grund,
Von den Wettern zerrissen;
Doch die ewige Sonne goß

Ihr verjüngendes Licht über das alternde
Riesenbild, und umher grünte lebendiger
Efeu; freundliche Wälder
Rauschten über die Burg herab.

Sträuche blühten herab, bis wo im heitern Tal,
an den Hügel gelehnt oder dem Ufer hold,
Deine fröhlichen Gassen
Unter duftenden Gärten ruhn.

Desde Heidelberg continuó hasta Mannheim, Neckar abajo. Asistió a la representación de una obra en el Teatro Nacional, luego visitó el arsenal y la iglesia de los jesuitas —«el edificio más majestuoso que he visto en mi viaje», escribirá en el diario—. «El castillo de los príncipes se puede ver desde la mayoría de las calles. Las calles son muy rectas, todo es llano. Los edificios forman siempre grandes cuadrados». «Me alejé con pena de un lugar en que aún me quedaban muchas cosas por ver y mucho que aprender». Desde Mannheim cabalgó hasta Oggersheim, donde se alojó, con emoción, en la misma posada —*Zum Viehhof*— en que se refugió Schiller cuando huía del duque Karl Eugen von Württemberg. «El lugar me resultó tan sagrado, que tuve que ocultar las lágrimas que habían brotado en mis ojos por mi admiración al gran poeta».

Desde Oggersheim llegó a Frankenthal, y de allí a Espira. Hölderlin visita con detenimiento la catedral y vuelve a quedarse extasiado ante el Rin. «El río tiene allí tal anchura que apenas se divisan los barcos, y es tan amplio que parece un muro azul. En la orilla opuesta hay bosques espesos y salvajes, y al lado, una llanura inmensa. En todo se respira la bendición del Señor».

A su regreso a la escuela de Maulbronn escribe: «De nuevo en el convento. Nunca me había parecido tan estrecho. Me gustaría tomar mi iglesia por catedral, mis muros por palacios, mis lagos por el Rin y mi oscuro dormitorio bajo el tejado por una avenida principesca».

A los quince días estaba ya de vuelta en la casa familiar de Nürtingen, pero con el tiempo justo para preparar la maleta que se llevaría a Tubinga.

V

YO SOY ETERNAMENTE TU HÖLDERLIN

Hölderlin sólo hizo proyectos de boda con una mujer: Luise Nast. Cuando se conocieron, él tenía dieciséis años y ella dieciocho. La relación duró cuatro años. En realidad, el noviazgo sólo discurrió con normalidad a lo largo de un año: de finales de 1786 a finales de 1787. Durante ese año vivieron cerca, en el mismo recinto del convento, y se trataron con frecuencia. Pero en otoño de 1787, cuando acabó el curso, Hölderlin se fue de Maulbronn y apenas volvió a ver a Luise. Cuando en febrero de 1788 se incorporó al Seminario de Tubinga, la separación fue absoluta. El severo régimen disciplinario del *Stift* no le permitió escapar de los altos muros. Se cruzaron cartas y Hölderlin fue una vez a verla, quizá una única vez. Es la primera gran marcha del poeta de la que ha quedado constancia: dieciocho horas de ida, a pie, y dieciocho horas, también a pie, de vuelta, para estar sólo un par de horas en Maulbronn con su novia.

Luise era, a pesar de su edad, una mujer madura, que trató de aceptar las rarezas del inestable aprendiz de teólogo. De su estampa física sólo se conserva una de esas siluetas de perfil trazadas con tinta negra que eran tan frecuentes en la época. Lleva un velo bordado que cae elegantemente del moño. Los rasgos del rostro son delicados y enérgicos a la vez. Debía de ser una mujer atractiva, porque en Maulbronn tuvo que competir Hölderlin con un condiscípulo y buen amigo —Christian Bilfinger— por el amor de Luise.

«Es tan distinta, tan piadosa, tan fiel, tan tierna…», escribe Hölderlin a Immanuel Nast, a quien le ha ocultado a lo largo de un año el noviazgo con su prima Luise. «Coge mi mano de un modo tan soñador —le dice—, que tiemblo de alegría cuando pienso en esos momentos tan dichosos». Lo que se trasluce de las cartas que Hölderlin envió a Luise desde Tubinga es precisamente eso: la emoción que le produce

la cercanía física, que el poeta vive por primera vez. «La felicidad que siento entre tus brazos…», escribe en una de las cartas. «Volcaré entre tus brazos mi corazón lleno de felicidad», dice en otra. «No puedo expresar lo feliz que me sentía cuando subía por la montaña, caminando, y aún sentía la huella de tus labios en los míos». Es posible que no se pueda pedir mayor hondura a un muchacho que acaba de salir de la adolescencia.

La influencia del estilo epistolar que puso de moda el *Werther* resulta evidente en algunos párrafos de las cartas que Hölderlin envió a Luise. La proximidad de estilo se percibe no sólo en el tono, sino también en el empleo de los mismos rasgos gráficos, como los signos de admiración o los *Gedankenstriche*, esos guiones largos que podrían equivaler en algunos casos a puntos suspensivos, y en otros a un punto y coma o incluso a un punto, y que son tan frecuentes en el *Werther*. «¡Qué bien me siento al pensar en aquella quietud y aquel profundo anhelo con que esperaba a verte en la ventana, y qué entusiasmo sentía al pensar que sólo yo existía para ti en el mundo, sólo yo, tu Hölderlin! — ¡Oh, Luisa, Luisa! Y cuando te veía salir de tu casa y dirigirte al claustro —está todo tan vivo en mí—, con tus pasos llenos de majestad y belleza, y tus ojos llenos de amor que me miraban — y la esperanza de las horas felices que vendrían, reflejada en tu rostro — y cómo el cielo y la tierra se iban desvaneciendo para nosotros en la calma del crepúsculo».

Cuando llegó la hora de la despedida en Maulbronn, Luise dibujó en un pliego de papel dos ramas de laurel unidas por un lazo, y dentro escribió un poemilla ingenuo:

¡Que cambie cuanto quiera el tiempo!
¡Que transcurran cuantos años quieran!
No encontrarán nunca cambiada
esta ternura nuestra, ¡oh buen amigo!
Por tanto, ni anhelos ni promesas:
nuestra unión es ya para la eternidad.

Es wechsle wie sie will die Zeit!
Es mögen ihre Jahre schwinden!
Nie wird sie unsre Zärtlichkeit,
O bester Freund, verändert finden!
Drum keine Wünsch und Schwüre heit,
Denn unsre Bund ist — für die Ewigkeit!

Hölderlin contestó con un poema de una ingenuidad muy semejante:

Deja que amenacen tormentas y penas,
deja que separen, los años de separación.
No podrán separarnos.
No podrán hacerlo.
Pues eres mía, y hasta más allá de la tumba
perdurará intacto el amor.
Ah, cuando al fin llegue
el Más Allá dichoso y grande:
entonces la corona será para el peregrino
y la palma de gloria para el vencedor.
Entonces amiga, también la amistad será recompensada,
también la amistad, por el que es Eterno.

Laß sie drohen die Stürme, die Leiden,
Laß trennen — der Trennung Jahre
Sie trennen uns nicht!
Sie trennen uns nicht!
Denn mein bist Du! Und über das Grab hinaus
Soll sie dauern, die unzertrennbare Liebe.
O! wenns einst da ist
das große selige Jenseits,
Wo die Krone dem leidenden Pilger,
Die Palme dem Sieger blinkt,
Dann Freundin — lohnet auch Freundschaft
Auch Freundschaft — der Ewige.

La última palabra del poema de Luise —*Ewigkeit*— es la que más se repite en sus cartas, y Hölderlin responde con la misma palabra, hecha adverbio, en la curiosa fórmula de despedida que emplea en todas las cartas que dirige a su novia: «Yo soy eternamente tu Hölderlin» (*Ich bin ewig dein Hölderlin*).

Pero la eternidad duró poco. A finales de enero de 1790, Hölderlin escribe la penúltima carta a Luise, en la que se atisba ya la ruptura. Esa carta tiene especial significación biográfica, porque es el primer testimonio interior del poeta. En ella habla de su «humor sombrío» (*trübsinnige Laune*), de su «triste situación» (*traurige Lage*), y parece condenarse a sí mismo a la ruptura: «Si vuelvo a ser tan antipático contigo, te prometo que dejaré de ser tu Hölderlin para siempre» (*ich will nimmer dein Hölderlin sein*).

Y a los pocos meses llega la despedida. Los trazos interiores son ahora más sombríos: «la invencible melancolía que me domina», «mi disgusto, mis quejas sobre el mundo, las rarezas que se han convertido en mi segunda naturaleza», y lo que es más revelador: «mi vanidad in-

satisfecha» (*unbefriedigter Ehrgeiz*). Hölderlin se siente portador de un mensaje que aún no ha dicho. Es un gran poeta, pero aún ágrafo e inédito. Sufre porque no ha recibido el reconocimiento que aún no merece.

Pero este Hölderlin que se pinta a sí mismo con tintes tan sombríos en la última carta a Luise no parece ser el Hölderlin que veían a diario sus condiscípulos. Estos veían a un joven seguro de sí mismo, brillante, que atraía las miradas cuando le veían pasar ante ellos en el comedor, en el aula y en la capilla, «como si fuera el mismo Apolo el que atravesara la sala», escribe Schwab.

«Mis insuperables y agobiantes debilidades harían que nunca pudieras ser feliz conmigo», le dice en una de las últimas frases de la última carta. Hölderlin encubre su frialdad tras una máscara de hombre torturado. Porque frío es el comentario que le hace a su madre sobre la ruptura: «Tengo buena conciencia, y sé consolarme con mis libros. ¡Es maravilloso!». Y cuando, un año más tarde, le llegue la noticia de que Luise va a casarse, Hölderlin escribe entonces a su madre —con la misma frialdad—: «La pobre criatura seguía pensando en mí, por lo que me han dicho en varias ocasiones, y si no me hubiera acompañado entonces la sagacidad de mis veintiún años, no hay duda de que habría vuelto a recaer».

VI

LOS AÑOS DE TUBINGA: PRIMERA ETAPA DE PLENITUD

El duque Ulrich von Württemberg fundó en 1536 el *Tübinger Stift* para que los jóvenes aprendieran el nuevo credo luterano. Desde entonces hasta nuestros días, el Seminario de Tubinga ha funcionado sin interrupción. Del primitivo monasterio de monjes agustinos en que se instaló el Seminario queda sólo la iglesia. Los altos muros blancos, coronados por dos filas de buhardillas sobre el tejado rojo son del siglo XVIII, en el que el duque Karl Eugen von Württemberg emprendió una vistosa reconstrucción. Muy cerca está el Neckar; tan cerca que los seminaristas han tenido en todo tiempo góndolas —*Stocherkähne*— para desplazarse por la ciudad. Hoy tienen dos —*Eloísa* y *Abelardo*—, en las que pasean a los visitantes del Seminario a cambio de unas monedas con que completan su ajustado *Stipendium*.

De los dieciocho a los veintitrés años, Hölderlin vivió en el Seminario de Tubinga. En los tiempos de Hölderlin —y también en nuestros días—, entre los profesores y los estudiantes, y casi equidistantes de unos y de otros, estaban los auxiliares (*Repetenten*), jóvenes seminaristas que acababan de licenciarse. En aquella época, los *Repetenten* eran todos varones; hoy son jóvenes pastores de ambos sexos que están a la espera de un destino parroquial. En estos primeros cursos del siglo XXI, los estudiantes no alcanzan los dos centenares; el número de *Repetenten* suele rondar la decena. Dirigía —y dirige— el Seminario un *Ephorus*. Para ejercer el cargo se ha nombrado siempre un destacado teólogo protestante. Cuando Hölderlin estudió en el Seminario, el *Ephorus* era el pastor Christian Friedrich Schnurrer, hombre apacible y comprensivo, según los testimonios que se han conservado. En el año 2005 se ha nombrado *Ephorus* al joven doctor Volker Henning Drecoll, que es también profesor de Historia de la Iglesia en la Universidad de Tubinga.

Las clases del Seminario eran de dos tipos, llamados *locus* y *repetitiones*. La primera denominación procedía de la expresión *locus post locum*: las explicaciones tenían que desarrollarse conforme a los compendios, párrafo tras párrafo, «lugar tras lugar». Las *repetitiones* eran más flexibles. No sólo porque las clases no estaban sometidas a una pauta tan rígida, sino sobre todo por el hecho de que estaban encomendadas a *Repetenten*, que, por la cercanía de edad con los estudiantes, hablaban con ellos con mayor confianza y de los temas que realmente les interesaban.

No se ha podido reconstruir íntegramente la enseñanza que recibió Hölderlin, ni en cuanto a las materias ni en cuanto a los profesores. Se sabe que recibió clases del profesor Christian Rößler, que explicaba historia contemporánea de la Iglesia, y del profesor Johann Friedrich Flatt, que dedicó el curso a *De natura deorum* de Cicerón. Hölderlin asistió también a las clases del *Ephorus* Schurrer, y como todos sus condiscípulos, debió de disfrutar en ellas. Schnurrer se quedaba voluntariamente al margen de las enconadas discusiones teológicas de la época: él enseñaba *exégesis etimológica*. Se sentía más filólogo que teólogo. Su única preocupación era descubrir las versiones más fiables de los textos bíblicos. Para ello iba pasando con soltura de los textos caldeos a los textos arameos y hebreos.

Pero las clases que a los estudiantes del *Stift* les resultaban más apasionantes eran las que impartían algunos de los *Repetenten*. Dos de ellos fueron decisivos en la formación de Hölderlin: Christoph Gottfried Bardili y Carl Philipp Conz. Bardili explicó el uso de la literatura profana en la predicación teológica. Conz dedicó el curso a las tragedias de Sófocles. Pero quien abrió un horizonte intelectual más amplio al joven Hölderlin fue el *Repetent* Carl Immanuel Diez, de un kantismo, más que apasionado, furioso —*Kantianer enragé*, le llamaban—, que trató de acabar con la aversión a Kant que era postura oficial del Seminario. No lo consiguió, pero sí al menos que un filósofo tan tradicional como el profesor Flatt llegara a aceptar algunos postulados de la filosofía kantiana.

De los tiempos de Hölderlin a los actuales, el régimen del Seminario ha cambiado por completo. Los seminaristas vestían entonces de negro, las comidas en la lóbrega *Speisesaal* eran a la vez sesiones de rezo y meditación, y cualquier falta de conducta era sancionada con días de encierro en celdas de castigo. Hoy hay una tabernita —el *Weinkeller*— en el sótano del Seminario, y hay baile los días de fiesta en la galería porticada de la primera planta. Desde el bajorrelieve con su perfil en bronce, el joven Hölderlin mira asombrado cómo cambian las cosas.

Los seminaristas tenían reconocido un rango social destacado, hasta el punto de que el pueblo estaba obligado a saludarles. Un maestro de

un colegio femenino de Tubinga pasó junto a Hölderlin sin saludarle, y el poeta le arrancó el sombrero de un manotazo. El exceso le valió a Hölderlin seis horas de calabozo. Sería un episodio intrascendente si no revelara cierta propensión a reacciones coléricas.

La enseñanza del *Stift* ha estado en todo tiempo —en los de Hölderlin y en los actuales— especializada en filosofía, en lenguas clásicas y en música sacra. La filosofía que se enseñaba en otro tiempo era muy distinta de la que interesaba a los seminaristas. Hoy está más al día. Hölderlin y sus compañeros leían clandestinamente a Kant, cuya obra se estaba haciendo, no muy lejos de allí, en esos mismos años. La única filosofía que existía para los profesores era la escolástica protestante. «Sólo hay que decir *Tübinger Stift* —escribió maliciosamente Nietzsche— para saber lo que ha sido, en el fondo, la filosofía alemana: una astuta teología encubierta».

La vocación poética de Hölderlin se desarrolló, en las aulas y los patios, en largas conversaciones con otros dos seminaristas poetas: Christian Neuffer y Rudolf Magenau, algo mayores que él. Juntos hicieron una alianza poética, un *Dichterbund*, como era frecuente entre los poetas ilustrados. A la alianza la llamaron *Aldermannsbund*. *Alderman* es una palabra inglesa que significaba entonces y significa hoy, porque es de uso común, concejal. Pero los tres poetas la tomaron del ensayo de Klopstock *La república ilustrada* (*Gelehrtenrepublik*): los *Aldermänner* eran los dirigentes de esa utópica república, que actuaban movidos por los ideales revolucionarios de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Aunque Hölderlin conocía a Magenau de los tiempos de Maulbronn, la relación entre ellos apenas sobrevivió a los años del Seminario. Magenau era socarrón y desconfiado, y esos rasgos se avenían mal con el carácter espontáneo y apasionado de Hölderlin. Además, Magenau tenía aversión a la filosofía de Kant. Hay una carta muy posterior a los años de convivencia en Tubinga, en que Magenau le dice a Neuffer: «Como *Hyperion* tenga el más remoto tufo kantiano, no pienso ni echarle una ojeada». Magenau llevó una sosegada vida de párroco rural que no tuvo ningún punto en común con la atormentada existencia de Hölderlin.

La amistad de Hölderlin y Neuffer duró sin embargo toda la vida lúcida del poeta. Las cartas a Neuffer son las más abundantes del epistolario de Hölderlin —dejando a un lado las cartas familiares, las dirigidas a su madre y a su hermano Karl—. Neuffer era apasionado, como Hölderlin, pero extremadamente paciente. Hay una carta tardía, de agosto de 1798, en que Hölderlin se excusa de alguna salida de tono que no conocemos: «Me alegra, muy querido amigo, que no hayas tomado a mal esas pequeñas miserias mías. Si alguna vez el destino me premia con paz y alegría, quisiera estar a tu disposición con todas mis

fuerzas. A ti, que fuiste el primero en enseñarme la felicidad de la amistad, tengo que darte todo lo que los hombres pueden exigirse los unos de los otros: espíritu, hechos y una amabilidad cordial (*Geist und Tat, und herzliche Gefälligkeit*). ¡Querido amigo! ¿También honras tú, como yo, aquellos tiempos de nuestra recíproca delicadeza? Las personas que se han querido alguna vez, como nosotros, tienen que ser capaces de todo lo hermoso y todo lo grande, si se comprenden de verdad y pasan por alto todas las mezquindades que se interponen entre ellas».

Neuffer, de más alta extracción social que Hölderlin y con mejores relaciones, tuvo la generosidad de abrir al poeta todos los caminos que pudo. Gracias a Neuffer publicó Hölderlin sus primeros poemas. Además, la madre de Neuffer era griega, que para Hölderlin era lo máximo que se podía ser. «Mujer extraordinaria» (*seltne Frau*) la llama el poeta en alguna carta dirigida al hijo. Muchas tardes escuchó Hölderlin, embelesado, a aquella señora griega —que se llamaba Maria Magdalena Pelargus— mientras le contaba cosas de la Grecia «real», la Grecia de entonces —no la clásica—, que el poeta tuvo muy en cuenta al escribir su *Hyperion*.

La vocación eclesiástica de Neuffer fue tan escasa como la de Hölderlin, pero no tuvo el mismo valor para huir de ella. Neuffer fue primero predicador de un asilo de ancianos de Stuttgart y luego, con grandes torturas espirituales, párroco de Wertheim y de Ulm. Logró culminar su mayor ilusión: traducir la *Eneida* al alemán. Sus propios versos lograron cierto éxito popular en una recopilación que se editó cuando ya iba bien avanzado el siglo XIX: *Poemas líricos selectos* (*Auserlesene lyrische Gedichte*). Hölderlin dedicó a su amigo un poema —«A Neuffer» (*An Neuffer*)—, que es de los pocos que escribió en Waltershausen. Más tarde se hablará de este poema.

La alianza poética —el *Dichterbund*— que selló Hölderlin con Neuffer y Magenau tuvo su correlato musical en el grupo que formó el poeta con Gentner, Jakob Märklin y Philipp Rehfues. Este último recordaría, muchos años después, esas veladas en que interpretaban las partituras que, copiadas a mano, y con la tinta aún fresca, llegaban al *Stift* con las grandes composiciones de la época. «Curiosamente no recuerdo a ninguno de los que intervenían en esas interpretaciones musicales más que al desdichado Hölderlin —escribió Rehfues—. Él tocaba el primer violín, y yo, como primer soprano, me sentaba junto a él. La armonía de sus rasgos, la dulce expresión de su rostro, su hermosa estatura, su cuidadísimo atuendo, siempre limpio, y esa inefable expresión de dignidad que elevaba todo su ser, son cosas que no he podido olvidar a pesar del largo tiempo que ha transcurrido desde entonces. Hölderlin tenía diez, o quizá más de diez años que yo. Nunca tuve una relación inmediata con él; ni entonces ni en ningún momento

posterior. No he vuelto a verle. Pero en mi memoria perdurará siempre aquella escena en que Hölderlin, con el violín en la mano, hacía un leve gesto dirigido a mí, que significaba que era el momento en que yo debía empezar el canto».

Los primeros poemas de Hölderlin escritos en el Seminario son poemas intimistas, desesperanzados. «Breves derramamientos de mi mal humor», dirá en una carta enviada a su hermano Karl en 1789. El poeta está aún recluido en sí mismo por gruesos muros interiores de contención. Muy pronto quebrará esos muros un poderoso torrente, la revolución venida de Francia que inundará la intimidad solitaria del poeta y le convertirá en un cantor épico de la humanidad a través de los *Himnos*.

Quizá los más representativos de los poemas primeros escritos en el Seminario sean «Ansia furiosa» (*Zornige Sehnsucht*) y «A la calma» (*An die Ruhe*), porque reflejan fielmente el espíritu de Hölderlin, siempre corroído por la insatisfacción y en permanente búsqueda de quietud. El primero no tiene altura poética, pero revela una espontaneidad que le da un particular valor biográfico:

No aguanto más. Dar siempre, siempre
esos pasos de niño, como un preso,
cortos pasos medidos,
diariamente. No aguanto más.

Es inhumano. ¿Es lo mío? No lo soporto.
Me seduce el laurel. La calma no me hace feliz,
en los peligros se pone a prueba el hombre,
las penas alzan el pecho de los jóvenes.

¿Qué soy para ti, qué soy, oh patria mía?
Soy un niño de pecho, al que llorosa,
su madre, sin esperanza alguna en la mirada,
balancea en sus brazos compasivos.

No me consuela nunca una copa de vino,
ni la mirada amable de la mujer coqueta.
¿Tendrá que acecharme siempre la tristeza?
¿Me destruirá siempre esta ansia furiosa?

¿Qué es para mí una palmada confiada del amigo?
¿Qué es para mí el saludo amistoso de la primavera?
¿Qué es para mí la sombra de la encina? ¿Qué
la vid en flor, el aroma del tilo?

Oscuro maná: no te disfrutaré,
copa amistosa de tan bellos reflejos,
hasta que logre culminar mi obra,
hasta que atrape mi primer laurel.

Es grande el juramento. Lo prueban
en mis ojos las lágrimas. Y si logro cumplirlo
también yo gritaré de alegría, entre los más dichosos,
y tu sonrisa, oh mundo, será mi maravilla.

Ich duld es nimmer! ewig und ewig so
Die Knabenschritte, wie ein Gekerkerter
Die kurzen vorgemeßnen Schritte
Täglich zu wandeln, ich duld es nimmer!

Ists Menschenlos – ists meines? ich trag es nicht,
Mich reizt der Lorbeer, – Ruhe beglückt mich nicht,
Gefahren zeugen Männerkräfte,
Leiden erheben die Brust des Jünglings.

Was bin ich dir, was bin ich, mein Vaterland?
Ein siecher Säugling, welchen mit tränendem,
Mit hoffnungslosem Blick die Mutter
In den gedultigen Armen schaukelt.

Mich tröstete das blinkende Kelchglas nie,
Mich nie der Blick der lächelnden Tändlerin,
Soll ewig Trauern mich umwolken?
Ewig mich töten die zornge Sehnsucht?

Was soll des Freundes traulicher Handschlag mir,
Was mir des Frühlings freundlicher Morgengruß,
Was mir der Eiche Schatten? was der
Blühenden Rebe, der Linde Düfte?

Beim grauen Mana! nimmer genieß ich dein,
Du Kelch der Freuden, blinkest du noch so schön,
Bis mir ein Männerwerk gelinget,
Bis ich ihn hasche, den ersten Lorbeer.

Der Schwur ist groß. Er zeuget im Auge mir
Die Trän, und wohl mir, wenn ihn Vollendung krönt,
Dann jauchz auch ich, du Kreis der Frohen,
Dann, o Natur, ist dein Lächeln Wonne.

El segundo poema, «A la calma», de más vuelo literario, está escrito inmediatamente después del anterior, lo que es revelador de los cambios de ánimo del poeta.

El saludo del gallo me despierta, con su son de clarín,
y te bendigo, oh propicia; y ahora
al feliz mediodía, ha sonado la hora
en que debo elevar mi canto de alabanza.

Confortadora, como el sillón de casa
con que sueña el soldado en el fragor guerrero,
cuando ceden sin fuerzas sus brazos malheridos
y se ha roto la espada sumergida en la sangre,

así eres tú, oh calma, que con tanta amistad me das consuelo.
Tú das al desdeñado la fuerza del gigante,
que por ti desafía los rostros orgullosos
y las silbantes lenguas de las víboras.

En valles de violetas con bosques sombreados
se adormece, y dulces ilusiones
del futuro le embriagan, y juegan junto a él
aleteando con ropas de inocencia.

La calma hechizadora enseña a los que duermen
a enarbolar la antorcha dentro del laberinto,
y a alzar raudamente la bandera
donde la oscuridad le acecha con fiereza.

Se levanta, desciende por el arroyo abajo,
se acerca a su cabaña, y mira: la obra divina
ha germinado ya en su alma grande.
Un año más y la tarea culmina.

Lleno de gozo el hombre te levanta,
a ti, oh calma, don del cielo, un altar.
Satisfecho sonríe, y espera; como el sol que se aleja
él también se hundirá en el más largo sueño.

Después, el nieto se apresura a su tumba,
con un escalofrío. Va a la tumba de un sabio,
de un hombre que feliz, mecido por el canto
suave de los chopos, en una isla reposa.

Vom Gruß des Hahns, vom Sichelgetön' erweckt,
Gelobt' ich dir, Beglückerin! Lobgesang,
Und siehe da, am heitern Mittag
Schläget sie mir, der Begeist'rung Stunde.

Erquicklich, wie die heimische Ruhebank
Im fernen Schlachtgetümmel dem Krieger deucht,
Wenn die zerfleischten Arme sinken,
Und der geschmetterte Stahl im Blut liegt –

So bist du, Ruhe! freundliche Trösterin!
Du schenkest Riesenkraft dem Verachteten;
Er höhnet Dominiksgesichtern,
Höhnet der zischenden Natterzunge.

Im Veilchental, vom dämmernden Hain umbraust,
Entschlummert er, von süßen Begeistrungen
Der Zukunft trunken, von der Unschuld
Spielen im flatternden Flügelkleide.

Da weiht der Ruhe Zauber den Schlummernden,
Mit Mut zu schwingen im Labyrinth sein Licht,
Die Fahne rasch voranzutragen,
Wo sich der Dünkel entgegenstemmet.

Auf springt er, wandelt ernster den Bach hinab
Nach seiner Hütte. Siehe! das Götterwerk,
Es keimet in der großen Seele.
Wieder ein Lenz, – und es ist vollendet.

An jener Stätte bauet der Herrliche
Dir, gottgesandte Ruhe! den Dankaltar.
Dort harrt er, wonnelächlend, wie die
Scheidende Sonne, des längern Schlummers.

Denn sieh', es wallt der Enkel zu seinem Grab,
Voll hohen Schauers, wie zu des Weisen Grab,
Des Herrlichen, der, von der Pappel
Säuseln umweht, auf der Insel schlummert.

La vocación poética se afianza, pero la vocación religiosa se tambalea. Cuando lleva poco más de un año en el Seminario —el 25 de noviembre de 1789— escribe a su madre una carta llena de amargura.

No puede soportar la vida cerrada y clerical. Tan minuciosa y desgarradora debía de ser la descripción de las vivencias, que la madre rompió las primeras páginas de la carta. En la parte que se conserva, Hölderlin escribe las conclusiones: «mi alma y mi cuerpo se están dañando aquí»; «el permanente disgusto, la estrechez, el aire insano y la mala comida están minando mis fuerzas»; «no estoy hecho para los malos tratos, la opresión y el desprecio». Y termina con un ruego, un ruego «razonable y bien meditado»: «impida que las dudas y el temor al futuro me contengan y no dé este paso» —el paso de salir del Seminario—.

Pero la madre no sólo le niega la ayuda a dar el paso, sino que le conmina severamente a quedarse. Y el hijo, siempre respetuoso con su madre, cede. Pocos días después le escribe: «He tomado la decisión de seguir en la situación en que me encuentro. La idea de hacerle pasar horas de preocupación […] me ha movido a obedecerla. El consejo de los padres siempre tranquiliza. Pase lo que pase, siempre tendré ese consuelo».

Pocos días después escribe la carta de ruptura con Luise Nast, la muchacha que conoció en Maulbronn. Es una consecuencia más de la infelicidad que le produce el Seminario. En la carta le habla de «la invencible melancolía que me domina», de «mi disgusto, mis quejas sobre el mundo, de todas las rarezas que se han convertido en mi segunda naturaleza». Hölderlin se anticipa al fracaso de una convivencia con esos ingredientes. Se siente incapaz para el matrimonio.

Pero al poco tiempo recupera el ánimo con la brillante superación del examen de licenciatura. Presenta dos largos trabajos —*Historia del arte griego hasta el final de la era de Pericles* y *Paralelismo entre las* Sentencias *de Salomón y la obra de Hesíodo* Los trabajos y los días— y obtiene la más alta calificación. Ya es *Magister Philosophiae*, y empieza a oír cómo sus vecinos, en los días de verano que pasa en Nürtingen, le llaman respetuosamente *Herr Magister*.

Resulta muy significativo que Hölderlin eligiera como tema de uno de los trabajos de licenciatura la historia del arte griego. En aquella época —y desde hacía varios siglos, cuando se produjo la invasión turca— las fronteras de Grecia eran infranqueables. Los autores que cita Hölderlin en su trabajo —Winckelmann, Köppe, Le Fèvre— no pudieron ir a Grecia a estudiar los vestigios de la arquitectura y la literatura griega sobre los que escribieron. Esa circunstancia contribuía decisivamente a la idealización del país y de su cultura. En Hölderlin, la idealización de Grecia llegó al grado más alto.

Llama la atención, en la lectura de esa *Historia del arte griego* del joven Hölderlin, cómo el poeta ha destacado ya, en este texto tan temprano, a los autores que admirará, sin desmayo, a lo largo de su vida: Platón, Homero, Sófocles y Píndaro. De Píndaro escribe: «Estoy tenta-

do de afirmar que su *Himno* es el *summum* del arte poética». También llama la atención la idea que tiene Hölderlin de una cultura griega absolutamente compacta y unitaria. En las primeras frases del trabajo de licenciatura escribe: «Grecia es, indiscutiblemente, la patria de las bellas artes. Por ello, el nacimiento y el desarrollo del arte en el seno de un pueblo tan evolucionado resultan tan atractivos. Eso no bastaría, por sí solo, para atraer el interés por la historia del arte griego. También el filósofo, el historiador político y el psicólogo encuentran en el arte griego materia de reflexión. Porque, lo que llama la atención desde el principio, es la influencia que el arte ejerce sobre el espíritu nacional de los griegos. Llama la atención que los legisladores, educadores, guerreros y sacerdotes se inspiren en sus venerados poetas, que utilicen con fines políticos y religiosos las obras inmortales de sus escultores, que el sentido de la belleza de sus artistas influya incluso en la felicidad de los individuos, y que todo y todos hayan vivido gracias al arte, que se expresó con una fuerza y una amplitud que no se habían alcanzado hasta entonces ni se alcanzarían en el futuro».

Pero la despedida del Seminario de Tubinga había sido sólo provisional. Aún le faltan dos años para preparar el *Konsistorialexamen* que le habilitará para ejercer como pastor. Antes de empezar el nuevo curso, Hölderlin viaja a la cercana ciudad de Stuttgart para visitar al poeta Gotthold Stäudlin, doce años mayor que él, autor de poemas de tono hímnico y editor de la revista *Schwäbischer Musenalmanach*. Stäudlin, que conoce por otros alumnos del Seminario los poemas de Hölderlin, le expresa su admiración y le pide que colabore en la revista. Es la primera vez que el joven poeta ve reconocido el valor de sus versos y se llena de entusiasmo. Stäudlin es un hombre sencillo, que simultanea dificultosamente su trabajo jurídico con la poesía, y Hölderlin ve en él la imagen paterna y protectora que siempre le ha faltado. No se conservan las cartas que se enviaron, pero sí referencias a Stäudlin, siempre llenas de respeto, en las cartas que Hölderlin envía a sus amigos. Cuando Stäudlin, perseguido por revolucionario, desterrado de Württemberg y sometido a una rigurosa prohibición de publicar se suicide arrojándose al Rin, en septiembre de 1796, Hölderlin sentirá con dolor una tercera orfandad.

El joven *Herr Magister*, con el entusiasmo que le produce sentirse reconocido como poeta, se enamora por segunda vez. Tampoco ahora se ha alejado para enamorarse: Elise Lebret es hija del rector del Seminario. Es muy significativo que el primer poema que le dedica se titule «Mi curación» (*Meine Genesung*). Hölderlin toca la flauta travesera, y canta, canta una canción que ha compuesto, de la que no se conserva la música —grave pérdida—, pero sí la letra, que empieza

Es tan dulce la muchacha de Suabia,
que no hay otra igual en todos los confines,
se alegran los ángeles del cielo
por lo sensible que es su corazón […]

So lieb wie Schwabens Mägdelein
Gibts keine weit und breit,
Die Engel in dem Himmel freun
Sich ihrer Herzlichkeit […]

Todo está preparado, en el ánimo del poeta, para que brote de su pluma, a pesar de las calamidades del Seminario, su primera obra de importancia, los *Himnos*. Pero aún tiene que llegar una noticia fabulosa del país vecino: ha estallado la Revolución.

VII

LOS *HIMNOS DE TUBINGA*: EL ECO DE LA REVOLUCIÓN

En el mismo verano en que las masas enfervorizadas tomaban al asalto la cárcel de la Bastilla, Friedrich Hölderlin recibía clases de flauta travesera del flautista ciego Friedrich Ludwig Dulon. Dulon era un compositor eminente y un virtuoso cuya fama se extendía por toda Europa: que accediera a enseñar a Hölderlin era una prueba de las dotes musicales del discípulo.

Pero más relevancia que las clases de Dulon tendría en la vida de Hölderlin ese otro acontecimiento que se producía lejos de él: la Revolución francesa. La vida entera del poeta estuvo en relación constante con las ideas y los avatares del país vecino. El año que se cierra definitivamente la Revolución, ese año de 1804 en que Napoleón se impone a sí mismo —ante la mirada, entre resignada y complacida, del papa— la corona de emperador, se cierra también la vida lúcida de Hölderlin.

El eco de la revolución sacudió inmediatamente a los seminaristas de Tubinga. El duque Karl Eugen sólo tardó unos meses en acudir al *Stift*. El cinco de noviembre de 1789 reunió al director y a todos los profesores. La consigna fue clara y tajante: había que reprimir con rapidez y contundencia el contagio de las ideas revolucionarias. En el libro-registro de alumnos empieza a repetirse, junto a los nombres, un adjetivo, *demokrat*, y junto a él la consecuencia: *reiectus* —expulsado.

Pero la adhesión de Hölderlin a la Revolución francesa tiene dos fases claramente delimitadas por el episodio del Terror. *La Terreur* y sus ejecuciones empiezan en junio de 1793, que es cuando Hölderlin hace el examen final del Seminario, aprueba y se vuelve a la casa familiar de Nürtingen. Hasta esa fecha, Hölderlin es un jacobino más —uno de tantos jacobinos alemanes—, pero a partir de esa fecha deja de creer en la Revolución francesa, y empieza a creer —o a esperar más bien— que los Estados alemanes —y Europa entera— irán evolucionando por sí

mismos hacia la libertad. Hölderlin no deja de ser revolucionario: pero hasta mediados de 1793 es un revolucionario francés y desde mediados de 1793 es un revolucionario utópico.

En junio de 1792, Hölderlin escribía a su hermana desde el Seminario de Tubinga: «Reza por los franceses, por los defensores de los derechos humanos». Cinco meses después le dice a su madre: «Si fuera preciso ofrecer por la patria la sangre y la hacienda, lo haría. No hay cosa más dulce y grande. Es conmovedor el hecho de que, para entrar en el ejército francés, los jóvenes hagan grandes colas».

Pero al año siguiente Hölderlin cambia, al compás de los acontecimientos que se producen en Francia. El poeta —quizá por ser poeta— no acepta que la Revolución exija ese ingente tributo de sangre. Y deja de asociar la evolución de Alemania a la evolución de la Revolución francesa. La razones que tenía Hölderlin para desligarse de la Revolución eran muy claras, y no se limitaban a los ríos de sangre que habían brotado del Terror: las Guerras de Coalición habían resultado simples guerras de invasión militar; los generales franceses no tenían intención alguna de extender la libertad a las tierras conquistadas: no pretendieron siquiera derrocar a los tiranuelos que estaban al frente de los pequeños Estados alemanes.

De modo que la adhesión de Hölderlin a la Revolución francesa está perfectamente acotada a los años en que vivió en el Seminario de Tubinga. Y allí escribió los primeros himnos, los que se han llamado *Himnos de Tubinga*. Son una exaltación de los ideales que llegaban del otro lado del Rin.

Hay una carta de Hölderlin a su hermano, de finales del verano de 1793, que echa el cierre a la primera etapa: en ella no aparecen ni Francia ni los franceses; ni siquiera la Revolución. La inquieta espera se ha convertido en una serena esperanza. Hölderlin no confía ya en que el fuego francés se propague por los pueblos y las ciudades alemanas. Sigue apegado, como no, a los ideales de libertad, de igualdad y de fraternidad, sigue apegado a la utopía revolucionaria, pero se ha desvinculado de la marcha de los acontecimientos.

En esa carta hay una extraña conjunción de apasionamiento y calma. Y también de decepción: la victoria sobre la tiranía no es —como hasta entonces pensaba— inminente. «Algún día llegará la libertad». Quizá «en los siglos venideros» (*in den kommenden Jahrhunderten*). Pero hay «un mundo mejor en camino» (*eine bessere Nachwelt*). Y no por estar lejana la victoria queda el poeta al margen de ella: «Ésta es la sagrada meta de mis deseos y mis actos —escribe en la misma carta—: despertar en nuestro tiempo la semilla que madurará en el futuro».

A la decepción que le produce la evolución de Francia se une la decepción que le producen sus compatriotas. «Los alemanes no están

a la altura de lo que exige la forma republicana», le escribe a Neuffer. «He renunciado a buscar nada en este pueblo», dice Hölderlin por boca de Hiperión. Y la primera estrofa del poema «A los alemanes» (*An die Deutschen*) termina con el famoso verso en que Hölderlin acusa a sus compatriotas de ser

> en ideas ricos y en acciones pobres
>
> *Tatenarm und gedankenvoll.*

Pero en esta segunda etapa, el ideal revolucionario no se transforma en la obra de Hölderlin —como más de algún autor ha sostenido— en un mero tema literario. El poeta estuvo siempre dispuesto «a tirar la pluma por debajo de la mesa», como escribió en una ocasión. «Si nos llaman deberes que nos resultan verdaderamente sagrados a los dos —le escribe a Neuffer en una fecha ya tardía: el 3 de julio de 1799—, entonces haremos una bella ofrenda a la necesidad, y abandonaremos el amor a las musas». Y a su madre, en carta de esos mismos días, le habla de «ciertos acontecimientos posibles de los que yo debo ocuparme con todas mis fuerzas», y le pide que dé «ejemplo de coraje». Por esas mismas fechas, Hölderlin está reelaborando la tragedia *Empédocles*, y en ella habla de «la muerte purificadora». No pretende hacer retórica.

Como los ideales revolucionarios de Hölderlin se desvinculan de la marcha de la Revolución francesa y no pueden encarnarse en tierras alemanas, empiezan a flotar en tierra de nadie: aunque Hiperión dice que «la nueva unión de los espíritus no puede vivir en el aire», lo cierto es que el ideario de Hölderlin —y de sus correligionarios— se va desviando, literalmente, hacia la utopía, hacia un *no lugar*. Hegel le escribe a Schelling: «Razón y libertad siguen siendo nuestro lema; y nuestro punto de unión es la iglesia invisible». Y en una carta a Ebel, Hölderlin habla de «la iglesia invisible en lucha» (*unsichtbare streitende Kirche*). La expresión no tiene el más remoto significado teológico. Es consecuencia sólo de la desorientación geográfica de los revolucionarios. Francia ha dejado de ser el modelo. La República de Suabia ha dejado de ser la meta. A los revolucionarios alemanes se les ha roto la brújula.

Topos y *utopía*, acción y reflexión, espera y esperanza: eso es lo que separa los primeros himnos de Hölderlin —los que escribe entre 1790 y 1793, es decir, en los últimos años del Seminario en Tubinga— y los himnos tardíos —los que escribe entre 1801 y 1803, los últimos años que pasó en Nürtingen.

El engarce temático de los *Himnos de Tubinga* es el mito de las dos edades de oro —tan recordado en esos años finales del siglo XVIII—: hubo una remota edad en que reinaba la armonía, vino luego un tiempo

de caos, y de nuevo ha de venir una edad en que el mundo esté presidido por la armonía. Pero el mismo mito de las edades de oro tiene un sentido distinto según cada autor: en Novalis prevalece el aspecto moral, y en Hölderlin, el político. Para el primero, el caos entre ambas edades es el alejamiento de Dios, y para Hölderlin la tiranía de los príncipes. Y si para Novalis el camino hacia la nueva edad de oro han de trazarlo los poetas, para Hölderlin han de abrirlo los héroes.

Por encima de todos los ideales —fraternidad, belleza, libertad, audacia…— a los que Hölderlin va dedicando los himnos, el poeta sitúa la armonía:

> Pero es a ti a quien entre todas he elegido,
> desde que, estremecido, te divisé a lo lejos.
> Temblando te he jurado amor,
> reina del mundo.
>
> *Doch vor allem hab ich dich erkoren,*
> *Bebend, als ich ferne dich ersah,*
> *Bebend hab ich Liebe dir geschworen,*
> *Königin der Welt!*

La armonía es la diosa que logra conjurar el caos —ese caos en el que, con sensibilidad romántica, los jóvenes de entresiglos ven sumido el mundo—:

> Dominando las olas del antiguo caos
> esbozas majestuosamente una sonrisa;
> y los seres salvajes vuelan hacia ti
> y se aman, con solo una llamada tuya.
> Felices en la hora bendita de la unión
> los seres se entrelazan los unos a los otros.
> En los cielos y en toda la redondez del mundo
> te contemplas, maestra, a ti misma en imagen.
>
> *Thronend auf des alten Chaos Wogen,*
> *Majestätisch lächelnd winktest du,*
> *Und die wilden Elemente flogen*
> *Liebend sich auf deine Winke zu.*
> *Froh der seligen Vermählungsstunde*
> *Schlangen Wesen nun um Wesen sich,*
> *In den Himmeln, auf dem Erdenrunde*
> *Sahst du, Meisterin! im Bilde dich.*

Pero a la armonía originaria le sigue la «lóbrega noche» (*dumpfe Nacht*), en que dominan «la locura y el orgullo» (*Wahn und Stolz*), «la arrogancia» (*Übermut*), «la larga discordia» (*langer Zwist*), «las bajas pasiones» (*niedre Gier*).

El poeta atisba a lo lejos la nueva edad de oro, y se dirige a ella y le pide que apresure su llegada:

> Apresúrate, oh apresúrate, nueva hora de la creación.
> Sonríe, dulce edad de oro.
>
> *Eil, o eile, neue Schöpfungsstunde,*
> *Lächle nieder, süße güldne Zeit!*

Los últimos *Himnos de Tubinga* tienen un tono arrebatado de arenga. Hölderlin convoca a los «millares de héroes» (*Tausende Helden*), a los «hijos audaces» (*kühne Söhne*), a «los jóvenes que, como dioses, son buenos y grandes» (*Jünglinge, wie Götter, gut und groß*), a «los hijos leales de la tierra» (*treue Erdesöhne*), a la «estirpe fraterna» (*brüderliches Geschlecht*), a «los vengadores de la patria» (*Vaterlandes Rächer*). Tienen que «emprender el camino valiente» (*die kühne Bahn*), «peregrinar triunfantes hacia el mundo mejor» (*wallen im Triumphe nach der bessern Welt*), porque «empieza la cosecha del gran día» (*die Ernte großer Tag beginnt*).

> Decidme, ¡oh hermanos!, ¿acaso puede retrasarse esta hora?
> ¡Hermanos! Por los miles de hombres que claman,
> por los nietos, que crecen en la infamia,
> por todas las nobles esperanzas,
> por los bienes que nos colman el alma,
> por la fuerza divina que hemos heredado,
> ¡Oh hermanos! Porque la fuerza del amor lo exige,
> ¡despertad!
>
> *Nun, o Brüder! wird die Stunde säumen?*
> *Brüder! um der tausend Jammernden,*
> *Um der Enkel, die der Schande keimen,*
> *Um der königlichen Hoffnungen,*
> *Um der Güter, so die Seele füllen,*
> *Um der angestammten Göttermacht,*
> *Brüder ach! um unsrer Liebe willen,*
> *erwacht!*

Hölderlin no concibió los *Himnos de Tubinga* como una obra unitaria, y los poemas no se publicaron tampoco a la vez: tres de ellos apa-

recieron en el *Musenalmanach fürs Jahr 1792*, y luego otros seis en la *Poetische Blumenlese fürs Jahr 1793*. En esos años, el director de ambas revistas, Gotthold Stäudlin, empezaba a sufrir la persecución que le llevaría a la muerte, y encomendó a Schiller la publicación de los últimos poemas, que aparecieron en *Thalia*. Al no haberse concebido como obra unitaria, no hay un himno que ponga intencionadamente fin al conjunto. El último que escribió Hölderlin —lo empezó en Tubinga y lo acabó ya en Waltershausen— es «Grecia» (*Griechenland*), y este poema —lo pretendiera o no el autor— suele servir como cierre: porque Grecia es, para el poeta, la tierra en que se encarnan los ideales revolucionarios, la tierra de la libertad y de la armonía. Como dice el propio poema, Grecia es el país donde arden

> coraje y amor en todos los corazones
>
> *Mut und Liebe dort in jeder Brust.*

Los *Himnos* no fueron bien acogidos. August Schlegel dijo de ellos que eran una «inacabable retahíla de rimas» (*endlose Reimereien*), y el propio Hölderlin se excusó de ellos en una carta a Schiller: no eran más que un paso necesario en su evolución poética. Probablemente tenía razón.

VIII

UN DORMITORIO A SALIENTE Y LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Cuando Hölderlin volvió del viaje a Stuttgart —donde visitó al poeta Stäudlin— y se reincorporó al *Tübinger Stift*, le dieron una nueva habitación, más amplia y luminosa que la que había ocupado en los dos años anteriores. Estaba en el segundo piso y orientada a saliente. Le alegró que tuviera esa orientación, no sólo porque vería amanecer, sino también porque su casa de Nürtingen estaba en esa dirección, y así se sentiría más cerca de los suyos.

La misma habitación la iba a ocupar, en adelante, un compañero de su misma edad: Friedrich Hegel. Meses más tarde llegaría un muchacho más joven, de sólo quince años, a vivir en aquel cuarto del segundo piso: Friedrich Wilhelm Schelling. Lo que, unas décadas más tarde, sería uno de los más importantes capítulos de la historia de la filosofía alemana —e incluso de la filosofía universal—, era sólo, en aquellos años, un dormitorio que compartían tres jóvenes internos.

La amistad entre Hölderlin y Hegel fue inmediata. Juntos charlaron inacabablemente en todos los rincones del Seminario, y juntos pasearon por los caminos ondulados que rodean la ciudad de Tubinga. Su excursión favorita consistía en llegar hasta la ermita situada en lo alto de una colina, la *Wurmlinger Kapelle*: una pequeña construcción barroca, rodeada de viñedos, a la que se accede por un serpenteante vía crucis trazado en el siglo XVII.

Era frecuente en esa época que todos, jóvenes y mayores, tuvieran un *Stammbuch*: un álbum o libro de recuerdos con frases o dedicatorias de los amigos. Hegel le pidió a Hölderlin, a los pocos días de convivir en el *Stift*, que escribiera algo en él, y el poeta escribió unos versos de la *Ifigenia en Tauris* de Goethe: *Lust und Liebe sind /die Fittige zu großen Taten* —«La ilusión y el amor son / las alas que conducen a las grandes hazañas»—. Es revelador que Hölderlin eligiera esas palabras:

sentía que tenían «grandes hazañas» que realizar en común. Una parte de esas «grandes hazañas» consistía en llevar a la realidad alemana los ideales revolucionarios que llegaban del país vecino. La otra parte era más intelectual: consistía en construir un nuevo pensamiento, una nueva filosofía que fuera más allá del maestro común, Kant.

Sin la amistad que se trabó en aquella habitación del Seminario de Tubinga, las trayectorias intelectuales de Hegel, Schelling y Hölderlin habrían sido distintas. Hegel fue para Hölderlin el modelo del «intelectual sereno» —el *ruhige Verstandesmensch* como le llama en una de las cartas—, que desgranaba las ideas con rigor implacable. Schelling, por su parte, le transmitió a Hölderlin una pasión por la literatura griega que arraigó en terreno fértil, porque Hölderlin tuvo, desde los años infantiles en Nürtingen, una especial vocación por las lenguas clásicas. El mundo griego se convirtió para el poeta, ya en esos años finales del Seminario, en el símbolo de la belleza y de la libertad.

Al salir del *Tübinger Stift* sus caminos se separaron: Hegel fue a Berna, Schelling a Leipzig y Hölderlin a Waltershausen. Cuando Hegel, dos años más tarde, emprendía el regreso a Alemania escribió el poema «Eleusis» —el mejor de los pocos que salieron de su pluma, más reflexiva que lírica—, en que concurre la ilusión del reencuentro con Hölderlin, la nostalgia de los días que compartieron en Tubinga y los ideales que tenían en común:

> […]
> Tu imagen se alza ante mí, buen amigo,
> y también la alegría de los días que huyeron,
> muy pronto borrados por la dulce esperanza de volver a
> [encontrarte.
> Ya imagino la escena feliz del abrazo,
> ardiente y deseado; y luego las preguntas, la escena
> del íntimo acecho, para ver
> en qué ha cambiado el amigo, con el paso del tiempo,
> de actitud, de expresión, de sentido,
> con la grata certeza de ver que perdura la vieja alianza,
> más firme y madura, aquella alianza
> que nunca selló un juramento,
> de vivir en la libre verdad, y nunca, nunca
> en la paz con la regla que impone el respeto a opiniones y
> [afectos.
> […]
>
> Se alzan mis ojos al cielo y su bóveda eterna,
> hacia ti, oh brillante amplitud de la noche.

Y el olvido de toda esperanza y deseo
de tu eterna existencia desciende.
(Se pierde el sentido al alzar la mirada.
Lo que llamaba *mío* se esfuma al instante.
En la inmensidad me abandono.
En ella soy todo, y soy sólo.
Vuelve el pensamiento, extrañado,
temiendo el infinito, y su asombro no entiende
la visión en su hondura.
La fantasía acerca lo eterno a los sentidos
y lo enlaza con formas).

[…]

Dein Bild, Geliebter, tritt vor mich,
und der entfloh'nen Tage Lust; dich bald weicht sie
des Wiedersehens süssern Hoffnungen –
Schon mahlt sich mir der langersehnten, feurigen
Umarmung Scene; dann der Fragen, des geheimern
Des wechselseitigen Ausspähens Scene,
was hier an Haltung, Ausdruck, Sinnesart am Freund
sich seit der Zeit geändert, der Gewissheit Wonne,
des alten Bundes Treue, fester, reifer noch zu finden,
Des Bundes, den kein Eid besiegelte,
der freien Wahrheit nur zu leben,
Frieden mit der Satzung
Die Meinung und Empfindung regelt, nie nie einzugehn.
[…]
Mein Aug erhebt sich zu des ew'gen Himmels Wölbung,
Zu dir, o glänzendes Gestirn der Nacht!
Und alles Wünsche, aller Hoffnungen
Vergessen strömts [aus] deiner Ewigkeit herab;
(Der Sinn verliert sich in dem Anschaun,
Was mein ich nannte schwindet,
Ich gebe mich dem Unermeßlichen dahin,
Ich bin in ihm, bin alles, bin nur es.
Dem wiederkehrenden Gedanken fremdet,
Ihm graut vor dem Unendlichen, und staunend faßt
Er dieses Anschauns Tiefe nicht.
Dem Sinne nähert Phantasie das Ewige
Vermählt es mit Gestalt).

Dos versos de este poema —«En la inmensidad me abandono. / En ella soy todo, y soy sólo […]»— son particularmente reveladores de las ideas que compartían Hölderlin, Hegel y Schelling, presididas por el panteísmo, el unitarismo —el ἓν καὶ πάν de Parménides, «todo y uno», fue su consigna—, y «la religión de lo sensible». Ideas de las que cada uno, por distintos caminos, se fue luego distanciando.

Antes de que se produjera ese distanciamiento, los tres amigos, parece que en colaboración —aunque el documento se haya conservado escrito por mano de Hegel—, elaboraron el que se ha llamado «Primer programa del idealismo alemán» (*Das älteste Systemprogramm des Deutschen Idealismus*). El paralelismo entre ese documento —breve, de una sola página escrita en anverso y reverso— y el poema «Eleusis» —del que es rigurosamente contemporáneo— resulta evidente con sólo una lectura superficial. También resulta evidente, por la supremacía que se reconoce a lo estético y lo poético sobre lo estrictamente especulativo, la voz dominante de Hölderlin.

«[...] Quiero advertir que la idea de Estado no existe, porque el Estado es algo *mecánico*, y no existe ni la idea de Estado ni la idea de máquina. Sólo lo que es objeto de libertad se llama idea. Por tanto, ¡tenemos que superar también el Estado! Pues todo Estado se ve obligado a tratar al hombre libre como un engranaje mecánico, y eso es lo que no debe hacerse. Por tanto debe desaparecer. Es evidente que todas las ideas de paz perpetua, etc., no son más que ideas *subordinadas* a una idea superior. Quisiera, al mismo tiempo, consignar los principios de una historia de la humanidad y poner en evidencia todo ese miserable tinglado humano que supone el Estado, la constitución, el gobierno, la legislación […].

»La idea que las resume todas es la de *belleza*, entendida en un sentido superior, platónico. Por otra parte, estoy convencido de que el acto supremo de razón es el que, englobando todas las ideas, es un acto estético, y de que *la Verdad* y *el Bien* sólo están hermanados en la Belleza. El filósofo debe poseer por tanto la misma fuerza estética que el poeta. Los hombres desprovistos de sentido estético practican una filosofía de la sola letra. La ausencia del sentido estético hace que no se pueda ver el espíritu en nada, ni siquiera en la historia. Todo esto revela lo que falta realmente a esos hombres que dicen no entender las ideas, y que confiesan con sinceridad que todo les resulta oscuro, cuando no se trata sólo de esquemas o de listas.

»La poesía adquiere así una dignidad mayor y asume su función primera: la de *instruir a la humanidad*. Pues la filosofía y la ciencia de la historia desaparecerán, y sólo la poesía sobrevivirá a todas las otras ciencias y artes.

»Se oye decir a menudo que las masas necesitan una *religión sensible*. Pero no sólo las masas la necesitan: también el filósofo. Monoteísmo de la razón y del corazón, politeísmo de la imaginación y del arte: eso es lo que necesitamos.

»Ahora hablaría de una idea que, a mi entender, no se le ha ocurrido aún a nadie: necesitamos una nueva mitología, pero esa mitología debe estar al servicio de las ideas, debe convertirse en una *mitología de la razón*.

»Las ideas que no se presentan bajo una forma estética —es decir, mitológica— no tienen interés para *el pueblo*, e, inversamente, una mitología que no sea razonable se convierte, para el filósofo, en motivo de vergüenza. De este modo, tanto los espíritus clarividentes como los que no lo son acabarán por estrechar sus manos, la mitología se hará filosófica —a fin de hacer razonable al pueblo— y la filosofía se hará mitológica —a fin de hacer sensibles a los filósofos—. Y así veremos cómo se instaura entre nosotros la unidad eterna. Se acabarán las miradas despectivas: el pueblo no temblará más ante los sabios y los sacerdotes. Sólo entonces veremos cómo se extinguen de manera uniforme todos los poderes: los poderes individuales y los poderes colectivos. No será necesario reprimir la fuerza: la libertad y la igualdad reinarán en todas partes. Un espíritu superior, enviado por el cielo, fundará esa nueva religión entre nosotros, y será la última y la máxima obra de la humanidad».

El «Primer programa» tiene particular significación como punto de partida de la evolución de sus autores. Esa «mitología de la razón» (*Mythologie der Vernunft*) de que se habla en él —mitología griega, naturalmente— irá encarnándose progresivamente en la obra de Hölderlin, hasta culminar en la novela *Hyperion*. La idea de que el Estado es *el más miserable tinglado humano* (*das ganz elende Menschenwerk*) la desarrollarán Hegel y Schelling: frente a la idea mecanicista del Estado —elaborada en el Renacimiento—, Kant y Fichte se habían orientado a una concepción organicista. El «Programa» vuelve ahora a la idea mecanicista, pero no para reconstruir la idea, sino destruirla. Hay que acabar tanto con el Estado mecanicista como con el organicista —esa República bien organizada jurídicamente que imaginó Kant—, y llegar a la única fórmula posible: el Estado estético —*ästhetische Staat*—, para cuya realización es necesaria una educación de los ciudadanos en la belleza.

El manuscrito del «Primer programa» lo adquirió en una subasta, como obra anónima, la Biblioteca Real de Berlín en el año 1913. Su contenido lo publicó por primera vez el filósofo Franz Rosenzweig en 1917. Desde el momento de la publicación empezaron las discusiones sobre la autoría, discusiones que se han ido inclinando, en distintos

momentos, a favor de uno u otro de los tres compañeros del dormitorio tubingués. En lo que parece que hay unanimidad es en que el título del manuscrito —que lo puso Rosenzweig— le correspondería con más justicia a otro texto: «Juicio y ser» (*Urteil und Sein*), que escribió Hölderlin en 1795. Ese es el verdadero *primer programa del idealismo*.

«Juicio y ser» está escrito en una sola hoja, y por los rasgos gráficos se ha podido fechar con bastante precisión: se escribió entre marzo y mayo de 1795. Por tanto, en los últimos días de la estancia en Jena. No se trata de un texto fragmentario, ni de un texto sólo abocetado. El pequeño ensayo es fruto de una decantada maduración de las ideas y de una redacción cuidadosa. Quizá trató Hölderlin de precisar sus ideas por escrito para que la discusión con sus compañeros le resultara más fácil. La idea central de «Juicio y ser» es la divisibilidad del yo. Sin esa divisibilidad del yo no sería posible la autoconciencia del hombre. No se podría decir «yo soy yo».

El texto se articula en cuatro partes: el concepto de juicio (*Urteil*), la distinción entre realidad y posibilidad (*Wirklichkeit und Möglichkeit*), el concepto de ser (*Sein*) y la distinción entre ser e identidad (*Sein und Identität*). Como poeta, y por tanto como hombre que vive en el lenguaje, Hölderlin distingue, a lo largo del breve ensayo, entre el sentido literal y el sentido metafórico de las palabras esenciales: «*Juicio*: es en el sentido más alto y en el más estricto la separación originaria entre objeto y sujeto, que en la intuición intelectual (*in der intellektualen Anschauung*) quedan íntimamente unidos. Esta separación, que hace posible la existencia de un objeto y de un sujeto, es la partición originaria». Para escribir «partición originaria» Hölderlin recurre a una fórmula de apariencia etimológica: escribe *Ur-Teil* en lugar de *Urteil*. *Ur* es el prefijo que expresa el carácter originario de algo. «*Yo soy yo* es el ejemplo más adecuado para demostrar ese concepto de la partición originaria».

En cuanto a la relación entre realidad y posibilidad, escribe: «Realidad y posibilidad se distinguen como la conciencia inmediata y la mediata. Cuando pienso en un objeto como posible, me limito a repetir la precedente conciencia, por virtud de la cual ese objeto es real. No hay para nosotros ninguna realidad pensable que no haya sido previamente realidad».

«Ser: expresa la unión del sujeto y del objeto. Cuando sujeto y objeto están plenamente unidos, y no sólo en parte, de manera que no puede hacerse entre ellos división alguna que puede lesionar la esencia de lo que se separe, entonces, y sólo entonces, se puede hablar de un ser puro y simple (*Sein schlechthin*), como es el caso de la intuición intelectual. Pero —añade Hölderlin— ese ser no debe confundirse con la identidad. Si digo *yo soy yo*, el sujeto (yo) y el objeto (yo) no están unidos de manera que no sea posible separación alguna [...], al contrario, el yo sólo

es posible mediante la división del yo frente al yo. ¿Cómo puedo decir *¡yo!* sin conciencia de mí mismo? Pero ¿cómo es posible la conciencia de mí mismo? Es posible porque yo mismo me coloco frente a mí mismo, me separo de mí mismo, y, sin atender a esa separación, en lo que está situado enfrente me reconozco a mí mismo».

Junto al Hölderlin filósofo, que disecciona racionalmente el sujeto del objeto —frente a aquel *yo absoluto* de Fichte que todo lo engulle—, está el Hölderin poeta, que aspira a fundirse con la naturaleza, a zambullirse en ella y diluir los latidos de su corazón en los latidos de la madre naturaleza. «Ser uno con todo —dice Hiperión—, esa es la vida de la divinidad, ese es el cielo del hombre. Ser uno con todo lo que vive, volver, en un feliz olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza, esa es la cima de los pensamientos y de las alegrías, esa es la sagrada cumbre, el lugar de la calma perpetua. ¡Ser uno con todo lo viviente! Con esta consigna se despoja la virtud de su airada armadura, abandona el espíritu del hombre su cetro, y todos los pensamientos desaparecen ante la imagen del mundo eterno y uno, como las reglas del esforzado artista ante su diosa Urania [...]».

El entusiasmo revolucionario de Hölderlin y sus compañeros tuvo, en los meses finales del Seminario, dos episodios relevantes. El primero es más anecdótico: Hölderlin, Hegel y Schelling plantaron un 14 de julio, en las afueras de Tubinga, un Árbol de la Libertad, y bailaron alrededor de él. El segundo episodio tuvo consecuencias poéticas: Hölderlin y sus compañeros Christian Hiller y Friedrich Memmlinger hicieron un viaje a Suiza, «el país de la divina libertad». En Zúrich visitaron a Lavater, no por admiración a su obra fisiognómica o teológica —que no les interesaba—, sino por tratarse de un héroe de los ideales revolucionarios. El viaje a Suiza cristalizó en un poema, «Cantón Suiza» (*Kanton Schweiz*), que empieza con unos versos dedicados a Hiller, y va desplegando luego una grandiosa descripción de las montañas por las que discurre el Rin cuando sólo es un torrente alpino:

> Hermano, un dios del amor te dió llamas divinas,
> un sentido tierno y puro que te hace descubrir lo que es
> [grandioso y bello.
> De orgullosa libertad arde tu pecho, y de inocencia infantil.
> Hermano, ven y prueba conmigo el embrujado vaso.
> [...]
> Se iba haciendo de noche y las altas montañas se estrechaban.
> Más escarpada cada vez bajaba la senda de los que andaban
> [solos.
> Densa tronaba, a la derecha, la enfurecida corriente entre los
> [bosques:

su rugir embriagaba los sentidos. Olas de espuma
ocultaban las plantas y las rocas, y podridos abetos
caían derribados al abismo por el huracán.

Bruder! dir gab ein Gott der Liebe göttlichen Funken,
Zarten geläuterten Sinn, zu erspähn, was herrlich und schön ist;
Stolzer Freiheit glühet dein Herz, und kindlicher Einfalt –
Bruder! komm und koste mit mir des zaubrischen Bechers.
[...]
Nächtlicher immer wards und enger im Riesengebürge.
Jäher herunter hing der Pfad zu den einsamen Wallern.
Dicht zur Rechten donnert hinab der zürnende Waldstrom:
Nur sein Donner berauscht den Sinn. Die schäumenden Wogen
Birgt uns Felsengesträuch, und modernde Tannen am Abhang,
Vom Orkane gestürzt.

Los últimos versos están dedicados al «país de la libertad», que lleva al poeta pensar en su propia tierra, Alemania, aún dominada por pequeños jerarcas absolutos:

No podría olvidarte, tierra de la libertad divina.
Debería estar feliz, pero a menudo me hace enrojecer la
[vergüenza
y la pena: pienso en ti y en tus guerreros santos.
Ay. Sonríen cielo y tierra en un amor feliz,
pero en vano, en vano la mirada de los hermanos que se clava
[en mí.
Y sin embargo no te olvido. Espero y persevero hasta que llegue
[el día
en que vergüenza y pena se transformen en hazañas felices.

Könnt ich dein vergessen, o Land, der göttlichen Freiheit!
Froher wär ich; zu oft befällt die glühende Scham mich,
Und der Kummer, gedenk ich dein, und der heiligen Kämpfer.
Ach! da lächelt Himmel und Erd in fröhlicher Liebe
Mir umsonst, umsonst der Brüder forschendes Auge.
Doch ich vergesse dich nicht! ich hoff und harre des Tages,
Wo in erfreuende Tat sich Scham und Kummer verwandelt.

En la primavera de 1793 —el último año de Seminario—, Hölderlin hizo la primera visita a su hermana y su cuñado en Blaubeuren. Desde allí hizo excursiones a Ulm, visitó la abadía de Eschingen y el convento de Wiblingen, e hizo recorridos en góndola por el Danubio.

Estas vivencias reaparecerán mucho más tarde en un poema inacabado, o más bien esbozado —«A mi hermana» (*An meine Schwester*)—, de finales del año 1800:

> Paso la noche en el pueblo.
> Viento de las montañas.
> Por la calle abajo.
> La casa. El reencuentro. El sol de la patria.
> Un viaje en góndola,
> amigos. Hombres y madres.
> Semisueño.
>
> *Übernacht' ich im Dorf.*
> *Albluft.*
> *Straße hinunter.*
> *Haus. Wiedersehn. Sonne der Heimat.*
> *Kahnfahrt,*
> *Freunde. Männer und Mütter.*
> *Schlummer.*

En la misma primavera estuvo Hölderlin en Stuttgart, y allí conoció a la poeta Wilhelmine Maisch. Parece que hubo un episodio amoroso, del que no ha quedado más rastro que una «Epístola» (*Epistel*) en verso, escrita por Wilhelmine, que empieza: «Amigo, que los sueños, que son sólo bruma y viento…» (*Freund! Daß die Träume / Nur Dunst und Wind…*), y cuyos versos más significativos hablan de

> Los bellos y dichosos días
> que tan feliz pasé a tu lado.
>
> *Die schöne Zeit voll Seligkeit,*
> *Die ich bei Dir so froh verlebte.*

En el otoño de 1793, Hölderlin terminó los trabajos forzados en «las galeras de la teología». Pero los exámenes finales eran un largo proceso que se extendía a lo largo de todo el invierno: primero en el Seminario de Tubinga y luego en la capital del ducado, Stuttgart, sede del Consistorio. El examen consistorial —el temido *Konsistorialexamen*— consistía en ejercicios teóricos y una predicación: a Hölderlin le correspondió explicar de un pasaje de la *Epístola a los Romanos* (el versículo 10 del capítulo 5: «Si cuando éramos enemigos nos reconcilió con Dios la muerte de su Hijo, cuánto más ahora, una vez reconciliados, nos salvará su vida»).

A mediados de diciembre recibió las calificaciones. El certificado concluía: «Ha puesto especial atención en el estudio de la filología, y particularmente del griego, la filosofía y la poesía».

Ya estaba habilitado para el ejercicio del ministerio pastoral. Ya podía, en cualquier momento, ser enviado como vicario a una pequeña parroquia de Württemberg. Y ahora tenía que empezar a huir de su destino.

IX

UN MUNDO NUEVO EN EL CASTILLO DE WALTERSHAUSEN

La meta de Hölderlin, soñada con ilusión a lo largo de toda su vida —su vida lúcida— fue obtener una cátedra en Jena. La universidad del pequeño ducado de Sajonia-Weimar era, en las décadas finales del siglo XVIII, la que reunía —por obra del ministro Goethe— a los más destacados intelectuales de Alemania. El «proyecto de Jena» —*jenaisches Projekt*— del que Hölderlin habla, abierta o veladamente, en sus cartas, es la cátedra: probablemente pensó siempre en una cátedra de literatura griega, porque la angustiosa saturación que le producía la filosofía —«esa tirana», como la llama en alguna ocasión— hace suponer que no tuvo en ningún momento el propósito de dedicarse profesionalmente a ella. En una carta dirigida a su hermano Karl en agosto de 1793 —cuando Hölderlin aún estaba en el Seminario— le pregunta —retóricamente, porque el hermano, aún muy joven y recluido en el pueblo, no podía responder—: «¿Crees que podré reunir para el invierno un pequeño grupo al que enseñar lengua griega? ¡Me encantaría!». Y en una carta a su madre, escrita sólo unos días después, vuelve a hablar del «proyecto de Jena», y de su terror a que «el Consistorio me agarre de las orejas y me obligue a ocupar un puesto de vicario junto a un pastor».

El último intento de obtener el puesto de Jena lo hizo a mediados de 1801 —justo un año antes de su regreso de Burdeos, en que ya mostraba signos evidentes de tener trastornada la razón—. «Mi deseo de vivir en Jena —escribe a Schiller el 2 de junio, en la última carta que le envió— se ha convertido en una necesidad para mí, y no me queda más remedio que rogarle su aprobación, porque sin ella no me sería posible lograr lo que pretendo». Más adelante añade: «Llevo años ocupándome de manera casi constante de la literatura griega […] y me siento capaz de ser útil a los jóvenes que se interesan por ella, liberándoles de la literalidad del griego y haciéndoles comprender que la gran precisión

de estos autores deriva de la plenitud de su espíritu. […] No espero reunir, es verdad, una multitud de oyentes, pero sí tener los habituales en este tipo de lecciones. Y espero también que mi proyecto no hiera a nadie». La carta quedó sin respuesta. Es probable que la acumulación de silencios y fracasos precipitara la locura de Hölderlin. Pero es difícil imaginar si el cumplimiento de su gran ilusión —la cátedra de Jena— le hubiera salvado de ella.

Era habitual en la época que el camino hacia la docencia oficial se empezara desde la enseñanza privada como preceptor. Entre preceptor —*Hofmeister*— y profesor particular —*Hauslehrer*— había notables diferencias: el profesor particular ganaba más dinero y era un hombre libre; el preceptor ganaba menos, estaba sometido a la vida diaria del alumno y de su familia, y —lo que era más grave— formaba parte de la servidumbre de la casa, junto a los criados. Pero la gran ventaja del preceptor era su aproximación al mundo de la nobleza o de la alta burguesía —aunque quedara al margen de él—, y sólo en ese mundo podían producirse las necesarias influencias que le proporcionaran la cátedra.

En septiembre de 1793, Stäudlin, el poeta de Stuttgart tan respetado por Hölderlin, escribió a Schiller: «Entre mis colaboradores de la revista [*Schwäbischer Musenalmanach*, dirigida por el propio Stäudlin] hay uno para el que tengo que pedirle muy encarecidamente un favor. Se trata de Hölderlin, el poeta, ciertamente prometedor, de los himnos. Sale este otoño del convento y no tiene especial deseo de permanecer en la estrecha esfera de su patria y del vicariato. Para cumplir sus proyectos no tiene medios; por eso quiere emprender el camino de preceptor. A su amigo Hegel le ha oído decir que usted podría facilitarle un puesto de preceptor en los alrededores de Jena. Como Hegel acaba precisamente de partir hacia Berna como preceptor, Hölderlin me ha pedido a mí, con mucha urgencia, que le pregunte a usted y le pida su eficaz mediación en la obtención de ese puesto».

En el mismo mes de septiembre, Hölderlin se apresuró a visitar a Schiller, que, recién casado, vivía entonces en Ludwigsburg. La entrevista duró poco más de media hora, pero fue suficiente para que Schiller, al que hizo buena —pero no excesivamente buena— impresión el joven poeta, escribiera a Charlotte von Kalb: «He localizado a un joven que acaba de terminar sus estudios teológicos en Tubinga, y cuyos conocimientos de idiomas y de las demás materias que debe saber un preceptor —sobre las que le he preguntado— son muy adecuados. Entiende y habla francés, y no carece de talento para la poesía (lo que no sé si considerarlo una ventaja o un inconveniente). Se llama Hölderlin y es *Magister* en filosofía. Le he conocido personalmente y creo que su aspecto le gustará mucho. Además es muy educado y amable. Aseguran que tiene buenas costumbres; pero no está completamente asentado, y

no creo que adquiera demasiada solidez ni en sus conocimientos ni en su conducta. Quizá sea yo injusto con él, al hacer un juicio que baso solamente en un conocimiento de media hora, y sólo en un primer vistazo y una mera charla [...]».

Charlotte von Kalb era una mujer inteligente e infeliz, casada con un oficial del ejército en uno de tantos matrimonios de conveniencia que se contraían en la época. Cuando Schiller y Charlotte se conocieron, en 1784, ella se enamoró inmediatamente del poeta. Pero su carácter voluble y sus melancolías sólo crearon inquietud en el ya de por sí torturado espíritu de Schiller. Y las precipitadas iniciativas de Charlotte para lograr el divorcio acabaron de ahuyentarle. Cuando Schiller se casó con Charlotte von Lengefeld, Charlotte von Kalb se resignó a no ser más que amiga del poeta, y trató entonces de desviar su pasión hacia Jean Paul. La frase con que éste la describió —«tiene dos cosas grandes: unos ojos tan inmensos como no he visto otros, y un alma grande»— puede que no sea exagerada, entre otras cosas porque Jean Paul no se dejó seducir por ella.

Cuando Hölderlin llegó a Waltershausen el 28 de diciembre de 1793, Charlotte von Kalb llevaba ya una larga temporada en Jena. La llegada del poeta produjo una cierta conmoción en la casa, y especialmente en su marido, el oficial Heinrich von Kalb, porque a Charlotte se le había olvidado avisar que había encontrado un nuevo preceptor para su hijo y que llegaría hacia esa fecha.

«Llegué aquí por la tarde —le escribe a su madre dos días más tarde, el 30 de diciembre—, y encontré al *Major* von Kalb (que, al servicio de los franceses, ha hecho la campaña de América a las órdenes de La Fayette), el más humano y más cultivado de los hombres que he conocido, y después a una amiga de la señora von Kalb —que está todavía en Jena con dos de sus hijos—, y a mi futuro discípulo, un chico guapo y bueno, *pero también a su preceptor*, que, lo mismo que el resto de la casa, no tenía sospecha alguna de mi llegada. A pesar del tacto y de la inteligencia de su conducta, esa situación me puso en mucho apuro. El *Major* hace lo que puede para hacerme más llevadera esta situación tan tensa».

«Mañana hará ocho días que estoy aquí —le dice en la carta siguiente—, y la verdad es que ninguno de ellos me ha resultado desagradable. El señor *Major* von Kalb es el hombre más cultivado y más amable del mundo, y me ha recibido como un amigo. En ningún momento ha cambiado su actitud. En cuanto al muchachito, no queda más remedio que quererle, por lo bueno, inteligente y guapo que es. Mi vida es así: entre las siete y las ocho me traen el café con leche a la habitación, donde puedo dedicarme a mis cosas hasta las nueve. De nueve a once doy las clases. Se come a mediodía. Después de comer, y lo mismo por la tarde, puedo estar o no en compañía del *Major*, salir o no con el pequeño, y

trabajar o no, según lo que me apetezca. De tres a cinco vuelvo a dar clase. El resto del tiempo es mío. […] La región es muy hermosa. El castillo está situado sobre un alto desde el que se domina el pueblo, y mi habitación es una de las más agradables. Además, todos los que viven aquí son, en la medida en que he podido conocerlos hasta ahora, muy buena gente. Puedo usar el caballo del *Major* siempre que quiero. Al *Major* le gusta mucho la tranquilidad, rara vez va de viaje y no suele recibir a mucha gente. 'He corrido demasiado por el mundo, por tierra y por mar —dice—, y ahora aprecio más a mi mujer, mis hijos, mi casa y mi jardín'. Hace tres años estaba todavía al servicio del ejército francés».

Sobre esa «amiga de la señora von Kalb» de la que Hölderlin habla, de pasada, en la primera carta escrita a su madre desde Waltershausen, el poeta da datos más precisos en una carta escrita a su hermana Heinrike a mediados de enero: «La señorita de compañía es una viuda de Lausitz, dotada de excepcionales cualidades de espíritu y de corazón, que habla francés e inglés. Acaba de pedirme que le preste la última obra de Kant. Además tiene un aspecto muy interesante. Pero para que no te inquietes por tu hermanito, tan impresionable, debes saber: 1.º que soy diez años más sensato desde que soy preceptor; 2.º, y sobre todo, que ella es mucho más sensata que yo. Perdona mis bromas, querida hermana. Mi próxima carta será más juiciosa». No vuelve a hablar de Wilhelmine Kirms —que así se llamaba la joven señorita de compañía— hasta una carta muy posterior, de enero de 1795, dirigida a su amigo Neuffer—: «Aquí [en Jena] las muchachas y las mujeres me dejan completamente frío. En Waltershausen tenía en casa una amiga a la que he perdido con disgusto, una joven viuda de Dresde, que ahora es institutriz en Meiningen. Es una mujer extremadamente juiciosa, enérgica y buena, que una mala madre hizo muy desgraciada. Te interesará lo que algún día te diga, más despacio, de ella y de su suerte».

Que Hölderlin hable de Wilhelmine inmediatamente después de decir que las mujeres de Jena le dejan «frío», parece significar que la joven institutriz no le resultaba indiferente. Luego dice de ella que es «extremadamente juiciosa» —*äußerst verständig*—. Y no hay más datos. En julio de 1795, Wilhelmine dio a luz una hija, que murió de viruela dos meses después. Se ha sospechado que Hölderlin pudiese ser el padre. Pero, como se ve, hay pocos datos que permitan, no ya afirmarlo, sino incluso sospecharlo.

A mediados de marzo llegó la señora von Kalb, con sus hijos pequeños. La vida del castillo se animó. A Charlotte von Kalb le gustaba abrir los salones, al modo de aquel siglo que daba ya sus últimas bocanadas, a intelectuales y aristócratas. Era amiga de los grandes dioses del olimpo weimarés —Goethe a la cabeza—, agasajaba a los condes y marqueses

que gobernaban los pequeños Estados circundantes, y jugaba a las cartas con el duque de Sachsen-Meiningen.

En las brillantes veladas de Waltershausen, Hölderlin quedaba, naturalmente —aunque ante su madre pretendiera aparentar lo contrario— al margen. Casi todo los grandes viajes que le anuncia a su madre —«iremos de excursión a Königshofen», «antes de Pascua iré a Gotha», «después iré a Núremberg»…— no llegó a hacerlos. La publicación de poemas en las grandes revistas literarias de la época —*Flora*, de Cotta, *Briefe*, de Herder, *Museum*, de Conz, *Akademie*, de Bürger…—, que anuncia en cartas a la familia, no se produjo tampoco.

A mediados de año el ánimo de Hölderlin empezó a decaer. El 30 de julio escribe: «Por mi soledad, me veo forzado a una ocupación permanentemente sedentaria, y con esta vida es fácil que me domine la hipocondría». El 25 de agosto dice: «He perdido la alegría». El 10 de octubre: «Mi actual profesión se me hace a menudo muy dura». En noviembre: «Tengo que esforzarme por salir del crepúsculo y del ensueño […], no quiero acabar en esta triste resignación».

El tono de las cartas es cada vez más sombrío. También los juicios sobre su discípulo van enfriándose. Aquel «niño guapo y bueno» pasa a ser un niño «de talento mediocre», «de escasa capacidad natural», «ignorante en máximo grado», y finalmente un chico con «falta absoluta de sensibilidad para todas las enseñanzas».

Hay un episodio, en mitad de esa situación desesperada, que tiene un cierto tinte cómico. «El *Major* me ha advertido, con mucha delicadeza —escribe Hölderlin a su madre—, de un vicio del niño, que ya va dejando en él sus huellas. Le he vigilado y, por desgracia, es peor de lo que temía». «Me resulta imposible ser más claro con usted», añade. Los padres y el preceptor empiezan a temer la inminencia de todos los males que la medicina del momento atribuía a la depravación —*Laster*— del pequeño Fritz: ceguera y un debilitamiento que podía conducir a la muerte. Hölderlin permanece en guardia día y noche, sin dormir y sin apartar la vista del niño, vigilando cada movimiento. «Vivo en constante vigilancia nocturna, y eso ha afectado tremendamente a mi salud y mi ánimo. La angustiosa vigilia, noche tras noche, ha destrozado mi cabeza y me incapacita para el trabajo durante el día». Pasaron los últimos meses del año, y el pequeño Fritz no perdió la salud, pero se la quitó a Hölderlin.

El poeta, ya de por sí insatisfecho y angustiado, comunicó a la señora von Kalb, a la vista del fracaso de todos los esfuerzos, su propósito de abandonar el puesto. El 26 de diciembre Hölderlin escribió a su madre: «Lamento que haya sido tan breve la alegría que usted ha sentido al ver cómo mi buena estrella se elevaba».

Charlotte von Kalb, que veía el sufrimiento de Hölderlin, y también sus estériles esfuerzos educativos, pidió ayuda a Schiller: «¿Le sería

posible encontrar para él algún trabajo ligero, que aliviara lo antes posible su situación y le librara de las preocupaciones? Su insatisfacción y su inquietud no le dejan ni un momento de descanso. ¡Es como una rueda que corre a toda velocidad!». Pero Charlotte había advertido en Hölderlin algo más que «inquietud e insatisfacción». En otra carta habla de «una sensibilidad sin límites» —*eine grenzenlose Empfindlichkeit*— e incluso —lo que resulta extraordinariamente llamativo— de «confusión mental» —*Verworrenheit des Verstandes*.

Hay que añadir, antes de cerrar el capítulo de Waltershausen, otro motivo —quizá el más importante— de la frustración de Hölderlin, un motivo que se centra geográficamente en Jena.

El aislamiento del castillo de Waltershausen, en lo alto de una colina y rodeado de bosques, era absoluto, y los padres del joven pupilo pensaron que podría ser bueno que tanto el preceptor como el pupilo respiraran aire urbano y trataran a otras gentes. La señora von Kalb, conocedora de la secreta aspiración de Hölderlin, pensó que el mejor lugar era Jena. Los primeros días que vivieron en la pequeña ciudad universitaria fueron, efectivamente, felices. El poeta estaba cerca de los personajes que más admiraba: Schiller, Goethe, Wieland, Herder. De todos dice que le «tratan con gran cariño»: pero eso es más ilusión que realidad. El ánimo de Hölderlin cae precipitadamente. «La proximidad de los espíritus verdaderamente grandes me abate», le escribe a Neuffer. Schiller, el máximo ídolo de Hölderlin, que no tuvo, desde aquel brevísimo encuentro en Ludwigsburg, una opinión excesivamente favorable de Hölderlin, no le presta gran atención.

La experiencia de Jena ha fracasado también. La señora von Kalb va a recoger a Hölderlin y a Fritz y los lleva a Weimar, donde pasan dos semanas. «En Weimar habría podido disfrutar de horas espléndidas —dice el poeta en una carta—, pero mi salud y mi alma estaban profundamente agitadas».

Los meses de Waltershausen no fueron literariamente estériles. Durante muchas horas siguió trabajando en la novela epistolar, pero no parece que los trabajos fueran propiamente creativos; Hölderlin se limita a hablar de la «reelaboración de materiales» —*Umbildung der Materialien*.

Poesía, en este tiempo de Waltershausen, escribió poca. Concluyó un largo poema iniciado antes, «El destino» (*Der Schicksal*) e inició otro, «A la naturaleza» (*An die Natur*), que concluiría después. Íntegramente escritos en la soledad del castillo sólo hay, probablemente, dos, centrados en la enfermedad de Rosine Stäudlin —la novia de Neuffer—, que moriría de tuberculosis pocos meses después. El primer poema, «A Neuffer» (*An Neuffer*), escrito cuando Hölderlin no había caído en el desasosiego que le amargaría la segunda mitad del año 1794, es un pa-

radigma de lo que entre nosotros ha llamado Carlos Bousoño «correspondencia alegórica»: la primavera exterior es paralela a la primavera interior.

Vuelve a mí otra vez la dulce primavera,
no envejece aún mi corazón, alegre como un niño,
aún fluye en mis ojos el rocío del amor,
aún viven en mí la ilusión y el dolor de la esperanza.

Aún me consuelan, en una visión dulce,
el azul del cielo y el verdor del campo.
La diosa me acerca el cáliz delirante
de alegría, la juvenil y amistosa naturaleza.

¡Consuélate! Merece sufrimientos la vida
en tanto salga el sol para nosotros, pobres,
y vibre en nuestras almas la imagen de un tiempo mejor,
y lloren con nosotros los ojos de un amigo.

Noch kehrt in mich der süße Frühling wieder,
Noch altert nicht mein kindischfröhlich Herz,
Noch rinnt vom Auge mir der Tau der Liebe nieder,
Noch lebt in mir der Hoffnung Lust und Schmerz.

Noch tröstet mich mit süßer Augenweide
Der blaue Himmel und die grüne Flur,
Mir reicht die Göttliche den Taumelkelch der Freude,
Die jugendliche freundliche Natur.

Getrost! es ist der Schmerzen wert, dies Leben,
So lang uns Armen Gottes Sonne scheint,
Und Bilder beßrer Zeit um unsre Seele schweben,
Und ach! mit uns ein freundlich Auge weint.

La estancia en Waltershausen va seguida de un mínimo y casi irrelevante estrambote, que sin embargo tiene cierta relevancia biográfica, porque revela el permanente acecho de la madre de Hölderlin. Hay rastros suficientes para imaginar que este no fue un caso aislado, sino que la madre escribía siempre —sin que su hijo lo supiera— a las familias en las que Hölderlin estaba empleado como preceptor. No se conoce la carta de la madre, pero sí la de respuesta de la señora von Kalb: «Su señor hijo ha cesado en su trabajo como educador del mío. Esta noticia quizá le inquiete, sin duda momentáneamente. Pero lo que le voy a de-

cir de inmediato le alegrará y hará feliz su corazón de madre. Mi Fritz no tiene las condiciones de espíritu y de carácter que habría necesitado para aprovechar los conocimientos y la energía espiritual de un joven que le ha dedicado el tiempo más hermoso de su vida y las mejores horas de cada día —limitando así su propia libertad y retrasando la formación de su propia cultura—. Cuando el Estado da buena formación, hay que aprovecharla. Si, además de esa formación, los padres fuesen mejores, no haría falta en absoluto la enseñanza privada. Hölderlin debe formarse precisamente para contribuir al interés general, a la formación pública. Sería el robo más irritante a la sociedad, en esta situación en que nos encontramos, que Hölderlin tuviera que sentarse ante un niño, y un niño ante él. No creo, en absoluto, que deba dedicarse a la enseñanza privada en Weimar, y él tampoco lo desea. No debe verse obligado más, por presión de las circunstancias, a asumir un puesto de preceptor. Su espíritu no debe rebajarse a esa tarea mezquina. Y además, de hacerlo, su espíritu quedará gravemente afectado. Suceden fenómenos extraordinarios en la naturaleza humana; ¿por qué no van a ocurrir también en la naturaleza del niño? Yo misma no querría educar a un niño ajeno. Al mío hay que aceptarlo como es, y esperar lo mejor del amor, del tiempo y del esfuerzo.

»Y ahora voy a la verdadera finalidad de esta carta. Su hijo ha encontrado en este entorno, en Jena y Weimar, junto a los grandes hombres, felicidad y placer. Jena es hoy la universidad más insigne de Alemania, no sólo por su enciclopedismo, sino también por la fuerza de sus ideas, que están ahora plenamente en tensión. No hay quizá otro lugar en el mundo donde puedan verse juntos los avances de todas las ciencias, y donde la cultura del espíritu pueda dar mejores frutos.

»Alégrese de tener un hijo que está en situación de merecer todas esas ventajas y de saber aprovecharlas. Allí puede encontrar oportunidades para prepararse a ser un ciudadano activo, y para encontrar un puesto que se adecue a sus inclinaciones. Jena, y un puesto en su universidad, es la meta de sus actuales deseos, y creo que no le será muy difícil alcanzarla. Facilítele usted, con todas sus fuerzas, la estancia en Jena, y ayúdele en esta etapa de su vida. Tiene pocas necesidades, y a través de sus trabajos literarios podrá atenderlas. Aleje usted de él todas esas pequeñas preocupaciones, y que ningún pesar turbe su tiempo, porque no harían más que retrasar su formación. La parte de sus bienes que le dé usted ahora se multiplicará por mil. Y sé, con plena seguridad, que un corazón materno lo hará sin dudarlo.

»Le deseo a usted toda la felicidad terrena, y quedo, respetuosamente,

Su segura servidora,

Charlotte Kalb, nacida Marschalk von Ostheim».

La carta revela largas conversaciones de Charlotte con Hölderlin. Charlotte conoce bien sus inquietudes, sus ilusiones y sus obsesiones. Los últimos párrafos son muy significativos: le pide a la madre que le dé a Hölderlin lo que le corresponde. Habla de «sus bienes»; los bienes de él, de la herencia que le corresponde: *von seinem Eigentum*, dice, no *von Ihrem Eigentum*—: es la herencia paterna que su madre nunca le entregará, y que, en el último momento, tratará de confundir con su propia herencia para beneficiar a su hijo Karl en perjuicio de Hölderlin. Una actitud injustificable, que pretendía doblegar la vocación de Hölderlin y desviarle de la poesía a la teología. Una actitud que contribuyó decisivamente a la destrucción del hijo.

X

JENA: DESPISTE, COMPLEJO Y FUGA

Después de despedirse en Waltershausen, Hölderlin volvió a Jena. «Estoy aquí por cuenta mía, y no quiero en modo alguno ser una carga para usted», escribe a su madre. La señora von Kalb le había regalado un trimestre de sueldo, y con él pudo sobrevivir. La herencia del padre le habría permitido una vida desahogada y una dedicación serena a la literatura, pero la madre la retuvo siempre, con la esperanza de que las estrecheces económicas obligaran a Hölderlin a acabar aceptando una plaza de vicario o de pastor en Württemberg.

La estancia en Jena empezó con un desafortunado despiste que el propio Hölderlin le cuenta así a Neuffer: «La primera vez que estuve en casa de Schiller tuve poca fortuna. Entré, me saludaron amablemente, y apenas me di cuenta de que, al fondo, había un desconocido en silencio, cuyo aspecto no hacía sospechar nada especial. Schiller dijo mi nombre y luego el de aquel desconocido, pero no lo entendí. Le saludé fríamente, sin mirarle apenas, porque yo estaba preocupado, tanto interior como exteriormente, por Schiller. El desconocido no dijo una sola palabra en mucho tiempo. Schiller trajo el número de *Thalia* en que acababa de publicarse un fragmento de mi *Hyperion* y mi poema 'Al destino', y me lo dio. Como Schiller salió al poco tiempo de la habitación, el desconocido cogió la revista de encima de la mesa que estaba a mi lado, y ojeó el fragmento sin decir nada. Sentí que me iba poniendo cada vez más colorado. Si entonces hubiera sabido lo que sé ahora, me habría quedado pálido como un cadáver. Después se dirigió a mí, me preguntó por la señora von Kalb, por la región y por los vecinos. Me parece que contesté de un modo más inexpresivo aún de como suelo hacerlo habitualmente. Yo estaba en uno de esos momentos de mala suerte. Schiller volvió; hablamos sobre el teatro de Weimar, y el desconocido dejó caer algunas palabras de un peso que me deberían haber hecho sospechar algo. Al

poco tiempo llegó el pintor Meyer, de Weimar. El desconocido conversó con él de varias cosas, pero yo seguí sin sospechar nada. Me fui, y esa misma tarde me enteré en el Círculo de Profesores… ¿sabes de qué? de que Goethe había estado en casa de Schiller esa tarde. ¡Que el cielo me ayude a reparar mi torpeza y mis tonterías cuando vaya a Weimar!».

Hölderlin no pudo reparar su torpeza en Weimar, y apenas tampoco en Fráncfort cuando visitó allí a Goethe unos meses después. «Ayer estuvo en casa Hölterlein —escribió Goethe a Schiller—, con un aspecto algo abatido y enfermizo, aunque es realmente amable y modesto, a pesar de su desasosiego. Trató diversos asuntos de un modo que revela la influencia que usted ejerce en él, aunque algunas ideas son originales y podría desarrollarlas. Le he aconsejado de manera especial que escriba poemas breves y que elija para cada uno de ellos asuntos que tengan interés humano». A Hölderlin no le pasó inadvertida la escasa estima que Goethe sentía por su obra. Que confundiera su apellido y le llamara Hölterlein no debió de resultarle tampoco agradable.

La relación con Schiller fue haciéndose cada vez más difícil. Es cierto que el gran poeta de Marbach trató de ayudar cuanto pudo a Hölderlin, y prueba de ello es que abriera las páginas de *Thalia*, de *Die Horen* y del *Musenalmanach* a los poemas de su joven compatriota suabo, y que su recomendación al editor Cotta facilitara la publicación de *Hyperion*. Pero el tono de excesiva sumisión de Hölderlin llegó a resultarle incómodo. El continuo tratamiento de «respetable señor consejero» *—verehrungswürdiger Herr Hofrat—*, «respetabilísimo señor» *—verehrungswürdigster Herr—*, y otros semejantes, hacían imposible una relación natural y espontánea. El sentimiento de insignificancia que sufre Hölderlin ante Schiller tiene su expresión más patente en una carta del mes de julio: «cuando le veía, sólo podía darme cuenta de que yo no puedo ser nada para usted», «precisamente por querer ser tanto para usted me digo a mí mismo que nunca lograré ser nada», «sólo mendigo una mirada amistosa de un gran hombre, aunque sé que es un don inmerecido por mi propia pobreza de alma»… En una carta de septiembre le dice a Schiller: «Ya sabe usted que yo le pertenezco, al menos como una *res nullius*»… Casi todas las cartas que Hölderlin envíe a Schiller en los años siguientes quedarán sin respuesta.

En los primeros meses del año 1795, Hölderlin vivió en una habitación alquilada en una casa que era contigua a la de Fichte. El filósofo era, en ese tiempo, uno de los personajes más conocidos en la ciudad. «Es —dice Hölderlin— el alma de Jena». Por eso, basta —les dice a sus amigos— con poner en las cartas que le escriban, esta dirección: «Para el *Magister* Hölderlin, junto a la casa de Fiche. Jena».

En esos meses asistió a las clases de Fichte, visitó a Herder y participó varias veces en casa de Immanuel Niethammer —su compañero del

Tübinger Stift que era ahora profesor de filosofía en la universidad— en reuniones con otros jóvenes poetas: en una de esas reuniones coincidió fugazmente con Novalis.

Las frases con que Hölderlin le cuenta a Neuffer el entusiasmo que le producen las clases de Fichte, las podría haber escrito cualquiera de los jóvenes inmersos en la sensibilidad de esos años finales de siglo, que vivían el *Zeitgeist*: «No conozco a ningún otro hombre que tenga una hondura semejante y una energía espiritual como la suya. Busca los principios en las más remotas regiones del saber humano y, con la misma fuerza espiritual, saca las conclusiones más penetrantes y audaces. A pesar del poder de las tinieblas, es capaz de exponer esas conclusiones por escrito y de palabra, con un fuego y una precisión que, si no hubiera visto un caso como el suyo, a mí me habría parecido imposible hacerlo. Quizá haya dicho mucho de él, pero es lo menos que se puede decir de este hombre». «Remotas regiones», «fuerza», «tinieblas», «fuego»: no cabe reunir elementos más adecuados para esbozar un cuadro romántico. Y es que esa era la sensibilidad, no sólo de sus jóvenes oyentes, sino también de Fichte mismo.

No hay que perder de vista —porque explica tanto el interés de Hölderlin por la filosofía de Fichte como su precipitado alejamiento de ella— lo que dice en una carta muy posterior, pero retrospectiva: «Me he dedicado con demasiada atención y esfuerzo a ocupaciones probablemente menos conformes con mi naturaleza, como la filosofía, por temor a ser considerado un poeta vacío. Durante mucho tiempo no he entendido por qué la filosofía, cuyo estudio asiduo encuentra su recompensa en el sosiego que produce, a mí me hacía cada vez más inquieto, e incluso más apasionado, a medida que me dedicaba a ella con más intensidad. Y ahora me lo explico: me estaba alejando más de lo razonable de mi vocación propia. Como consecuencia de un trabajo tan opuesto a su naturaleza, mi corazón sentía nostalgia de su ocupación favorita».

Hölderlin está atrapado en una espiral que le envuelve y le oprime: el estudio de la filosofía no le produce serenidad, sino inquietud, y la inquietud le fuerza, a su vez, a un estudio más intenso. «El desasosiego conmigo mismo —escribe el poeta en una carta de septiembre de 1795— me empuja a la abstracción: intento desarrollar la idea de un progreso infinito de la filosofía».

No hay año poéticamente más estéril, en la vida de Hölderlin, que este 1795. La reflexión filosófica absorbe toda su dedicación. El «fuego» de Fichte se extendió a quienes le leían, y más aún a quienes le oían. Novalis, los hermanos Schlegel, Hegel y Schelling… todos se vieron abocados a *fichtear*, aunque muy pronto cambiaron de actitud y empezaron a pensar *contra* Fichte.

Quizá el primero en reaccionar fue Hölderlin. Porque Hölderlin, tan necesitado de una realidad exterior para poetizar—aunque fuera el paisaje de una Grecia que no conoció—, sintió muy pronto una repulsión instintiva hacia el «Yo absoluto» —el *absolutes Ich*— de Fichte. Como le dice a Hegel en una carta de enero de 1795, «su Yo absoluto encierra toda la realidad. Es todo y fuera de él no hay nada. Por tanto, ese Yo absoluto no tiene objeto […]». Y añade: «Una conciencia sin objeto es impensable».

De esos primeros meses de 1795 —concretamente de abril— son un par de páginas de Hölderlin que no se conocieron hasta la segunda mitad del siglo XX, y a la que el editor puso como título «Juicio y ser» (*Urteil und Sein*). En esas dos páginas está, sin nombrar a Fichte, su refutación: con sólo poner un guión y escribir *Ur-teil*, Hölderlin está afirmando que existe una dicotomía originaria (*ur*, partícula intraducible al español, es el prefijo alemán de lo originario, y *Teil* o *Teilung* es división, partición). Para Hölderlin, «existe una originaria separación entre el sujeto y el objeto». «Cuando pienso un objeto como posible —añade—, no hago otra cosa que evocar en mi conciencia la existencia efectivamente real de un objeto». «No hay en nosotros —concluye con contundencia— una *posibilidad pensable* (*denkbare Möglichkeit*) que no haya sido una *realidad efectiva* (*tatsächliche Wirklichkeit*)».

Cuando Hölderlin está en plena combustión filosófica por la proximidad de Fichte, se producen dos hechos que le libran de acabar consumido por las llamas. El primero es el conocimiento del joven Isaac von Sinclair. El segundo es un largo viaje a pie hasta Dessau.

Isaac von Sinclair tenía sólo diecinueve años. Es posible que Sinclair y Hölderlin se conocieran de vista, porque habían coincidido un tiempo en Tubinga —uno en la universidad, estudiando derecho, y otro en el Seminario, estudiando teología—. Sinclair había ido a Jena a estudiar filosofía kantiana con Reinhold, y al llegar se encontró con que Reinhold se había trasladado a Kiel, y a su puesto había venido un joven desconocido —aunque mucho más interesante—: Johann Gottlieb Fichte. Pero Sinclair había venido también a Jena a provocar tumultos. Nada más llegar entró en relación con los miembros de la Sociedad de Hombres Libres (*Gesellschaft der Freien Männer*), una sociedad secreta que agrupaba a los estudiantes revolucionarios. Pero la Universidad de Jena tenía ya poca vitalidad política. En el verano de 1792, el duque Karl August von Sachsen-Weimar-Eisenach, aconsejado quizá por Goethe, había ocupado militarmente Jena, había lanzado la caballería sobre los estudiantes y había metido en prisión a muchos de ellos. La Sociedad de Hombres Libres, muy debilitada, no pasaba, cuando llegó Sinclair, de los cincuenta miembros, y los estudiantes revolucionarios no inquietaban ya al duque y sus consejeros. Parece que Fichte participó en alguna de las reuniones.

Sinclair se convirtió de inmediato en uno de los mejores amigos de Hölderlin. En adelante sería un personaje central en la vida del poeta. En los momentos más amargos de la vida de Hölderlin, Sinclair le llevará a vivir con él a Homburg: un pueblo situado en la ladera del Taunus, con poco más de tres mil habitantes, que era la capital de uno de los más minúsculos Estados alemanes, el condado de Hessen-Homburg. En el pequeño condado, el joven Sinclair era un personaje central: su padre había sido preceptor del conde, y el conde —débil, enfermizo y desinteresado por el gobierno— confiaba plenamente —paternalmente— en Sinclair, que era ahijado suyo de bautismo. Sinclair, brillante, sensible, homosexual, se creyó siempre muy por encima de su capacidad real: aunque con cierta envidia hacia uno y otro, pretendió estar a la altura filosófica de Hegel y a la altura poética de Hölderlin. Al primero lo rebatió en sus *Philosophische Raisonnements*, y al segundo lo emuló en su *Glauben und Poesie*.

Sinclair vivía en Jena en una casita con jardín colgada sobre el valle del Saale, y allí se llevó a Hölderlin, que dejó la vecindad de Fichte. Hace poco se ha identificado la autoría de un poema que apareció sin indicación de autor en la *Agenda del año 1797 para los amigos de la naturaleza y los jardines* (*Taschenbuch auf das Jahr 1797 für Natur- und Gartenfreunde*). El poema se titula «Himno a la serenidad» (*Hymne an die Heiterkeit*); en el subtítulo dice: «Cantado en la inauguración de una casa con jardín llamada *Serenity*» (*Gesungen bei der Einweihung eines Gartenhauses das zur Aufschrift hat:* Serenity). Que Hölderlin lo publicara sin firma podía deberse al carácter puramente circunstancial del poema. También al hecho de que la publicación del poema se retrasó, y eso hizo que coincidiera, en la misma revista, con el anuncio de *Hyperion*, que acababa de aparecer en abril. El «Himno a la serenidad» tiene 84 versos —21 estrofas de rima alterna con cuatro versos cada una.

A ti, elegida por manos
de los dioses, amiga
de los hombres, a ti dulce hermana
menor de la alegría, serenidad.

Dir, von Götterhand erkorne
Freundin guter Menschlichkeit,
Dir, der Freude jüngstgeborene
Sanfte Schwester, Heiterkeit!

dice la primera estrofa. El poema era una «ofrenda musical» —*musikalisches Opfer*, como entonces se decía— que se brindaba a un sentimiento en aquella época profundamente venerado y cultivado: la amistad.

La melodía con que debía cantarse el himno se desconoce. Que a la casa se le pusiera el nombre de *Serenity* se debía al origen escocés de Sinclair.

Estaba de moda, en la Jena de aquellos años, vivir en casas con jardín, a las afueras de la ciudad. Goethe y Schiller, entre otros muchos, vivían en *Gartenhäuser*. También era costumbre inaugurar las casas cada vez que se trasladaba a ella un nuevo propietario. Hölderlin pasó en *Serenity* unas semanas felices. Sinclair, adinerado y generoso, hizo que Hölderlin siguiera viviendo con desahogo cuando los últimos táleros que le regaló Charlotte von Kalb empezaban a esfumarse.

El segundo amigo de Hölderlin —en la jerarquía de afectos— durante los meses de Jena fue el estudiante de medicina Johann Caspar Camerer. Las frases que Hölderlin le dedica en una carta muy posterior —de principios de 1799—, dirigida a su hermana Heinrike, no pueden ser más expresivas. Camerer ejercía por entonces como médico en Blaubeuren, y se había casado con una amiga de Heinrike: «Es una de las personas que me conocen a fondo —escribe el poeta—; y eso le resultó fácil, porque me vio en Jena casi todos los días, y en cuerpo y alma, y con la mayor informalidad (*im höchsten Négligée*). Debido a ese trato que tuve con él le tomé gran cariño para toda la vida. Me alegro de que viva en Blaubeuren y de que tengas trato con él. Tu amiga ha elegido al hombre que más le conviene. Una mujer de espíritu vivo como ella puede recibir los mejores consejos de un hombre como Camerer, tranquilo y reposado».

A principios de abril, Hölderlin, muy aficionado a las grandes caminatas, emprendió un largo viaje a pie por la Alta Sajonia. Recorriendo el valle del Saale llegó hasta Halle. Luego subió hasta Dessau, en la orilla del Elba. El príncipe Leopoldo III había mandado trazar, a mediados de siglo, dos grandes jardines que pobló de brillantes construcciones barrocas: el Luisium y Wörlitz. Hölderlin los recorrió lleno de entusiasmo. También visitó el cementerio de Dessau —el *Neuer Begräbnisplatz*—, el primer cementerio que se erigió en Alemania para dar sepultura, sin distinción, a luteranos y católicos («hay mucha humanidad y belleza en la idea que se ha querido desarrollar allí», comenta Hölderlin en una carta).

Hay un detalle de este viaje que revela la precisión —muchas veces velada y no perceptible en una lectura superficial— con que Hölderlin reflejaba sus vivencias en los poemas. Entre los jardines del Luisium y de Wörlitz hay un parque —el llamado *Ostpark*— que se caracteriza por sus grandes robles dispersos por la llanura ondulada —los llamados *Solitäreichen*—. Esos robles aparecen descritos en el poema titulado precisamente así: «Los robles» (*Die Eichbäume*). Es un poema en hexámetros, en que la poderosa imagen de los robles es un símbolo del

hombre, encadenado a la tierra y con los brazos alzados a un cielo que quiere —y no puede— hacer suyo.

De los jardines vengo hacia vosotros, oh hijos de los montes.
De los jardines donde vive, doméstica y paciente, la naturaleza,
cuidando y a la vez cuidada, unida a los hombres laboriosos.
Pero vosotros —espléndidos— os alzáis como un pueblo de
[titanes
en un mundo cada vez más sumiso. Sólo dependéis de vosotros
[y del cielo
que os dio crianza y alimento, y a la tierra, que os hizo nacer.
Ninguno de vosotros ha ido a escuelas de los hombres,
y os alzáis, en gozo y libertad, sobre firmes raíces,
unos junto a otros, y agarráis, como agarra el águila su presa,
con brazos poderosos el espacio, y a las nubes
se orientan, grandes y serenas, vuestras cúpulas bañadas de sol.
Un mundo es cada uno de vosotros. Como estrellas del cielo
vivís. Un dios es cada uno, y juntos estáis en alianza sellada
[libremente.
Si yo pudiera vivir en servidumbre, no envidiaría
este bosque, y con gusto aceptaría la vida en sociedad.
Y si mi corazón, que quiere amar, no me atase a los hombres,
cuánto me gustaría vivir entre vosotros.

Aus den Gärten komm ich zu euch, ihr Söhne des Berges!
Aus den Gärten, da lebt die Natur geduldig und häuslich,
Pflegend und wieder gepflegt mit dem fleißigen Menschen
[zusammen.
Aber ihr, ihr Herrlichen! steht, wie ein Volk von Titanen
In der zahmeren Welt und gehört nur euch und dem Himmel,
Der euch nährt' und erzog, und der Erde, die euch geboren.
Keiner von euch ist noch in die Schule der Menschen gegangen,
Und ihr drängt euch fröhlich und frei, aus der kräftigen Wurzel,
Unter einander herauf und ergreift, wie der Adler die Beute,
Mit gewaltigem Arme den Raum, und gegen die Wolken
Ist euch heiter und groß die sonnige Krone gerichtet.
Eine Welt ist jeder von euch, wie die Sterne des Himmels
Lebt ihr, jeder ein Gott, in freiem Bunde zusammen.
Könnt ich die Knechtschaft nur erdulden, ich neidete nimmer
Diesen Wald und schmiegte mich gern ans gesellige Leben.
Fesselte nur nicht mehr ans gesellige Leben das Herz mich,
Das von Liebe nicht läßt, wie gern würd ich unter euch wohnen!

Desde Dessau, el poeta bajó hasta Leipzig. Se quedó admirado de los «finos modales» de la gente de Leipzig, y visitó allí al filósofo Karl Heydenreich y al librero Göschen, editor de las grandes odas de Klopstock y Wieland. Pero ya llevaba una semana de inacabables sesiones de marcha y volvió a Jena a descansar.

Y a finales de mayo, la huida. La perspectiva que da el epistolario de Hölderlin permite advertir la progresiva inquietud que le fue invadiendo. En enero está «en tranquilo disfrute de mis fuerzas». En febrero, «me va bien, pero no puedo abandonar mi retraimiento». En abril, «no me relaciono con nadie». En mayo, «voy andando a tientas a mi alrededor como un ciego». A finales de mayo sale precipitadamente de Jena.

Se ha dado muchas vueltas a los motivos de la huida: la noticia del nacimiento de la hija de Wilhelmine Wirms —y quizá de Hölderlin—; la convivencia excesivamente estrecha con Sinclair; esos «espíritus malignos» con «alas metafísicas» que le perseguían por Jena; su complejo de insignificancia ante Schiller… Pero probablemente la razón sea más sencilla. Se había comprometido con el editor Cotta a entregar el manuscrito de *Hyperion*, y no había tenido serenidad para concluirlo. El «desasosiego» que le producían Fichte y su «Yo absoluto» se lo había impedido.

XI

REGRESO AL SENO MATERNO, PASANDO POR HEIDELBERG

Comienza, con la salida de Jena, una de las etapas más amargas de la vida de Hölderlin. Volvía a su casa y le resultaba inevitable reconocer el fracaso. La insistencia de la madre en que aceptara un puesto de vicario en alguna parroquia cercana a Nürtingen estaba ahora más justificada que nunca, a la vista de que la coartada de Hölderlin —su trabajo como preceptor— había desaparecido. Y la amenaza de que el Consistorio de la Iglesia Luterana de Württemberg le impusiese un destino se volvía trágicamente inminente.

Al salir de Jena se desvió del camino hacia Nürtingen para subir hasta Heidelberg. Parte del recorrido lo hizo a pie y parte en coche de caballos. En Heidelberg fue a visitar al doctor Johann Ebel, con el que estuvo un par de horas. Ebel, más que simpatizante, comprometido con los ideales revolucionarios —llegó a representar a alguno de los pequeños Estados alemanes ante los republicanos franceses, precisamente por su afinidad—, era uno de los médicos más famosos de Fráncfort y uno de los personajes más influyentes de la alta sociedad de Hessen. Esta circunstancia fue determinante de la visita que le hizo Hölderlin.

El encuentro de Heidelberg fue el vértice de la nueva y decisiva dirección que muy pronto tomaría la vida del poeta. Ebel recordó que el banquero Gontard buscaba un preceptor para el mayor de sus hijos. Se comprometió a hacer gestiones.

Recién llegado a la casa familiar de Nürtingen, Hölderlin le expuso sus nuevas ideas pedagógicas a Ebel. El verdadero destinatario de la carta era en realidad el matrimonio Gontard. Toda ilusión de transformar al pupilo ha desaparecido en Hölderlin. «No espero del niño ningún milagro», dice en la carta. La mala experiencia de Waltershausen le ha demostrado que es imposible precipitar una maduración que sólo puede ser obra de la naturaleza. «No se puede pedir que sea razonable a quien

no tiene pleno uso de razón». Y más aún: «No se puede exigir *absolutamente nada*», escribe, subrayando las dos últimas palabras.

Pero eso no significa que la actitud del preceptor haya de ser pasiva. Todo lo contrario. La tarea, íntegramente, recae sobre él. Tiene que mostrarle al niño la cultura, ponerla en sus manos. Frente a la mediocridad del mundo que rodea al pupilo, el preceptor tiene que «rodearle con un mundo mejor». «Sin ninguna pretensión —añade—, presentaré al niño objetos que sean lo suficientemente grandes como para despertar en él entusiasmo». E insiste: «No querría *exigirle* nada a mi discípulo».

Acostumbrado a la libertad y la soledad, la convivencia con su madre —una mujer autoritaria y severa— le resultó difícil. Su hermana Heinrike, casada ya, vivía en Blaubeuren, un pueblecito de la Suabia que linda con Baviera, y su hermano Karl hacía ya una cierta vida independiente con su modesto cargo de escribiente oficial (*Amtsschreiber*). Aun así, Hölderlin aprovechó el tiempo para escribir. Abandonó los intentos de hacer un *Hyperion* en verso que había empezado en Jena, y volvió a la prosa epistolar. La versión definitiva de las dos primeras partes de *Hyperion* es de los meses de Nürtingen. De ese tiempo es también el prólogo —*Vorrede*— que aparece en la versión impresa de abril de 1797, y sobre el cual pone, extrañamente, una frase sacada del epitafio de san Ignacio de Loyola: *Non coerceri maximo, contineri minimo, divinum est*.

Pero el poeta no está ni cómodo ni tranquilo. «Desde que llegué —le dice en una carta a Neuffer— estoy como un puerto vacío (*wie ein hohler Hafen*). Lo incierto de mi situación, la soledad, y la idea de que, a la larga, podría resultar aquí un huésped inoportuno, me abaten». En otra carta dice, y no sólo metafóricamente: «Estoy helado y entumecido ante el invierno que me rodea. Soy insensible como la piedra, porque el cielo que me rodea es duro como el hierro». Y en otra carta afirma andar «sobre pedregales» y caminar «entre abrojos».

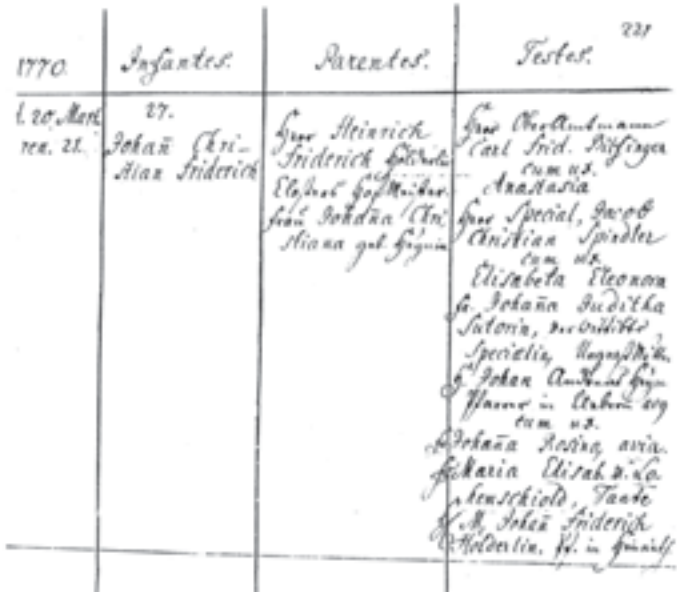
Los amigos tratan de hacerle salir de la soledad: Schelling va a visitarle a Nürtingen, Neuffer le cita en Stuttgart. ¿Cómo encontraron a Hölderlin en esos días en que el horizonte de su vida parecía cerrarse ante él? Magenau escribe: «He hablado con Hölderlin, o, mejor dicho, lo vi, porque él ya no era capaz de hablar. Habían muerto todos sus sentimientos hacia los demás. Era un muerto viviente».

Acababa el año y no había recibido noticias de su posible destino en Fráncfort. Escribe una última carta a Ebel, con el temor de que la inquietud contribuyera a frustrar sus esperanzas. Teme ser inoportuno con su insistencia, y se deshace en excusas. Pero —le explica— «seguramente usted no sabe cómo dependemos nosotros los teólogos de Württemberg de nuestro Consistorio… Estos señores pueden imponernos un lugar de residencia…». En esos días de espera le llega precisamente

un ofrecimiento del *Stift* para dar clase a los seminaristas. Hölderlin se espanta. No quiere volver a ver a «los enterradores de Tubinga», como le dice a Hegel.

Y al poco tiempo, cuando el año ya terminaba, llega la aceptación de la familia Gontard. Hölderlin no espera a pasar la Navidad con su madre en Nürtingen. Sale apresuradamente hacia el norte. Como siempre, hace largos trayectos a pie, entre los hielos de la noche y el resplandor de los campos de batalla: las tropas francesas están allí mismo.

Convento y granja de Santa Regiswindis, en Lauffen am Neckar. Dibujo a lápiz de Julius Nebel (*ca*. 1840). En el año de 1919, y con gran disgusto de quienes querían conservar el recuerdo del poeta, el general von Seeger, que compró el convento —ya secularizado— y sus accesorios, derribó todos los edificios, con excepción de la iglesia.



Partida de bautismo de Friedrich Hölderlin, según el registro parroquial de Lauffen. Entre los testigos (*testes*) están familiares y autoridades locales.

Nürtingen desde el lado oriental, litografía de Friedrich Federer, según dibujo de C. Weber (*ca*. 1850). En este pueblo situado en la orilla del Neckar y en las estribaciones de los Montes de Suabia (*Schwäbische Alb*) se desarrolló la infancia del poeta, y en él estuvo siempre la casa.

Hölderlin, silueta anónima (1786). El poeta entra, con dieciséis años, en la escuela conventual de Maulbronn.

Hölderlin, dibujo a lápiz de Immanuel Nast (1788). El poeta había conocido a Nast en la escuela conventual de Maulbronn en el año 1787.

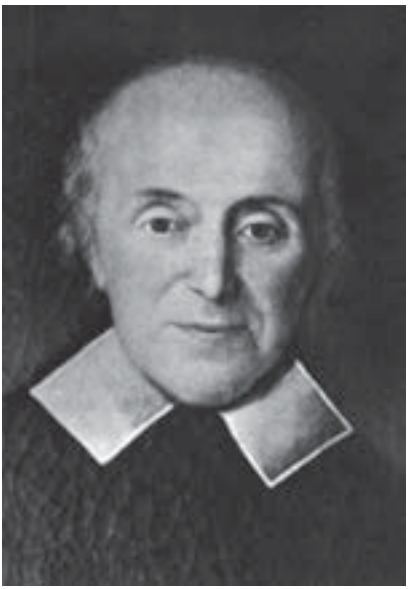
El duque Karl Eugen von Württemberg y la duquesa Franziska von Hohenheim, silueta (1787). Franziska von Hohenheim fue primero amante del duque, y desde 1780 —año en que murió la primera mujer, Elisabeth Friederike Sophie von Brandenburg-Bayreuth— su segunda mujer.

Heinrike Hölderlin, silueta (s.f.).

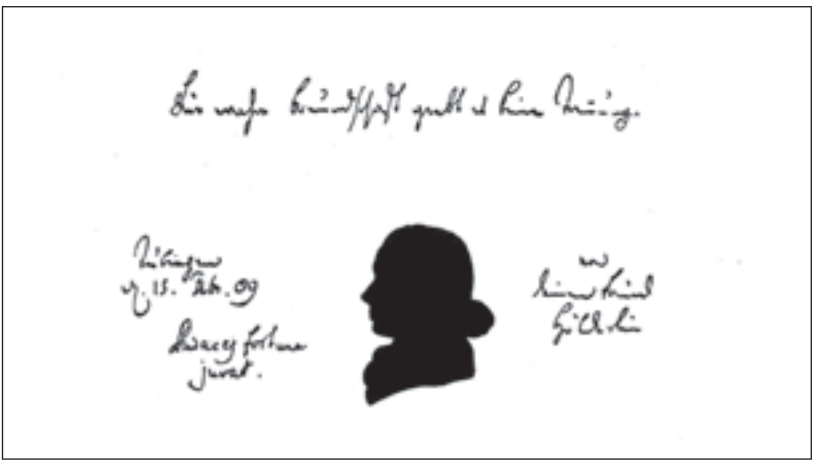
Louise Nast, silueta (1789), procedente del álbum de recuerdos de Christian Friedrich Hiller.

Christian Ludwig Neuffer, óleo de W. Moosbrugger (s.f.). La estrecha amistad de juventud entre Hölderlin y Neuffer se rompe, de pronto, en 1799, por abismales diferencias estéticas. Neuffer será, hasta bien avanzado el siglo XIX, un mediocre poeta clasicista, obsesionado por la perfección formal —«inacabable rimador» le llamará August Schlegel.

Hölderlin como Magister, silueta (1790).

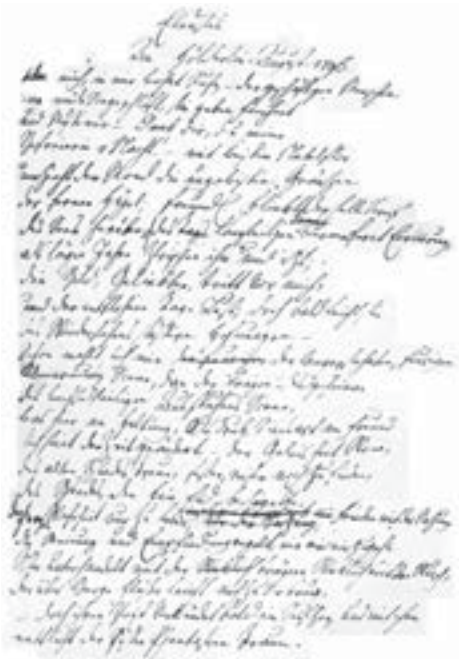


Nathanael Köstlin, óleo anónimo. Sencillo y piadoso, el joven Köstlin se esforzará, dando clases particulares al niño Hölderlin, porque éste apruebe el *Landexamen*, que permite pasar de la enseñanza primaria al bachillerato.

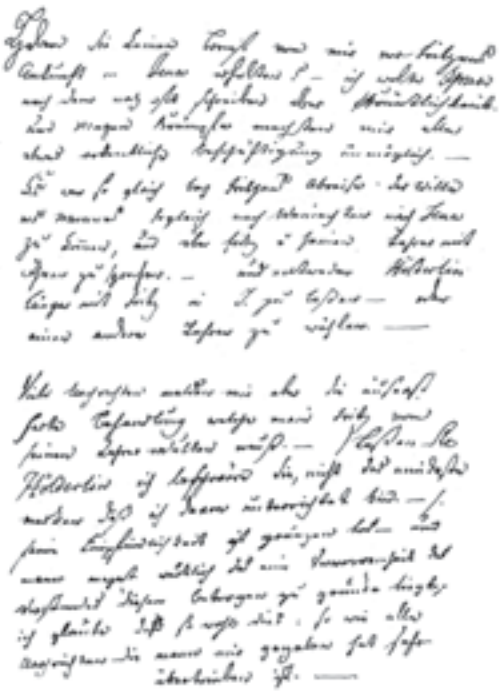


Retrato y dedicatoria de un álbum de recuerdos (1789). El poeta ha escrito la frase de Virgilio (*Eneida*, 10, 284): *Audaces fortuna iuvat*.

Friedrich Wilhelm Schelling, dibujo a lápiz de J. Klotz (1804). Fue el amigo más antiguo de Hölderlin, aunque siempre con diferencias intelectuales. «Me peleo a menudo con él», le dice Hölderlin a su madre. La ruptura se produjo cuando Schelling no quiso colaborar en el proyecto de *Iduna*.



Manuscrito del poema *Eleusis* (1796). Hegel le dedicó este poema a Hölderlin en el mes de agosto de 1796, cuando el filósofo volvía de su primer destino como preceptor en Berna y se incorporaba a su segundo destino, en Fráncfort.



Carta de Charlotte von Kalb a Schiller, de 9 de diciembre de 1794, en que le anuncia la despedida de Hölderlin y la extrema sensibilidad del poeta (*seine Empfindlichkeit ist grenzenlos*), al borde de la confusión mental (*Verworrenheit des Verstandes*).

Charlotte von Kalb, óleo de J. H. Schmidt (s.f.). Entre Hölderlin y Charlotte von Kalb hubo una sincera admiración recíproca, sin ningún ribete amoroso. El poeta admiraba en ella su «profundidad, finura e inteligencia», y Charlotte la altura de los versos de Hölderlin.

Immanuel Niethammer, silueta anónima (1789), en el álbum de recuerdos de Georg Christoph Friedrich Rueff. Cuatro años mayor que Hölderlin, y compañero suyo en el Seminario de Tubinga, Niethammer trató de introducir a Hölderlin en la sociedad de Jena. Pero la inesperada fuga del poeta hizo que esos intentos resultaran ineficaces.

Friedrich Schiller, silueta anónima (*ca*. 1785).

Immanuel Niethammer, litografía de Franz Seraph Hanfstaengl (1832).

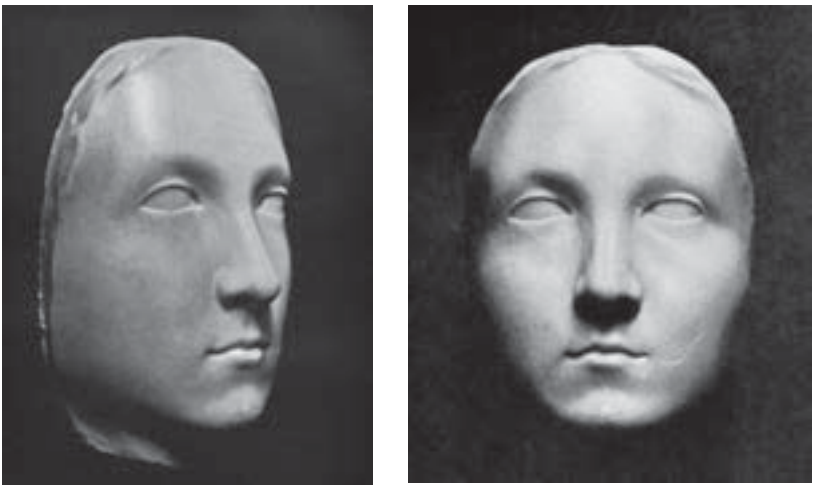
Johann Wolfgang Goethe, dibujo al carboncillo de Friedrich Bury (1800).

Friedrich Schlegel, óleo de Franz Gareis (1798). Aunque el menor de los Schlegel estaba más cerca de los prerrománticos —y especialmente de Novalis—, consideró que Hölderlin era, «en su estilo», el más alto poeta alemán.

La casa *El Ciervo Blanco* (*Der Weiße Hirsch*), litografía de A. Fay (s.f.).

Susette Gontard, busto de Landolin Ohmacht (1795). «¿A que parece una griega?», le preguntó Hölderlin por lo bajo a su amigo Neuffer, en presencia de Susette.

Johann Gottfried von Herder y su mujer Karoline, silueta anónima (*ca*. 1793).



Susette Gontard, mascarilla de yeso, por Landolin Ohmacht (1795).

La casa de campo Adlerflychtsche Hof, en las afueras de Fráncfort, dibujo a lápiz de A. Eymer (s.f.). En su jardín se produjeron algunos de los encuentros furtivos posteriores a la separación.

Carta de Hölderlin a Schiller, de la segunda quincena de agosto de 1797. «Su presencia me exaltaba de tal manera, que al día siguiente no podía pensar en nada. Cuando estaba ante usted, el corazón se me encogía demasiado, y cuando me había ido se me ensanchaba hasta no poder contenerlo».

Musenalmanach
für das
Jahr 1792.

Herausgegeben
von
Gotthold Friedrich Stäudlin.

Stuttgart,
auf Kosten des Herausgebers.

Gedruckt in der Akademischen Buchdruckerei.

Portada del Almanaque de las Musas del año 1792, editado por Stäudlin, en el que se publicaron cuatro poemas de Hölderlin: *Hymne an die Muse, Hymne an die Freiheit, Hymne an die Göttin der Harmonie* y *Meine Genesung*.

Hymne an die Muſe.

Schwach zu königlichem Feierliede,
Schloß ich lang genug geheim und ſtumm
Deine Freuden, hohe Pieride!
In des Herzens ſtilles Heiligtum;
Endlich, endlich ſoll die Saite tönden,
Wie von Liebe mir die Seele glüht,
Unzerreißbarer den Bund zu binden,
Soll die huldigen dies Feierlied.

Hymne an die Muse, publicado en el *Almanaque de las Musas del año 1792*, dirigido por Stäudlin.

Siegfried Schmid, silueta anónima (s.f.). Amigo fugaz de Hölderlin, Schmid ha pasado a la historia de la literatura, no por sus propios versos, sino por ser el destinatario de una de las más bellas elegías de Hölderlin, *Stuttgart*.

Muſen-Almanach

für

das Jahr 1798.

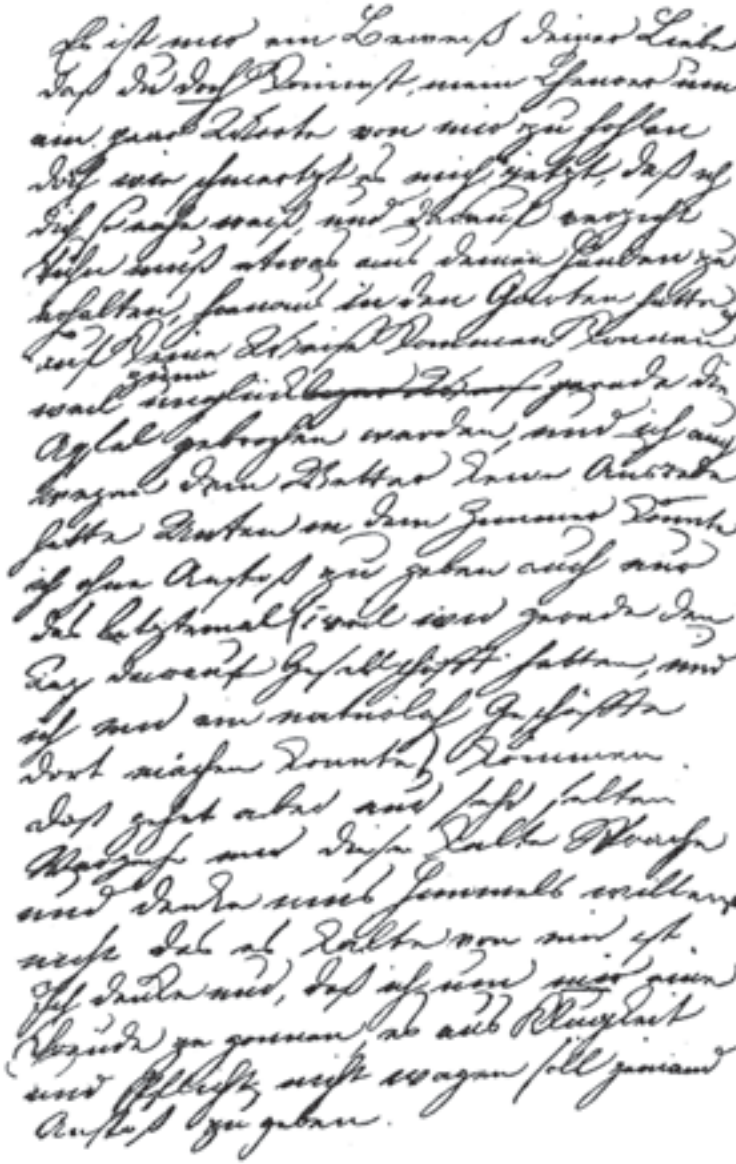
herausgegeben

von

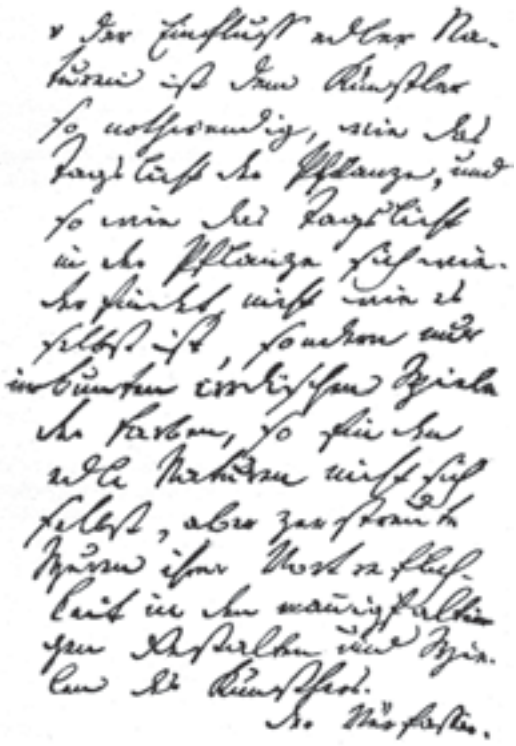
Schillern.

Zweyte Ausgabe.

Portada del Almanaque de las Musas del año 1798, editado por Schiller, en el que se publicó el poema de Hölderlin «Al éter» (*An den Äther*).



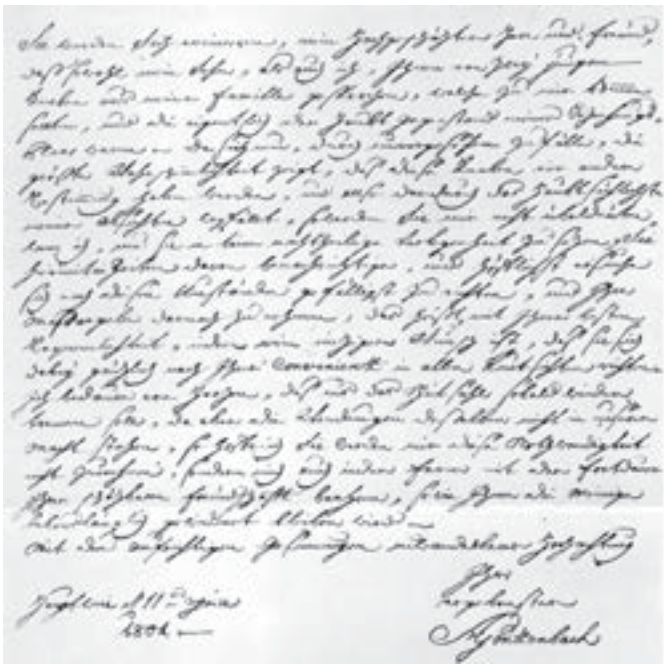
Carta de Susette Gontard a Hölderlin, de principios de octubre de 1798. «Es para mí una prueba de tu amor que vengas, *a pesar de todo*, a recoger algunas palabras mías. Pero ¡cómo me duele saber que vas a estar tan cerca y tener que renunciar a recibir algo de tus propias manos! Pero no podría salir al jardín de ninguna manera, porque están recogiendo las manzanas precisamente ahora…».



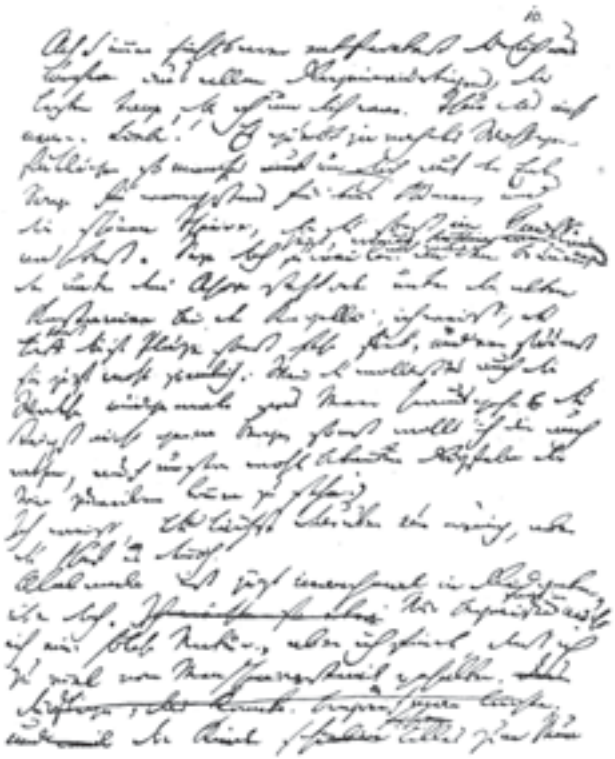
Carta de Hölderlin a Susette Gontard, de principios de noviembre de 1799. «¡Está aquí *nuestro Hyperion*! Un poco de alegría podrá darte este fruto de aquellos días nuestros que estaban llenos de entusiasmo».

La condesa Karoline von Hessen-Homburg y su hija la princesa Auguste, retratos al pastel, anónimos (*ca*. 1794). Por la princesa Auguste, que había leído *Hyperion* «más de veinte veces», Hölderlin era conocido en la familia condal antes de ser invitado a palacio.

Karl August Varnhagen von Ense, dibujo a lápiz de Wilhelm Hensel (1822).



Carta de despedida de Anton von Gonzenbach a Hölderlin, de 11 de abril de 1801.



Página manuscrita de *Hyperion*.

Christian Landauer y su familia, silueta anónima (s.f.).

HYPERION

oder

der Eremit in Griechenland

von

Friedrich Hölderlin.

Erster Band.

Tübingen 1797.

In der J. G. Cotta'schen Buchhandlung.

Hiperión o El eremita en Grecia, tomo primero, Tubinga, 1797. «El autor de esta novela ha entrado en un camino tan personal, que no podrá ignorarse a este joven de genio y talento», decían los anuncios de la novela que el editor Cotta publicó en las revistas literarias.

Ilustración del Voyage pittoresque de la Grèce *del conde Choiseul-Gouffier*, que Hölderlin leyó en la traducción que hizo Heinrich August Ottokar Reichard y se editó en Gotha en el año 1780. Este grabado tiene un significado excepcional, porque es de las pocas imágenes de Grecia que conoció Hölderlin.

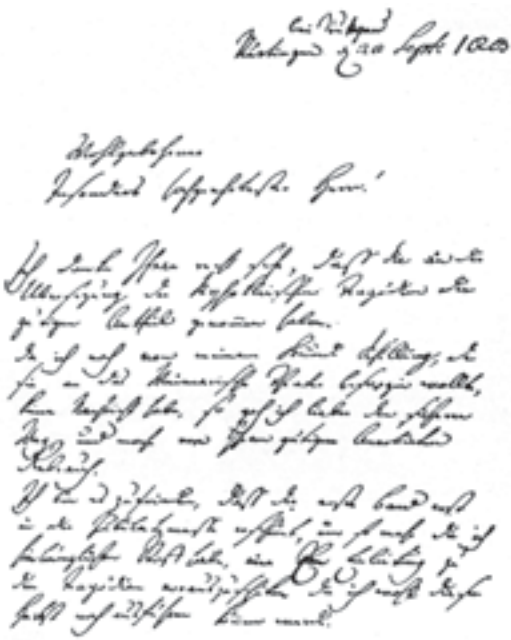
Pasaporte extendido el 28 de septiembre de 1802. Con él podía viajar el poeta de Nürtingen a Ratisbona, pasando por Blaubeuren y Ulm. El pasaporte tenía una vigencia de cuatro semanas, a contar desde el día siguiente a su expedición.

Gotthold Friedrich Stäudlin, óleo de Philipp Friedrich Hetsch (s.f.).

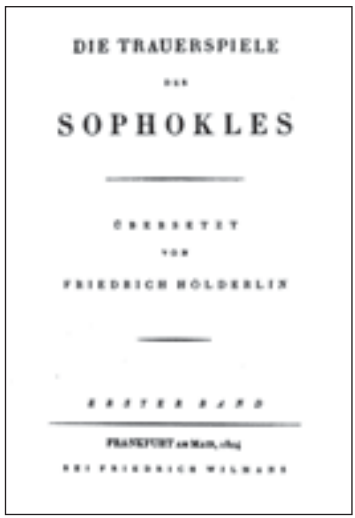
Hölderlin, silueta anónima (*ca*. 1797) y dedicatoria a Susette Gontard (1799). La silueta figura en el ejemplar de *Hyperion* (tomo primero) que perteneció a Hölderlin, y hoy se conserva en el Archivo de Literatura de Marbach. El poeta tiene el aspecto físico y la indumentaria que habían puesto de moda la Revolución: cuello alto y pelo corto, con flequillo sobre la frente.

Friedrich Matthisson en su cuarto, silueta de Luise Duttenhofer (s.f.). Sobre el armario, un busto de Schiller.

Carta de Hölderlin a Schiller, de 30 de junio de 1798. Como las demás cartas dirigidas a Schiller, es un testimonio de la inferioridad —rayana en la humillación— que Hölderlin sentía ante él: «[…] el temor de verme dominado por usted me impide dirigirme a usted con alegría. Pero nunca podré alejarme del todo de su influencia […]».



Carta de Hölderlin al editor Friedrich Wilmans, 28 de septiembre de 1803. «Le agradezco infinitamente el interés que ha mostrado por la traducción de las tragedias de Sófocles […]».


DIE TRAUERSPIELE

DES

SOPHOKLES

ÜBERSETZT

VON

FRIEDRICH HÖLDERLIN

ERSTER BAND

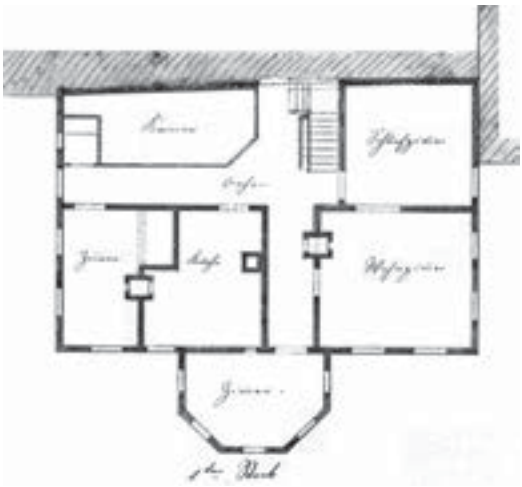
FRANKFURT am Main, 1804

BEI FRIEDRICH WILMANS

Las tragedias de Sófocles, traducidas por Friedrich Hölderlin, Fráncfort, 1804.

Casimir Ulrich Böhlendorff, silueta anónima (s.f.).

Tubinga desde la orilla izquierda del Neckar, acuarela de Johann Friedrich Partzschefeld (*ca*. 1790).



Plano de la casa en que vivió Hölderlin en sus últimos años, trazado a mediados del siglo XIX por J. Haller. Como se ve, la habitación que ocupó el poeta era hexagonal. El 14 de diciembre de 1875 la casa se incendió, y al reconstruirla, la torre —y las habitaciones interiores de ella— se trazaron con forma semicircular.

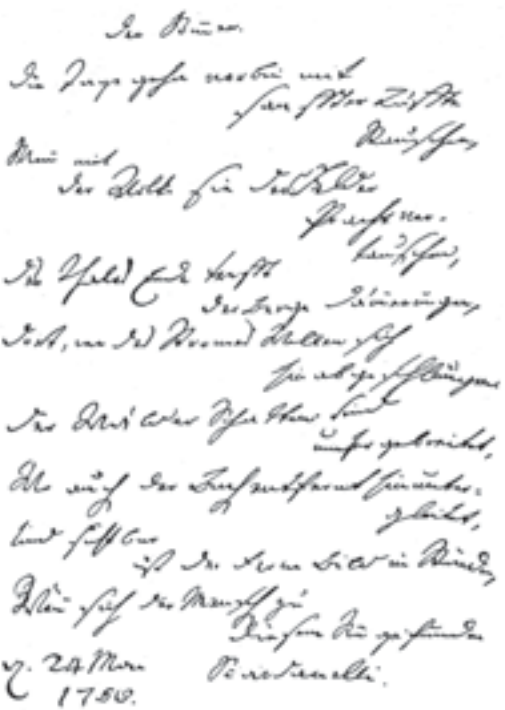
Hölderlin, dibujo a lápiz de Johann Georg Schreiner y Rudolf Lohbauer (1823). El poeta Eduard Mörike ha escrito al margen: «Dibujado a toda prisa por Schreiner y Rudolf el 27 de julio del 23». El poeta tenía cincuenta y tres años.

Hölderlin, dibujo a lápiz de Louise Keller (1842).

Hölderlin, grabado a buril (1843), según el dibujo de Louise Keller. Sirvió para ilustrar la segunda edición de los *Poemas*. En la misma plancha de acero, y al pie del retrato, se grabó un verso del poema «Al dios del sol» (*Dem Sonnengott*): «¡Te quiero, Tierra! Y tú eres partícipe de mis penas» (*Dich lieb ich, Erde! trauerst du doch mit mir!*).

Hölderlin, dibujo a tiza negra de Johann Georg Schreiner (1826). El poeta con cincuenta y seis años.

Wilhelm Waiblinger, dibujo a tinta, anónimo (*ca*. 1838).



«El verano» (*Der Sommer*), manuscrito de un poema de julio de 1842. El poeta lo ha firmado *Scardanelli*, y fechado en 1750.

Gedichte

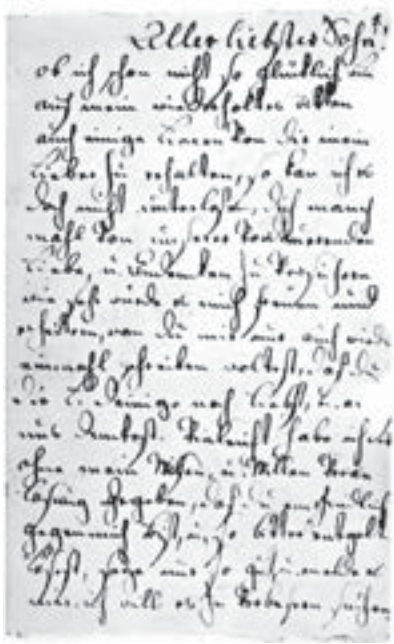
von

Friedrich Hoelderlin.

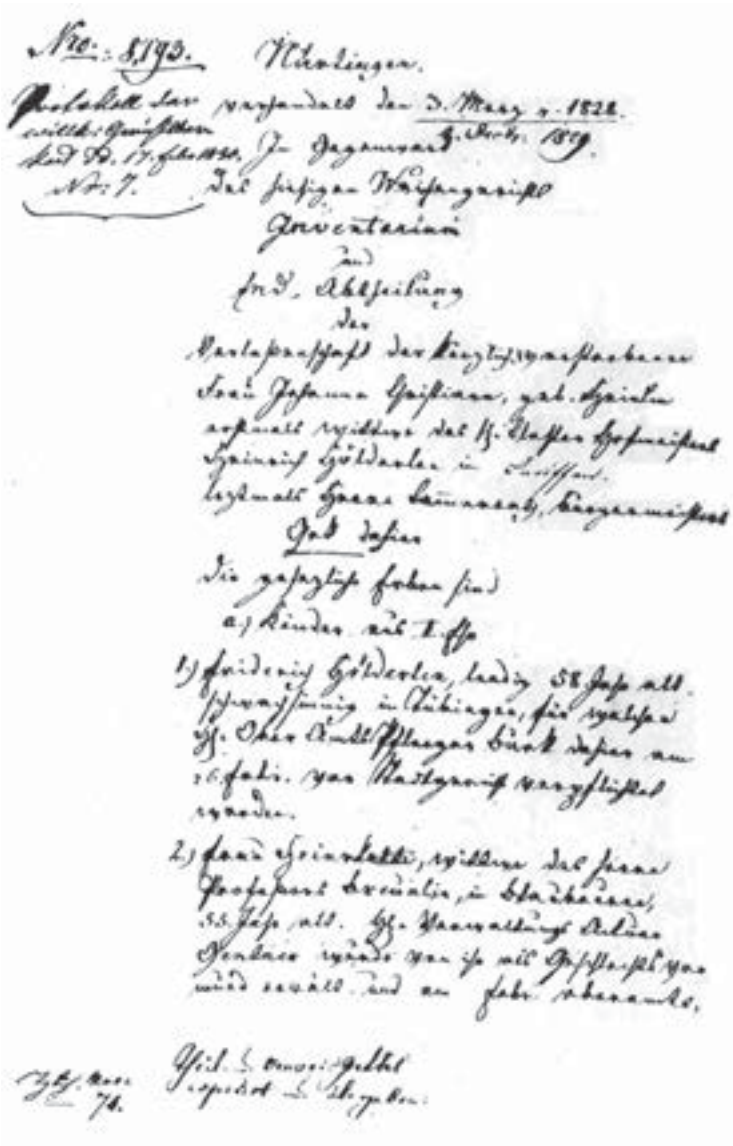
Fragment.

Stuttgart und Tübingen

Poemas de Friedrich Hölderlin, Tubinga, 1826.



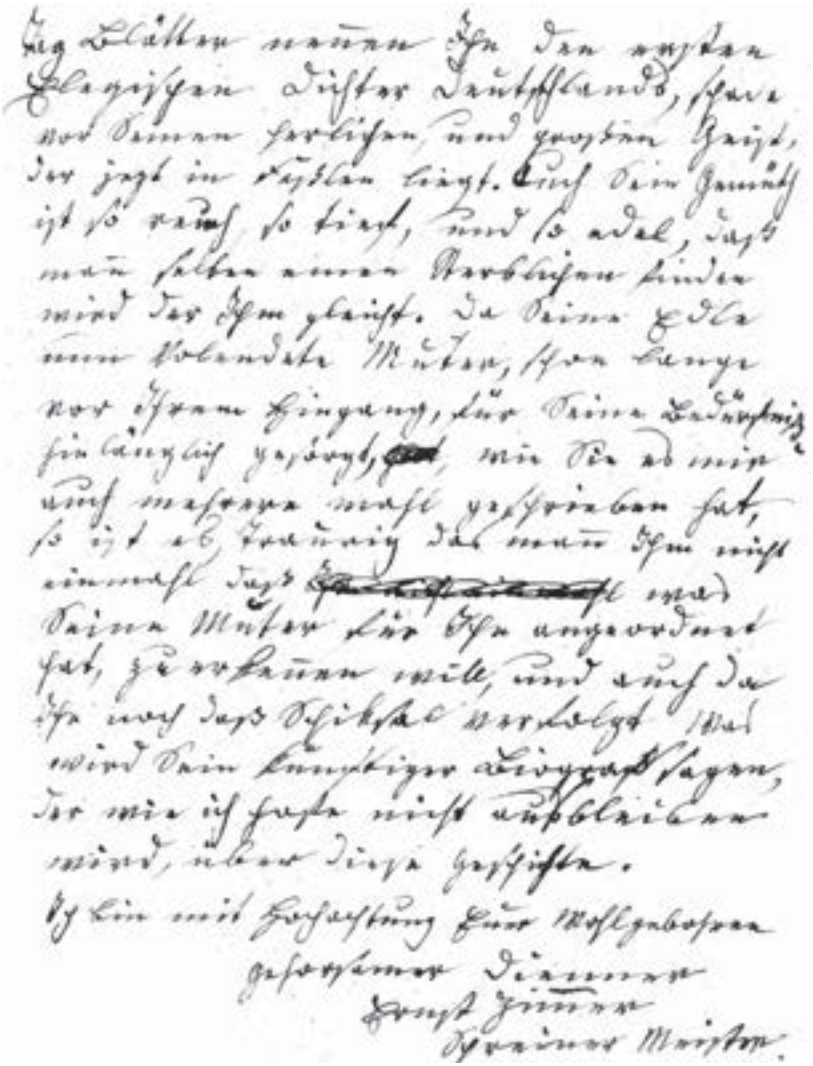
Carta de la madre, de 29 de octubre de 1805. De las muchas cartas que Johanna Christiana Heyn —o Gock, por su segundo matrimonio— escribió a su hijo Friedrich, ésta es la única que se ha conservado. Además de esta carta, han llegado a nuestros días otros dos documentos manuscritos de ella: la larga lista de gastos hechos a favor del poeta y el testamento.



Inventario de los bienes dejados a su muerte por la madre del poeta, fechado el 3 de marzo de 1828. El primero que aparece mencionado como heredero es «Friedrich Hölderlin, actualmente de 58 años, enfermo mental en Tubinga, representado por el Jefe Superior Burk, nombrado el 26 de febrero por Juzgado Municipal». En el inventario no aparece ningún inmueble, pero sí bienes muebles: más de medio millar, muchos de ellos de plata y oro.

Hölderlin, bajorrelieve en cera, por Wilhelm Paul Neubert (*ca*. 1840).

Giro postal hecho desde Nürtingen, por el curador administrativo (Amtspfleger) *de Hölderlin, a favor de Ernst Zimmer*, 10 de febrero de 1828.



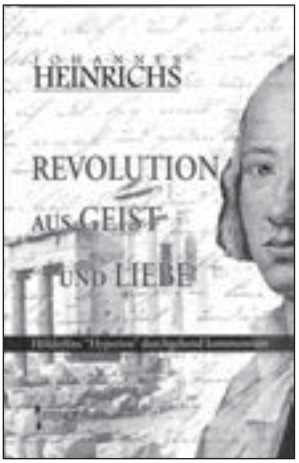
Carta de Ernst Zimmer dirigida al curador administrativo de Hölderlin, de 16 de abril de 1828. «Su espíritu [de Hölderlin] es tan rico, tan profundo y tan noble, que en ningún otro mortal se encontraría un espíritu que le igualara».

Bettina Brentano, dibujo a lápiz de Ludwig Emil Grimm (1809). Fue probablemente, en vida de Hölderlin, quien más apreció su obra y quien más compadeció su locura. «En sus poemas, el idioma es un ser sagrado. Estaba íntimamente unido a él, y él le regaló su seducción más profunda. Tuvo que haber besado al idioma. Sí, eso fue; y quien trata con demasiada proximidad a los dioses, éstos le castigan con la desgracia».

Hölderlin. Sein Leben in Selbstzeugnissen, Briefen und Berichten (Berlín, 1938). La de Fischer es la primera biografía rigurosa de Hölderlin.

Hölderlin und die Landschaft (Tubinga, 1944). Romano Guardini se acercó con delicadeza a los poemas de Hölderlin, y de ellos extrajo los diez breves ensayos que integran este libro.

Dort drüben in Westphalen (Stuttgart, 1995). Cada episodio de la vida de Hölderlin tiene bibliografía propia, como sucede con este estudio sobre el viaje a Bad Driburg, escrito por Erich Hock.



Revolution aus Geist und Liebe (Múnich, 2007). La novela *Hyperion* sigue suscitando interpretaciones, algunas de 600 páginas, como las de este libro de Johannes Heinrichs.

Escudo familiar de Hölderlin.

XII

PRECEPTOR EN FRÁNCFORT: SEGUNDA ETAPA DE PLENITUD

El 28 de diciembre —el mismo día en que, dos años atrás, había llegado a Waltershausen— llegó Hölderlin a Fráncfort. Era la ciudad más grande que había visto hasta entonces —tenía cerca de cuarenta mil habitantes—, y también la más agitada —no sólo en la abigarrada feria de otoño, la *Herbstmesse*, sino también en la vida diaria, centrada en el comercio—. Hölderlin se aloja en una posada —*Stadt Mainz*; Ciudad de Maguncia—, y la incómoda vida en la posada se alarga más de lo previsible, porque la habitación que iba a estar destinada al poeta —una de las innumerables buhardillas de la casa-palacio donde viven los Gontard— la habían inundado las lluvias invernales, y era necesario, más que adecentarla, rehacerla.

El pupilo, el pequeño Henry, de ocho años, viene enseguida a ver a Hölderlin a la posada. Es un chico alegre y expresivo. «Tengo muchas razones para pensar que me desagraviará por completo de la triste experiencia que me hizo pasar mi pupilo anterior», escribe el poeta al día siguiente de este primer encuentro. Hölderlin tiene encomendado enseñarle historia, alemán y geografía. Henry tiene también un profesor francés que viene a enseñarle, además de lengua francesa, cuentas, baile, esgrima, dibujo y caligrafía. El *französischer Meister* pasa un rato de la tarde en el *Weißer Hirsch* y luego se va. Hölderlin tiene, sin embargo, una obligación añadida: debe estar presente en todas las reuniones que los Gontard organizan en la casa. Su presencia —como es imaginable— ha de ser discreta y servicial.

La vida en la pensión se prolonga hasta mediados de enero. Al fin le anuncian que ya puede ocupar su cuarto. La lujosa mansión de la familia Gontard está en el *Großer Hirschgraben*, la avenida más amplia y señorial de Fráncfort. Es una casa del siglo XVI reformada a mediados del XVIII, y es de las pocas viviendas del interior de la ciudad que tiene

jardín. En la misma calle está la casa natal de Goethe, los teatros, la hospedería —el *Herberge zur Heimat*— en que se alojan los viajeros más ilustres que pasan por Fráncfort.... El *Weißer Hirsch* será demolido en 1872, para dejar sitio a las vías del ferrocarril, que debían llegar hasta el centro de la ciudad.

Marie Rätzer es quien lleva a Hölderlin, a través de los salones de la casa, a ver a los Gontard. Marie Rätzer es la *Gouvernante*: institutriz de las tres niñas —Heinriette, de seis años, Helene, de cinco, y Amalie, de tres— y encargada de dirigir la vida diaria de la casa. Su situación es intermedia: tiene un pie en la servidumbre y otro en la amistad, porque su marido, el oficial del ejército Ludwig Rüdt von Collenberg, de la más rancia nobleza de la alta Baviera, es amigo del señor Gontard. Y Hölderlin saluda al señor Gontard, tuerto y brusco, que empieza diciendo: «Mire usted, yo conozco la Bolsa como la palma de mi mano, pero de cómo hay que dirigir a los niños o qué es lo que tienen que aprender, no tengo ni idea. No es cosa mía. De eso tiene que preocuparse la madre».

Y Marie Rätzer lleva a Hölderlin a otro salón, donde está Susette Gontard, que tiene veintiséis años —cinco menos que su marido—, larga melena negra, ojos negros, y es, frente a la brusquedad del marido, silenciosa y discreta. Susette tiene la impresión de conocer al poeta desde siempre, no sólo porque se parece extraordinariamente a su hermano —eso hace también que los niños sientan inmediata simpatía por Hölderlin— sino porque, unos meses atrás, alguien le había regalado un ejemplar de *Thalia* para que leyera unas páginas muy bellas, *Fragmento de Hiperión*, de un tal Hölderlin...

«Vivo entre personas excelentes, incluso fuera de lo común», escribe el poeta en una de las primeras cartas enviadas desde Fráncfort. A su hermano Karl le pide que le mande inmediatamente la flauta, y «bien empaquetada, para que no se dañe». La vida del hogar se hace sin el señor Gontard, cuyo lema —*les affaires avant tout*— le retiene mañana y tarde en sus negocios de telas y de banca. Cuando los niños juegan o duermen, o dan clase con el profesor francés, la vida de la casa se centra en la música: Susette toca el piano, Marie Rätzer la guitarra y Hölderlin la flauta travesera. A veces leen juntos algún libro que acaba de publicarse.

Las cartas, muy pronto, dejan de hablar de una felicidad abstracta, y se centran —sin nombrarla— en Susette. A finales de junio le escribe a Neuffer: «Vivo en un mundo nuevo. Creía saber qué es lo bello y lo bueno, pero ahora lo estoy contemplando con mis propios ojos. Existe un ser en el mundo ante el cual mi espíritu puede detenerse y mantenerse detenido durante milenios. La gracia y la majestad, la calma y la vivacidad, el ánimo, el alma y el cuerpo, todo se funde, en este ser, en

un Todo grandioso. Puedes creer en mis palabras: es difícil imaginar, y más difícil encontrar algo semejante en este mundo». Y añade: «Tú sabes bien cómo estaba yo, hastiado de la vida diaria, y sabes que vivía sin fe, que mi corazón se había vuelto avaro, y por tanto miserable. No podía haber imaginado que me transformaría en lo que ahora soy. Estoy alegre como un águila, y no lo estaría de no haber encontrado a este ser único que, con su resplandor primaveral, ha rejuvenecido, fortalecido, alegrado y embellecido una vida a la que yo no daba valor alguno».

Ocho meses más tarde, la descripción de Susette es aún más directa y apasionada, aunque sigue sin nombrarla. «Es bella como un ángel. Tiene un rostro tierno, espiritualizado, encantador, celestial. Ah, con qué felicidad me quedaría mil años junto a ella, olvidándolo todo y también a mí mismo, en una contemplación bienaventurada. Es tan inagotable la riqueza que emana de la imagen de esta alma tranquila y modesta. Majestad y ternura, alegría y gravedad, dulce juego y soberana tristeza, vida y espíritu, no sólo ella, sino todo lo que emana de ella se armoniza en un conjunto divino».

En la misma carta incluye un poema «que he compuesto sobre ella»: se trata de «Diótima». En otra carta de esos días dice: «Ahora disfruto más escribiendo poemas que antes».

Callas y padeces, porque no te comprenden,
¡oh noble vida! Bajas los ojos, y callas,
ante la luz del día. Pues en vano
buscas a los tuyos bajo la luz del sol,

aquellas almas regias que, alegres, como hermanas
o como copas amistosas de un bosque,
estaban rodeadas de amor, de patria,
y de ese cielo que siempre las cernía,

recordando en su pecho sonoro los orígenes.
Almas llenas de gratitud, leales,
que hasta al mismo Infierno llevan la alegría
aquellos seres libres, hijos de los dioses,

almas grandes y tiernas que ya no existen más.
Aún las llora el corazón, al que le exhortan
los astros día tras día,
mientras persiste largamente el duelo.

Y este lamento fúnebre no cesa.
Pero el tiempo cura las heridas. Los celestes

son ahora fuertes, veloces. ¿No toma acaso
el mundo de ellos su antiguo derecho a la alegría?

Mira: antes de que la tumba nuestra se abra,
esto sucederá. Sí. Mi último canto verá el día
en que te nombre, Diótima, junto a héroes y dioses
y te iguale con ellos.

Du schweigst und duldest, denn sie verstehn dich nicht,
Du edles Leben! siehest zur Erd und schweigst
Am schönen Tag, denn ach! umsonst nur
Suchst du die Deinen im Sonnenlichte,

Die Königlichen, welche, wie Brüder doch,
Wie eines Hains gesellige Gipfel sonst
Der Lieb und Heimat sich und ihres
Immerumfangenden Himmels freuten,

Des Ursprungs noch in tönender Brust gedenk;
Die Dankbarn, sie, sie mein ich, die einzigtreu
Bis in den Tartarus hinab die Freude
Brachten, die Freien, die Göttermenschen,

Die zärtlichgroßen Seelen, die nimmer sind;
Denn sie beweint, so lange das Trauerjahr
Schon dauert, von den vorgen Sternen
Täglich gemahnet, das Herz noch immer

Und diese Totenklage, sie ruht nicht aus.
Die Zeit doch heilt. Die Himmlischen sind jetzt stark,
Sind schnell. Nimmt denn nicht schon ihr altes
Freudiges Recht die Natur sich wieder?

Sieh! eh noch unser Hügel, o Liebe, sinkt,
Geschiehts, und ja! noch siehet mein sterblich Lied
Den Tag, der, Diotima! nächst den
Göttern mit Helden dich nennt, und dir gleicht.

Diótima se convierte, obsesivamente, en la destinataria de los poemas. Hölderlin no se preocupa de poner títulos nuevos a los versos que salen a borbotones de su pluma. Los poemas van encabezados por una sola palabra: «Diótima». Algunos más breves, como éste en que el poeta insiste en la imagen de la mujer amada como un ser frágil rodeado por un mundo hostil:

¡Hermosa vida! Vives, como los tiernos brotes en invierno,
encerrada en ti misma, en un mundo que se ha vuelto viejo,
[sola.
Quisieras desplegar tu amor, dorarte, calentarte
en la luz que trae la primavera, buscar la juventud del mundo en
[ella.
Tu sol, el sol de un tiempo que fue hermoso, se ha ocultado,
y en la noche helada no hacen más que rugir los huracanes.

Schönes Leben! du lebst, wie die zarten Blüten im Winter,
In der gealterten Welt blühst du verschlossen, allein.
Liebend strebst du hinaus, dich zu sonnen am Lichte des
[Frühlings,
Zu erwarmen an ihr, suchst du die Jugend der Welt.
Deine Sonne, die schönere Zeit, ist untergegangen
Und in frostiger Nacht zanken Orkane sich nun.

O este otro poema, casi una variación del anterior, en que el poeta eleva la metáfora de la amada —«tierno brote […] que busca el sol»— a otro plano: el de la sociedad de su tiempo —«caos» que ha de elevarse a «la belleza».

Ven y aplaca, delicia de las Musas, tú que en otro tiempo
lograbas hermanar los elementos, el caos de este mundo.
Pon orden en las luchas furiosas con celestiales músicas de paz,
hasta hacer que en los pechos mortales se una lo que está
[desgarrado.
Que el viejo ser del hombre, que fue grande y tranquilo,
resurja, poderoso y sereno, en este tiempo nuestro tan violento.
Vuelve al necesitado corazón del pueblo, tú, belleza viva.
Vuelve a la mesa del que invita, vuelve al templo.
Porque Diótima vive, como los tiernos brotes en invierno,
y aunque tiene riquezas en el alma, busca como ellos el sol.
Pero el sol del espíritu, el tiempo más hermoso, se ha ocultado,
y en la noche helada no hacen más que rugir los huracanes.

Komm und besänftige mir, die du einst Elemente versöhntest,
Wonne der himmlischen Muse, das Chaos der Zeit,
Ordne den tobenden Kampf mit Friedenstönen des Himmels,
Bis in der sterblichen Brust sich das Entzweite vereint,
Bis der Menschen alte Natur, die ruhige, große,
Aus der gärenden Zeit mächtig und heiter sich hebt.
Kehr in die dürftigen Herzen des Volks, lebendige Schönheit!

Kehr an den gastlichen Tisch, kehr in die Tempel zurück!
Denn Diotima lebt, wie die zarten Blüten im Winter,
Reich an eigenem Geist, sucht sie die Sonne doch auch.
Aber die Sonne des Geists, die schönere Welt, ist hinunter
Und in frostiger Nacht zanken Orkane sich nur.

Y hay un poema extenso —«Diótima» también—, de quince estrofas, que Hölderlin conservará inédito —probablemente por el ser el más autobiográfico—, y que empieza:

Muerto desde antiguo y encerrado en lo hondo,
mi corazón saluda al mundo hermoso.
Florecen sus ramas y echan brotes,
henchidas por la fuerza de la vida.
Oh, vuelvo a vivir de nuevo
con la feliz pujanza de mis flores,
que rompen la áspera corteza
e irrumpen al aire y a la luz.
[…]

Lange tot und tiefverschlossen,
Grüßt mein Herz die schöne Welt;
Seine Zweige blühn und sprossen,
Neu von Lebenskraft geschwellt;
O! ich kehre noch ins Leben,
Wie heraus in Luft und Licht
Meiner Blumen selig Streben
Aus der dürren Hülse bricht.
[…]

Se ha discutido largamente en qué medida coinciden la figura poética de Diótima y la persona de Susette Gontard. Un argumento poco relevante que desmentiría esa coincidencia está en el hecho de que Diótima sea anterior, en la obra de Hölderlin, a Susette: ya aparece en la versión versificada de *La juventud de Hiperión* (*Hyperions Jugend*), escrita entre los meses de abril y junio de 1795, es decir, en los últimos tiempos de su estancia de Jena. Un argumento decisivo a favor de la coincidencia está en las diecisiete cartas enviadas por Susette Gontard a Hölderlin después de la separación. También en los esbozos de cartas del poeta que se han conservado —las cartas que envió a Susette se han perdido— se puede rastrear el paralelismo: «Todo lo que se dice [en la segunda parte de *Hyperion*] de ella [de Diótima] y de nosotros, de la vida de nuestra vida, acéptalo como agradecimiento, tanto más sincero cuanto más torpemente se expresa».

«Todo lo que se dice de ella y de nosotros»: hay pues, elementos reales en el relato, al que no se le puede pedir una fidelidad absoluta porque no es una crónica, sino una obra de creación. En el mismo esbozo de carta le dice el poeta: «Perdóname que muera Diótima». ¿Tendría sentido que Hölderlin le pidiera perdón por las vicisitudes de un personaje de ficción, si ese personaje de ficción no guardara paralelismo con la figura real de Susette?

El mes de mayo lo pasó la familia Gontard en la casa de campo —el *Adlerflychtschen Hof*— situada en las afueras de la ciudad y cercana a las estribaciones del Taunus. El marido iba y volvía a Fráncfort, a ocuparse de sus asuntos, y era mayor el tiempo de su ausencia que el de su presencia. La soledad compartida, los campos en todo el esplendor de la primavera, la ausencia de actos sociales —que humillaban a Hölderlin, porque era en ellos donde el preceptor tenía que comportarse, en presencia de Susette, como un criado más de la familia—, todo contribuyó a que esos días fueran de exaltada felicidad. «Horas no perturbadas —escribió el poeta al recordar esos días—, donde sólo existíamos el uno para el otro. ¡Era el triunfo! Ambos tan solos y altivos, tan vivos y florecientes y brillantes de alma y de corazón, y ambos en una paz celestial que compartíamos».

La estancia en el *Adlerflychtschen Hof* se habría prolongado, como todos los años, hasta el otoño. Pero en junio las tropas revolucionarias francesas, al mando del general Moreau, habían cruzado el Rin y habían empezado a desplegarse hacia el norte y hacia el sur. El 18 de julio tomaron Stuttgart. Maguncia fue bombardeada y arrasada. A los pocos días iniciaron el cerco de Fráncfort. El señor Gontard decidió que su familia —y con ella el preceptor y la institutriz— abandonara la ciudad, se alejara del frente y se refugiara en Hamburgo, donde vivían los parientes de su mujer. Él permanecería en la ciudad sitiada, al frente de sus negocios.

La repentina aparición de las tropas francesas queda reflejada en una carta que Hölderlin le está escribiendo a su hermano, y que tiene que interrumpir por la inminencia del asalto. «Lo anterior lo había escrito hace poco —dice en uno de los párrafos finales—, pero he tenido que dejar de escribir de manera inesperada. El ejército imperial se está retirando de Wetzlar y la región de Fráncfort va a convertirse en escenario de guerra. Por esa razón salgo hoy mismo de viaje con toda la familia. El señor Gontard se queda solo. Supongo que se producirán acontecimientos importantes».

XIII

UN VERANO EN BAD DRIBURG

Un gran carruaje tirado por cuatro caballos llevó a los siete —a Susette y Henry, a las pequeñas Heinriette, Helene y Amalie, y a Marie Rätzer y Hölderlin—, y una carretela, detrás, llevaba a la cuñada y la suegra de Susette y a la servidumbre. La salida de Fráncfort fue angustiosa. Miles de personas se agolpaban en la huida. Algunas en coche de caballos, otras en carros tirados por bueyes, muchos a pie, descalzos incluso, con equipajes desiguales, unos inmensos y otros mínimos... Aquella corriente humana de caras angustiadas avanzaba por los caminos y se juntaba con otros grupos que procedían de los pueblos cercanos.

Hölderlin y sus compañeros de viaje atravesaron los bosques del Westerwald y el Kellerwald hasta la ciudad de Kassel, en el límite ya con la Baja Sajonia. Los cañonazos de las tropas francesas y de las tropas imperiales dejaron de oírse. En Kassel se detuvieron. Los condes soberanos del pequeño Estado de Hessen-Kassel habían hecho de la ciudad un muestrario de la más brillante arquitectura barroca. La ciudad estaba esos días en fiestas, porque el rey de Prusia, Friedrich Wilhelm II, visitaba la ciudad. Contrastaba la brillantez de las ceremonias de recepción con los miles de personas que habían salido huyendo de sus casas, habían llegado a Kassel y, sin medios para subsistir, mendigaban por la ciudad.

En Kassel se había abierto, poco tiempo atrás —en 1779— el primer museo de arte de Europa: el *Fridericianum*. Hölderlin lo visitó y es seguro que se detuvo especialmente —aunque no ha quedado testimonio de ello— ante el extraordinario *Apolo de Kassel*, copia romana de la obra de Fidias, que perteneció al emperador Domiciano y hoy está en el castillo de Wilhelmshöhe. Hölderlin contempló despacio los lienzos de Tiziano, de Tintoretto, del Veronés, de Rubens, de van Dyck, de Jordaens, de Hals, de Rembrandt, de Murillo, de Ribera y de Claude Lorrain.

Se ha escrito que los paisajes que describe Hölderlin en *Hyperion* están en deuda con los paisajes de Claude Lorrain que vio en el museo de Kassel. «La galería de pinturas y algunas estatuas del museo me han hecho pasar días verdaderamente felices», le escribe a su hermano Karl.

Al llegar a Kassel avisaron a un amigo de los Gontard, el escritor Wilhelm Heinse. «Es verdaderamente un hombre excelente», le dice a Karl en la misma carta en que le da cuenta de la estancia en Kassel. Y añade: «No hay nada tan bonito como una vejez feliz, como la de este anciano» (Heinse acababa de cumplir cincuenta años: había nacido en 1746).

Hölderlin había leído a Heinse antes de conocerle. Lo prueba que al frente de uno de sus *Himnos de Tubinga* —«Diosa de la Armonía» (*Göttin der Harmonie*)— figure una cita del *Ardinghello*, de Heinse: «Urania, la virgen radiante, mantiene unido al mundo con su mágico lazo en un encanto arrebatador». Y la lectura de otra obra de Heinse se puede dar por segura, aunque no haya pruebas: la novela *Hildegard von Rohenthal*. El segundo volumen se había publicado a principios del verano de 1796, y estaba dedicado a Susette Gontard, así que uno de los primeros ejemplares de la obra debió de llegar al *Weißer Hirsch* en esa época, cuando Hölderlin llevaba ya varios meses como preceptor en la casa. Sólo cabe dudar de si Hölderlin leyó la novela antes o después del asedio de Fráncfort.

En los días de Kassel mantuvo Hölderlin largas conversaciones con Heinse. Es probable que el «viejo» novelista le explicara entonces a Hölderlin su teoría literaria sobre los tonos. La cosa es que hay una clara huella de las ideas de Heinse en el lenguaje que emplean los personajes de *Hyperion*, y también en varios de los ensayos que Hölderlin escribió durante la primera estancia en Homburg.

Al salir de Kassel se desviaron de la ruta que tenían prevista. No siguieron hacia el norte, sino hacia el oeste, e hicieron una última parada en Bad Driburg. Las tropas francesas habían empezado a retirarse de las tierras invadidas y era previsible que el cerco de Fráncfort terminara pronto.

Jakob Gontard había viajado a Kassel, y allí había recogido a su hermana y a su madre para llevarlas de regreso a Fráncfort. De manera que desde ese momento se quedaron solos Susette, Hölderlin, Heinse y los niños. En Bad Driburg permanecieron todo el mes de septiembre. A principios de octubre se levantó el sitio de Fráncfort, y volvieron.

Bad Driburg era —y es hoy, aunque con la población algo crecida— un pequeño balneario situado en el extremo meridional del mítico *Teutoburger Wald*, donde el germano Arminio derrotó a las legiones romanas y liberó del imperio el territorio que se extiende del Elba al Rin. En Bad Driburg pasó Hölderlin los días más felices de su vida. Olvida-

dos del mundo, Hölderlin y Susette se sintieron libres y solos, ajenos a la guerra que tenían tan cerca —en el viaje habían oído más de una vez los rugidos de las bombas francesas— y ajenos a las circunstancias que pronto les harían separarse. En Bad Driburg —escribe Hölderlin a su hermano— «vivimos tranquilos, sin conocer a nadie, pues a nadie necesitábamos, en mitad de bosques admirables, sin otra compañía que la que uno a otro nos dábamos. Bebí del agua que había allí, un agua excelente, fortificadora y purificadora, y gracias a ellas me encontré, y aún me encuentro, en un estado extraordinario. Te alegrará especialmente saber que vivíamos a sólo media hora del valle en que Arminio venció a las legiones de Varo. Pensaba, cuando estaba en ese lugar, en aquella hermosa tarde de mayo, en que, sentados sobre unas rocas, leímos juntos *La batalla de Arminio*».

La hazaña de las tribus germanas la cantaría Hölderlin pocos días después en el poema «La batalla» (*Die Schlacht*). Cuando Neuffer lo publicó en su revista literaria *Taschenbuch für Frauenzimmer*, le cambió el título por otro más grandilocuente: «La muerte por la patria» (*Der Tod fürs Vaterland*), y con ese título lo difundieron los mandos nazis entre los soldados, en la Segunda Guerra Mundial, apropiándose así de un poema que no pretendía ser una arenga bélica:

¡Ya llegas, oh batalla! Como olas desciende
la juventud de las colinas, hacia el valle,
para oponerse al osado invasor,
segura de su arte y de su brazo,

y más segura aún el alma de los jóvenes,
pues los justos combaten como magos,
y al entonar sus cantos por la patria
se quiebran las rodillas del infame.
[…]

Du kömmst, o Schlacht! schon wogen die Jünglinge
Hinab von ihren Hügeln, hinab ins Tal,
Wo keck herauf die Würger dringen,
Sicher der Kunst und des Arms, doch sichrer

Kömmt über sie die Seele der Jünglinge,
Denn die Gerechten schlagen, wie Zauberer,
Und ihre Vaterlandsgesänge
Lähmen die Kniee den Ehrelosen.
[…]

El ambiente de Bad Driburg en esos días finales del verano era de absoluta placidez. Había acabado la temporada oficial de baños. Sólo quedaban unas pocas docenas de agüistas rezagados. Los conciertos de música de cámara que organizaba el balneario habían terminado ya.

No se conservan cartas de Hölderlin escritas desde Bad Driburg, probablemente porque no las escribió. Ya le decía a su hermano Karl que «a nadie necesitábamos». Hölderlin no era excesivamente aficionado a la correspondencia, y menos en esa circunstancia en que no se trataba de contar sino de vivir. Schelling se quejaba a Hegel de que Hölderlin no le escribía, y Neuffer le reprocha a menudo la tardanza en contestar las cartas. Con amigos íntimos de la niñez y la primera juventud —Nast, Magenau…— la relación se va desvaneciendo porque las cartas de Hölderlin son cada vez más esporádicas.

En estos meses, las cartas a la madre —tan abundantes en todas las etapas de la vida de Hölderlin— se vuelven escasas. Su gran pasión no podía quedar desvelada a los ojos de la madre, y la vida de Hölderlin estaba demasiado centrada en Susette como para hablar de otras cosas. La madre, sin embargo, le sigue escribiendo y le sigue atormentando con nuevos puestos clericales: una vacante de pastor en un pueblo del norte, para la que sería necesario casarse con la hija del pastor cesante —forma habitual de heredar la parroquia—…, una plaza de maestro en la escuela latina de Nürtingen… La madre parece tener alguna sospecha del excesivo apego al nuevo puesto de preceptor en casa de los Gontard, con lo inestable que su hijo había sido hasta entonces. Llega un momento en que parece intuir la relación de Hölderlin con Susette, una mujer casada… y le pregunta a su hijo si ha desaparecido de su vida la religiosidad que sentía en otros tiempos. «¡Queridísima madre! —le contesta el poeta— Me habla usted muchas veces de religión, como si no supiera qué pensar de mi fe. Ah, si yo pudiera desplegar mi intimidad ante usted. ¡Tenga confianza en mí! Deje de dudar de lo que para mí es sagrado…».

Sin embargo, la idea de la lejanía de los dioses empieza a estar presente en la obra de Hölderlin a partir de estos años. No se trata de una pérdida del sentido de lo sagrado —como le contesta a su madre: «Deje de dudar de lo que para mí es sagrado…»—, sino de un distanciamiento de la Iglesia oficial, de esa *Landeskirche Württembergs* a la que tanto teme. El poema «Cuando era niño» (*Da ich ein Knabe war*), escrito en este año 1797 es un delicado —y quizá nostálgico— testimonio de esa *lejanía de los dioses*:

> Cuando era niño
> un dios a menudo me salvaba
> de los gritos y varas de los hombres.

Yo jugaba seguro, complacido,
con las flores del bosque,
y las brisas del cielo
se entretenían conmigo.

Y lo mismo que alegras
la vida de las plantas,
cuando extienden a ti
sus tiernos brazos,

alegraste la mía,
Padre Helios. Y yo, como Endimión,
era tu predilecto,
santa Luna.

Oh dioses amistosos
que tan fieles me sois.
Quisiera que sepáis
cuánto os he amado.

Entonces no os llamé
por vuestros nombres,
ni tampoco vosotros
empleásteis el mío,
como hacen los hombres fingiendo conocerse.

Pero yo sabía de vosotros
más que de los hombres.
Yo entendía el silencio del éter,
pero nunca entendí las voces de los hombres.

Fue la armonía del bosque
susurrante quien me educó,
y a querer aprendí
entre las flores.

He crecido en brazos de los dioses.

Da ich ein Knabe war,
Rettet' ein Gott mich oft
Vom Geschrei und der Rute der Menschen,
Da spielt ich sicher und gut
Mit den Blumen des Hains,

Und die Lüftchen des Himmels
Spielten mit mir.

Und wie du das Herz
Der Pflanzen erfreust,
Wenn sie entgegen dir
Die zarten Arme strecken,

So hast du mein Herz erfreut,
Vater Helios! und, wie Endymion,
War ich dein Liebling,
Heilige Luna!

O all ihr treuen
Freundlichen Götter!
Daß ihr wüßtet,
Wie euch meine Seele geliebt!

Zwar damals rief ich noch nicht
Euch mit Namen, auch ihr
Nanntet mich nie, wie die Menschen sich nennen,
Als kennten sie sich.

Doch kannt ich euch besser,
Als ich je die Menschen gekannt,
Ich verstand die Stille des Aethers,
Der Menschen Worte verstand ich nie.

Mich erzog der Wohllaut
Des säuselnden Hains
Und lieben lernt ich
Unter den Blumen.

Im Arme der Götter wuchs ich groß.

XIV

HAGA POEMAS BREVES

A lo largo de todo el año 1797 el ánimo de Hölderlin no decayó. No hay otra temporada en la vida del poeta de tan larga estabilidad emocional y profesional. A juzgar por las cartas, la relación con Susette se hace más intensa, y la ilusión —que se consolidó en la soledad en compañía de Bad Driburg— crece.

Ese año es el de mayores éxitos de Hölderlin como escritor. Schiller, al fin, después de varios meses de silencio, le había escrito —«claro que no le había olvidado, mi querido amigo»…— y hasta le había hecho afectuosas recomendaciones literarias —«huya todo lo posible de asuntos filosóficos, permanezca lo más cerca que pueda del mundo de los sentidos (*Sinnenwelt*)»…—, y ahora le publicaba en la revista *Die Horen* dos largos poemas, «El caminante» (*Der Wanderer*) y «Los robles» (*Die Eichbäume*). Goethe, que pasó unos días en Fráncfort, recibió allí a Hölderlin, y también le dio algún consejo: «Haga poemas breves»…

Antes de publicar los poemas de Hölderlin en *Die Horen*, Schiller se los envió a Goethe. De las cartas que se cruzaron entre Schiller y Goethe con este motivo, Hölderlin no supo nada —y es mejor que fuera así—. «En los poemas hay buenos ingredientes para un poeta, pero por sí solos no revelan a un poeta —escribe Goethe—. Quizá lo mejor que pudiera hacer es elegir un motivo sencillo, de carácter idílico, y desarrollarlo». Schiller contesta: «Me alegro de que su juicio sobre mi amigo y protegido no sea completamente desfavorable. En realidad, encuentro en sus poemas mucho de mi propio estilo, y más de una vez me lo ha dicho el propio autor. Tiene una fuerte subjetividad, y eso hace que tenga espíritu y hondura filosófica. Pero su situación es peligrosa, porque a los que tienen esa naturaleza les resulta difícil avanzar». Goethe contesta que no ve en absoluto el genio de Schiller en los poemas de Hölderlin. «No tienen ni la plenitud, ni la fuerza, ni la hondura de sus trabajos», le dice.

En abril recibe Hölderlin los primeros ejemplares de *Hyperion (Primera parte)*, que el editor Cotta acaba de publicar en Tubinga con tipos elegantes fundidos por el impresor Hopfer. Se ha hecho una edición de 360 ejemplares más diez en papel de vitela (*Velinpapier*). Uno de estos ejemplares se lo entrega Hölderlin a Susette con una carta. La reacción de los amigos es entusiasta. Heinse le escribe a Sömmerling: «Las cartas de Hiperión están llenas de vida, de sensibilidad y de una emoción profunda. Es un apóstol de la naturaleza. Hay algunos pasajes, a partir de la página 86 [primer encuentro de Hiperión y Diótima] tan cálidos y penetrantes, que deberían impresionar al propio Kant y hacerle abdicar de su idea de que sólo existe la apariencia de las cosas». Pero los grandes guardan silencio. Hölderlin le envía un ejemplar de *Hyperion* a Schiller, pero no obtiene respuesta. Las revistas literarias se hacen escaso eco de la publicación. Sólo dos de ellas —*Oberdeutsche Allgemeine Zeitung*, en 1801, y *Aurora*, en 1804— expresarán tímidamente algún juicio favorable.

La salida de *Hyperion* anima a Hölderlin, en esos primeros meses de 1797, a emprender su segunda gran obra, la tragedia *Empédocles*. «He hecho un plan detallado para una tragedia, cuyo tema me apasiona», le escribe a su hermano Karl.

La cosecha poética del año es abundante. Hölderlin hace caso a Goethe —«haga poemas breves»…—, pero menos a Schiller —«huya todo lo posible de asuntos filosóficos»…—. Las que se han llamado «pequeñas odas epigramáticas» —*epigramatische Kurzoden*— son poemas de unos pocos versos, a veces de dos estrofas, raramente de tres o de cuatro.

Algunos de esos poemas son reflexiones sobre la vida, no exentos de cierta hondura filosófica, como éste —«Los poetas hipócritas» (*Die scheinheiligen Dichter*)— en que contrapone fe y razón:

> ¡Vosotros, fríos hipócritas, no habléis sobre los dioses!
> A vosotros con la razón os sobra. Vosotros no creéis en Helios,
> ni en el dios de los truenos, ni en el dios de los mares.
> Muerta está la tierra, ¿quién puede agradecérselo?
>
> Consolaos, oh dioses. Adornáis las canciones
> aunque el alma se fue de vuestros nombres.
> Y cuando necesitan una palabra grande,
> ¡madre naturaleza! a ti te invocan.
>
> *Ihr kalten Heuchler, sprecht von den Göttern nicht!*
> *Ihr habt Verstand! ihr glaubt nicht an Helios,*
> *Noch an den Donnerer und Meergott;*
> *Tot ist die Erde, wer mag ihr danken? –*

Getrost ihr Götter! zieret ihr doch das Lied,
Wenn schon aus euren Namen die Seele schwand,
Und ist ein großes Wort vonnöten,
Mutter Natur! so gedenkt man deiner.

O este otro poema, «Al Dios del sol» (*Dem Sonnengot*) —uno de los más extensos en esta época de poemas breves—, en que plantea la contraposición —tan del gusto de la época— entre la fe y la ciencia, y que empieza con un inquisitivo «¿Dónde estás?» (*Wo bist du?*), dirigido a Dios:

¿Dónde estás? Se embriaga oscuramente mi alma
en todos tus encantos.
Porque ahora mismo he visto
cómo, cansado del viaje, el joven dios

bañaba sus rizos juveniles en nubes de oro.
Y ahora mis ojos le siguen por sí solos.
Pero se ha ido lejos de los pueblos devotos
que aún siguen venerándole.

¡Te amo, tierra! Y tú de mí aún te compadeces.
Nuestra pena, como el dolor de un niño,
se transforma en sueño, y así como los vientos
soplan y rozan las cuerdas de la lira,

hasta que al fin una mano maestra arranca
el más bello sonido, así el sueño y la niebla juegan
a nuestro alrededor, hasta que llega el amado de nuevo
y se enciende en nosotros la vida y el espíritu.

Wo bist du? trunken dämmert die Seele mir
Von aller deiner Wonne; denn eben ists,
Daß ich gesehn, wie, müde seiner
Fahrt, der entzückende Götterjüngling

Die jungen Locken badet' im Goldgewölk;
Und jetzt noch blickt mein Auge von selbst nach ihm;
Doch fern ist er zu frommen Völkern,
Die ihn noch ehren, hinweggegangen.

Dich lieb ich, Erde! trauerst du doch mit mir!
Und unsre Trauer wandelt, wie Kinderschmerz,

In Schlummer sich, und wie die Winde
Flattern und flüstern im Saitenspiele,

Bis ihm des Meisters Finger den schönern Ton
Entlockt, so spielen Nebel und Träum um uns,
Bis der Geliebte wiederkömmt und
Leben und Geist sich in uns entzündet.

En algunos poemas de esta época están particularmente presentes los rasgos —*brevitas et argutia*— de los epigramas de la Antigüedad grecolatina en los que Hölderlin se inspira. Así sucede en esta primera versión del poema «Curso de la vida» (*Lebenslauf*):

Hacia lo alto se esforzaba mi espíritu, pero el amor tiró
bellamente hacia abajo. Ahora es la pena quien lo inclina con
[fuerza.
Y así voy recorriendo el curso de la vida
y volviendo siempre al punto de partida.

Hoch auf strebte mein Geist, aber die Liebe zog
Schön ihn nieder; das Leid beugt ihn gewaltiger;
So durchlauf ich des Lebens
Bogen und kehre, woher ich kam.

Marcadamente epigramático es también el poema «Entonces y ahora» (*Ehmals und Jetzt*), de contenido autobiográfico:

Cuando joven, era feliz por la mañana
y de noche lloraba. Ahora que soy mayor,
empiezo el día con dudas, y
lo acabo con ánimo apacible.

In jüngern Tagen war ich des Morgens froh,
Des Abends weint ich; jetzt, da ich älter bin,
Beginn ich zweifelnd meinen Tag, doch
Heilig und heiter ist mir sein Ende.

Y el propio poeta trata de justificar la brevedad de las composiciones de esta época en un poema que se titula precisamente así: «La brevedad» (*Die Kürze*). Pero hay más retórica que verdad en este poema. «Como es mi suerte, así es mi canción» (*Wie mein Glück ist mein Lied*), dice en él: y no, no es verdad. Los poemas no son breves porque su felicidad sea pequeña. Hölderlin, en esta época, se siente inmensamente feliz. Si

no escribe poemas largos es porque ha entendido el consejo de Goethe: tiene que hacer un esfuerzo de concentración, tiene que lograr mayor densidad poética. En una carta a Neuffer, Hölderlin reconoce sus defectos: «tengo más facilidad que fuerza, más matices que ideas»…

> ¿Por qué tan breve? ¿Es que acaso no amas, como en otro
> [tiempo,
> el canto? ¡Tú que, cuando joven, no encontrabas
> en los días llenos de esperanza,
> el momento de acabar el cántico!
>
> Como es mi suerte, así es mi canción. ¿Quieres hundirte,
> feliz, en el intenso rojo del crepúsculo? Ha huido, y se ha vuelto
> la tierra fría. Y el pájaro de la noche, ante tus ojos,
> incómodo, aletea.
>
> *»Warum bist du so kurz? liebst du, wie vormals, denn*
> *Nun nicht mehr den Gesang? fandst du, als Jüngling, doch,*
> *In den Tagen der Hoffnung,*
> *Wenn du sangest, das Ende nie!«*
>
> *Wie mein Glück, ist mein Lied. – Willst du im Abendrot*
> *Froh dich baden? hinweg ists! und die Erd ist kalt,*
> *Und der Vogel der Nacht schwirrt*
> *Unbequem vor das Auge dir.*

Este 1797 es un año feliz desde el primer día hasta el último. Vuelven a ser felices los meses de verano en la casa de campo del *Adlerflychtschen Hof*, en que está solo con Susette —el marido, como siempre, va del negocio de telas al despacho del banco—, y son felices también las visitas de su hermano Karl —que pasa unos días con él—, la de Neuffer —que se queda asombrado de la «alta belleza» de Susette—, y las frecuentes de Hegel —que se ha venido a vivir a Fráncfort como preceptor.

Hölderlin no sólo es feliz, sino que irradia felicidad, especialmente con los niños. María Belli-Gontard, una sobrina de los Gontard que pasó temporadas en el *Weißer Hirsch* escribió muchos años después: «Nadie era tan amistoso con nosotros, los niños, como Hölderlin». La carta que el pequeño Henry mandó al poeta, cuando éste estaba ya en Homburg, es un testimonio del sincero cariño que su pupilo sentía hacia él: «Querido Hölder, no puedo creerme que te hayas ido. He estado hoy en casa del señor Hegel, y me ha dicho que hace tiempo que venías pensando en irte […] Vuelve pronto con nosotros, mi querido Hölder. ¿Con quién vamos a aprender ahora cosas?». La simpatía era un rasgo

habitual del poeta, sólo torturado consigo mismo. Ya le había dicho Charlotte von Kalb a Schiller: «Si hay algún ser que alguna vez puede estar descontento con Hölderlin… ese es el propio Hölderlin».

XV

SE HACE LA NOCHE ANTE NOSOTROS

Pero el amor secreto de Hölderlin y Susette no era tan secreto como para no tener alguna manifestación visible. En una carta que un comerciante de Fráncfort —Schwendler— manda a una amiga, le dice: «He visto a Hölderlin hace un par de semanas en un concierto. No tiene trato con casi nadie, y vive sólo para sí, para sus estudios y —añaden algunos— para la madre de sus pupilos, que parece ser una mujer muy agradable». Y Marie Rätzer le escribe a una amiga: «Los días enteros los pasa la señora Gontard con Hölderlin, en el cenador o en el gabinete».

Jacob Gontard no era un hombre tan ocupado en sus negocios que todo lo que sucedía en su casa le pasara inadvertido. Además, Marie Rätzer parece que acabó sintiendo celos de que Hölderlin recibiera mejor trato que ella, y contribuyó con algunas insinuaciones a aumentar las sospechas del señor Gontard.

Hölderlin, por su parte, llevaba mal tener que comportarse como criado en las reuniones de sociedad, y especialmente tener que hacerlo ante Susette. Y su disgusto era visible. «Este año hemos tenido visitas y fiestas casi continuamente —le escribe a su madre—, y entonces es cuando mi insignificante persona recibe la peor parte, pues el preceptor es en todas partes, y especialmente en Fráncfort, la quinta rueda del carro, y sin embargo está obligado a estar presente, porque esa es la costumbre». También le da una curiosa —y no del todo falsa— explicación sobre el distinto trato que recibe del señor y la señora Gontard: «Aquí hay dos partes, una a favor de mí y otra en contra de mí. Una está conmigo y otra enfrentada. Una me exalta, y la otra me abate, me amarga. Esta ha sido, durante dos años, la situación en que he vivido. Era inevitable, ya lo había previsto desde los primeros meses. Sin duda, lo mejor habría sido mantener una relación igualmente distante con ambas partes, quedándome tranquilamente al margen. Eso habría re-

sultado fácil de haber tenido casa propia, pero cuando se está *forzado* a mantener relaciones constantemente, la situación resulta más difícil». Quizá el que Hölderlin subraye la palabra «forzado» es lo que resulta más falso de toda la explicación.

Las expresiones de su creciente incomodidad se van reiterando en las cartas de la primera mitad de 1798: «Mi estado de ánimo está tejido con luz y con sombras», le escribe a su hermano Karl; «estoy desgarrado de amor y de odio», le dice a Neuffer; a su madre le habla de «humillaciones diarias, infligidas con plena conciencia»… La situación se prolongó, sin embargo, hasta septiembre. Ese verano lo pasó también con los Gontard en la casa de campo del *Adlerflychtschen Hof*, pero el ambiente ya no era el mismo.

El 25 de septiembre la situación explotó. Jacob Gontard le echó en cara su conducta. Parece que hubo discusión, y que por el tono de voz la discusión se oyó en varios salones. Hölderlin da una versión más pacífica de los hechos a su madre: «Le expliqué al señor Gontard que la profesión a que quería dedicarme me exigía vivir con independencia. Evité cualquier otra aclaración. Nos separamos cordialmente el uno del otro»…

Empieza entonces una época de encuentros clandestinos entre Hölderlin y Susette, de cartas escritas secretamente y enviadas con terror a que sean descubiertas. Hölderlin no quiere alejarse de Fráncfort y se refugia en Homburg, desde donde puede encontrarse, caminando a pie durante algunas horas, con Susette. No se sabe dónde se producían los encuentros. «El lugar consabido» es un misterio: se habla del «seto que hay junto a la alameda», «el pequeño cenador», «la pérgola».... Sólo se tiene seguridad de que el último encuentro, el día 8 de mayo de 1800, tuvo lugar en el *Adlerflychtschen Hof*, donde en otro tiempo habían pasado jornadas tan felices.

Hasta ahora, hasta septiembre de 1798, Susette estaba en un ángulo de la escena, silenciosa, discreta, sufriendo el desgarro que suponía llevar una vida matrimonial ficticia y leer con emoción los poemas que le dedicaba Hölderlin. De Susette hablaban las cartas del poeta dirigidas a sus amigos, y hablaban también los visitantes del *Weißer Hirsch*, que alababan siempre su belleza. Ahora es ella quien toma la palabra. Como si la crónica de aquella pasión amorosa quisiera de pronto realzar su presencia, de ahora en adelante es ella quien habla, y sólo ella. Las cartas de Hölderlin se han perdido.

Del poeta sólo quedaron entre sus papeles tres borradores. No se puede saber si fueron esas palabras que se conservan las que le envió a Susette. Son en todo caso palabras muy hermosas, como corresponde a las únicas cartas de amor de Hölderlin que conocemos —dejando a un lado las páginas adolescentes que envió a Louise Nast—. «Has soportado con fuerza heroica y callada lo que no podemos cambiar —le dice a

Susette—, has escondido y enterrado en ti la elección que ha hecho tu corazón para la eternidad. Pero se hace la noche ante nosotros, y apenas sabemos ya quiénes somos y qué nos pertenece. Apenas logramos reconocernos a nosotros mismos. He llegado a pensar si podríamos sobrevivir a la renuncia, si podría incluso darnos fortaleza el decir un adiós decidido a toda esperanza…».

«Se hace la noche ante nosotros»: una noche muy larga, que ambos saben muy bien que no irá seguida de un amanecer. Hay encuentros furtivos, conversaciones fugaces, intercambio de cartas mientras miran atemorizados a derecha e izquierda. La tristeza delata a Susette, que escribe siempre en impersonal cuando se refiere al marido: «Me han sorprendido en ese estado de tristeza que me domina. Lo he atribuido a la soledad que ha seguido a un largo periodo de grata distracción y a la partida de mis hermanos y hermanas. Pero mi estado expresaba probablemente demasiado bien la verdad y traicionaba las razones que yo iba dando. Y como mi tristeza persistía, tuve que dar en los días siguientes razones más amplias. Se creyeron reafirmados en la idea de que ciertas relaciones siguen existiendo, y que ellas son el verdadero motivo. También me he enterado de que han conocido nuestro primer encuentro. Tuve que admitirlo, pero dije que no había vuelto a verte y que no haría nada que me comprometiera a mí o al estado de cosas en general». Dentro de ese «estado de cosas» estaba la reputación del marido y la marcha de sus negocios.

Por primera vez se oye la voz dulce de Susette que expresa su nostalgia de Hölderlin: «Qué vacía y desierta me encuentro a mí misma, y a todo lo que me rodea, desde que te fuiste. Es como si mi vida hubiese perdido todo su sentido, y no la percibo ya más que por el sufrimiento. Pero ¡cómo amo ahora este sufrimiento! Cuando se aleja, todo se vuelve insensible a mi alrededor y estoy deseando que vuelva. Ya sólo me pueden serenar las lágrimas que vierto sobre nuestro destino...».

En los días claros pueden verse desde Fráncfort los montes del Taunus, y, al pie, el caserío de Homburg. Susette se consuela con esa visión lejana, que le permite imaginar mejor la vida diaria de Hölderlin: «A todas horas tengo deseo de salir y llegar a un lugar en que pueda ver bien la querida colina de *Feldberg* que te retiene dulcemente como una muralla para que no puedas alejarte ¡malvado! aún más de mí». En otra carta le dice: «Estos días he salido de paseo con los niños. Una de las veces he visto, al pie de la montaña, bajo la claridad de un sol dulce, mi querido Homburg. Y he bendecido con la mirada ese lugar tranquilo y el cuarto desconocido en que habitas». A veces, Susette cree verle asomado a una de las ventanas del *Weidenhof*, la posada en que se aloja Hölderlin cuando viene a Fráncfort para visitar a Hegel, y siente un estremecimiento.

La violencia con que se produjo la ruptura con los Gontard hace imposible las visitas de Hölderlin al *Weißer Hirsch*. «Si tu partida no hubiese tomado ese tinte hostil, nadie se habría opuesto a que vinieras a visitarnos a esta casa. Así que ya no podemos hablar con calma sobre lo que podríamos hacer en el futuro». En la misma carta le dice a Hölderlin que al pequeño Henry le han prohibido hablar de su preceptor. No le dejan siquiera ir a visitar a Hegel para tener, a través de él, noticias del poeta.

Las apasionadas declaraciones amorosas recorren el dolorido epistolario de Susette Gontard: «La semilla del amor está profunda e indestructiblemente asentada dentro de mi ser», le dice en una de las cartas. «Nunca volverán a amarte como te amo. Nunca volverás a amar como me amas», le dice en otra. Y aunque Susette parece tener alguna esperanza —«nuestras almas acabarán encontrándose para siempre, para toda la eternidad»; «no dudes de que lo que nos encadena el uno al otro perdurará en nuestro interior mientras vivamos, y nunca perderemos la confianza en que volveremos a encontrarnos y sentir la alegría»; «algún poder misterioso y desconocido guiará bondadosa y consoladoramente nuestro destino»—, conforme avanzan los meses y las cartas, el tono se hace más sombrío: «Se mezclan en mi corazón el dolor y la alegría, y un temeroso presentimiento del futuro»; «la triste y dulce melancolía de mi ánimo tal vez no se borre nunca de él». «¡Tengo tanto miedo!», repite en las últimas cartas.

Hay conmovedores detalles de cariño, como la visita furtiva de Susette a la buhardilla en que vivió Hölderlin: «He vuelto a tu habitación. He abierto tu escritorio y he encontrado unos pedacitos de papel, un poco de lacre, un botoncito blanco y un trozo de pan negro endurecido. Durante mucho tiempo he llevado todo eso conmigo como una reliquia». Cuando, varios meses después, un viejo amigo de la familia, el banquero Ludwig Zeerleder, llegue de visita y ocupe la habitación en que vivió el poeta, Susette le escribirá a Hölderlin: «Cuando suba a verle, alguna vez caerá de mis ojos una lágrima furtiva. Quizá entonces comprenda lo que siento, y podré encontrar reposo en su alma».

Susette no deja que decaiga el ánimo de Hölderlin en su tarea poética. «Estás en deuda con el mundo —le dice—. Tienes que devolverle, transfigurado, todo lo que tú ves en él de una manera tan excelsa. ¡Hay tan pocos como tú! Lo que ahora parece no producir efecto, está reservado para producirlo en el futuro». Y hay en una de las cartas un acertado juicio sobre *Hyperion*: «Me he dado cuenta de que tú llamas siempre *novela* a tu querido *Hyperion*, cuando yo siempre lo he visto como un hermoso poema».

Los encuentros furtivos, que a veces se distanciaban varios meses, no eran apenas nada: «una mirada y un apretón de manos», unas pocas

palabras susurradas, la entrega de una carta o de un poema entre las ramas de un seto. Pero la inquietud que esos encuentros producían en Susette, por el temor a ser vista, hace que también esos encuentros terminen. En la última carta, de mediados de mayo de 1800, escrita con letra tan apresurada que resulta apenas legible, le pide a Hölderlin que no vuelva ya más. «Deja que sigamos nuestros caminos con confianza. Seguiremos siendo felices en nuestro dolor. Y ojala permanezca mucho tiempo el dolor en nosotros, porque él nos dará fuerza y nobleza».

XVI

LA DESPEDIDA COMO ASUNTO POÉTICO

La separación de Hölderlin y Susette Gontard tuvo un inmediato reflejo en los poemas. En los cuatro años que van de 1799 a 1802 —fecha de la muerte de Susette— el poeta vuelve una y otra vez al dolor de la separación, aunque en diversos tonos: unos más amargos y otros más serenos. Se podría hablar quizá de un *ciclo de la despedida*. Vuelve a plantearse aquí el paralelismo entre vida y obra, entre figura poética —Diótima— y figura real —Susette—. Como no se conservan las cartas que Hölderlin envió a Susette, no puede apreciarse si hay proximidad de conceptos y expresiones entre cartas y poemas. Sí puede afirmarse con seguridad que Hölderlin no hizo los nombres intercambiables: ni una sola vez llamó Diótima a Susette, ni ella utilizó ese nombre, en ningún momento, para referirse a sí misma. No tiene sentido, por esa razón, que se hable, como se hace con frecuencia, de las «cartas de Diótima». Y Hölderlin no nombró ni una sola vez a Susette en sus versos.

Hay dos poemas con casi idéntico título, «Despedida» (*Abschied*) y «La despedida» (*Der Abschied*), el primero de mediados del año 1799 y otro de mediados de 1800. El primer poema coincide con la primera separación: cuando Hölderlin deja su puesto de preceptor y abandona la casa de los Gontard. El segundo coincide con la última y definitiva separación: cuando Susette le pide, en la última carta, que no vuelva a verla, y que sus vidas sigan, en adelante, su curso separado. «Sigamos nuestros caminos».

El primero de esos poemas de despedida revela una profunda congoja. Lo que aparece reflejado en él no es tanto el dolor de la separación como la angustia por sombríos presagios: «la deshonra», «los demonios crueles de la muerte», «el dolor asesino».

Si muero con deshonra, si mi alma
no llega a vengarse del agravio,
si se hunde en la tumba sin gloria
vencida por los enemigos del espíritu,

entonces, olvídame, no salves mi alma,
corazón compasivo, de la amarga derrota.
Avergüénzate entonces de haber sido
amable conmigo. ¡Pero no antes!

Pero no sé... ¡ay! Espíritu que siempre me protege.
Lejos de ti y muy pronto, la muerte
mandará sus heraldos a tocar
las cuerdas de mi corazón hasta romperlas.

Encaneced, oh rizos de la juventud valerosa.
Y hacedlo hoy mismo, no esperéis a mañana.
Aquí, en la encrucijada
solitaria del dolor, a mí,
a mí me ha derribado el dolor asesino.

Wenn ich sterbe mit Schmach, wenn an den Frechen nicht
Meine Seele sich rächt, wenn ich hinunter bin
Von des Genius Feinden
Überwunden, ins feige Grab,
Dann vergiß mich o dann rette vom Untergang
Meinen Namen auch du, gütiges Herz! nicht mehr
Dann erröte, die du mir
Hold gewesen, doch eher nicht!
Aber weiß ich es nicht! Wehe! du liebender
Schutzgeist! ferne von dir spielen zerreißend bald
Auf den Saiten des Herzens
Alle Geister des Todes mir.
O so bleiche dich denn Locke der mutigen
Jugend! heute noch, du lieber als morgen mir,
hier wo am einsamen
Scheidewege der Schmerz mich
Mich der Tötende niederwirft.

La segunda despedida poética tiene un tono de mayor serenidad, aunque no menor dramatismo. «El dios tutelar de nuestro amor» (*der Schutzgott unserer Liebe*) les ha impuesto la separación. Es él quien actúa: «Manda un dios en nosotros» (*es waltet ein Gott in uns*). «¿Pode-

mos traicionarle?» (*Den verraten?*), se pregunta el poeta. Hay, pues, resignación en el poema como la hay en la carta de Susette de principios de mayo de 1800, de la que estos versos parecen ser la respuesta. Las tres bellas estrofas finales reflejan —con su sencillez expresiva— una resignación teñida de melancolía:

> Quiero partir ahora. Quizá no pueda verte en mucho tiempo,
> Diótima, aquí. El deseo habrá vertido ya toda su sangre,
> y estaremos en paz, como los muertos,
> andando extrañamente,
>
> conversando sin rumbo, meditando, dudando,
> pero ahora estamos convocados
> en este lugar de despedida,
> olvidados de todo, cálido el corazón,
>
> y te miro asombrado, y oigo voces, dulces cantos,
> como de otros tiempos, música de cuerda,
> y nos manda su aroma desde la otra orilla
> un lirio de oro.
>
> *Hingehn will ich. Vielleicht seh' ich in langer Zeit*
> *Diotima! dich hier. Aber verblutet ist*
> *Dann das Wünschen und friedlich*
> *Gleich den Seligen, fremde gehn*
>
> *Wir umher, ein Gespräch führet uns ab und auf,*
> *Sinnend, zögernd, doch itzt mahnt die Vergessenen*
> *Hier die Stelle des Abschieds,*
> *Es erwarmet ein Herz in uns,*
>
> *Staunend seh' ich dich an, Stimmen und süßen Sang,*
> *Wie aus voriger Zeit hör' ich und Saitenspiel,*
> *Und die Lilie duftet*
> *Golden über dem Bach uns auf.*

La versión definitiva del poema «Mi dominio» (*Mein Eigentum*) no alude explícitamente —a diferencia de las versiones anteriores— al «día de la separación», pero toda ella está teñida de una delicada melancolía. Es uno de los más hermosos poemas de Hölderlin. Cuando Hanns Eisler le puso música a mediados del siglo XX, destacó un verso clave:

Sé tú, cántico, mi amistoso asilo.

Sei du, Gesang, mein freundlich Asyl!

Porque «el dominio» a que se refiere el título del poema es ese reducto propio del poeta en el que éste se refugia: la palabra poética. En ese poema/asilo vive el poeta con «sencillez segura» (*sichere Einfalt*).

Reposa en plenitud el día de otoño,
las uvas destiladas ya, roja la fruta
que cuelga en la arboleda, las flores
caen sobre la tierra, queriendo expresar su gratitud.

En los campos que recorre el sendero
callado por el que voy andando, madura
la mies. Los hombres ven que su gozoso esfuerzo
ha cuajado en riqueza.

Desde el cielo contempla al hombre que se afana,
dulcemente, entre árboles, la luz. Con él comparte
el gozo. No ha crecido el fruto
sólo por la mano humana.

También para mí luces, luz dorada,
y soplas para mí, brisa bendita,
que me traes la alegría, como entonces, porque
¿vienes a visitar mi pecho, como haces con los seres felices?

Yo fui uno de ellos, sí. Pero igual que las rosas,
la piedad en mi vida fue fugaz. Me lo recuerdan siempre
las estrellas, las estrellas propicias,
que siguen floreciendo para mí.

Feliz aquel que en calma vive amando
a una mujer piadosa, en casa propia y en una patria digna.
Sobre una tierra firme le resulta al hombre
más hermoso el brillo de los cielos.

Porque igual que la planta que no arraiga
en suelo propio, se marchita el alma mortal,
y pobre y sola bajo la luz del día,
vaga errante por la tierra sagrada.

Con excesiva fuerza tiráis de mí hacia arriba,
alturas celestiales. En tormenta y en calma
os percibo devorando mi pecho,
oh fuerzas mudables de los dioses.

Dejad hoy que prosiga en silencio
el camino entrañable que conduce hasta el bosque.
El follaje que muere dora sus colinas.
Recuerdos felices ¡coronad mi frente!

Y para que se salve mi corazón mortal,
y exista para él un lugar habitable,
y no vague mi alma sin patria y añorando
un lugar que esté más allá de la vida,

tú has de ser, cántico, mi amistoso asilo,
tú, que das gozo, y a quien con amor cuido,
sé el jardín en que pueda pasear entre flores,
unas flores que nunca se marchiten.

En ti viviré con sencillez segura, mientras fuera
el poderoso tiempo con sus olas todas
ruge, cambiante, desde la lejanía.
Que el sol, más sereno, favorezca mi obra.

Benignos bendecís a los mortales,
fuerzas del cielo. Y ya que dais a cada uno lo suyo,
echad la bendición a mi dominio.
No madrugue la Parca para acabar mi sueño.

In seiner Fülle ruhet der Herbsttag nun,
Geläutert ist die Traub und der Hain ist rot
Vom Obst, wenn schon der holden Blüten
Manche der Erde zum Danke fielen.

Und rings im Felde, wo ich den Pfad hinaus,
Den stillen, wandle, ist den Zufriedenen
Ihr Gut gereift und viel der frohen
Mühe gewähret der Reichtum ihnen.

Vom Himmel blicket zu den Geschäftigen
Durch ihre Bäume milde das Licht herab,

Die Freude teilend, denn es wuchs durch
Hände der Menschen allein die Frucht nicht.

Und leuchtest du, o Goldnes, auch mir, und wehst
Auch du mir wieder, Lüftchen, als segnetest
Du eine Freude mir, wie einst, und
Irrst, wie um Glückliche, mir am Busen?

Einst war ichs, doch wie Rosen, vergänglich war
Das fromme Leben, ach! und es mahnen noch,
Die blühend mir geblieben sind, die
Holden Gestirne zu oft mich dessen.

Beglückt, wer, ruhig liebend ein frommes Weib,
Am eignen Herd in rühmlicher Heimat lebt,
Es leuchtet über festem Boden
Schöner dem sicheren Mann sein Himmel.

Denn, wie die Pflanze, wurzelt auf eignem Grund
Sie nicht, verglüht die Seele des Sterblichen,
Der mit dem Tageslichte nur, ein
Armer, auf heiliger Erde wandelt.

Zu mächtig, ach! ihr himmlischen Höhen, zieht
Ihr mich empor, bei Stürmen, am heitern Tag
Fühl ich verzehrend euch im Busen
Wechseln, ihr wandelnden Götterkräfte.

Doch heute laß mich stille den trauten Pfad
Zum Haine gehn, dem golden die Wipfel schmückt
Sein sterbend Laub, und kränzt auch mir die
Stirne, ihr holden Erinnerungen!

Und daß mir auch, zu retten mein sterblich Herz,
Wie andern eine bleibende Stätte sei,
Und heimatlos die Seele mir nicht
Über das Leben hinweg sich sehne,

Sei du, Gesang, mein freundlich Asyl! sei du,
Beglückender! mit sorgender Liebe mir
Gepflegt, der Garten, wo ich, wandelnd
Unter den Blüten, den immerjungen,

In sichrer Einfalt wohne, wenn draußen mir
Mit ihren Wellen allen die mächtge Zeit,
Die Wandelbare, fern rauscht und die
Stillere Sonne mein Wirken fördert.

Ihr segnet gütig über den Sterblichen,
Ihr Himmelskräfte! jedem sein Eigentum,
O segnet meines auch, und daß zu
Frühe die Parze den Traum nicht ende.

Los «Lamentos de Menón por Diótima» (*Menons Klagen um Diotima*) los inició Hölderlin en el otoño de 1797, en los días inmediatamente posteriores a la salida del *Weißer Hirsch*. El título inicial fue «Elegía» (*Elegie*), título que cambió al reelaborar el poema al año siguiente. Los «Lamentos» pertenecen pues, por tiempo y por tema, al que hemos llamado el *ciclo de la despedida*. Se ha dicho incluso que este extenso poema —compuesto por nueve largas estrofas numeradas— contiene la expresión más nítida de los sentimientos suscitados por la separación. Desde la primera estrofa, el poeta expresa la desorientación en que vive desde que se ha alejado de la amada:

Salgo, día tras día, buscando algo distinto,
y he preguntado a todas las sendas del país.
He visitado las alturas frías, las sombras y las fuentes,
por todas partes ha vagado mi espíritu
en busca de quietud. Así huye el ciervo herido hacia los bosques,
a donde en otro tiempo reposaba, en la umbría, sintiéndose
[seguro.
Mas ya no le serena el corazón su verde lecho,
la espina le hace errar dolorido y sin sueño.
No le alivia el calor de la luz ni el frío de la noche.
En vano baña su herida en la corriente.
Y si en vano le ofrece la tierra las hierbas curativas,
y en vano calma el céfiro la sangre enfebrecida,
y sólo a mi me pasa, amigos, y a los demás no pasa,
entonces, ¿nadie podrá quitarme de la frente el triste sueño?
[…]

Täglich geh ich heraus, und such ein Anderes immer,
Habe längst sie befragt, alle die Pfade des Lands;
Droben die kühlenden Höhn, die Schatten alle besuch ich,
Und die Quellen; hinauf irret der Geist und hinab,
Ruh erbittend; so flieht das getroffene Wild in die Wälder,

Wo es um Mittag sonst sicher im Dunkel geruht;
Aber nimmer erquickt sein grünes Lager das Herz ihm,
Jammernd und schlummerlos treibt es der Stachel umher.
Nicht die Wärme des Lichts, und nicht die Kühle der Nacht hilft,
Und in Wogen des Stroms taucht es die Wunden umsonst.
Und wie ihm vergebens die Erd ihr fröhliches Heilkraut
Reicht, und das gärende Blut keiner der Zephyre stillt,
So, ihr Lieben! auch mir, so will es scheinen, und niemand
Kann von der Stirne mir nehmen den traurigen Traum?
[…]

El *ciclo de la despedida* se cierra con «Lágrimas» (*Tränen*), un poema retrospectivo, en que el poeta busca refugio para su dolor en el mundo imaginado de las islas griegas, el paraíso hölderliniano.

¡Tierno, celeste amor! Si llegara a olvidarte,
si llegara… Y vosotras, islas que el destino ha herido,
que sólo sois ceniza, ardientes,
desiertas y además abandonadas,

islas que tanto quiero, pupilas de un mundo extraordinario,
ya sólo me importáis vosotras,
las orillas donde el amor expía, frente
al cielo de dios, su idolatría.
[…]

Himmlische Liebe! zärtliche! wenn ich dein
Vergäße, wenn ich, o ihr geschicklichen,
Ihr feurgen, die voll Asche sind und
Wüst und vereinsamet ohnedies schon,

Ihr lieben Inseln, Augen der Wunderwelt!
Ihr nämlich geht nun einzig allein mich an,
Ihr Ufer, wo die abgöttische
Büßet, doch Himmlischen nur, die Liebe.
[…]

Hay otro poema que tiene aire de despedida, y corresponde a los años de locura. Está, pues, muy lejos la despedida real. Susette ha muerto hace más de una década. En ese poema, que empieza «Si desde lejos…» (*Wenn aus der Ferne*), es Diótima quien habla. La «triste oscuridad» (*traurige Dämmerung*) es el estado en que quedan los amantes tras la separación:

Fueron hermosos días.
Pero una triste oscuridad llegó tras ellos.

Es waren schöne Tage. Aber
Traurige Dämmerung folgte nachher.

Resulta conmovedor que Hölderlin, al final del poema, ponga en boca de Diótima esta frase que se refiere a él, a ese triste poeta enajenado que vive encerrado en una torre:

¡Que estés tan solo en un mundo tan bello!

Du seiest so allein in der schönen Welt!

XVII

HOMBURG (I): *PERO YO, ¿A DÓNDE IRÉ?*

Hay una estrofa de un poema escrito a principios de 1799, cuando han transcurrido sólo unos pocos meses desde su alejamiento de la casa de los Gontard, que revela fielmente la encrucijada vital en que se encuentra Hölderlin. El poema se titula «Fantasía de la tarde» (*Abendphantasie*). En las dos primeras estrofas, el poeta evoca la paz del hogar: el labriego ha vuelto del campo y se sienta junto al fuego, el pescador vuelve al puerto, el clamor del mercado urbano cesa, los amigos se reúnen en torno a una mesa… Y el poeta se pregunta:

> Pero yo, ¿a dónde iré? Los mortales viven
> de un sueldo y de un trabajo, y son felices
> alternando fatigas y descansos. ¿Por qué en mí
> ha anidado una espina que no descansa nunca?
>
> *Wohin denn ich? Es leben die Sterblichen*
> *Von Lohn und Arbeit; wechselnd in Müh und Ruh*
> *Ist alles freudig; warum schläft denn*
> *Nimmer nur mir in der Brust der Stachel?*

El poeta contempla la belleza del mundo —la primavera, el crepúsculo, las rosas, la paz de los campos, el cielo, el aire, la luz…— y él sigue penando, al margen de esa belleza que parece estarle vedada:

> […] Y yo, solo,
> como siempre, bajo el cielo, estoy.
>
> *[…] Und einsam*
> *Unter dem Himmel, wie immer, bin ich.*

La última estrofa no acierta en la premonición. El sufrimiento de Hölderlin no cesará. Como muchos de su generación —una generación excesivamente sensible e idealista— irá de fracaso en fracaso, hasta la muerte.

Ven, dulce sueño. Demasiado deseo
hay en mi corazón. Te aplacarás un día
juventud inquieta y soñadora.
Vendrá luego una vejez en paz y en calma.

Komm du nun, sanfter Schlummer! zu viel begehrt
Das Herz; doch endlich, Jugend! verglühst du ja,
Du ruhelose, träumerische!
Friedlich und heiter ist dann das Alter.

Su amigo de los tiempos de Jena, Isaac von Sinclair, le insiste en que se quede en Homburg, y Hölderlin se traslada a la idílica corte-balneario de los duques segundones de la casa de Hessen-Darmstadt, para los que se había creado un minúsculo Estado. Homburg está sólo a quince kilómetros de Fráncfort, y Hölderlin piensa que desde allí podrá reencontrarse con Susette.

El condado de Hessen-Homburg tenía nueve mil habitantes, dispersos en siete pueblos. Un tercio de la población —casi tres mil— vivía en el palacio condal. El servicio al conde ocupaba pues a una gran parte de los súbditos. El resto se dedicaba a tejer medias y calcetines —la única industria—, a la agricultura y a la ganadería. La capital del condado —Homburg vor der Höhe—tenía cinco escuelas, dos iglesias —una luterana y otra católica—, una sinagoga y dos farmacias.

El condado entero estaba presidido por una torre medieval, alta y blanca, en torno a la cual se construyó, ya en el siglo XVII, el palacio. La torre —*der Weiße Turm*— es visible, por sus 50 metros y por estar sobre una colina, desde todos los pueblos del condado. Y a la inversa: quien sube los 174 peldaños de la escalera de caracol puede divisar los siete pueblos del condado de Hessen-Homburg.

Sinclair, aunque es un furibundo republicano —miembro de aquella Sociedad de Hombres Libres que agrupaba a los estudiantes más revoltosos de Jena, y luego de la asociación revolucionaria de los Hermanos Negros (*Schwarze Brüder*)—, es consejero (*Regierungsrat*) del duque Friedrich V, hombre liberal e ilustrado que gobierna plácidamente su mínimo territorio.

Hölderlin no quiso ir a vivir a la casa de Sinclair —una amplia casona de tres plantas, que aún sigue en pie, con una placa en la fachada que recuerda a su ilustre morador de finales del XVIII—, y el propio

Sinclair le buscó alojamiento en una calle próxima: la *Haingasse*, número 38. Era una casa recién construida que pertenecía al maestro vidriero (*Glasmeister*) señor Johann Georg Wagner. Hölderlin ocupó dos habitaciones. La casa —que desapareció cuando se ensanchó la calle en el siglo XIX— tenía un amplio jardín con un cenador. El jardín estaba rodeado de un seto y lo cruzaba un camino de grava. Por ese camino, saliendo del jardín, se llegaba a una calle bordeada de grandes árboles, que entonces se llamaba *Leimenkautsweg* y hoy *Obere Promenade*. Al otro lado de la calle empezaban campos y praderas que se extendían hacia el norte. «Vivo frente al campo —le dice Hölderlin a su madre—, tengo un jardín delante de la ventana y una colina [el monte Hardt] con robles, y unos pasos más allá, un bonito valle cubierto de prados».

El ambiente de libertad que reinaba en el pequeño condado de Hessen-Homburg había atraído a varios jóvenes poetas republicanos que habían dado los mismos pasos que Hölderlin y que Sinclair: habían estudiado en Jena, habían pertenecido allí a la Sociedad de Hombres Libres, y, de vuelta a su tierra natal, habían huido de ella, porque el duque, marqués o conde espiaba y castigaba cada uno de sus movimientos. Esa había sido la trayectoria de Johann Friedrich Herbart, de Friedrich Philipp Muhrbeck y de Casimir Böhlendorff, entre otros muchos.

El más destacado de los poetas republicanos de Homburg era sin duda Casimir Böhlendorff, jurista, filósofo seguidor de Fichte y escritor que recurrió al género epistolar —como era frecuente en el siglo XVIII— para exponer sus ideas, sus viajes e incluso sus ficciones. Böhlendorff sintió, como tantos jóvenes contemporáneos suyos, la pasión por Suiza, símbolo de los nuevos valores republicanos, y participó en la utopía de crear una República Suaba, que sería el primer territorio alemán redimido del yugo absolutista. Pero Böhlendorff fracasó en todas sus empresas: no alcanzó el éxito literario, no encontró un trabajo duradero en su admirada Suiza, y aunque volvió al ducado de Curlandia, en el que había nacido, vió con tristeza que ya no era el mismo —un territorio polaco de lengua alemana—, sino una provincia más del imperio ruso. Después de unos años finales errabundos, Böhlendorff acabó suicidándose en 1825.

Se han conservado dos cartas dirigidas por Hölderlin a Böhlendorff, y las dos tienen un especial valor biográfico. La segunda la incorporó Walter Benjamin a su obra *Deutsche Menschen* (1936), en la que recopiló y anotó las cartas más reveladoras de un humanismo alemán —que Benjamin contraponía al totalitarismo nazi—. En la primera carta, Hölderlin hace balance de su generación: «Tenemos un mismo destino. Y lo trágico de nuestras existencias es que vamos saliendo silenciosamente del reino de los vivos, metidos en una caja cualquiera, y no devorados por las llamas, para expiar las culpas de no haber sabido propagarlas».

La segunda carta contiene también un juicio generacional, pero se refiere sólo a los poetas: «Nosotros, los poetas, no podemos seguir limitándonos a imitar lo que hicieron los poetas de otro tiempo. Nuestro modo de cantar tiene que adoptar otro carácter, y si no lo logramos, es porque, desde los griegos, no hemos sabido cantar al modo propio de nuestra patria y de una manera natural: esto es, con originalidad propia».

Tradición, naturalidad, patriotismo: extraño programa para un poeta revolucionario. Y sí, es precisamente aquí, en Homburg, donde Hölderlin se vuelve —poéticamente— hacia su patria —y no se olvide que *Vaterland* o *Heimat*, en esos años, es sólo la patria chica, no Alemania, que hasta las primeras décadas del siglo siguiente no será siquiera una «utopía realista»—. En pocos días escribe «La patria» (*Die Heimat*), «La muerte por la patria» (*Der Tod fürs Vaterland*), «Voz del pueblo» (*Stimme des Volks*), «Canto del alemán» (*Gesang des Deutschen*)… Pero el retorno a la patria —Suabia, Nürtingen— es siempre doloroso para Hölderlin, porque es siempre un refugio frente al fracaso. Por eso, el canto a la patria se vuelve dolorosa contraposición entre la felicidad de la infancia y el dolor de la madurez:

> Vuelve alegre el navegante a casa, al río
> sereno, desde islas lejanas, reunida la cosecha.
> Así volvería yo a casa de haber hecho
> una cosecha de tantos bienes como de dolores.
>
> Oh mis fieles orillas, que me habéis criado,
> ¿podéis calmar las penas del amor? ¿Me daréis,
> bosques de mi juventud, si vuelvo a vosotros,
> la calma de nuevo?
>
> En el arroyo fresco donde miraba el juego
> de las olas, junto a la corriente donde vi
> deslizarse a los barcos, allí estaré muy pronto.
> A vosotros, montes amables que me protegíais,
>
> límites honrosos de mi patria, a ti, hogar materno
> lleno de amorosos abrazos fraternales,
> pronto os saludaré, y vosotros me estrecharéis
> para que mi corazón, como entre vendas, sane.
>
> Oh fieles míos: yo sé, yo sé muy bien
> que la pena de amor no ha de sanar tan pronto,
> que no hay canción de cuna cantada por mortales
> que me quite del pecho este dolor que tengo.

Los dioses que nos prestan el fuego celestial
son también los que envían el dolor sagrado.
Perdure pues. Un hijo de la tierra
soy: para amar y sufrir he sido hecho.

Froh kehrt der Schiffer heim an den stillen Strom,
Von Inseln fernher, wenn er geerntet hat;
So käm auch ich zur Heimat, hätt ich
Güter so viele, wie Leid, geerntet.
Ihr teuren Ufer, die mich erzogen einst,
Stillt ihr der Liebe Leiden, versprecht ihr mir,
Ihr Wälder meiner Jugend, wenn ich
Komme, die Ruhe noch einmal wieder?
Am kühlen Bache, wo ich der Wellen Spiel,
Am Strome, wo ich gleiten die Schiffe sah,
Dort bin ich bald; euch, traute Berge,
Die mich behüteten einst, der Heimat
Verehrte sichre Grenzen, der Mutter Haus
Und liebender Geschwister Umarmungen
Begrüß ich bald und ihr umschließt mich,
Daß, wie in Banden, das Herz mir heile,
Ihr Treugebliebnen! aber ich weiß, ich weiß,
Der Liebe Leid, dies heilet so bald mir nicht,
Dies singt kein Wiegensang, den tröstend
Sterbliche singen, mir aus dem Busen.
Denn sie, die uns das himmlische Feuer leihn,
Die Götter schenken heiliges Leid uns auch,
Drum bleibe dies. Ein Sohn der Erde
Schein ich; zu lieben gemacht, zu leiden.

A los dos meses de llegar el poeta a Homburg se convocó el Congreso de Rastatt. Había terminado la primera Guerra de Coalición y se había firmado la paz en Campo Formio, pero las tropas francesas habían desdibujado las fronteras de Europa central y era necesario reordenar los territorios. El ducado de Hessen-Homburg no había sufrido alteración, y el duque Friedrich no tenía razones para asistir. Pero Sinclair era amigo de uno de los secretarios de Napoleón —Claude Camille Perret—, y consiguió que el minúsculo condado pudiera estar presente en las conversaciones: así de informal era todo en aquel Estado en miniatura.

Sinclair, designado representante por el duque, invitó a Hölderlin a acompañarle a Rastatt. El poeta dudó si ir o no, porque —como le dice en una carta de esos días a su hermano Karl— «estoy un poco abatido

por los sucesos recientes». Pero finalmente fue: sin duda pensó que en Rastatt no se hablaría sólo de fronteras, sino también de ideas. Y efectivamente fue así. «La verdadera ganancia de los días de Rastatt ha sido el conocimiento de algunos jóvenes llenos de espíritu y de sano empuje», dirá inmediatamente. Y en otra carta: «He ganado mucho en fe y en coraje desde que he estado en Rastatt».

Los meses pasados en Homburg no son, para Hölderlin, de gran fecundidad poética. Además de las odas patrióticas escribió un *Widmungsgedicht* —un poema-ofrenda— a la princesa Auguste von Homburg, y algunos esbozos de poemas —como «La paz» (*Der Frieden*)— que completaría más tarde. Su trabajo más intenso en Homburg se centró en la tragedia *Empédocles*. Y su mayor ilusión, el proyecto de la revista *Iduna*, con su secuela de ensayos breves. Pero ese episodio merece una referencia más detenida.

Durante los meses vividos en la pequeña corte apareció el segundo volumen de *Hyperion*. Hölderlin le llevó inmediatamente un ejemplar a Susette y se lo entregó en uno de aquellos fugaces encuentros clandestinos. La dedicatoria es bien conocida: «A quién si no a ti». Lo escribió sin ese signo de interrogación que a veces se añade, porque así, sin el signo, le resultaba a Hölderlin más expresiva la dedicatoria. Sin el signo de interrogación, la dedicatoria tiene un cierto —justificado— fatalismo: sólo podía ser para ella, porque era ella quien había inspirado aquellas páginas.

XVIII

EPISODIOS DE PALACIO. LA PRINCESA ENAMORADA

Al poco de llegar el poeta a Homburg, los duques manifestaron su interés en conocerle. Detrás de ese interés estaba Isaac von Sinclair, que en una de sus visitas a palacio para despachar los asuntos de su cargo de consejero le dio noticia al duque de que se había trasladado a su territorio un personaje singular y un gran poeta. Pero también estaba detrás de ese interés la lectura de *Hyperion*, cuya primera parte había aparecido un año antes de la llegada de Hölderlin a Homburg.

La primera lectora de *Hyperion* en el palacio condal fue la princesa Auguste, pero es seguro —porque aquella era una época de lecturas en voz alta y en familia— que su hermana la princesa Marianne y su madre la condesa Karoline habían oído también bastantes páginas de la novela.

En la primera carta que Hölderlin envía desde Homburg —el 10 de octubre de 1798— le dice a su madre: «Parece que mi libro ha producido buena impresión en la Corte. Quieren conocerme. Los miembros de la familia condal tienen nobleza verdadera: por sus ideas y por su modo de vida se distinguen sorprendentemente de la gente de su clase. En todo caso, yo me mantendré a distancia, por prudencia y para salvaguardar mi libertad. Les presentaré mis respetos, y eso es todo».

Es verdad que Hölderlin estaba a punto de cometer una incongruencia. Hacer reverencias de corte no era coherente con su ilusión de ver convertidos aquellos principados absolutistas en repúblicas revolucionarias —empezando por su tierra natal, Suabia—. Además, acababa de escribir, rotundamente, en su *Empédocles*: «Esta ya no es época de reyes» (*Dies ist die Zeit der Könige nicht mehr*).

Pero Hölderlin fue, y no una, sino varias veces, a los salones barrocos del palacio de Homburg. Las visitas se limitaron a la duquesa y sus hijas. Al duque le conoció varios años después —en Ratisbona, en el

año 1803—, cuando Hölderlin llevaba ya mucho tiempo lejos de Homburg. No ha quedado testimonio de cómo discurrieron aquellas tardes palaciegas, pero no son difíciles de imaginar, sabiendo la admiración que la duquesa y sus hijas sentían hacia él, y la delicadeza y cortesía que caracterizaban la conducta del poeta.

En una de aquellas tardes en que Hölderlin estuvo en palacio conoció a la princesa Amalie von Anhalt-Dessau, que estaba allí pasando una temporada. Era una de las hijas mayores del conde Friedrich V, estaba casada con el príncipe Friedrich —hijo primogénito del conde soberano Leopoldo III de Anhalt-Dessau—, y vivía en el pequeño palacio *Luisium*. Algún tiempo después de aquel encuentro, Hölderlin escribirá un poema en que evoca a la princesa y su delicado palacio barroco, que el poeta recordaba bien del viaje que hizo —a pie— a Dessau en marzo de 1795, cuando aún vivía en Jena. En ese poema —«A la princesa Amalie von Dessau» (*Der Prinzessin Amalie von Dessau*)— queda —velada y poéticamente— patente la contradicción de que antes se ha hablado: el respeto que inspira la figura excepcional de la princesa —*Liebling der Götter* la llama Hölderlin, «amada» o «predilecta» de los dioses— en un mundo de ideales revolucionarios y republicanos —esa «tormenta que nos transforma» (*ein Ungewitter uns wandelt*), ese «tiempo tormentoso» (*stürmischer Zeit*).

A menudo envían los dioses, desde la altura de su morada en
[paz,
un hijo predilecto a los humanos.
Con ello los mortales, al verse recordados,
sienten alegría en su corazón.

Así vienes tú a nosotros, de los bosques del Luisium,
que bañan los aires silenciosos,
y donde árboles amables juegan
en calma en torno de tu techo.

Tú, sacerdotisa, de la paz de tu templo
llegas a nosotros, y una nube nos hace inclinar la cabeza,
y una tormenta divina desde antiguo
… cruza sobre nuestras cabezas.

Sacerdotisa, ¡nos eras tan querida cuando allí
velabas en silencio por el fuego sagrado!
Pero eres más querida hoy cuando bendices
entre los hombres el tiempo que discurre.

Donde los hombres puros viven, el espíritu habita.
Y las formas confusas de la vida
florecen con claridad y sentido
donde una luz segura las alumbra.

Y sobre el fondo de las oscuras nubes
se despliega en silencio el arco iris,
signo de los tiempos futuros, recuerdo
de los días felices que pasaron.

Así es tu vida, extranjera sagrada,
tanto si contemplas las columnas quebradas
de la antigua Roma, como si te detienes
a contemplar los brotes de este tiempo de hoy, entre tormentas.

Aus stillem Hause senden die Götter oft
Auf kurze Zeit zu Fremden die Lieblinge,
Damit, erinnert, sich am edlen
Bilde der Sterblichen Herz erfreue.

So kommst du aus Luisiums Hainen auch,
Aus heilger Schwelle dort, wo geräuschlos rings
Die Lüfte sind und friedlich um dein
Dach die geselligen Bäume spielen,

Aus deines Tempels Freuden, o Priesterin!
Zu uns, wenn schon die Wolke das Haupt uns beugt
Und längst ein göttlich Ungewitter
... über dem Haupt uns wandelt.

O teuer warst du, Priesterin! da du dort
Im Stillen göttlich Feuer behütetest,
Doch teurer heute, da du Zeiten
Unter den Zeitlichen segnend feierst.

Denn wo die Reinen wandeln, vernehmlicher
Ist da der Geist, und offen und heiter blühn
Des Lebens dämmernde Gestalten
Da, wo ein sicheres Licht erscheinet.

Und wie auf dunkler Wolke der schweigende,
Der schöne Bogen blühet, ein Zeichen ist
Er künftger Zeit, ein Angedenken
Seliger Tage, die einst gewesen,

So ist dein Leben, heilige Fremdlingin!
Wenn du Vergangnes über Italiens
Zerbrochnen Säulen, wenn du neues
Grünen aus stürmischer Zeit betrachtest.

Pero con quien Hölderlin tuvo una relación más estrecha fue con la princesa Auguste. La lectura de *Hyperion* fue para ella —como escribió unos años más tarde— «el despertar a una existencia más elevada» (*die Erweckung zu einem höheren Sein*). «Lo leí día tras día, y sus pensamientos me calaron tan dentro, que me parecía que brotaran de mi propio corazón. Lo leí más de veinte veces. Cuanto más ahondaba en él, más feliz me sentía». Y añade: «Siempre lo tenía en el pensamiento o en la boca, cualquiera que fuese la ocasión».

La princesa Auguste soñó con Hölderlin antes de conocerle. «Para mí era un ser ideal, un ente de mi fantasía». «Mi imaginación campaba libremente y ¡a dónde puede llegar la imaginación! Si no perdí el juicio con esa tensión tan tremenda fue sólo por la gracia de Dios».

Finalmente conoció al poeta. Y naturalmente se enamoró de él. La princesa tenía entonces veintitrés años y Hölderlin veintinueve. Mantuvo su sentimiento en secreto: no lo supo el poeta ni tampoco su amigo Sinclair. Se lo confesó a su hermana Marianne muchos años más tarde, en una carta de principios de 1817. Hölderlin no acertó en el poema que le dedicó esos días —«A la princesa Auguste von Homburg» (*An die Prinzessin Auguste von Homburg*)— al anunciarle que un «héroe bellamente maduro» (*schöngereifte Heroe*) ya «venía a su encuentro». Quizá le hubieran gustado más a la princesa unos versos abiertamente amorosos. En todo caso, a la princesa Auguste aún le quedaban muchos años para casarse —cuando se casó, en 1818, con el duque von Mecklenburg-Schwerin tenía más de cuarenta años.

[…] Y su corazón, princesa,
no estará ya solo en la felicidad,
porque, como merece,

un héroe bellamente maduro,
ceñido de laurel, viene a su encuentro.
También los sabios, los nuestros, son dignos del laurel,
y nos miran, serenos, desde lo alto de la vida.

Poca cosa se siente el soñador poeta,
se siente como un niño ante lira muda,
y sólo le despiertan la dicha de los nobles, las hazañas
y la gravedad de los fuertes.

Tu nombre es el que da esplendor a mi canto.
Yo celebro, Auguste, tu fiesta. Mi profesión
es ensalzar lo elevado. Para eso me ha dado Dios
la palabra, y ha puesto gratitud en mi corazón.

Que en este día feliz
también mi tiempo empiece,
y pueda componer un canto, ¡oh noble criatura!,
que sea digno de ti.
[…]

[…] und einsam, o Fürstin! ist
Das Herz der Freigebornen wohl nicht
Länger im eigenen Glück; denn würdig

Gesellt im Lorbeer ihm der Heroë sich,
Der schöngereifte, echte; die Weisen auch,
Die Unsern, sind es wert; sie blicken
Still aus der Höhe des Lebens, die ernsten Alten.

Geringe dünkt der träumende Sänger sich,
Und Kindern gleich am müßigen Saitenspiel,
Wenn ihn der Edlen Glück, wenn ihn die
Tat und der Ernst der Gewaltgen aufweckt.

Doch herrlicht mir dein Name das Lied; dein Fest
Augusta! durft ich feiern; Beruf ist mirs,
Zu rühmen Höhers, darum gab die
Sprache der Gott und den Dank ins Herz mir.

O daß von diesem freudigen Tage mir
Auch meine Zeit beginne, daß endlich auch
Mir ein Gesang in deinen Hainen,
Edle! gedeihe, der deiner wert sei.
[…]

La princesa, en agradecimiento, le regaló un piano. Un piano de cola (*ein Flügel*), que de mala manera cupo en la habitación alquilada de la *Haingasse*. Aquellos primeros pianos, a pesar de la novedad que suponía la incorporación de los pedales, eran instrumentos duros, de sonoridad maciza y grave. Hölderlin llegó a sustituir algunas teclas y algunas cuerdas. Esa imagen del poeta cortando las cuerdas del piano, que era sólo un reflejo de su delicadeza auditiva, se utilizó luego para probar el comien-

zo de la locura. No fue este piano el que tuvo Hölderlin en sus años finales y que tocaba en la torre de Tubinga, como se ha escrito alguna vez. Entre la primera y la segunda estancia del poeta en Homburg, el piano —no se sabe en qué manos— se deterioró extraordinariamente. Además, el instrumento que tenía Hölderlin en la *Turmzimmer* no era un piano, sino una espineta: una modalidad de clavecín de sólo cinco octavas.

Unos años después de haber dedicado ese poema a la princesa Auguste, Hölderlin le dedicó la traducción de las tragedias de Sófocles, publicada en Fráncfort en 1804. La última carta que se conserva del Hölderlin aún lúcido —que no lleva fecha, pero se deduce que es de mayo de 1804— iba destinada a la princesa. «Alteza Serenísima: Aquí le envío…».

A principios de 1821, cuando el poeta estaba ya sumido en sus nieblas, un joven oficial prusiano, Heinrich von Diest, quiso conocer algún poema de Hölderlin, de quien le habían hablado, y la princesa Auguste le prestó la copia manuscrita que ella misma había hecho de treinta y un poemas. Sólo le hizo la advertencia de que si tenía el propósito de publicarlos, dejara fuera la oda *An Eduard*. No dio ninguna explicación, pero quizá no hacía falta. Aquellos eran aún tiempos muy revueltos, y ese poema es una arenga —«¡Ya brilla el acero!» (*schon blinkt der Stahl*)— contra la tiranía absolutista, quizá incluso una instigación al tiranicidio, y podía poner en peligro la vida del poeta.

A pesar de sus repetidas visitas al palacio de Homburg, Hölderlin no conoció al conde Friedrich V hasta el otoño de 1803. El conde y su consejero Isaac von Sinclair asistían al congreso de Ratisbona, en que se pretendía reordenar las fronteras que habían vuelto a desdibujar los franceses en la Segunda Guerra de Coalición. La paz de Luneville había hecho que callaran las armas, pero quedaba —como sucedió tras la paz de Campo Formio que puso fin a la primera guerra— la tarea de ajustar de nuevo los territorios.

Sinclair había invitado a Hölderlin —visiblemente afectado ya por la enajenación— a acompañarle a Ratisbona. El duque y Sinclair se alojaban en un lujoso alberge —el *Gasthof zum Goldenen Adler*— y el hecho de que Hölderlin —siempre escaso de medios— fuera también allí, parece una prueba irrefutable de que el conde se hizo cargo de la estancia del poeta. El conde y Hölderlin se entendieron bien. Friedrich V era un hombre ilustrado, aficionado a coger la pluma para escribir breves apuntes morales y políticos, e incluso poemas y hasta una obra dramática. El conde soberano de Hessen-Homburg no era un tirano absolutista como los otros pequeños y grandes soberanos del mosaico alemán, sino un hombre liberal, y hasta un tanto contradictorio: era miembro de la Orden de los Iluminados (*Illuminatenorden*), que entre sus fines tenía el acabar con los gobiernos del Antiguo Régimen.

El conde Friedrich le había pedido un par de años antes a Klopstock que escribiera una oda con motivo religioso, y el poeta, anciano ya y cansado, le contestó que había escrito tanto sobre religión que no le quedaba nada nuevo por decir. En Ratisbona le hizo el mismo encargo a Hölderlin, y Hölderlin aceptó. El conde, esta vez, impuso el título: «Patmos».

En pocos meses, Hölderlin escribió un largo poema —quince estrofas de quince versos cada una—, que Sinclair llevó al palacio de Homburg el 30 de enero de 1803: el día que el conde Friedrich V cumplía los cincuenta y cinco años.

En la primera estrofa plantea Hölderlin la simultánea cercanía y lejanía de Dios. Los dos primeros versos son difíciles de superar en su laconismo y precisión: «Está cerca / y es difícil captar al dios» (*Nah ist / Und schwer zu fassen der Gott*). En esa misma simultaneidad de cercanía y lejanía viven los amantes: «los amantes / viven cerca pero languidecen / en la soledad de cimas separadas» (*die Liebsten / Nah wohnen, ermattend auf / Getrenntesten Bergen*). Al final de la estrofa, el poeta suplica al dios que le dé —que «nos» dé— «alas, y un sentido fiel» (*Fittige gib uns, treuesten Sinns*) para poder transitar del mundo de la presencia —el mundo visible— al mundo de la ausencia —el mundo invisible.

Está cerca
y es difícil captar al dios.
Pero donde hay peligro
crece también lo que nos salva.
En las tinieblas
anidan las águilas, y sin temor caminan
los hijos de los Alpes, y sobre puentes
ligeros cruzan el abismo.
Por eso, y porque en torno se amontonan
las cumbres del tiempo, y los amantes
viven cerca pero languidecen
en la soledad de cimas separadas,
danos agua inocente,
oh, danos alas, y un sentido fiel
para ir más allá, y saber volver luego.
[…]

Nah ist
Und schwer zu fassen der Gott.
Wo aber Gefahr ist, wächst
Das Rettende auch.
Im Finstern wohnen

Die Adler und furchtlos gehn
Die Söhne der Alpen über den Abgrund weg
Auf leichtgebaueten Brücken.
Drum, da gehäuft sind rings
Die Gipfel der Zeit, und die Liebsten
Nah wohnen, ermattend auf
Getrenntesten Bergen,
So gib unschuldig Wasser,
O Fittige gib uns, treuesten Sinns
Hinüberzugehn und wiederzukehren.
[…]

Y el poeta emprende —imaginariamente— el viaje a Patmos, la isla a la que san Juan se retiró para escribir el *Apocalipsis*. Como en tantos otros poemas —«El Rin», «Germania» y muchos otros—, Hölderlin se aproxima al núcleo del poema a través de un paisaje que aparece contemplado desde la altura:

Así hablaba yo cuando de pronto,
más de prisa de lo que pude imaginar
y más lejos, un genio extraño
me arrebató, sacándome de casa.
En el crepúsculo brillaban,
mientras me iba alejando,
los bosques sombríos
y los anhelados arroyos
de mi patria. Luego llegaron tierras ignoradas.
Pero pronto, en un fresco fulgor,
floreció misteriosa,
en un humo dorado,
crecida de repente
bajo el fulgor del sol,
irradiando perfume en sus mil cimas,

Asia […].

So sprach ich, da entführte
Mich schneller, denn ich vermutet,
Und weit, wohin ich nimmer
Zu kommen gedacht, ein Genius mich
Vom eigenen Haus. Es dämmerten
Im Zwielicht, da ich ging,
Der schattige Wald

Und die sehnsüchtigen Bäche
Der Heimat; nimmer kannt ich die Länder;
Doch bald, in frischem Glanze,
Geheimnisvoll
Im goldenen Rauche, blühte
Schnellaufgewachsen,
Mit Schritten der Sonne,
Mit tausend Gipfeln duftend,

Mir Asia auf […]

Y después de seguir el viaje por lugares de geografía imaginaria, descritos con bellísimas frases —«la luz donde florece la nieve plateada» (*im Lichte blüht hoch der silberne Schnee*), «vivas columnas de cedros y laureles» (*von lebenden Säulen, Zedern und Lorbeern*), «la incierta llanura de los mares» (*ungewisse Meeresebene*), «calles sin sombra» (*schattenlose Straßen*)…—, el poeta llega, al fin, a Patmos:

Y cuando oí de pronto
que una de las islas más cercanas
era Patmos,
aumentó mi deseo
de bajar y adentrarme
en la gruta oscura.
[...]

Und da ich hörte,
Der nahegelegenen eine
Sei Patmos,
Verlangte mich sehr,
Dort einzukehren und dort
Der dunkeln Grotte zu nahn.
[...]

Aparece luego san Juan, el apóstol casi adolescente, el discípulo amado, que asiste a la Última Cena y es testigo de la Resurrección:

Ella [la isla de Patmos] en otro tiempo
cuidó al amado de Dios,
al vidente, que en años juveniles

acompañó al Hijo del Altísimo
sin separarse de él,

porque al Señor del trueno le gustaba
el candor del discípulo, un hombre que observaba
con atención el rostro de su Dios.
Entonces, al celebrar el misterio de la vid,
estuvieron sentados a la hora de la Cena,
y presintiéndola ya en su alma grande
anunció el Señor su muerte con ánimo sereno,
y su último amor, y encontró entonces palabras suficientes
para hablarles del bien
y serenar la ira del mundo, que veía.
Porque todo es bueno. Poco después murió.
Mucho habría que decir de todo aquello. Y luego vieron
sus amigos cómo Él los miraba, desde la máxima
felicidad, triunfante al fin.

Y sin embargo, al caer la tarde,
se sintieron tristes, perplejos, pues llevaban
aquellos hombres el inmenso suceso
dentro de sus almas. Pero amaban
la vida bajo el sol, y no querían
abandonar su patria
ni el rostro de su Dios. Esto lo tenían
como el fuego en el hierro. Y a su lado iba
la sombra del Amado.
[…]

So pflegte
Sie einst des gottgeliebten,
Des Sehers, der in seliger Jugend war

Gegangen mit
Dem Sohne des Höchsten, unzertrennlich, denn
Es liebte der Gewittertragende die Einfalt
Des Jüngers und es sahe der achtsame Mann
Das Angesicht des Gottes genau,
Da, beim Geheimnisse des Weinstocks, sie
Zusammensaßen, zu der Stunde des Gastmahls,
Und in der großen Seele, ruhigahnend, den Tod
Aussprach der Herr und die letzte Liebe, denn nie genug
Hatt er von Güte zu sagen
Der Worte, damals, und zu erheitern, da
Er sahe, das Zürnen der Welt.
Denn alles ist gut. Drauf starb er. Vieles wäre

Zu sagen davon. Und es sahn ihn, wie er siegend blickte,
Den Freudigsten die Freunde noch zuletzt,

Doch trauerten sie, da nun
Es Abend worden, erstaunt,
Denn Großentschiedenes hatten in der Seele
Die Männer, aber sie liebten unter der Sonne
Das Leben und lassen wollten sie nicht
Vom Angesichte des Herrn
Und der Heimat. Eingetrieben war,
Wie Feuer im Eisen, das, und ihnen ging
Zur Seite der Schatte des Lieben.
[…]

Desde entonces el hombre vive —dice el poeta en un verso posterior— en la «noche amorosa» (*in liebender Nacht*). Pero noche al fin: es decir, en la ausencia de Dios, de ese Dios que, como dicen los dos primeros versos, está «cercano» pero es «difícil de captar» —la palabra que emplea Hölderlin es más expresiva: *faßen* equivale a «agarrar» o «coger».

En la segunda parte del poema van describiéndose las vivencias de ese hombre que está sumido en la noche, y que sólo se encuentra con «la sombra de Dios», «la pérdida del rostro de los amigos más queridos» (*das Angesicht der teuern Freunde lassen*), «el eterno enigma de no entenderse los unos a los otros» (*ein Rätsel ewig füreinander, sie sich nicht fassen können einander*) e incluso que «hasta el Altísimo desvíe él mismo su semblante» (*selbst sein Angesicht der Höchste wendet*). Y el poeta formula entonces la pregunta que es el núcleo del poema: «Esto, ¿qué significa?» (*Was ist dies?*).

El poeta no sabe la respuesta. Las tres últimas estrofas reiteran la perplejidad del hombre, esa perplejidad que ya aparecía en la séptima estrofa, la perplejidad de los discípulos que volvían a hacer su vida cotidiana después de haber sido testigos de la Resurrección.

Pero están esperando
muchos tímidos ojos
a contemplar la luz.
[…]

Es warten aber
Der scheuen Augen viele,
Zu schauen das Licht.
[…]

Callado está su signo.
[…]

Still ist sein Zeichen.
[…]

Hace ya mucho, mucho tiempo
que la gloria celestial es invisible.
[…]

Zu lang, zu lang schon ist
Die Ehre der Himmlischen unsichtbar.
[…]

El poema «Patmos», con su tono surrealista y su perplejidad ante el silencio de Dios, es quizá el poema más moderno de Hölderlin.

XIX

IDUNA, UNA ILUSIÓN DE VERANO

A principios del año 1799, el dinero ahorrado en Fráncfort toca a su fin. Sinclair, no sólo porque quiere retener a Hölderlin en Homburg, sino porque es siempre generoso con su amigo —lo fue en Jena, y lo será especialmente en los años próximos—, empieza a pagar los gastos del poeta. Éste tiene que volver a suplicar a su madre el envío de dinero. Hace, como otras veces, alguna insinuación sobre la herencia paterna, pero se somete, como siempre, a la severidad de la madre. Y la madre le ofrece cien guldas, que Hölderlin acepta de inmediato.

Pero tiene entonces una idea con la que ve resuelto su futuro para mucho tiempo: crear una revista literaria. Llega incluso a decirle a la madre que retenga las cien guldas: ya no le hacen falta.

Desde marzo del año anterior llevaba sin salir la revista *Die Horen*, que dirigía Schiller, y ya no era previsible que volviera a editarse: era una revista mensual y había pasado demasiado tiempo sin que apareciera un nuevo número. El vacío que dejaba esa revista lo llenaría la suya —pensaba Hölderlin. El público lector estaba asegurado. Inmediatamente pensó un nombre: *Iduna*, la diosa de la mitología germánica que, como la diosa Hera de la mitología griega, cultivaba manzanas de oro en su jardín. Las manzanas de oro que cuelgan del árbol de la vida y conceden la inmortalidad.

Hölderlin sabía que el hueco que había dejado *Die Horen* no lo podía llenar la nueva revista que habían empezado a editar los hermanos Schlegel: *Athenaeum*. La sensibilidad de los jóvenes escritores de *Athenaeum* —además de los Schlegel, Novalis, Tieck, Schleiermacher, y algún otro— no era, ni mucho menos, la de Schiller, y tampoco la suya —la de Hölderlin—. En esa revista hay demasiada «pasión» —dirá el poeta en una carta de esos días—. Y sí, el juicio es muy certero: *Athenaeum* es la primera revista romántica. Y Hölderlin no lo es. Tam-

poco le gusta ese género de los aforismos escuetos e incisivos —«como un erizo que lanza sus púas a los cuatro vientos», dirá Friedrich Schlegel— que es casi el símbolo de *Athenaeum*. Hölderlin prefiere el ensayo reflexivo y sereno.

En una carta de junio aparece la primera referencia a *Iduna*. A Neuffer le dice: «Tengo la intención de publicar una revista poética mensual. Puesto que la mayor parte de los materiales para el primer año los tengo ya preparados, y que en mi situación actual puedo consagrarme íntegramente a este proyecto, espero conseguirlo. Como no estoy vinculado aún con nadie por un contrato, te rogaría que le preguntaras al señor Steinkopf si estaría dispuesto a hacer el intento».

Hölderlin, que le ha dado vueltas a la idea en largas noches exaltadas de insomnio, lo tiene todo pensado: «La mitad de la revista contendrá poesía, y la otra mitad ensayos de historia y crítica de arte. Preveo que en los primeros números aparezca mi tragedia *La muerte de Empédocles*, de la que sólo me queda por escribir el último acto, y poemas líricos y elegías, también míos». El resto del contenido —artículos sobre poetas antiguos y modernos, descripción de la belleza peculiar de determinadas obras clásicas, ensayos de divulgación sobre «la declamación, el lenguaje, la esencia de la poesía y sobre la belleza en general»— lo tiene también previsto minuciosamente.

Ya se imagina que tiene la revista en sus manos: «Cuatro pliegos, no demasiado llenos (*nicht sehr enge gedruckt*), en octavo». Y ve estampadas al pie de los poemas las firmas de todos los poetas amigos: el «anciano» Heinse, el autor de *Ardinghello*, al que conoció en Kassel, Atthisson, Conz, Schmid… y también las firmas de los amigos filósofos que fueron sus compañeros de habitación en Tubinga, Hegel y Schelling.

A Neuffer le dice que sus propios artículos se los ofrecerá gratuitamente al editor, pero éste tiene que comprometerse a publicarlos luego reunidos en libro. Las cuentas que le hace a su madre, para tranquilizarla, son bastante más sustanciosas: «Saldrá un número al mes, y la mayoría de los artículos serán míos. Yo cobraré unos 500 guldas al año [el poeta escribe 500 fl, que no significa florín, sino que era la abreviatura de guldas]». En estos mismos días, el poeta le ha enviado a su madre un pequeño poema, «A las Parcas» (*An die Pfarzen*), cuya primera estrofa dice:

> ¡Concededme un verano, sólo un verano, oh poderosas!
> Y un otoño en que pueda madurar mi canto.
> Y que mi corazón, saciado por tan dulce juego,
> acepte entonces que la muerte llegue.
>
> *Nur Einen Sommer gönnt, ihr Gewaltigen!*
> *Und einen Herbst zu reifem Gesange mir,*

Daß williger mein Herz, vom süßen
Spiele gesättiget, dann mir sterbe.

La madre, que no entiende de fantasías poéticas, se asusta, y piensa que su hijo está muy enfermo y teme morirse a la vuelta del verano. Y el hijo tiene que apresurarse a contestar: «El poemita no debe intranquilizarle, querida madre. Se limita a expresar lo mucho que necesito un tiempo suficiente de tranquilidad para cumplir lo que la naturaleza parece que me tiene reservado. Tengo que pedirle, además, querida madre, que no entienda al pie de la letra todas las cosas mías que lea. Para expresar su microcosmos, el poeta tiene que imitar a la creación, en que no todos los detalles son perfectos. Dios hace caer la lluvia sobre buenos y sobre malos, sobre justos y sobre injustos; de vez en cuando se siente uno obligado a decir algunas cosas inexactas y hasta contradictorias, pero que, en el conjunto resultan una cosa efímera, y tienen que integrarse en esa totalidad de modo veraz y armónico. Y así como el arco iris sólo es bello después de la tormenta, la verdad y la armonía surgen en el poema de un modo especialmente hermoso a partir de la falsedad, el error y el sufrimiento».

Aunque Steinkopf era un modestísimo editor —su principal negocio era la venta de libros viejos—, era un entusiasta de las nuevas ideas revolucionarias, y era uno de tantos demócratas de la época que estaba dispuesto a dar su vida por esa República de Suabia con la que tantos soñaban. Pero el idealismo político de Steinkopf no excluía un sensato realismo comercial: por eso advirtió inmediatamente a Hölderlin que con los poemas de sus jóvenes amigos la revista no tenía futuro. Era necesario atraer a los grandes maestros: a Schiller, a Goethe, a Herder, a Fichte.

En la carta de respuesta —en la que Hölderlin se compromete a escribir inmediatamente a esos grandes nombres— hay tres renglones muy significativos. Lo que el poeta llama «el espíritu de la revista» vale, en cierto modo, para caracterizar su obra entera. «Unión y conciliación de la ciencia y la vida, el arte y la inteligencia, el corazón y el entendimiento, la cultura y la naturaleza». «En definitiva —escribe Hölderlin— la obra debe surgir de la razón que ordena el sentimiento» (*ordnender Verstand über die Empfindung*). Y a continuación viene la andanada antirromántica: «La poesía no debe ser una explosión apasionada, arrebatada, temperamental». Estos párrafos se complementan con unas breves notas sobre *Iduna* que aparecieron después de la muerte de Hölderlin entre sus papeles: nada de «saltos petulantes y amanerados» (*affectiert mutwillige Sprünge*), sino una «ordenación clara y sencilla» (*leichte clare Ordnung*).

Hölderlin manda cartas llenas de respeto y consideración a Schiller, a Goethe, a Herder, y les ruega que colaboren en *Iduna*… Y pasan los

meses de verano en una ilusionada espera de respuesta. Entre tanto, Hölderlin escribe apresuradamente las que habrán de ser sus aportaciones a la revista: ensayos, poemas…

Después de seis semanas, seis inacabables semanas de inquietud, llega la respuesta de Schiller, con excusas: «Estoy tan escaso de tiempo y tan atado a mis trabajos actuales… si no fuera así atendería con gusto la petición de que colabore en su revista…». Y añade: «Mi experiencia como editor de revistas a lo largo de dieciséis años, y no menos de cinco naves distintas conducidas por el proceloso mar de la literatura, ha sido poco gratificante: por eso tengo que aconsejarle, con sinceridad de amigo, que no haga algo parecido… También en cuanto al lucro, que los poetas no podemos desdeñar, el camino de las revistas sólo en apariencia es provechoso, porque al final no rinden nada».

Hasta Schelling, su compañero de Seminario, da evasivas: «Estoy ahora en una situación y con un estado de ánimo que apenas me permiten escribir». Son los días del encuentro de los jóvenes románticos en Jena, y puede que ese «estado de ánimo» fuese el enamoramiento de Schelling: la situación era delicada, porque Caroline estaba casada con su amigo August Schlegel.

El editor Steinkopf había propuesto el nombre de Sophie Mereau, y Hölderlin se apresuró a escribirle. Sophie tenía —con una semana de diferencia— la misma edad que Hölderlin. Ya era una escritora famosa, que había publicado poemas en *Die Horen*, de Schiller, que editaba almanaques propios —los almanaques eran libros anuales de contenido generalmente literario— y que dirigía una revista poética, *Kalathiskós* —era el nombre de la corona de juncos con que las jóvenes griegas se adornaban la cabeza—. Sophie Mereau, como Caroline Schlegel, se sentía libre en un mundo de convencionalismos sociales. Su novela *El apogeo de la sensibilidad* (*Das Blüthenalter der Empfindung*), del año 1794, no es propiamente una novela, porque tiene más ingredientes de confesiones íntimas y reflexiones que trama y acción. Sophie Mereau, casada con el jurista Friedrich Ernst Carl Mereau porque vio en el matrimonio un camino para entrar en la sociedad literaria de su tiempo, fue amante de poetas y filósofos: entre ellos Friedrich Schlegel y Clemens Brentano. El ambiente tan cultivado y pueblerino a la vez del ducado de Sajonia-Weimar se estremeció cuando Sophie Mereau pidió el divorcio: era la primera vez que lo pedía una mujer.

No hay rastro de que Sophie Mereau contestara a la petición de Hölderlin. Tampoco hay rastro del joven poeta Siegfried Schmid, al que Hölderlin había dedicado, un par de años atrás, la elegía «Stuttgart». Schmid era un aventurero, y es posible que la carta de Hölderlin no le llegara. Le habían expulsado del Seminario de Jena por sus frecuentes duelos y después no hizo más intentos de estudiar. Schiller le

publicó cuatro poemas en su *Musenalmanach* de 1798, y esa fue su única ejecutoria para el resto de su vida. Debía de ser un hombre brillante y embaucador, porque logró una plaza de profesor de elocuencia y persuasión (*Eloquenz und Beredsamkeit*) en Gießen, que tuvo que abandonar a toda prisa, probablemente porque la documentación que presentó para lograrla era falsa. Fue luego soldado hasta los cuarenta y tres años. Tenía esa edad —era el año 1819— cuando le declararon incapaz y le dieron una pensión. Sólo consta que Hölderlin le conociera a lo largo de una tarde de octubre de 1797, en que Schmid fue a visitarle al *Weißer Hirsch*, pero fue suficiente para que Hölderlin quedara convencido de que su nuevo amigo era un gran poeta.

«¿Por qué se avergüenzan tanto los hombres de mí?», se pregunta Hölderlin lleno de amargura en uno de esos esbozos de cartas a Susette que se han conservado. «No sólo los hombres a los que podría considerar amigos, sino también los amigos de verdad, los que no podían negarme su colaboración sin resultar verdaderamente desagradecidos, me han dejado esperando la respuesta. Desde hace ocho semanas vivo en esta espera de la que, en cierto modo, depende mi existencia».

Como siempre, la versión que le da a la madre es una mentira piadosa: «He decidido abandonar de momento la labor de editar la revista. Me robaría demasiado tiempo, y no podría hacer con calma y atención lo que realmente quiero escribir. Toda esa pesada tarea de correspondencia, de recolección de colaboraciones, de tantas cosas que lleva consigo la edición de una revista, me habrían aportado muy poco en relación con el trabajo que habría supuesto…».

El fracaso de *Iduna* tenía muy tristes consecuencias: la primera era el alejamiento de Homburg, y por tanto de Susette. La segunda era la vuelta a la casa materna y, una vez más, derrotado. La tercera era la perspectiva —de la que quizá ya no podría huir— de verse destinado a uno de tantos pueblos minúsculos de Württemberg como vicario para auxiliar a un viejo pastor…

Hizo un último intento de sobrevivir. Le escribió a Schiller. Como siempre, con un respeto servil. Le pidió «un puesto pequeño» que pudiera reportarle «un sueldo pequeño». Y esta vez Schiller no contestó.

XX

LA ESTELA LITERARIA DE *IDUNA*: LOS ENSAYOS Y *EMILIA EN VÍSPERAS DE BODA*

El rastro que dejó *Iduna* fue más bien pobre, y la razón parece clara: Hölderlin quiso tener preparado con anticipación el contenido de los primeros números para evitar que la revista, como tantas de la misma época, fracasara nada más nacer. En la carta en que Hölderlin le expresa a Neuffer ese propósito habla de los *Haupmaterialien*: no le dice que tenga textos terminados, sino que tiene los «principales materiales». La expresión puede ser un indicio de que los ensayos que escribió para *Iduna*, tal como se han conservado, no sean más que materiales para una posterior reelaboración.

Los llamados *Ensayos de Homburg* (*Homburger Aufsätze*) o *Ensayos periodísticos* (*Journal-Aufsätze*) podrían considerarse, por tanto, esbozos provisionales. Ese carácter explicaría su estado fragmentario, la oscuridad de casi todos ellos —incongruente con una revista de entretenimiento femenino, como Hölderlin pretendía que fuera *Iduna*—, y el descuido del estilo: el ensayo que lleva por título «Sobre el modo en que se desarrolla el espíritu poético» (*Über die Verfahrungsweise des poetischen Geistes*) empieza con una frase que ocupa tres páginas sin un solo punto.

A los *Ensayos*, que quedaron todos ellos inéditos a la muerte de Hölderlin, no parece que se les reconociera valor alguno a lo largo del siglo XIX. A mediados de siglo, los papeles del poeta quedaron divididos en tres partes: una de ellas se la quedó Schwab tras la publicación de los poemas en 1826 (el hijo, Christoph Schwab, acabaría comprándola a las nietas de Heinrike Hölderlin en 1881), otra parte se la regalaron los descendientes del poeta al archivero de Homburg Johann Georg Hamel, y el resto, es decir, los documentos que se consideraban de menor valor, quedaron en la casa familiar de Nürtingen. Entre estos documentos estaban los *Ensayos*, alguno de los cuales se usó como en-

voltorio para formar paquetes con otros papeles que se juzgaban más importantes.

El otro texto de Hölderlin que está en la estela de *Iduna* es el breve relato epistolar *Emilia en vísperas de boda* (*Emilie vor ihrem Brauttag*). Estaba destinado a preparar al público femenino que sería el destinatario de la nueva revista. Por esa razón, Hölderlin quiso que se publicara en otra revista femenina: el *Taschenbuch für Frauenzimmer*. Y en ella apareció, en el número correspondiente al año 1800. Es curioso que en el número anterior de esa revista —el del año 1799— ya se anunciaba la publicación de «una novela muy breve sobre *Emilia*, muchacha verdaderamente noble y excelente», lo que puede significar que Hölderlin quiso disponer de más tiempo para reelaborarla. En todo caso, ya no había prisa en la publicación, porque *Iduna* se había ido a pique. Pero Hölderlin es objetivo en el juicio que hace sobre su propia obra, cuando le escribe a Neuffer que *Emilia* está escrita con «precipitación» (*Eilfertigkeit*) y «con ligereza» (*flüchtig*).

Los *Ensayos de Homburg* forman un cuerpo de doctrina poética o poetología (*Poetologie*), aunque es verdad que sin perfiles nítidos y sin contenido claro. En «Una palabra sobre la *Ilíada*» (*Ein Wort über die Iliade*), Hölderlin clasifica los tipos humanos en «natural» —el que aunque con cierta simpleza tiende a la armonía con el mundo—; «heroico» —el dotado de fortaleza pero en tensión con el mundo—; e «ideal» —el que logra la armonía plena con el mundo—. En el ensayo siguiente, «Sobre los diferentes modos de la poesía» (*Über die verschiedenen Arten zu dichten*), traslada la distinción entre los tres tipos humanos a los «tonos» de la obra poética; pero el autor sólo se detiene en el «tono natural», que considera el propio de la poesía épica. El desarrollo de la idea de los tres tonos se hace a lo largo de otros dos ensayos, uno breve, «Cambio de los tonos» (*Wechsel der Töne*) y otro extenso, «Sobre la distinción de los géneros poéticos» (*Über den Unterschied der Dichtarten*), pero ambos igualmente irritantes para el lector, no tanto por su oscuridad como por el lenguaje: resulta penoso leer páginas de un gran escritor que estén tan poco elaboradas.

Más cuidado y más claro es el largo ensayo «Sobre la religión» (*Über Religion*), pero éste, probablemente, no forma parte de los *Ensayos de Homburg*, a pesar de que se edita siempre entre ellos. «¿Por qué —me preguntas— tienden los hombres a *representarse* la relación que existe entre ellos y su mundo, y por qué tienden a hacerse una idea o una imagen de su destino, que en realidad, ni puede propiamente pensarse, ni puede tampoco percibirse por los sentidos?». En otras palabras: ¿por qué tienden los hombres a pensar que Dios existe? Ésa es la pregunta que se hace Hölderlin al comienzo del ensayo, y a la que trata de responder.

«En un principio —había escrito el poeta en su *Hyperion*— hombres y dioses eran *uno*» (*im Anfang war der Mensch und seine Götter* Eins). Pero rota la unidad originaria, ¿de dónde procede ese barrunto de Dios? El hombre tiene la sospecha de que hay, entre él y el mundo, «una conexión más alta que la conexión mecánica» (*ein höherer mehr als mechanischer Zusammenhang*), y que esa conexión es «lo más sagrado que existe» (*ihnen ihr heiligste ist*). Hölderlin insiste en que la idea de esa conexión no procede del pensamiento, no es una conexión «meramente pensada» (*nicht bloß gedacht*). «Si hay unas leyes divinas no escritas, de las que habla Antígona [, como las que imponen] los deberes del amor y la amistad, los deberes de la hospitalidad, el deber de ser magnánimos con los enemigos», ¿de dónde proceden? Y Hölderlin insiste: «El pensamiento no las agota» (*der Gedanke erschöpft sie nicht*).

«Cuando el hombre habla de una divinidad, y habla de corazón y no a partir de una memoria servil o por profesión —Hölderlin tiene ojeriza a los teólogos, aunque él mismo lo era—, la prueba de sus palabras es sencilla: a partir de sí mismo, o a partir de los objetos que le rodean, el hombre puede experimentar que hay en el mundo algo más que un mero discurrir mecánico, que hay un espíritu, un Dios». Afirma a continuación que cada cual tiene «una representación de la divinidad», que en algunos es una representación limitada y en otros una representación ilimitada. «Hay diversos modos de representación de lo divino, y hay que dar a cada cual la libertad que le es propia». Por ser individual la representación de Dios, se puede decir que cada representación es obra del hombre, de un hombre concreto, y por tanto creación suya. En ese sentido escribe Hölderlin que «por su esencia, toda religión es poética», es decir, creativa (*so wäre alle Religion ihrem Wesen nach poetisch*).

Para explicar el lenguaje coloquial, llano, de los versos de *Emilia en vísperas de boda*, recurre Hölderlin a la teoría de los tonos que había desarrollado en los *Ensayos*. Las historias de amor —le dice a Neuffer en una carta del verano de 1799— se suelen escribir «siempre en tonos graves», como si se tratara en todos los casos de una tragedia, y «se da siempre la impresión de que los amantes están riñendo». Es necesario por tanto que las historias de amor se expongan en una forma poética «rebajada» o «degradada» (*herabgewürdigt*).

En siete cartas y a lo largo de 603 versos, Emilia va contando a una amiga —Clara— cómo su hermano Eduardo había ido a luchar con los corsos y había muerto en sus filas, cómo había transcurrido el viaje que hizo luego Emilia con su padre al bosque de Teutoburgo, y cómo conoció allí a Armenion, de quien inmediatamente se enamoró.

Este *Eduardo* que aparece en *Emilia en vísperas de boda* es el mismo al que Hölderlin dedicaría, poco meses después, su poema más revolucionario, *An Eduard*: es decir, Isaac von Sinclair. Uno de los pasajes más

elevados de *Emilia* es el que recoge palabras del propio Eduardo en las que habla de su campaña de Córcega:

> Cuando al salir el sol subimos a las cumbres
> y entonamos la canción sagrada, las banderas
> ondean, valle adentro, al viento matinal.
> Abajo, en la llanura, donde bulle la vida,
> la muchedumbre avanza hacia nosotros,
> se agita, y sentimos el amor sagrado
> que nos une. Pues bajo las tiendas
> y sobre las olas que forma la batalla,
> Dios sale a nuestro encuentro
> y nos mantiene unidos.
>
> *Wenn mit der Sonne wir, mit heilgem Lied*
> *Heraufgehn übern Hügel, und die Fahnen*
> *Ins Tal hinab im Morgenwinde wehn,*
> *Und drunten auf der Ebne fernher sich,*
> *Ein gärend Element, entgegen uns*
> *Die Menge regt und treibt, da fühlen wir*
> *Frohlockender, wie wir uns herrlich lieben;*
> *Denn unter unsern Zelten und auf Wogen*
> *Der Schlacht begegnet uns der Gott, der uns*
> *Zusammenhält*.

En el bosque de Teutoburgo, en el escenario en que el caudillo Arminio derrotó al ejército romano, aparece Armenion —la semejanza de nombres es evidente— en actitud poco heroica, «sentado junto a una zarza aislada». Y desde el verso 215 en que aparece el joven Armenion, «grande y orgulloso», con el «rostro lleno de alma» —*seelenvolle Miene*, dice Hölderlin con bella expresión—, las cartas de Emilia sólo contienen confidencias intrascendentes a su amiga Clara. Se salvan de ese estilo «degradado» —para usar la palabra de Hölderlin— algunas descripciones del paisaje —ese paisaje tan querido por el poeta en que se funden Sajonia y Renania—, y la evocación de la *Hermannsschlacht* que hace el padre de Emilia:

> Aquí abajo, en el valle, duermen juntos
> —dijo el padre— romanos y alemanes,
> desde hace largo tiempo. Y a todos,
> los que nacieron libres y orgullosos,
> y aquellos que el mundo conquistaron
> los hermanó la muerte y el silencio. Y juntos,

grandes y más grandes, cayeron en el seno de la tierra.
¿Y ahora dónde estáis, mis muertos todos?
Vive el genio de esos hombres, el dios
de su lenguaje, el viejo Bragi, Herta
reverdece en sus hijos, y el Walhala
sigue brillando azul sobre nosotros,
cielo de la patria. Pero a vosotros, héroes, no os encuentro.

Hier unten in dem Tale schlafen sie
Zusammen, sprach mein Vater, lange schon,
Die Römer mit den Deutschen, und es haben
Die Freigebornen sich, die stolzen, stillen,
Im Tode mit den Welteroberern
Versöhnt, und Großes ist und Größeres
Zusammen in der Erde Schoß gefallen.
Wo seid ihr, meine Toten all? Es lebt
Der Menschengenius, der Sprache Gott,
Der alte Braga noch, und Hertha grünt
Noch immer ihren Kindern, und Walhalla
Blaut über uns, der heimatliche Himmel;
Doch euch, ihr Heldenbilder, find ich nicht.

XXI

HYPERION (I): SEIS AÑOS, SEIS VERSIONES

El otoño de 1799 tiene un tinte crepuscular en la vida de Hölderlin: todo parece estar abocado a la oscuridad. El ideal revolucionario se desvanece. El 9 de noviembre —18 de brumario—, Napoleón se apropia del entusiasmo popular que había cambiado el curso de la historia, y el 15 de diciembre firma el acta de fallecimiento: la Revolución ha terminado. Los proyectos personales del poeta se han desvanecido también: *Iduna* y sus quinientas guldas anuales, las clases en la Universidad de Jena, el «pequeño puesto» junto a Schiller… «Algunas experiencias han quebrantado mi confianza en todo lo que antes me producía una inmensa alegría y una inmensa esperanza», le escribe a Ebel; y añade: «¡Qué dichosos seríamos si nos quedara alguna ilusión!».

A su pequeña vivienda de la *Haingasse*, número 38, de Homburg, ha llegado en esos días una caja que le envía el editor Cotta, de Tubinga: son unos ejemplares, recién impresos, del segundo tomo de *Hyperion*. Hölderlin piensa inmediatamente en Susette, y se lanza a escribirle: «¡Está aquí *nuestro* Hyperion! Un poco de alegría podrá darte este fruto de aquellos días nuestros que estaban llenos de entusiasmo. Perdóname que Diótima muera. Recordarás que no estábamos completamente de acuerdo en ello. Yo pensaba que el planteamiento en su conjunto lo requería. ¡Amor mío!, todo lo que se cuenta de ella y de nosotros, de la vida, de nuestra vida, aquí y allá, recíbelo como agradecimiento, que siempre es tanto más sincero cuanto más torpemente se expresa. Si yo me hubiera podido formar como artista, poco a poco, a tus pies, en calma y con libertad, creo que habría llegado a serlo pronto. Es lo que mi corazón anhela atormentadamente en sueños y en pleno día, y a menudo en callada desesperación».

Cuando Hölderlin tuvo en sus manos el primer ejemplar de este segundo tomo de *Hyperion*, y se sentó a escribir en la primera hoja en

blanco la dedicatoria a Susette, se cerraba una ilusión que había nacido muchos años atrás, cuando era un oscuro seminarista de Tubinga. «Está escribiendo un *Hyperion*, que parece que promete mucho —le escribió entonces Magenau a Neuffer—. Es un héroe que ama la libertad, un griego auténtico, lleno de principios firmes, de los que da gusto oír».

Unos meses después de esa primera noticia es el propio Hölderlin el que, en carta a Neuffer, habla, no del proyecto, sino del mundo —irreal y plenamente real a la vez— en que el poeta vive, y del que saldrá *Hyperion*: «[…] esas horas divinas, en las que retorno entusiasmado de la naturaleza, del bosquecillo de plátanos junto al Iliso, donde he acampado junto a los discípulos de Platón, y he contemplado el vuelo de lo maravilloso, y he seguido su curso que va de las oscuras lejanías del mundo originario a la profundidad del abismo, al límite más remoto de la tierra del espíritu, allí donde el alma del mundo envía su vida a través de las mil pulsaciones de la naturaleza, a la que vuelven las fuerzas torrenciales después de recorrer su órbita inconmensurable… O cuando, ebrio de copas y de la feliz amistad con Sócrates, contemplo en el banquete a los entusiasmados jóvenes que rinden homenaje al amor en sus discursos dulces y ardientes, y el bromista Aristófanes ríe entre ellos, y el maestro, el divino Sócrates nos alecciona a todos, con su celestial sabiduría, sobre qué es el amor… Entonces, amigo del alma, no estoy, como comprenderás, tan desalentado, y pienso a veces que podría transmitir una chispa de esa dulce llama, en esos instantes, a mis obritas, en las que verdaderamente vivo y existo, y a mi *Hyperion*».

Estas frases tempranas de 1793 revelan, como ningún otro texto de Hölderlin, de dónde procede *Hyperion*: ese *Platanenhaine am Ilisos*, el «bosquecillo de plátanos junto al Iliso» no es un escenario, es la intimidad misma del poeta. Es verdad que la geografía griega la aprendió Hölderlin del *Voyage pittoresque de la Grèce* del conde Choiseul-Gouffier, pero ese libro le sirvió sólo para orientarse en su mundo interior. «Grecia ha sido mi primer amor —escribió en uno de los borradores de prólogo, luego desechados, a *Hyperion*—, y no sé si debo confesar que será también el último. Es a ese amor al que debo esta modesta obra [...]».

De las primeras páginas que escribió en Tubinga sólo se conserva una, una única página. Tiene ya forma epistolar, como la obra definitiva. Lleva como epígrafe «A Calias» (*An Kallias*). Se trata de una carta en la que apunta la apasionada subjetividad de las versiones posteriores, pero con exceso de nombres: en unas pocas líneas aparecen Platón y Homero, Diomedes y Ulises, la diosa Atenea... La última frase es una cita encubierta de Rousseau: lo de «tendrías que haber visto cómo le impuse forzadamente los más alegres colores a mi corazón en cuanto noté que se sobresaltaba, para resistir mejor [...]» (*Du müßtest sehen, wie ich der ernsten Mahnung meines Herzens gar künstlich fröhliche Farben*

aufzwang, um sie mir erträglicher su machen [...]) es una frase casi literal de la novela —también epistolar— *Julie ou la Nouvelle Héloïse*.

En los primeros meses de Waltershausen, amparado en el silencio del castillo y el bosque, y en la paz doméstica de la familia von Kalb, el poeta rehizo las páginas de *Hyperion* que había escrito en Tubinga. «Aprovecho lo mejor que puedo las horas matinales —le escribe a Neuffer—, las únicas en las que estoy verdaderamente tranquilo. Este verano las he dedicado casi todas a mi novela, de la que encontrarás este invierno las cinco primeras cartas en *Thalia*. Ya he terminado casi completamente la primera parte. Del viejo texto no queda ni una línea. La gran transición de la adolescencia a la edad adulta, de la vida afectiva a la razón, del reino de la imaginación al de la verdad y la libertad, me parece que merece siempre la pena tratarla con la calma que le corresponde». En el escueto prólogo que Hölderlin pone al frente del *Fragmento*, vuelve a aludir a ese «gran tránsito» (*der große Übergang*) del que le habla a Neuffer: se trata de la evolución del hombre que comienza en «la extrema simplicidad, que tiene su origen en *la mera organización de la naturaleza*» (*die bloße Organisation der Natur*) y termina en «la extrema cultura, que procede de *la organización que somos capaces de darnos a nosotros mismos*» (*die Organisation, die wir uns selbst zu geben im Stande sind*).

La segunda versión de la novela —la llamada «versión de Waltershausen»— apareció, efectivamente, en la revista *Neue Thalia* que dirigía Schiller. De no conocerse algunos documentos contemporáneos de la publicación, se podría pensar que las cinco cartas publicadas en noviembre de 1794 eran una obra acabada. Y no sólo una obra acabada, sino una pequeña obra maestra —lo que no impidió que pasara prácticamente desapercibida—. Pero no era así. En marzo de 1795, Schiller le escribía al editor Cotta: «Hölderlin trabaja en una novelita, *Hyperion*, de la que ha aparecido un fragmento en el antepenúltimo número de *Thalia*. La primera parte, que ocupará unos doce cuadernillos, la terminará en unos meses. Me haría muy feliz que usted aceptara publicarla. Es un libro en el que hay verdaderamente cosas geniales, y espero seguir influyendo en él […]». Por las mismas fechas, Hölderlin le decía a Hegel: «El fragmento publicado en *Thalia* no es aún más que masa cruda (*rohe Masse*). Pienso que habré acabado la novela para Pascua; déjame que hasta entonces no hable más de ella».

Pero en esos meses iniciales del año 1795, Hölderlin vive ya a la deriva, sin trabajo y acogido generosamente por un amigo que acaba de conocer: Isaac von Sinclair. La inseguridad de su vida y el vértigo intelectual que le producen las apasionadas lecciones de Fichte hacen que la nueva versión de *Hyperion* sufra un giro radical: abandona la prosa, adopta la sonora rotundidad del ritmo yámbico y traslada al monólogo

del protagonista el enfrentamiento fichteano entre el Yo y el No-yo. La *Metrische Fassung* supone un raro episodio en la evolución de la novela. ¿Imaginaba Hölderlin una obra extensa con ese rigor formal y esa densidad filosófica? ¿Qué extraño personaje es ese joven griego que visita a *Hyperion* y está obsesionado con las sutilezas de Fichte?

Es posible que el fragmento en verso sólo pretendiera ser lo que era, y no una parte de una obra mayor. La llamada *versión métrica* tiene suficiente unidad y coherencia en sí misma: tras la atormentada contraposición de la luz y las tinieblas (*Licht*/*Finsternis*), el espíritu y la naturaleza (*Geist*/*Natur*), la sabiduría y el destino (*Weisheit*/*Schicksal*), el poema entra en vías de conciliación, porque hay una «necesidad» —una fuerza interior— que nos apremia a «hacer concordantes la naturaleza, que cambia eternamente, con lo inmortal e inmutable que hay en nosotros».

Lo cierto es que Hölderlin, antes de la precipitada huida de Jena a mediados de año, vuelve a la prosa con la *Juventud de Hyperion* (*Hyperions Jugend*). No vuelve, sin embargo, a la forma epistolar, porque esta cuarentena de páginas es un relato continuado, escrito en primera persona y dividido en seis capítulos. La figura femenina de Melita, que aparecía en la versión anterior, deja paso a Diótima, que Hölderlin trae del *Banquete* platónico. Pero Fichte está demasiado cerca, física e intelectualmente, y las páginas de la *Juventud* se resienten de ello. El nuevo texto es poco más que el traslado a prosa de la *versión métrica*. Hölderlin sigue obsesionado con la conciliación de los contrarios. ¿Sería esa la verdadera razón por la que se fue de Jena? ¿Vería imposible terminar la novela si seguía atormentado por las elucubraciones filosóficas?

La segunda mitad del año la pasa ya en la casa familiar de Nürtingen. Allí escribe la que se ha llamado *Penúltima versión* (*Vorletzte Fassung*), en que Hölderlin vuelve —ya definitivamente— a la forma epistolar, y reelabora —en un nuevo prólogo— la idea de la «órbita excéntrica» (*exzentrische Bahn*) que traza la vida del hombre. Si en el prólogo al *Fragmento* había escrito que la órbita excéntrica empieza en «la extrema simplicidad» y culmina en la «extrema cultura», en la *Penúltima versión* afirma que el recorrido va «de la infancia a la perfección». El proceso parece ser, ahora, estrictamente personal. La idea del *Fragmento* de que esa órbita la recorren «tanto la especie como el individuo» no se repite ya en la *Penúltima*. El cambio podría estar relacionado con la decepción que siente Hölderlin al ver la marcha de la Revolución francesa. No cabe más transformación de la humanidad que la que proceda de una renovación de los individuos. «He renunciado a buscar nada en este pueblo», dice el poeta por boca de Hiperión.

La última y definitiva versión de la novela está escrita en Fráncfort, al tiempo que el autor trataba de educar al pequeño Henry Gontard

en la lujosa casona del *Weißer Hirsch*. Sólo la proximidad de Susette explica que en la novela adquieran protagonismo, de manera simultánea, Hyperion y Diótima, algo que el primero expresa, con muy bellas palabras, en una carta dirigida a la segunda: «con melodías cambiantes trazábamos el gran acorde de la alegría» (*in wandelnde Melodien theilten wir die großen Akkorde der Freude*). La primera parte de la novela la escribió Hölderlin, probablemente, a lo largo de 1796 (se publicó en abril de 1797), y la segunda parte, a lo largo de 1797 y 1798 (se publicó, con algo de retraso, en octubre de 1799).

Cuando ya había pasado un siglo de la muerte de Hölderlin se encontraron entre sus papeles manuscritos tres cartas inacabadas, dos de ellas dirigidas por Hiperión a Diótima, y una —de dos líneas—de Diótima a Hiperión, que el poeta escribió cuando ya estaba afectado por la locura. Son cartas incoherentes, conmovedoras —«me pregunto cómo he llegado aquí», dice en algún momento—, escritas quizá en los primeros meses de vida en la torre de Tubinga, inmediatamente después de salir de la clínica del doctor Autenrieth. El poeta no estaba ya en condiciones de escribir nada coherente, dentro de la incoherencia que suponía reanudar un epistolario en que uno de los corresponsales había muerto.

A pesar de todo, esas pocas páginas manuscritas son reveladoras de varias cosas. En primer lugar, de cómo la geografía de Grecia era el mapa de la intimidad de Hölderlin: «[…] a veces pienso que preferiría encontrarme en las montañas solitarias que se extienden detrás de nosotros, en las regiones amenas de Tebas, de Macedonia y del Ática, sobre las cimas y las laderas de los verdes valles del Olimpo, sobre las montañas de Tracia, o en Lemnos, a la sombra de los árboles de la lejana Ítaca, o en los alrededores de Mitilene o de Paros, o en esos lugares tranquilos que hay en el interior de las islas […]». En segundo lugar, de cómo en mitad de la incongruencia general, de fondo y de forma, aparecen frases llenas de sentido y de belleza: «sigo viviendo de la felicidad de aquellos tiempos mejores de los que no he perdido el recuerdo»; «no me sorprendo de haber abandonado la soledad y vivir con gusto en el amplio mundo de la Creación»; «he vivido una vida orientada a la belleza de la vida»; «mi barco ha detenido su curso bajo las nubes serenas del crepúsculo»; «esas cosas sagradas a las que mi corazón se ha ofrendado no son sólo signos del pasado».

XXII

HYPERION (II): NOVELA LÍRICA

«Me he dado cuenta de que tú también llamas *novela* a tu querido *Hyperion*, cuando yo siempre lo he visto como un hermoso poema», le dice Susette a Hölderlin en una de las cartas furtivas posteriores a la separación. La prosa extremadamente cuidada de *Hyperion* hace que tenga textura de poema. Su tono íntimo —tanto al evocar recuerdos como al expresar sentimientos—, y la ausencia de acción y de trama le dan también una delicada consistencia lírica.

Por esas fechas, la novela —la novela como género— estaba dejando de ser lo que había sido hasta entonces: un largo relato en prosa. Friedrich Schlegel había escrito en esos años finales del siglo: «Apenas puedo imaginarme una novela si no es como una mezcla de narraciones, cantos y otras formas». A pesar de que se había roto el molde formal de la novela, y de que *Hyperion* podía considerarse —en sentido moderno— una novela, la apreciación de Susette Gontard no fue sólo suya. En la recensión publicada en 1801, Karl Conz escribió: «*Hyperion* es, más que una novela, un poema; un poema lírico del más amplio desarrollo». Achim von Arnim describía *Hyperion*, en una carta de 1817 dirigida a los hermanos Grimm, como «la más bella de las elegías». Theodor Opitz dijo que «*Hyperion* es un único poema, como no habrá otro igual en la literatura, una corriente poderosa, melodiosa, un oleaje de sensaciones del corazón humano». Y en nuestro tiempo, Jochen Link la ha llamado «epopeya en prosa».

Si el término *novela* empezaba ya a valer, en los años de entresiglos, para designar cualquier obra que no perteneciera claramente a otro género, la expresión *novela de formación* —*Erziehungsroman* o *Bildungsroman*— empezó a aplicarse a las novelas que narraban linealmente la evolución interior de un hombre —siempre un hombre, no hay una sola que se refiera a una mujer— desde la infancia a la madurez —*Agathon*,

de Wieland, *Ardinghello*, de Heinse, *Wilhelm Meister*, de Goethe…—, y se extendió luego a aquellas en que lo psicológico pasaba a segundo plano y era la confrontación entre el hombre y la sociedad lo que predominaba —como *Hesperus*, o *Titan*, de Jean Paul—, o las que narraban la búsqueda afanosa de un ideal —como *Heinrich von Ofterdingen*, de Novalis.

En este sentido amplio, *Hyperion* es también una novela de formación. Pero lo que caracteriza a *Hyperion* es que esa evolución se va produciendo, de principio a fin, en dos fases temporales de un mismo personaje: el tiempo recordado y el tiempo del recuerdo. Hiperión recuerda su evolución, y al tiempo que la recuerda va evolucionando a su vez.

Pero hay otro rasgo que aleja la novela de Hölderlin del genuino *Bildungsroman*: no consiste en el relato de la maduración psicológica del personaje, sino en el relato de la búsqueda de equilibrio entre el personaje y su entorno —la sociedad y la naturaleza—. En esa búsqueda hay momentos en que el equilibrio se logra y otros en los que no se logra. Eso es lo que Hölderlin quiere expresar con la metáfora de la «órbita excéntrica». La vida del hombre se asemeja a esas órbitas elípticas que algunos planetas trazan en torno a una estrella: hay momentos en que están próximos a ella y momentos en que están lejos.

Las cartas que un joven griego —no de la Grecia clásica, sino de la Grecia aún sometida al yugo turco en los años finales del siglo XVIII— dirige a un amigo alemán, Bellarmino —el «bello» Arminio, en recuerdo del héroe germano—, van relatando las fases de esa «órbita excéntrica» que fue —como en todo hombre— su vida. En el recorrido de esa órbita vital, Hiperión recuerda momentos de «proximidad al centro» —momentos de equilibrio—, como la infancia en la isla de Tina; los viajes con su maestro Adamas; el tiempo vivido frente al mar en Salamina; el amor de Diótima; el viaje con unos amigos y con Diótima a Atenas; el fugaz anhelo de una «vida inocente» al regreso de la guerra de liberación griega… Y también momentos de «alejamiento del centro» —momentos de desequilibrio—, como el aprendizaje en la escuela, que le «expulsó del jardín de la naturaleza»; los turbulentos años de la adolescencia, en que «andaba errante como un alma en pena»; el nihilismo aniquilador que le invade tras la ruptura con su amigo Alabanda («la nada nos domina, hemos nacido para nada, lo que amamos es nada, creemos en nada, nos esforzamos por nada, y nos hundimos poco a poco en la nada» —*das Nichts das über uns waltet, daß wir geboren werden für Nichts, daß wir lieben ein Nichts, glauben ans Nichts, uns abarbeiten für Nichts, um mählich überzugehen ins Nichts*—); la exaltación y violencia con que Hiperión combate en las filas de los libertadores; la muerte de Alabanda y de Diótima…

Pero Hölderlin no es tan simplista como para hacer rigurosos juicios morales de los sucesivos episodios de equilibrio o desequilibrio. Por eso dice en el prólogo que teme al lector «preocupado por la moraleja». Su libro, dice también en el prólogo, no es ni un compendio —un compendio moral, se entiende—, ni un entretenimiento. Al final de la obra afirma que frente a los astros, que «giran siempre en callada plenitud», los hombres «alcanzan la perfección en el cambio».

Precisamente porque Hölderlin concibe la vida humana como la evolución que resulta del contraste entre episodios de equilibrio y desequilibrio, la novela no podía tener un «final feliz», y ni siquiera un final. Siempre cabe, en la vida humana, una fase más, resultante del impulso de las anteriores. La frase final de la novela no puede ser más desmitificadora de lo que solían ser los cierres rotundos y triunfales de las novelas —y de las sinfonías de la época, con sus acordes ascendentes y estrepitosos—: «Próximamente más» (*Nächstens mehr*).

Hyperion es la obra de Hölderlin más cercana a la sensibilidad de los prerrománticos. Frente a la olímpica serenidad de los clásicos —esos clásicos que aún estaban en activo en las décadas finales del siglo—, Hölderlin y los prerrománticos tienen una visión escindida de la realidad, y tienen que reconstruir angustiosamente la unidad perdida. *Hyperion* es una permanente y dolorosa contraposición de contrarios: naturaleza y cultura, acción y contemplación, revolución y educación, civilizaciones clásicas y civilización moderna, adolescencia y madurez, dolor y superación…

En términos musicales —nada ajenos a la sensibilidad de Hölderlin— se podría decir que *Hyperion* está escrito con técnica contrapuntística: hay, a lo largo de toda la obra, una permanente contraposición de melodías. Y si esa contraposición resulta llamativamente armónica, no es porque las melodías estén en lo que los teóricos de la música llaman consonancia perfecta, sino precisamente por lo contrario, porque están en consonancia imperfecta. En las disonancias armónicas está precisamente la genialidad —y la modernidad— de la novela.

Cuando Diótima profetiza a Hiperión: «Tú serás el educador de nuestro pueblo» (*Du wirst Erzieher unsers Volks*), Hölderlin está elevando la poesía al más alto rango. Este es el segundo rasgo común de Hölderlin y los prerrománticos. El poeta es el mediador, porque la poesía es el lenguaje de los dioses. «Lo que queda», «lo que permanece» (*was bleibet*) lo dicen —«lo fundan»— los poetas. «El poeta y el sacerdote eran, primitivamente, uno solo. En tiempos posteriores se han escindido. Sin embargo, el auténtico poeta es siempre un sacerdote», escribe Novalis en esas mismas fechas.

XXIII

UN TEJIDO MULTICOLOR DE SENSACIONES, PENSAMIENTOS, FANTASÍAS Y SUEÑOS

«En el *Hyperion* de Hölderlin no se encuentra nada que vaya más allá de un tejido multicolor de sensaciones, pensamientos, fantasías y sueños. Es una obra ni mucho ni poco verosímil, ni mucho ni poco comprensible, ni mucho ni poco feliz de expresión… A ver si el señor Hölderlin, en la segunda parte de la obra, que promete que va a salir pronto, logra desenredar satisfactoriamente este barullo, y consigue producir un orden comprensible dentro de ese caos. 'Experimentamos un exquisito sentimiento de bienestar cuando lo interior se refuerza de esta manera en su propia materia, se diferencia y se liga con más fidelidad, y nuestro espíritu se va armando paulatinamente' (*Es ist ein köstlich Wohlgefühl in uns, wenn so das Innere an seinem Stoffe sich stärkt, sich unterscheidet und getreuer anknüpft und unser Geist allmählich waffenfähig wird*). ¿Qué quiere decir eso? Resulta algo sospechoso que el escenario de la novela sea Grecia y el autor ni siquiera transcriba correctamente los nombres griegos. Ya en la primera página pone *Sycion* en lugar de *Sicyon*».

La crítica procede de uno de los mejores filólogos de la Alemania de entresiglos, conocedor excepcional de la cultura griega y traductor de Sófocles: Johann Kaspar Friedrich Manso. Esa reseña del primer tomo de *Hyperion* se publicó en una de las más prestigiosas revistas de la época: la *Neue allgemeine deutsche Bibliothek*, número 40, año 1798. Tres años más tarde, cuando ya había aparecido el segundo tomo de la novela, escribió en la misma revista —número 62, año 1801—: «El recensionista no encuentra motivo alguno para modificar el juicio que ya expresó sobre esta obra. *Hyperion* sigue hablando un idioma exuberante, ultraterreno, con el que proclama cosas elevadas, fabulosas, nunca oídas. Pero en definitiva no dice nada».

El daño que los severos juicios de Friedrich Manso produjo a la difusión y la estima de la novela fue decisivo y duradero. En muchos años

nadie se atrevió a expresar públicamente ninguna opinión favorable. La aparición, tanto del primero como del segundo tomo de *Hyperion*, fue rigurosamente silenciada. Y la difusión de la obra fue mínima: en una carta del editor Cotta al hermano de Hölderlin, fechada el 6 de diciembre de 1821, dice que aún le quedan ejemplares de la novela en el almacén. Habían pasado más de veinte años desde que había salido a la venta.

Aun así, el entusiasmo del oficial Heinrich von Diest hizo posible una segunda edición de *Hyperion* en 1822. Cotta aceptó reeditarlo porque tenía interés en publicar los poemas de Hölderlin. En el contrato que firmaron Cotta y Karl Gock en mayo de 1822 se prevé la edición simultánea de *Hyperion* y las *Sämtliche Gedichte*. Pero Cotta no quiso volver a perder dinero con la novela, y los derechos que le pagó a Gock por ella fueron los mismos que Hölderlin había recibido veinte años atrás —y que ya eran entonces verdaderamente míseros—: cien guldas.

La reedición dio lugar a nuevas reseñas en las revistas literarias, reseñas que no rebajaron el tono de la crítica. Adolph Müllner escribió en *Hekate. Ein literarisches Wochenblatt*, número 40 de 1823: «Podemos hacer el pronóstico de que el señor Hölderlin podrá llegar a ser, en el campo de las bellas artes, algo distinto de un novelista. Porque si no, no será nada. Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos».

Al reeditarse por tercera vez *Hyperion* en las *Obras Completas* (*Sämtliche Werke*) de Hölderlin reunidas por Christian Theodor Schwab, las críticas a la novela vuelven a ser adversas. Johannes Minckwitz escribió en el *Literarische Zeitung* del 20 de marzo de 1847: «No nos debería asombrar que Hölderlin, por sus ideas panteístas con las que trata de adoctrinar en el *Hyperion*, fuese proclamado por los filósofos de la época como el precursor de los nuevos tiempos. Pretendió hacer universalmente válido su pensamiento que asimilaba vida y naturaleza. Pero que esa doctrina que expuso Hölderlin no debe ser la meta de los hombres sobre la tierra es algo que todo espíritu sano ve por sí mismo con claridad». Y Wolfgang Menzel escribió en el *Morgenblatt für gebildete Leser* del 22 de abril de 1847: «Muy en el gusto de su época, el poeta ataca frecuentemente las creencias. 'Miserable y espantosa' considera *Hyperion* la religión de los egipcios y los griegos. Al hablar de los egipcios se refiere a los católicos, y al hablar de los griegos se refiere a los protestantes. A aquellos los acusa de padecer un miedo tenebroso, y a éstos de un razonamiento excesivamente frío. Es una lástima que Hölderlin, demasiado prisionero de las tendencias de su tiempo, no haya sabido elevarse. La belleza del cristianismo le pasa absolutamente inadvertida».

Hay un curioso episodio de defensa —muy matizada— de la novela. Se trata de un ejercicio escolar de Nietzsche. En el otoño de 1861,

a comienzo de curso en el internado de Pforta, el profesor de literatura pone como deberes a los jóvenes escolares escribir una carta a un amigo en la que recomienden la lectura de su escritor preferido. Nietzsche le recomienda a ese amigo imaginario la lectura de Hölderlin. Y sobre la novela le dice: «Tampoco conoces el *Hyperion*, que con el armonioso movimiento de su prosa, con la grandiosidad y la belleza de las figuras que aparecen en él, me produce una impresión semejante a la del oleaje de un mar encrespado. En realidad, esta prosa es música, dulces sonidos melodiosos, interrumpidos por disonancias dolorosas, que acaban en un suspiro de sombrías, inquietantes canciones sepulcrales (*düstren, unheimlichen Grabliedern*). Pero todo eso se refiere a la forma; quisiera añadir alguna palabra sobre la riqueza del pensamiento de Hölderlin, que tú pareces considerar confusión y oscuridad. Es cierto que tu reproche se puede aplicar a algunas poesías de la época de locura, y es cierto también que en algunos poemas anteriores se advierte la lucha entre la profundidad del sentido y la noche inminente de la demencia. Pero la mayoría de sus poemas son perlas puras, preciosas, de nuestro arte poético. Me limitaré a citarte 'Retorno a la patria', 'El río encadenado', 'Puesta de sol' o 'El cantor ciego' […]. En muchos poemas, Hölderlin echa en cara a los alemanes algunas verdades que suelen estar justificadas. También en el *Hyperion* lanza palabras afiladas y cortantes contra la 'barbarie' (*Barbarentum*) alemana. Sin embargo, ese odio a la realidad es compatible con el mayor amor a la patria, que Hölderlin sintió en el más alto grado. Pero él odiaba entre los alemanes al mero especialista, al filisteo […]».

Y a continuación viene el duro reproche de Nietzsche a Hölderlin. Hasta ahora ha ensalzado la forma —«el armonioso movimiento de su prosa, la grandiosidad y la belleza de las figuras»—, pero ahora critica el fondo: «En el *Hyperion*, aunque aparece bañado por una luminosidad transfiguradora (*von verklärendem Schimmer umflossen*), todo resulta insatisfactorio e incumplido (*unbefriedigt und unerfüllt*). Las figuras que el poeta hace surgir como por encanto son imágenes de aire que, despertando nostalgias, nos rodean con sus sonidos, nos hechizan, pero también despiertan en nosotros un anhelo insatisfecho». Y añade: «En ningún otro lugar se pone de manifiesto una nostalgia de Grecia en unos tonos tan puros como aquí; en ningún otro lugar aparece con más claridad la afinidad espiritual (*Seelenverwandtschaft*) de Hölderlin con Schiller y Hegel, el amigo en quien más confiaba».

A pesar de la crítica, el juicio de Nietzsche suponía una cierta rehabilitación de *Hyperion*. Pero el ejercicio escolar quedó, durante décadas, recluido entre los severos muros de la *Landesschule Pforta*: los escritos juveniles de Nietzsche no se publicaron hasta bien avanzado el siglo XX. Como ejercicio escolar fue rechazado: el profesor escribió

al margen, con tinta roja, «doy al autor el consejo amistoso de que se acerque a un poeta más sano, más claro, más alemán». Esta frase, que procedía de un historiador de la literatura tan relevante como August Koberstein, revela la opinión que se tenía sobre Hölderlin en la segunda mitad del siglo XIX.

Fue en los primeros años del siglo siguiente cuando se encontró la clave de la novela de Hölderlin. Hasta entonces la crítica se había quedado en la superficie, en el análisis estilístico, en el mayor o menor rigor con que el poeta reflejaba el escenario griego, en la influencia de las ideas prerrománticas en sus páginas… Dilthey escribió en *Vivencia y poesía* (*Das Erlebnis und die Dichtung*), de 1905, que el valor de la novela reside en «la exposición del sentido de la vida» (*die Darstellung der Lebensdeutung*), una exposición que nace de las más íntimas vivencias del autor. «En esa fuerza que nace de la vivencia está el verdadero significado de la obra» (*in der Macht, die nur das Erlebnis gibt, liegt die eigene Bedeutung des Werkes*).

Al poco tiempo llega la definitiva rehabilitación de Hölderlin y su novela, por obra de Norbert von Hellingrath, que adquiere amplio eco a través del *Panegírico de Hölderlin* (*Lobrede auf Hölderlin*) de Stefan George, en que se exalta a la vez la obra poética de Hölderlin y la obra investigadora de Hellingrath. La genialidad de *Hyperion*, escribe Norbert von Hellingrath, reside en la estructura de la novela y en cómo a través de esa estructura logra exponer el autor algo tan inaprensible y tan ajeno a la mera cronología como es la evolución de la vida. Y añade: «Hölderlin llega, en *Hyperion*, a su mayor altura y a la más fructífera floración […]. No hay un solo tema de su poesía anterior que no culmine en *Hyperion*, y no hay un solo tema de sus poemas posteriores que no esté ya prefigurado en la novela».

XXIV

EMPÉDOCLES NO LLEGA A MORIR

Es posible que Hölderlin no confiara, en el fondo, en esa fuerza educadora de la poesía de la que habla en las últimas páginas de *Hyperion*. El motivo de la desconfianza podía encontrarlo fácilmente en sí mismo: sus himnos a la libertad y a la audacia, y sus arengas al pueblo alemán —«Canto del alemán» (*Gesang des Deutschen*), «A los alemanes» (*An die Deutschen*), «La muerte por la patria» (*Der Tod fürs Vaterland*)…— ¿de qué habían servido?

Ese es probablemente el motivo por el que, al tiempo que escribía las últimas cartas de *Hyperion*, Hölderlin empezaba una nueva obra: *Empédocles*. En el mismo cuaderno, a medio usar por su pupilo Henry Gontard con el dibujo de unas figuras geométricas, el poeta escribe el final de *Hyperion* y el plan, en cinco actos, de la tragedia *Empédocles*. Pero el enlace entre una y otra obra es todavía más llamativo. Los dos personajes aparecen nombrados a la vez en una de las últimas páginas de la novela: Hiperión sube al Etna, y «allí recordé al gran siciliano que en otro tiempo, harto de contar las horas (*des Stundenzählens satt*), a pesar de su valiente ilusión por vivir, se arrojó a las majestuosas llamas».

Tanto Hiperión como Empédocles son poetas, los dos están preocupados por el destino de su patria, pero la conducta de uno y otro es diametralmente opuesta: Hiperión emprende la tarea de educar a su pueblo y Empédocles se suicida por su pueblo.

Pero ¿qué significa el suicidio por la patria? En el fondo, nada. Y ésa es la razón por la que Hölderlin no pudo terminar su tragedia, a pesar de hacer tres intentos y de buscar, en cada uno de ellos, motivos diferentes que llevaran al poeta a arrojarse al Etna. Ninguno de los tres intentos llega hasta el final, la obra queda las tres veces inacabada, y Empédocles no llega a morir. La época en que *La muerte de Empédocles* es más alabada y representada es la del nacionalsocialismo: la propaganda

nazi encuentra en la obra de Hölderlin una invitación a inmolarse por la patria. Pero, en realidad, no tenía nada que ver luchar en las trincheras de la Segunda Guerra Mundial con arrojarse al cráter de un volcán.

Que Empédocles estaba «harto de contar las horas» es el motivo que da Hiperión para justificar el suicidio del poeta siciliano. No cabe motivo más absurdo. Aunque esas «horas» fuesen las que faltaban para que cayera el yugo de los tiranuelos —Hölderlin escribe la tragedia cuando el pueblo alemán tenía más esperanzas en que las Guerras de Coalición extendieran por los minúsculos Estados alemanes los principios políticos de la Revolución francesa—, el aburrimiento o el desánimo en la espera no resultaba motivo suficiente para el suicidio, y en todo caso ese suicidio no aportaba nada a la liberación de Alemania.

La primera versión de *La muerte de Empédocles*, escrita en el otoño de 1798, cuando Hölderlin acababa de instalarse en Homburg para no alejarse de Susette, es la más larga: tiene cerca de 1900 versos. Empédocles anuncia la razón que le impulsa a morir: prefiere la muerte a una vida indigna.

> Dejad morir a esos bienaventurados, dejad
> que antes de sucumbir a la arbitrariedad,
> el capricho y el ultraje, se inmolen libremente
> a los dioses con amor. Mi caso es ése.
> Muy bien conozco mi destino, y largamente
> en días de juventud me lo he profetizado.
> ¡Respetadme! Y si mañana
> no me encontráis, decid: no debía
> envejecer, contar los días, vivir sujeto
> a enfermedad y afanes. Sin ser visto
> se fue. No le enterraron las manos de los hombres.
> No hay ojos que vieran sus cenizas.
> No había otra cosa que fuera propia de él,
> ante quien el día feliz y la hora sagrada de la muerte
> lo divino se despojó de su velo.
>
> *Laßt diese Glücklichen doch sterben, laßt*
> *Eh sie in Eigenmacht und Tand und Schmach*
> *Vergehn, die Freien sich bei guter Zeit*
> *Den Göttern liebend opfern. Mein ist dies.*
> *Und wohlbewußt ist mir mein Los und längst*
> *Am jugendlichen Tage hab ich mirs*
> *Geweissagt; ehret mirs! und wenn ihr morgen*
> *Mich nimmer findet, sprecht: veralten sollt*
> *Er nicht und Tage zählen, dienen nicht*

Der Sorg und Krankheit, ungesehen ging
Er weg und keines Menschen Hand begrub ihn,
Und keines Auge weiß von seiner Asche,
Denn anders ziemt es nicht für ihn, vor dem
In todesfroher Stund am heilgen Tage
Das Göttliche den Schleier abgeworfen.

Pero Hölderlin no podía quedar satisfecho. El remedio contra la tiranía no podía ser el suicidio. La segunda versión de *La muerte de Empédocles* es del año siguiente —probablemente del verano de 1799, porque la escribió con la idea de publicarla en *Iduna*—. Es mucho más breve que la anterior: tiene 717 versos. La razón del suicidio es ahora más oscura. Empédocles se ha envanecido, se cree un dios. El envanecimiento le lleva al odio a sí mismo y al suicidio.

Lo sé todo, y todo puedo dominarlo.
Como obra de mis manos, conozco
por completo todo lo que existe
y lo gobierno —señor de los espíritus—.
Mío es el mundo, sujetas y sumisas
están a mí las fuerzas todas. Y criada mía
se ha hecho la naturaleza, que un señor reclama.
Y si tiene aún honor, de mí le viene.
¿Qué sería del cielo y de los mares,
los astros y las islas, y todo cuanto está
visible por el hombre, qué sería
de esta música muerta, si no fuese yo quien diera
el tono, la voz y el alma a todos ellos?
¿Qué serían los dioses y su espíritu
si no estuviese yo para anunciarlos? Dime, ¿quién soy yo?

Alles weiß ich, alles kann ich meistern.
Wie meiner Hände Werk, erkenn ich es
Durchaus, und lenke, wie ich will
Ein Herr der Geister, das Lebendige.
Mein ist die Welt, und untertan und dienstbar
Sind alle Kräfte mir, zur Magd ist mir
Die herrnbedürftige Natur geworden.
Und hat sie Ehre noch, so ists von mir.
Was wäre denn der Himmel und das Meer
Und Inseln und Gestirn, und was vor Augen
Den Menschen alles liegt, was wär es,
Dies tote Saitenspiel, gäb ich ihm Ton

Und Sprach und Seele nicht? was sind
Die Götter und ihr Geist, wenn ich sie nicht
Verkündige? nun! sage, wer bin ich?

Pero esta segunda razón del suicidio es aún más inconsistente que la anterior. El propio Hölderlin se lo reprocha a Empédocles por boca de Pausanias: «Te odias [...] Quieres ser distinto del que eres [...] Te inmolas a lo desconocido».

De manera que Hölderlin hace un tercer intento. La tercera versión es de los meses finales de 1799 y primeros de 1800. Los versos no llegan a 500, aunque hay unos últimos renglones incompletos con los que quizá se alcance esa cifra. Si el tono político aparecía ya muy rebajado en la segunda versión, en la tercera desaparece por completo. Las circunstancias lo explican muy bien: Hölderlin ha perdido toda esperanza en que los ideales de la Revolución Francesa transformen los Estados alemanes. Las tropas republicanas invasoras no facilitaron la sublevación interna, sino todo lo contrario: un bando del general Jean-Baptiste Jourdan, de marzo de 1799, hizo saber a los alemanes que todo movimiento revolucionario sería inmediatamente sofocado.

La tercera versión de *La muerte de Empédocles* adopta un extraño tinte teológico. Empédocles empieza a intercalar en sus monólogos frases que tienen resonancias evangélicas: «el pueblo que era el mío se revolvió contra mí», «cubrieron de injurias mi rostro», «todo se cumplió con escarnio», «me das tu sangre para siempre», «lo que ha de ocurrir ya se ha cumplido», «veo resucitar los muertos», «el dios al que conozco y al que sirvo gustoso»... Las razones del suicidio de Empédocles —menos explícitas en esta versión que en las anteriores— parecen ser propiciatorias: el poeta debe morir para reconciliar a los hombres con la divinidad. Pero si el poeta, para Hölderlin, es el mediador entre Dios y el hombre, el que da forma de canción al mensaje del cielo, ¿qué sentido tiene el suicidio, que acaba con su voz y con su función mediadora? Está claro que ninguno. Hölderlin no ha logrado encontrar una razón que explique el suicidio de Empédocles, y la obra queda definitivamente sin terminar.

No sólo por ser una obra inacabada, sino, sobre todo, por ser una obra sin articulación dramática —a pesar de que la estructura sí lo es, porque Hölderlin la divide en actos y escenas—, *La muerte de Empédocles* no puede llevarse al escenario. No tiene acción, apenas tiene diálogos —salvo la tercera versión—, y toda ella se basa en los monólogos de Empédocles. La obra que Wilhelm von Scholz llevó al *Königliche Hoftheater* de Stuttgart en 1916 con el título *Tod des Empedokles* era una refundición de las tres versiones. Tuvo éxito, y se representó en una docena de ciudades. Pero cuando la refundición de Scholz llegó a la

apoteosis fue en los años del nacionalsocialismo, en que los programas de mano anunciaban la obra como «la profesión de fe en la patria». En tiempos más recientes se han hecho arreglos diversos de unas y otras versiones, pero últimamente vienen prevaleciendo las simples lecturas de algunos episodios sobre la representación íntegra o fragmentaria de la obra.

XXV

EL CAMBIO DE SIGLO: TERCERA ETAPA DE PLENITUD

El poeta Christoph Schwab, que vio a Hölderlin cuando volvía a refugiarse, una vez más —y otra vez derrotado—, a la casa familiar de Nürtingen, escribió: «Era como una sombra. El sufrimiento y las luchas interiores habían hecho mella en su cuerpo, en otro tiempo robusto. Pero más llamativa era la irritabilidad de su estado de ánimo: la palabra más insospechada e inocente, que no tenía nada que ver con él, podía producirle indignación, y entonces dejaba plantada a la persona con la que estaba hablando».

Sin embargo, de esos mismos días del viaje de vuelta —junio de 1800— es uno de los más bellos poemas de Hölderlin, en que la ilusión, la nostalgia y la resignación aparecen dulcemente entrelazadas. Vida y obra quedan algunas veces así, misteriosamente bifurcadas, cuando se trata de grandes poetas. El poema se titula «Regreso a la patria» (*Rückkehr in die Heimat*):

> Oh suaves brisas, mensajeras de Italia.
> Oh tú, corriente amada que los álamos siguen,
> oh suaves montañas, oh cumbres soleadas.
> ¿Sois las mismas que en otro tiempo vi?
>
> Oh lugar apacible. En mis sueños asomaste a lo lejos
> después de largos días vacíos de esperanza.
> Y tú, casa mía, y vosotros, compañeros de juegos,
> colinas y árboles que tan bien conocía.
>
> Oh, cuánto tiempo ha pasado, cuánto tiempo.
> Huyó la paz de la niñez, huyeron juventud, amor y dicha,
> pero tú, patria mía, tú, sagrada
> y compasiva, tú has quedado.

Te has quedado para que los tuyos
contigo sufran y se alegren contigo,
y en sueños les avises cuando, lejos de ti,
sin serte fieles, anden vagando.

Y cuando en el pecho juvenil y ardiente
se aplacan las ansias vanas delante del destino,
el hombre, ya purificado,
vuelve entonces a ti, y a ti se entrega.

Adiós, jornadas juveniles, caminos
bordeados de rosas y de amores, caminos
de todos los viajes. Adiós. Y tú, oh cielo de mi patria,
acoge y bendice, una vez más, mi vida.

Ihr milden Lüfte! Boten Italiens!
Und du mit deinen Pappeln, geliebter Strom!
Ihr wogenden Gebirg! o all ihr
Sonnigen Gipfel, so seid ihrs wieder?

Du stiller Ort! in Träumen erschienst du fern
Nach hoffnungslosem Tage dem Sehnenden,
Und du mein Haus, und ihr Gespielen,
Bäume des Hügels, ihr wohlbekannten!

Wie lang ists, o wie lange! des Kindes Ruh
Ist hin, und hin ist Jugend und Lieb und Lust;
Doch du, mein Vaterland! du heilig –
Duldendes! siehe, du bist geblieben.

Und darum, daß sie dulden mit dir, mit dir
Sich freun, erziehst du, teures! die Deinen auch
Und mahnst in Träumen, wenn sie ferne
Schweifen und irren, die Ungetreuen.

Und wenn im heißen Busen dem Jünglinge
Die eigenmächtgen Wünsche besänftiget
Und stille vor dem Schicksal sind, dann
Gibt der Geläuterte dir sich lieber.

Lebt wohl dann, Jugendtage, du Rosenpfad
Der Lieb, und all ihr Pfade des Wanderers,
Lebt wohl! und nimm und segne du mein
Leben, o Himmel der Heimat, wieder!

En la casa familiar de Nürtingen estuvo sólo diez días, del 10 al 20 de junio de 1800. No fue allí donde decidió trasladarse a Stuttgart; ya lo había decidido en Homburg a mediados de enero de ese mismo año, cuando vino a visitarle un comerciante de Stuttgart, llamado Christian Landauer, apasionado por la literatura y el arte, que le llevaba un mensaje del editor Steinkopf: «Estamos deseando que se venga con nosotros».

¿A qué «nosotros» se refería el editor en ese mensaje enviado a través de Landauer? A los más activos revolucionarios de Suabia, los que soñaban con instaurar la primera república democrática en mitad de los pequeños Estados absolutistas. Hölderlin, tan vapuleado en todas las empresas que acometió fuera de Württemberg, era, sin embargo, profeta en su patria: allí pensaban todos —y sin duda lo pensó también Hölderlin— que él estaba llamado a ser el poeta de la nueva república que lograrían instaurar.

La familia Landauer vivía en la esquina de la *Königstraße* y la *Gymnasiumstraße*: una casa elegante de cinco plantas —las dos últimas abuhardilladas— en el centro más concurrido de Stuttgart. Allí, a una de las buhardillas, se fue a vivir Hölderlin, con el encargo de educar al único hijo de la familia, el pequeño Gustav. Pero el encargo era sólo aparente: se trataba, una vez más, de eludir la vigilancia del Consistorio y escapar del temido destino de vicario. Landauer —próspero comerciante de telas y mecenas de vocación— sólo quería que Hölderlin se dedicara a escribir.

Los seis últimos meses de 1800 —el tiempo de su estancia en Stuttgart— constituyen la segunda etapa de plenitud del poeta, y quizá la más alta. Fueron para él ese «momento único, clave de todas las biografías» de que habla el propio Hölderlin en una carta que no se refería a él mismo. Ha llegado a la madurez poética. La obra de esos seis meses es ingente: las grandes odas, elegías e himnos son de esa etapa.

Contribuyó decisivamente a la fecundidad de estos meses la ausencia de obligaciones. «Vivo en paz —le escribe a su madre—. Hasta ahora no había podido dedicarme a mi negocio más propio con una tranquilidad como la que tengo». «Mi negocio más propio» (*mein eigenstes Geschäft*) es, evidentemente, la tarea poética. Para escribir con comodidad se ha comprado un escritorio de buena madera de haya, que le permiten pagar a plazos. Porque el reverso de esa libertad que disfruta es la pobreza: a su madre tiene que pedirle «algunos carolines, que aceptaría con sincero agradecimiento». No tiene ni ahorros ni ingresos. Del editor Cotta no recibe nada por las ventas de su *Hyperion*, porque ha vendido la obra a tanto alzado: 100 tristes guldas —con un descuento inicial de 11 por el envío de los ejemplares gratuitos y de 8 por el envío de las obras de Plutarco—, de las que ha recibido en definitiva 81.

El ambiente de la casa no puede ser más favorecedor. Cuando Hölderlin deja de escribir baja a charlar con Landauer. En las paredes cuelgan buenos cuadros. Todas las tardes hay música. De cuando en cuando los salones se abren a los literatos y pintores que viven en la ciudad.

Los tres primeros poemas de esta etapa son tres largas elegías: «La salida al campo» (*Der Gang aufs Land*), «Stuttgart» y «Pan y vino» (*Brot und Wein*). El primer poema, dedicado a su anfitrión, quedó inacabado. Empieza con una exclamación que se ha hecho famosa por el sentido político que encubre —un sentido que recorre todo el poema, que en apariencia es sólo la descripción de un paisaje—:

> ¡Ven, amigo, hacia lo abierto! Es verdad que hoy la luz
> es escasa y que el cielo se cierra ante nosotros.
> Ni montes ni cimas de los bosques han surgido aún
> a nuestro gusto, y el aire descansa huérfano de cánticos.
> Está el día sombrío y duermen aún las calles y senderos.
> Parece que vivimos en una edad de plomo.
> Pero habrá de cumplirse nuestro anhelo. Los que tienen fe
> no dudan por una sola hora. Y ese día será consagrado a la
> [alegría.
> […]
>
> *Komm! ins Offene, Freund! zwar glänzt ein Weniges heute*
> *Nur herunter und eng schließet der Himmel uns ein.*
> *Weder die Berge sind noch aufgegangen des Waldes*
> *Gipfel nach Wunsch und leer ruht von Gesange die Luft.*
> *Trüb ists heut, es schlummern die Gäng und die Gassen und fast*
> *[will*
> *Mir es scheinen, es sei, als in der bleiernen Zeit.*
> *Dennoch gelinget der Wunsch, Rechtglaubige zweifeln an Einer*
> *Stunde nicht und der Lust bleibe geweihet der Tag.*
> *[…]*

«Stuttgart», el poema que exalta la capital de la soñada República de Suabia, es más descriptivo que el anterior. Sólo en la última estrofa aparecen los «ángeles de la patria», a los que el poeta invoca y pide ayuda. La «carga feliz» a que hace referencia esa estrofa es la liberación de la tiranía.

> Oh ángeles de la patria, ante vosotros bajan
> los más intrépidos la mirada y dobla su rodilla
> el hombre solo, que busca a sus amigos y les pide
> llevar con él el peso de la carga feliz.

Engel des Vaterlands! o ihr, vor denen das Auge,
Seis auch stark, und das Knie bricht dem vereinzelten Mann,
Daß er halten sich muß an die Freund und bitten die Teuern,
Daß sie tragen mit ihm all die beglückende Last […]

«Pan y vino» (*Brot und Wein*) es el poema más extenso de Hölderlin después de «El archipiélago» (*Der Archipielagus*), y fue escrito en las mismas fechas. Se ha dicho que «Pan y vino» es una síntesis de la obra entera de Hölderlin, y que se trata de un poema en que el autor expone su visión del mundo (*ein weltanschauliches Lehrgedicht*). Desde luego, el poema nada pudo mostrar a sus contemporáneos, porque permaneció inédito durante muchas décadas. Sólo una estrofa —la primera— se publicó en vida de Hölderlin, pero en un tiempo —era el año 1807— en que el poeta tenía ya la razón gravemente mermada: eso explica que apareciese una versión que no era la que su autor consideraba definitiva. Pero esa única estrofa suscitó el entusiasmo de sus contemporáneos. Clemens Brentano escribió: «Es uno de los pocos poemas en que he percibido con absoluta claridad la esencia de una obra de arte».

Reposa la ciudad en torno nuestro. Se hace el silencio en la calle
[encendida,
y el ruido de los coches, adornados de antorchas, se va alejando
[y muere.
Satisfechos de los goces del día, regresan los hombres al hogar,
[al descanso.
La cabeza sopesa las ganancias y pérdidas, tranquila, en la casa.
Ya está vacío el mercado de uvas y de flores,
y descansan las manos que hicieron los negocios.
Una música suena, lejana, en los jardines.
Quizá la toca un hombre enamorado, o solo,
que recuerda a quienes fueron amigos de otro tiempo.
Y las fuentes fluyen, rumorosas y frescas, entre los arriates.
Una campana tañe en el aire callado del crepúsculo.
El guardián de las horas grita el número.
Ahora llega una brisa que mueve las copas de los árboles.
Mira: la luna, imagen sombría de la tierra,
avanza misteriosa. La noche fervorosa
llega llena de estrellas, sin preocuparse apenas de nosotros.
Asombrosa y extraña entre los hombres brilla,
se extiende por las cumbres, solemne y melancólica.

Rings um ruhet die Stadt; still wird die erleuchtete Gasse,
Und, mit Fackeln geschmückt, rauschen die Wagen hinweg.

Satt gehn heim von Freuden des Tags zu ruhen die Menschen,
Und Gewinn und Verlust wäget ein sinniges Haupt
Wohlzufrieden zu Haus; leer steht von Trauben und Blumen,
Und von Werken der Hand ruht der geschäftige Markt.
Aber das Saitenspiel tönt fern aus Gärten; vielleicht, daß
Dort ein Liebendes spielt oder ein einsamer Mann
Ferner Freunde gedenkt und der Jugendzeit; und die Brunnen
Immerquillend und frisch rauschen an duftendem Beet.
Still in dämmriger Luft ertönen geläutete Glocken,
Und der Stunden gedenk rufet ein Wächter die Zahl.
Jetzt auch kommet ein Wehn und regt die Gipfel des Hains auf,
Sieh! und das Schattenbild unserer Erde, der Mond,
Kommet geheim nun auch; die Schwärmerische, die Nacht
[kommt,
Voll mit Sternen und wohl wenig bekümmert um uns,
Glänzt die Erstaunende dort, die Fremdlingin unter den
[Menschen,
Über Gebirgeshöhn traurig und prächtig herauf.

La noche que da reposo a los hombres, al final de esa primera estrofa, se convierte en el centro de la segunda. El hombre prefiere «el día soleado» (*der besonnene Tag*), pero la oscuridad de la noche es la que sugiere los pensamientos más hondos al filósofo. La noche es, en definitiva, el origen de la filosofía.

Un hombre fiel contempla la hondura de la noche.
Sí, es justo consagrarle coronas y cánticos.

Es blickt auch gern ein treuer Mann in die Nacht hin,
Ja, es ziemet sich, ihr Kränze zu weihn und Gesang,

En la tercera estrofa, el poeta anima a su amigo Heinse —que es el destinatario del poema— a no poner trabas al pensamiento, a no temer la libertad. Vuelve a aparecer «lo abierto» (*das Offene*), ya presente en «El paseo por el campo».

Ven, dispongámonos juntos a contemplar lo abierto,
Busquemos lo que es nuestro, por lejano que esté.

So komm! daß wir das Offene schauen,
daß ein Eigenes wir suchen, so weit es auch ist.

En el final de la tercera estrofa y a lo largo de la cuarta, el poeta identifica «lo abierto» con la Grecia clásica, cuna de la libertad y de la cultura,

> Por tanto, ven al Istmo. Ven allá, donde la mar abierta
> resuena a orillas del Parnaso, donde la nieve envuelve el roquedal
> [de Delfos.
>
> *Drum an den Isthmos komm! dorthin, wo das offene Meer*
> *[rauscht*
> *Am Parnaß und der Schnee delphische Felsen umglänzt,*

Los dioses estaban presentes en la vida diaria de aquellos hombres de la Grecia antigua. Hölderlin se aproxima, en esta segunda mitad del poema, al mito de las dos edades de oro, que los primeros románticos —y Novalis antes que ninguno— tenían tan presente. La época griega es la primera edad de oro: la de la presencia de los dioses.

> Es grande su magnanimidad: llenan el corazón del hombre
> de alegrías. Pero no sabe apenas usar ese tesoro.
>
> *Aber der Mut von ihnen ist groß, es füllen das Herz ihm*
> *Ihre Freuden und kaum weiß er zu brauchen das Gut,*

Y el poeta reitera, unos versos más abajo, la dificultad del hombre para captar la presencia —tan inmediata— de los dioses. Resuenan aquí los primeros versos de «Patmos» («Está cerca / y es difícil captar al dios»; *Nah ist / Und schwer zu fassen der Gott*).

> Así es el hombre. Cuando está el bien a su alcance, e incluso se
> [preocupa
> un dios por él y le otorga sus dones, ni lo ve ni lo entiende.
>
> *So ist der Mensch; wenn da ist das Gut, und es sorget mit Gaben*
> *Selber ein Gott für ihn, kennet und sieht er es nicht.*

En la sexta estrofa irrumpe el hombre de hoy, que se hace la más angustiosa pregunta existencial:

> ¿Pero dónde estamos?
>
> *Aber wo sind wir?*

La lejanía de Dios ha inundado de silencio el mundo. Después de varias preguntas suscitadas por el silencio que invade también el escenario de aquella Grecia clásica, el poeta invoca la figura de Cristo —«que tomó la forma humana»—, aunque lo hace con la suficiente ambigüedad para que esa invocación se pueda entender referida también a Dionisos, el dios griego del vino y del delirio místico o báquico, que convivió con los hombres:

> ¿Dónde florecen hoy aquellas famosas coronas de las flores?
> Igual que Atenas, Tebas se marchita. ¿No resuenan las armas
> en Olimpia, ni los dorados carros de los Juegos?
> ¿No llevan ya guirnaldas las naves de Corinto?
> ¿Por qué callan también los antiguos y solemnes teatros?
> ¿Por qué no hay alegría en las danzas sagradas?
> ¿Por qué el dios no señala la frente de los hombres,
> como hizo en otro tiempo, no marca al elegido?
> O acaso vino él mismo, tomó la forma humana, y completó
> y cerró, para darnos consuelo, la fiesta celestial.
>
> *Wo blühn die Bekannten, die Kronen des Festes?*
> *Thebe welkt und Athen; rauschen die Waffen nicht mehr*
> *In Olympia, nicht die goldnen Wagen des Kampfspiels,*
> *Und bekränzen sich denn nimmer die Schiffe Korinths?*
> *Warum schweigen auch sie, die alten heilgen Theater?*
> *Warum freuet sich denn nicht der geweihete Tanz?*
> *Warum zeichnet, wie sonst, die Stirne des Mannes ein Gott nicht,*
> *Drückt den Stempel, wie sonst, nicht dem Getroffenen auf?*
> *Oder er kam auch selbst und nahm des Menschen Gestalt an*
> *Und vollendet' und schloß tröstend das himmlische Fest.*

La séptima estrofa —quizá la más hermosa del poema— no trata ya del silencio, sino de la lejanía misma de Dios. Es dolorosa la lejanía de Dios como es difícil su presencia. El hombre es «una vasija frágil», que apenas puede contener «la plenitud divina un breve instante». Rilke expresará algo parecido un siglo más tarde («Suponiendo que un ángel me estrechara / súbitamente contra su corazón: mi ser se extinguiría con su intensa presencia»; *Es nähme / einer mich plötzlich ans Herz: ich verginge von seinem stärkeren Dasein*).

Y en este tiempo doloroso de lejanía de Dios, ¿qué hace el poeta? «¿Para qué los poetas en tiempos tan mezquinos?», es la pregunta de Hölderlin tantas veces repetida. Pregunta que no queda sin respuesta, porque, al tratarse de un poema dialogado con su destinatario —Wilhelm Heinse—, es éste quien responde.

Pero amigo, llegamos demasiado tarde. Es cierto que los dioses
[viven,
pero arriba, sobre nuestras cabezas, en un mundo distinto.
Allí actúan sin fin, pero parecen preocuparse poco
de si vivimos, así de poco se ocupan de nosotros los celestes.
Pues no siempre una débil vasija logra contenerlos,
sólo un tiempo soporta el hombre la plenitud divina.
Soñar con ellos es después la vida. Pero el error
ayuda, como el sueño, como la noche y la necesidad,
hasta que hayan crecido héroes suficientes en las cunas de
[bronce,
y tenga el corazón la misma fuerza que tuvieron los dioses.
Será entonces cuando vengan tronando. Y mientras creo
que es mejor dormir que estar sin compañeros,
que esperar impaciente. Y qué hacer entre tanto, qué decir,
no sé. ¿Para qué poetas en tiempos tan mezquinos?
Pero son —me dices— como sacerdotes sagrados del dios del
[vino,
que van de tierra en tierra, vagando por la noche sagrada.

Aber Freund! wir kommen zu spät. Zwar leben die Götter,
Aber über dem Haupt droben in anderer Welt.
Endlos wirken sie da und scheinens wenig zu achten,
Ob wir leben, so sehr schonen die Himmlischen uns.
Denn nicht immer vermag ein schwaches Gefäß sie zu fassen,
Nur zu Zeiten erträgt göttliche Fülle der Mensch.
Traum von ihnen ist drauf das Leben. Aber das Irrsal
Hilft, wie Schlummer, und stark machet die Not und die Nacht,
Bis daß Helden genug in der ehernen Wiege gewachsen,
Herzen an Kraft, wie sonst, ähnlich den Himmlischen sind.
Donnernd kommen sie drauf. Indessen dünket mir öfters
Besser zu schlafen, wie so ohne Genossen zu sein,
So zu harren, und was zu tun indes und zu sagen,
Weiß ich nicht, und wozu Dichter in dürftiger Zeit.
Aber sie sind, sagst du, wie des Weingotts heilige Priester,
Welche von Lande zu Land zogen in heiliger Nacht.

En el final del poema vuelve la ausencia de dios —«El Padre apartó su rostro de los hombres» (*Der Vater gewandt sein Angesicht von den Menschen*)— y la soledad del hombre —«Somos como sombras de corazón vacío» (*wir sind herzlos, Schatten*)—, pero ese final se centra en lo que el propio título del poema expresa: los dones de Dios que han quedado entre nosotros.

El pan es fruto de la tierra, que la luz bendice,
y la alegría del vino llega del dios del trueno.
Por eso nos evocan a los Celestes, que en pasados tiempos
estuvieron aquí, y volverán en la hora precisa.

Brot ist der Erde Frucht, doch ists vom Lichte gesegnet,
Und vom donnernden Gott kommet die Freude des Weins.
Darum denken wir auch dabei der Himmlischen, die sonst
Da gewesen und die kehren in richtiger Zeit.

Hölderlin, cristiano y pagano a la vez, se expresa con la suficiente ambigüedad para que «Pan y vino» pueda leerse como una exaltación de la eucaristía o como una alabanza de los dones que Dioniso y Ceres hicieron a los hombres.

Elisabetha Juliana Haselmeyer (1710-1765) y *Jakob Friedrich Hölderlin* (1703-1762), miniaturas al óleo sobre marfil. Los abuelos paternos del poeta se establecieron en Lauffen en el año 1730, cuando Jakob Friedrich Hölderlin fue nombrado administrador del convento. A su muerte, le sucedió en el cargo su hijo, Heinrich Friedrich Hölderlin, ya nacido en Lauffen, padre del poeta.

Hölderlin, dibujo a lápiz, anónimo (1786). El poeta, a los dieciséis años, dibujado por un compañero de la escuela conventual de Maulbronn, revela en este dibujo una seriedad que deriva en parte de su propia personalidad y en parte de los disgustos y las enfermedades que le produjo el encierro entre los muros del convento.

Johanna Christiana Heyn (1748-1828), óleo anónimo (1767).

Heinrich Friedrich Hölderlin (1736-1772), óleo anónimo (1767).

Casa familiar de Hölderlin en Lauffen. A esta casa de la *Nordheimer Straße* se trasladó la madre, en el verano de 1772, al quedarse viuda, y de ella se fue en el otoño de 1772, al trasladarse a Nürtingen con motivo de su segundo matrimonio. Hölderlin vivió en ella de los dos a los cuatro años.

Placa en la casa familiar de Lauffen. Esta casa la compró el abuelo del poeta, *Jakob Friedrich Hölderlin*, en 1743, porque el duque de Württemberg, en sus visitas al convento, se alojaba en la casa del administrador, que se veía obligado a desalojarla, con toda su familia.

Entrada al convento y granja de Santa Regiswindis. Hoy da paso al *Hölderlin Museum im Klosterhof*, compuesto por el monumento a Hölderlin, erigido en 1923, y la iglesia conventual, dedicada a exponer la vida del poeta en paneles y fotografías.

Iglesia conventual de Lauffen. De los diversos edificios que formaban el *Klosterhof*, derribados en 1919 —y entre ellos la casa del administrador (*Amtshaus*)—, sólo se ha conservado la vieja iglesia del convento, dedicada hoy a la memoria del poeta.

La *Regiswindiskirche*, parroquia de Lauffen. Erigida en el año 1227 y reconstruida, tras un incendio, en el siglo XVI. En esta iglesia fue bautizado Friedrich Hölderlin el 21 de marzo de 1770.

Hölderlin, bajorrelieve en bronce de Wilhelm Pelargus (1873). Durante casi sesenta años estuvo este bajorrelieve en la fachada de la casa del administrador del convento. Cuando fue derribada la casa y construido el monumento a Hölderlin, el bajorrelieve fue trasladado a él.

Monumento a Hölderlin en Lauffen, erigido en 1923. Sobre una plancha de mármol rosa se han grabado unos versos del poema «El caminante» (*Der Wanderer*):

> ¡Tierra bendita! No hay colina en que no crezcan tus viñedos
> y en que al llegar otoño, no lluevan frutos sobre la densa hierba.
> Los ardientes montes bañan, alegres, sus pies en la corriente,
> y coronas de ramas y de musgo refrescan sus cabezas al sol.
>
> *Seliges Land! kein Hügel in dir wächst ohne den Weinstock,*
> *Nieder ins schwellende Gras regnet im Herbste das Obst.*
> *Fröhlich baden im Strome den Fuß die glühenden Berge,*
> *Kränze von Zweigen und Moos kühlen ihr sonniges Haupt.*

Casa del administrador del Convento (*Klosteramtshaus*), acuarela de principios del siglo XX. Construida en 1668, tenía tres pisos y bodega, y en ella se alojaba el administrador con su familia y sus empleados. Sobre la fachada, el bajorrelieve que hoy está en el monumento a Hölderlin.

La parroquia de San Laurentius, construida entre 1506 y 1509. La iglesia está situada en el punto más alto de Nürtingen. En ella hizo Hölderlin su confirmación el día 18 de abril de 1784, a los catorce años. A la cúpula que corona la torre dedicó el poeta su poema en prosa «En amoroso azul» (*In lieblicher Bläue*), que empieza: «En amoroso azul florece su techo de metal […]».

Casa familiar de Hölderlin en Nürtingen. Se derribó la construcción originaria, y se alza hoy en su lugar una casa moderna, dedicada a colegio. Se ha conservado un bajorrelieve medieval que adornaba la fachada.

Placa en la casa familiar de Nürtingen. «El *Schweizerhof*, que estuvo en este lugar, fue de 1774 a 1795 la casa familiar de Friedrich Hölderlin, nacido en 1770 y muerto en 1843».

La escuela latina de Nürtingen. Situada a la sombra de la parroquia del pueblo, fue construida en 1481 y reconstruida parcialmente —tras un incendio— en 1750.

Placa en la escuela latina de Nürtingen. En ella se recuerda que aquí estudiaron Friedrich Hölderlin, de 1775 a 1784, y Friedrich Schelling, de 1783 a 1786. Coincidieron, pues, dos años. Hölderlin, con trece años, protegía al pequeño Schelling, de nueve, frente a las burlas y los malos tratos de sus compañeros.

La escuela conventual de Denkendorf. Dos años pasó Hölderlin, de niño, entre los severos muros de la *Klosterschule*. Aquí concibió «mil proyectos de poemas».

El monasterio de Maulbronn. Se trata de uno de los monasterios cistercienses medievales mejor conservados de Europa (en 1993 la UNESCO lo declaró Patrimonio de la Humanidad). Construido a lo largo de varios siglos, tiene elementos que van desde el románico primitivo hasta el gótico tardío. A mediados de siglo XVII el monasterio pasó a ser seminario protestante.

Muralla del monasterio de Maulbronn. La muralla que rodeaba el monasterio-seminario —con torres de vigilancia— contribuía a producir en los seminaristas —y muy especialmente en Hölderlin— una angustiosa sensación de encierro.

Construcciones en el recinto del monasterio. El recinto amurallado del monasterio comprende, además de la iglesia, diecisiete construcciones, hoy dedicadas casi todas ellas a fines turísticos.

La residencia de los seminaristas, vista desde el atrio. Desde el atrio —llamado *El Paraíso*— del monasterio se ve la severa construcción medieval en que residían los seminaristas.

La residencia de los seminaristas. Es, después de la iglesia conventual, la mayor construcción del recinto. Hoy está destinada a *Stadthalle*: sala municipal de exposiciones y actos culturales.

El Puente Nuevo de Heidelberg. Hölderlin llegó a Heidelberg el martes 3 de junio de 1788, a mediodía. «La situación de la ciudad es la más hermosa que uno podría imaginar» (*Die Lage ist so schön, als man sich je eine denken kann*), escribió el poeta. El *Puente Nuevo* acababa de inaugurarse y Hölderlin lo mencionó en su poema «Heidelberg».

Ventanas del Seminario de Tubinga. Una de esas ventanas correspondía a la habitación en que dormían Hölderlin, Hegel y Schelling. El cuarto ocupante de la habitación ha pasado más inadvertido: Karl Friedrich Wilhelm Breyer, que sería, años más tarde, un destacado catedrático de historia, muy influenciado por el idealismo de Fichte y Hegel.

Fachada trasera del Seminario de Tubinga.

Tejados del pueblo de Wurmling y, en lo alto, la Sankt-Remigius-Kapelle. Al fondo de los tejados destaca la modesta silueta de la *Sankt-Remigius-Kapelle* o *Wurmlinger Kapelle*, lugar de excursión frecuente de Hölderlin y sus compañeros seminaristas de Tubinga.

Silueta y versos de Hölderlin en el álbum de Hiller (1788). En el álbum de recuerdos de su amigo Christian Friedrich Hiller escribió Hölderlin cuatro versos:

Qué pronto se ha derramado
esta escasa gotita de tiempo.
Ya no se mezclarán nunca
con nuestras ilusiones las penas y dolores.

Wie bald ists ausgeronnen
Diß karge Tröpfchen Zeit
Dann mischt in unsre Wonnen
Sich nimmer Harm und Leid.

Wurmlinger Kapelle. El martes 16 de noviembre de 1790, los seminaristas Hölderlin y Hegel, de veinte años, fueron andando desde Tubinga hasta la capilla de Wurmlingen.

Patio interior del Seminario. A lo largo de cinco años —desde octubre de 1788 hasta diciembre de 1793—, Hölderlin cruzó este patio para subir a su habitación y a la capilla del Seminario.

Friedrich Hölderlin, bajorrelieve en la galería del Seminario.

Friedrich Wilhelm Schelling, bajorrelieve en la galería del Seminario.

La Altane *o galería del Seminario*. La galería de la primera planta es el lugar de paseo interior de los seminaristas, y da acceso a la capilla. En la galería se encuentran los bajorrelieves que recuerdan el paso por el *Stift* de tres de sus más distinguidos estudiantes: Hölderlin, Hegel y Schelling.

Georg Wilhelm Friedrich Hegel, bajorrelieve en la galería del Seminario.

Fuente del patio exterior del Seminario. Porque junto a ella Hölderlin discutía con sus amigos poetas y filósofos del Seminario, la llamaba la Fuente de Castalia, en recuerdo de la fuente situada en el monte Parnaso en torno a la cual se reunían las musas del canto y de la poesía.

Friedrich Schiller, escultura en bronce de Bertel Thorvaldsen (1839), Stuttgart. Para la inauguración de la estatua se compuso la *Cantate zur Feier der Enthüllung des Schiller'schen Denkmals*, con texto de Eduard Mörike y música de Joseph von Lindpaintner.

Hölderlin, retrato al pastel de Franz Karl Hiemer (1792). Hiemer fue compañero de Hölderlin en la escuela conventual de Maulbronn. Este retrato, en que el poeta tenía veintidós años, fue el regalo que le hizo a su hermana Heinrike con motivo de su boda con Breunlin. Quienes conocieron a Hölderlin dijeron que el cuadro no reflejaba la viveza del poeta. El cuadro es hoy propiedad del Museo Schiller de Marbach.

Casa de Fichte en Jena. No se sabe si fue en la de la derecha o en la de la izquierda, pero en una de las casas de los lados —derribadas por un bombardeo de la guerra y reedificadas después— vivió Hölderlin en los primeros meses de 1795.

Castillo de Wörlitz, construido entre 1769 y 1773. Después de una marcha a pie de varios días, desde el Seminario hasta Dessau, Hölderlin visitó el castillo en una luminosa mañana de la primavera de 1795. «Día maravilloso en los jardines de Luisium y Wörlitz», escribió.

Casa de Schiller en Jena. En la *Gartenhaus* de Schiller en Jena se produjo —en noviembre de 1794— el desdichado encuentro de Hölderlin con Goethe, que marcaría la relación futura entre ambos.

Wilhelm Heinse, óleo de Johann Friedrich Eich (s.f.). Heinse no supo apreciar plenamente la calidad poética de Hölderlin, e hizo juicios poco favorables de él, hasta dedicarle la extraña apelación de «osito sin lamer» (*ungelecktes Bärlein*). Al leer *Hyperion* apreció la energía vitalista (*vitalistische Lebensauffassung*) que se desprende de la obra.

Fridericianum, en Kassel. Este gran palacio se construyó a lo largo de una década —de 1769 a 1779— para ser destinado a albergar las colecciones de arte del conde de Hessen-Kassel. Se trata, no sólo de la primera construcción concebida en Europa como museo, sino del primer museo abierto al público en el continente.

Jardines de Bad Driburg. Por la tarde del día 11 de agosto de 1796 llegaron Hölderlin y Susette Gontard a Bad Driburg. «Un valle romántico, lleno de manantiales, rodeado por un anfiteatro de cumbres boscosas», escribió el poeta.

Casa de Hölderlin en la Dorotheenstraße, 34, de Homburg. El relojero Calame alquiló al poeta una habitación. Llamada entonces *Neugasse*, era la calle principal de Homburg. En ella —un poco más arriba y en la misma acera— vivía también Isaac von Sinclair, y la calle desembocaba en la entrada principal del jardín del palacio ducal.

Placa en la casa de Hölderlin, en Homburg. «Casa de Hölderlin. Reconstruida en 1986. Aquí vivió el poeta Friedrich Hölderlin de 1804 a 1805». En realidad vivió en esta casa sólo doce meses, porque los ataques de furia de Hölderlin tenían asustado al vecindario, y el casero pidió a su inquilino que se fuera a vivir a otro sitio.

Isaac von Sinclair, óleo anónimo (1808). *Herzensfreund* —amigo del corazón— se llamaban el uno al otro, Hölderlin y Sinclair. Pero la conducta del joven Sinclair, noble, elegante y exaltado, no era la que convenía a un Hölderlin que ya en los primeros años del siglo manifestó trastornos mentales que le llevarían a la pérdida de la razón.

Biblioteca del Castillo. No parece que el poeta, con la razón ya trastornada, pretendiera ejercer el cargo de Bibliotecario de Corte para el que había sido nombrado. Pero sí se sabe que acudía a la biblioteca —que tenía 16.000 volúmenes— a pasar las páginas de libros de viajes.

Castillo del duque de Hessen-Homburg. Construido entre 1680 y 1685, en torno a la alta torre medieval (*der Weiße Turm*), construida a mediados del siglo XIV. Del jardín del castillo escribió Hölderlin en el poema «A la princesa Auguste von Homburg»: «con griega suavidad brilla / el cielo invernal encima / de los poéticos jardines, siempre verdes».

Entrada del Castillo. Los dos grandes cedros de la entrada se plantaron en 1818, con motivo de la boda del príncipe heredero —el futuro conde Friedrich VI— con la princesa Elisabeth, hija del rey de Inglaterra.

Casa de Isaac von Sinclair en Homburg. Situada al comienzo de la *Dorotheenstraße* —entonces la calle principal de la ciudad— y contigua a los jardines del castillo. En el patio se ha colocado recientemente la escultura de Eduardo Chillida «El abrazo», del año 1996.

Placa en la casa de Sinclair. Bajorrelieve con el rostro del alto funcionario y poeta, y el recuerdo de que nació en esta casa el día 3 de octubre de 1775.

Monumento a Hölderlin en el Parque del Balneario (*Kurpark*). La memoria de Hölderlin se conserva en Bad Homburg en este monumento y en la convocatoria anual de un premio de literatura: el prestigioso *Friedrich-Hölderlin-Preis*, que se concede cada 7 de junio, fecha de la muerte del poeta.

Dedicatoria del monumento a Hölderlin. «En recuerdo de la estancia del poeta en Homburg, 1798-1800 y 1804-1806, erigido por la Asociación de Historia y Arqueología de Homburg el 28 de julio de 1882».

Hölderlin, bajorrelieve en mármol, por A. May (1882).

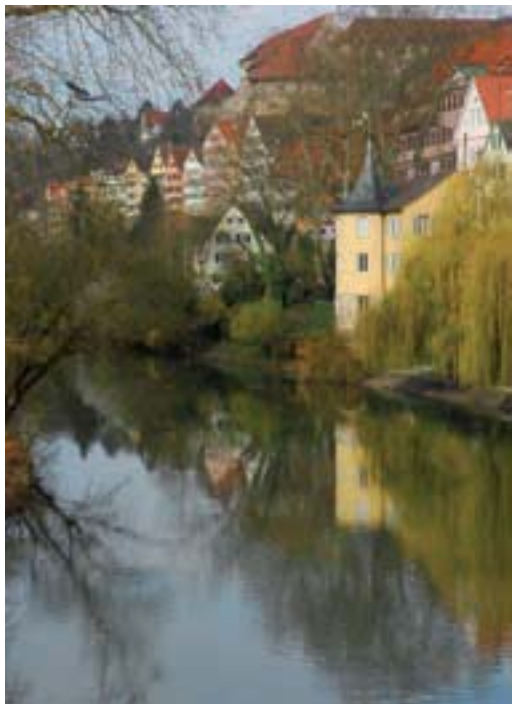
Versos del poema «La patria» (Die Heimat) *grabados en el monumento*. «Un hijo de la tierra soy: / para amar y sufrir he sido hecho».

Frases de la novela Hyperion *grabadas en el monumento*. «La belleza huye de la vida de los hombres hacia lo alto, hacia el espíritu; se transforma en ideal lo que era naturaleza».

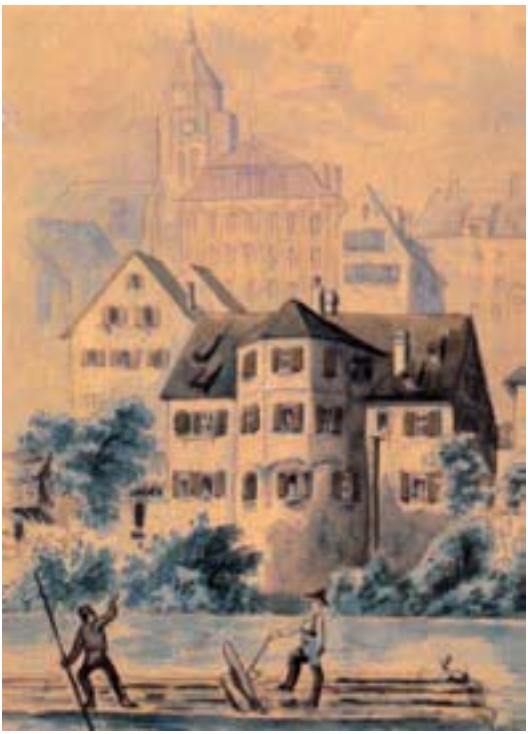
Ratisbona. Puente romano sobre el Danubio. Hölderlin asistió en Ratisbona, durante el otoño de 1802, a algunas sesiones de la Dieta Imperial (*Reichstag*).

Johann Heinrich Ferdinand von Autenrieth, bajorrelieve en bronce de su lápida sepulcral. Los restos del doctor Autenrieth —que tan poca perspicacia profesional tuvo en el caso de Hölderlin— reposan muy próximos a los del poeta en el cementerio viejo (*Alter Friedhof*) de Tubinga.

Fachada de casas de la orilla izquierda del Neckar, desde el Eberhardsbrücke.



La Torre de Hölderlin (Hölderlinturm) *desde el extremo de la isla del Neckar* (Neckarinsel).

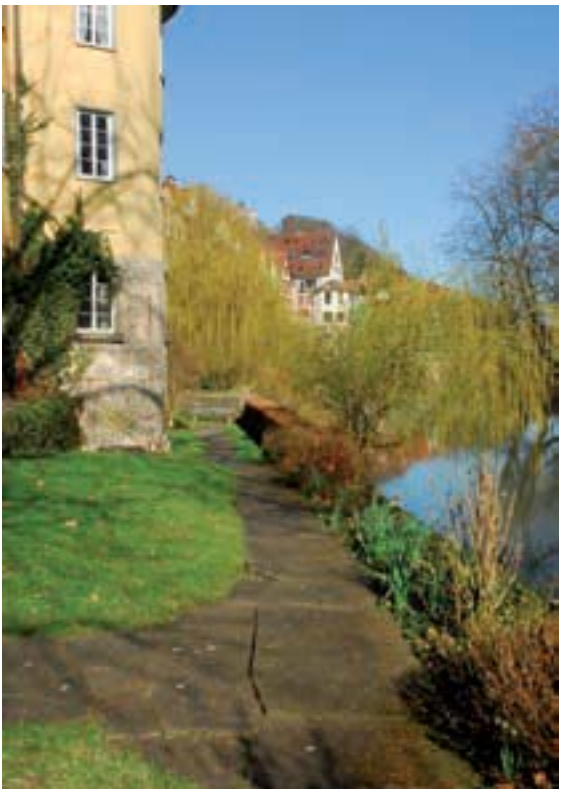


Casa de la familia Zimmer en el Neckar, acuarela anónima (primera mitad del siglo XIX). El «poeta loco» era un personaje conocido en una ciudad que entonces tenía apenas siete mil habitantes; aquí aparece retratado en la ventana y saludado por uno de los pasajeros de la balsa.

Hölderlin, busto en bronce, al pie de la torre.

La Torre de Hölderlin. En el lugar que hoy ocupa el edificio trasero de color rosa estaba situada la clínica del doctor Autenrieth, en la que estuvo encerrado Hölderlin durante varios meses.

Planta baja de la Torre de Hölderlin. «Entonces Hölderlin, que andaba casi siempre un poco inclinado hacia delante, se irguió, se colocó delante del atril de pie, cogió un gran pliego de papel y una vistosa pluma de ganso y se preparó para escribir…» (Johann Georg Fischer).



Paseo a la orilla del río. Esta estrecha franja de tierra que estaba entre la vivienda del ebanista Zimmer y la orilla del Neckar, la recorrió Hölderlin miles de veces a lo largo de las tres décadas en que vivió en la casa.

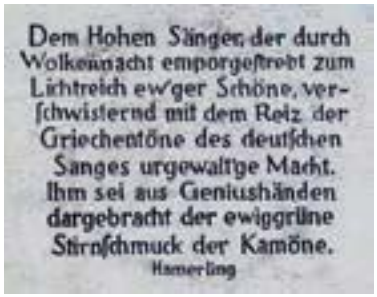
Ventana de la habitación de Hölderlin. Vista exterior e interior.

Muro a lo largo del río, y al fondo, la casa en que vivió Hölderlin. Este muro bajo que existe hoy era, en tiempos de Hölderlin, un muro alto, y a lo largo de él se desplegaba el *Zwinger*, el camino de ronda, que por esta parte del río —en que las fachadas llegan casi hasta la orilla— no debía de ser más ancho de como es hoy.

Ludwig Uhland, escultura en bronce por Wilhelm Pelargus y Gustav Adolph Kietz (1872). El primer recopilador —con Gustav Schwab— de la obra de Hölderlin, tiene dedicado este monumento junto a la torre en que vivió el poeta, que puede verse al fondo de la imagen, al otro lado del río.

Monumento a Hölderlin (detalle).

Monumento a Hölderlin, escultura en mármol de E. Andresen (1872). Situada en el *Alter Botanischer Garten*, de Tubinga, la figura del poeta ha sufrido, por un acto de vandalismo urbano —o quizá de sutil sensibilidad estética—, la pérdida del brazo derecho, lo que la asemeja a las esculturas de la Grecia clásica.



Dedicatoria del monumento, por Robert Hamerling. «Al alto Cantor, que desde la noche nubosa se alzó a la eterna belleza del reino de la luz, hermanando el hechizo de los tonos griegos con la poderosa fuerza del canto alemán. Que las manos de los espíritus pongan en su frente el adorno inmarchitable de la Musa».

Tumba de Hölderlin en el Alter Friedhof *de Tubinga*. A la sombra de un fresno reposan los restos del poeta. Un paseo por el Cementerio Viejo de Tubinga permite el encuentro con los personajes que rodearon la última época de la vida de Hölderlin: aquí están las tumbas de Ludwig Uhland, de Karl Friedrich Mayer, del doctor Autenrieth, de Hermann Kurz, de las familias Schwab y Waiblinger…

Versos del poema «El destino» (Der Schicksal) *en la tumba de Hölderlin*. Es probable que la elección de estos versos no procediera de Gock —como siempre se ha repetido—, sino de Schwab, que consideraba el poema «El destino» la obra cumbre de Hölderlin.

Tumba de Hölderlin, detalle. «A la memoria de su querido hermano, de Karl Gock».

XXVI

POETA SOBRE TODAS LAS COSAS

En estos años de entresiglos es cuando Hölderlin adquiere plena conciencia de su tarea poética. Son años de ausencia de Dios —*Gottes Fehl*, dirá en el último verso del poema que tituló, reveladoramente, «Profesión de poeta» (*Dichterberuf*)—, y no es casual que coincidan la ausencia de Dios con el momento de más aguda conciencia poética: el poeta es quien habla por el Dios oculto.

> El Padre sin embargo con la noche sagrada
> cubre nuestros ojos, y tenemos así que mantenernos.
>
> *Der Vater aber decket mit heilger Nacht*
> *Damit wir bleiben mögen, die Augen zu.*

escribe Hölderlin en el último verso del poema citado. La noche es ausencia. *Noche oscura del alma*, pero en un sentido inverso a la de san Juan: no es la noche que encubre el encuentro —*noche que juntaste / amado con amada*—, sino la noche que oculta, que distancia, que ciega, que «cubre nuestros ojos»: la noche que ha hecho posible la huida de Dios. «¡Dioses huidos!» (*Entflohene Götter!*), grita Hölderlin con tono de queja, no de invocación, en los versos centrales de «Germania» (*Germanien*).

Y el heraldo del Dios ausente no es otro que el poeta. La tarea del poeta es por tanto una tarea profética. El poeta está «solo ante Dios» (*einsam vor Gott*), ante el Dios ausente, en mitad de la noche. Anda «indefenso por la vida» (*wehrlos durchs Leben*), y desde la oscuridad proclama a los hombres el retorno de Dios. Pero los hombres no sólo ignoran al poeta, sino que le persiguen. No cabe una expresión más desoladora para describir al poeta que la que Hölderlin emplea en «Ánimo

del poeta» (*Dichermut*): *ein einsam Wild*. *Wild* es pieza de caza. *Einsam Wild* es una pieza de caza solitaria. El que la pieza vaya en soledad la hace aún más vulnerable. Pero lo decisivo es que es «una pieza de caza»: un ser que se define por su destino, un destino que consiste en ser abatido.

La tarea poética, como tarea profética, es ineludible. Aunque el poeta sepa que le lleva a la muerte, tiene que cumplirla. Y Hölderlin sabe —y también en esta premonición acierta— que la poesía acabará con él:

> Debe
> partir a tiempo aquel, por quien habla el espíritu.
>
> *Es muß*
> *Bei Zeiten weg, durch wen der Geist geredet.*

Que Hölderlin sabe que su tarea poética se le ha impuesto como un deber ineludible lo prueba la inquebrantable trayectoria de su vida entera. Pero el testimonio más explícito está en una carta que escribió a su madre en enero de 1799. La poesía, le dice, «está enraizada en mi corazón, y lo seguirá estando dentro de mí mientras viva». A la poesía dedica su mayor esfuerzo, a pesar de que la poesía pueda ser «tal vez una desafortunada inclinación». Pero «contra (*gegen*) esa inclinación me empeño desde la juventud con mi esfuerzo más sincero», añade. Y la frase más decisiva: «El que sacrifica su arte peca contra un don natural otorgado por Dios». La madre le ha puesto como modelo a Christian Gellert, poeta que se había hecho catedrático de filosofía en Leipzig. Hölderlin insiste en que pecar contra el arte es «más pecado» que pecar contra el propio cuerpo. Y en una frase que tiene evidente resonancia evangélica —«más le valdría al hombre perder un miembro que ir a parar entero al fuego» (Mateo 5,30)—, Hölderlin le contesta a su madre que «más le valdría a Gellert haber rechazado la cátedra de Leipzig» que abandonar la poesía.

Pero el poeta siente, no sólo el vacío de la noche, el silencio de Dios, sino también su propia desdicha: esa continua infelicidad que es su vida. «Se me ha negado casi por completo toda ocasión de eso que llaman fortuna», le dice a la madre en la misma carta. ¿Para qué seguir? ¿Qué sentido tienen la poesía y los poetas?

> Para qué poetas en tiempos tan mezquinos?
>
> *Wozu Dichter in dürftiger Zeit?*

se pregunta Hölderlin en el verso más citado de toda su obra. «No es este un tiempo para poetas», le dice a su hermano Karl en febrero de 1798.

> Pero a nosotros, poetas, corresponde
> resistir la tormenta de Dios, desnuda la cabeza,
> y coger con las manos el rayo
> del Padre, y transmitir al pueblo
> envuelto en canción el don del cielo.
>
> *Doch uns gebührt es, unter Gottes Gewittern,*
> *Ihr Dichter! mit entblößtem Haupte zu stehen,*
> *Des Vaters Strahl, ihn selbst, mit eigner Hand*
> *Zu fassen und dem Volk ins Lied*
> *Gehüllt die himmlische Gabe zu reichen.*

Aislado, incomprendido, perseguido como una «solitaria pieza de caza», el poeta tiene que transmitir —*contra* la poesía, en lucha con su vocación— «el rayo», «el don del cielo». Un rayo —un mensaje— que le hace «conmoverse en lo hondo» (*tieferschüttert*), y a pesar de ello el poeta mantiene «el corazón firme» (*das Herz doch fest*):

> El rayo del Padre, puro, no le quema.
> Conmovido en lo hondo, padeciendo el dolor
> que sufren los más fuertes, permanece, bajo las tormentas
> de Dios que caen de lo alto, firme el corazón cuando se acerca.
>
> *Des Vaters Strahl, der reine, versengt es nicht*
> *Und tieferschüttert, die Leiden des Stärkeren*
> *Mitleidend, bleibt in den hochherstürzenden Stürmen*
> *Des Gottes, wenn er nahet, das Herz doch fest.*

Hay otro poema de estas fechas —«Aliento» (*Ermunterung*)— en que el poeta, en un «campo yermo» (*kahl Gefild*) —metáfora gemela a la de la noche oscura— anuncia el retorno de Dios. Como en toda profecía, en este poema hay dos momentos: el actual, de impiedad y ceguera, y el futuro, de manifestación de Dios. Ahora se oye el «eco del cielo»; luego se oirá la voz de Dios.

> ¡Eco del cielo! ¡Corazón sagrado! Por qué,
> por qué enmudeces estando entre los vivos.
> ¿Duermes acaso, libre y a la vez desterrado
> por los impíos al fondo de la noche?

Echo des Himmels! heiliges Herz! warum,
Warum verstummst du unter den Lebenden,
Schläfst, freies! von den Götterlosen
Ewig hinab in die Nacht verwiesen?

La última estrofa anuncia el regreso de Dios, la segunda edad de oro que ha de venir en un tiempo futuro:

Y él, que reina sin palabras, ignorado,
prepara el porvenir, Dios, el Espíritu
que en un día glorioso tomará voz humana,
y en un tiempo futuro, como antaño, volverá a revelarse.

Und er, der sprachlos waltet und unbekannt
Zukünftiges bereitet, der Gott, der Geist
Im Menschenwort, am schönen Tage
Kommenden Jahren, wie einst, sich ausspricht.

El comentario de Heidegger a estos versos no puede ser más lacónico: «Ese *eco del cielo* al que se refiere Hölderlin es el poema».

XXVII

UNA DECLARACIÓN DE AMOR: *EL ARCHIPIÉLAGO*

Como las palomas en «El cementerio marino» de Valéry, las grullas anuncian en «El archipiélago» (*Der Archipielagus*) la proximidad del mar. Porque «El archipiélago» es un poema del mar. Y eso que Hölderlin no lo conoció. «Se canta lo que se pierde», escribió Machado, y quizá se canta también lo que se ignora. Hölderlin, que tuvo la misma nostalgia del Mediterráneo que todos los alemanes de su tiempo, no llegó a verlo, porque en su viaje al sur no pasó de Suiza. Pero tampoco conoció el Atlántico, aunque estuvo más cerca. Advertía ya los pródromos de la locura cuando tuvo el océano al lado, en Burdeos, y no fue a verlo. Él, que había cruzado media Europa a pie, no dio —o no quiso dar— unos pasos más para saber cómo era aquello de lo que tanto había escrito.

Pero las grullas tienen aquí otro significado. Las grullas, aves migratorias de vuelo alto y sereno, marcan la perspectiva del poema. Los más de trescientos versos de «El archipiélago» contemplan todo desde lo alto: la geografía y la historia. La lucha de los persas contra los griegos, la grandiosa batalla naval de Salamina —con sus miles de barcos desplegados entre los sinuosos pliegues del Egeo—, las escuadras que van desintegrándose hacia la deriva, las multitudes que huyen, las islas, los montes, los valles, los bosques, las ruinas, las fuentes, los árboles, las olas, los templos con sus pórticos y columnas, todo se divisa con nitidez desde el vuelo solemne y regular de los hexámetros.

Sin embargo, «El archipiélago» es una declaración de amor.

> […] Es siempre en primavera
> cuando a los vivos se les hace nuevo el corazón, y a los hombres
> se les despierta el amor primero […]

[…] Denn immer im Frühling,
Wenn den Lebenden sich das Herz erneut und die erste
Liebe den Menschen erwacht […]

Este vuelo que va trazando el poema sobre el mar de Grecia es un vuelo primaveral y amoroso. Se puede amar a un hombre o a una mujer, y se puede amar a un país y a una cultura. La Grecia de Hölderlin está en las antípodas de ese fondo de cartón piedra con columnas truncadas, ramas de mirto y capiteles corintios caídos sobre la hierba que están en el paisaje de tantas églogas pastoriles del Renacimiento. Grecia, para Hölderlin, es una pasión. El poeta admira a sus héroes y cree en sus dioses. Una persona de tan sutil sensibilidad religiosa como Romano Guardini lo advirtió con asombro: Hölderlin cree realmente en los dioses griegos.

Y Hölderlin cree también en el pueblo griego como unidad. Esa idea del *Volksgeist* que en los años finales del siglo XVIII empezaba a acuñarse, y a la que su amigo Hegel dará el impulso definitivo, Hölderlin la ve encarnada en los griegos:

[…] donde el alma del pueblo, suavemente,
se funde en la canción más libre […]

[…] wo die Seele des Volks sich
Stillvereint in freierem Lied […]

El alma del pueblo hecha canción: no cabe imaginar una unidad más armoniosa de quienes habitan una misma tierra. Y esa era la gran nostalgia de Hölderlin, que era testigo de una Alemania fragmentada en más de trescientos Estados absolutistas que vigilaban con trabucos cargados sus fronteras.

El pueblo griego sometido desde la Edad Media al imperio otomano encarnaba además el mito clásico —tan del gusto romántico— de las dos edades. Tras la Edad Media —primera edad de oro—, viene una larga etapa de oscuridad, que culminará en una segundad edad de oro: la liberación de Grecia, que se veía cercana —llegará en 1827—, era un símbolo del curso de la humanidad entera. Esa vuelta de Grecia a la edad de oro es el sueño que alienta detrás de «El archipiélago», es la gran ilusión que da vuelo al poema.

Di, ¿dónde está Atenas? Sobre las urnas de los maestros,
tu ciudad, la más querida, en orillas sagradas, ¡dios afligido!,
¿ha quedado toda reducida a cenizas?
¿No queda ya señal, para que el navegante acaso
cuando pase delante, la nombre y la recuerde?

Sage, wo ist Athen? ist über den Urnen der Meister
Deine Stadt, die geliebteste dir, an den heiligen Ufern,
Trauernder Gott! dir ganz in Asche zusammengesunken,
Oder ist noch ein Zeichen von ihr, daß etwa der Schiffer,
Wenn er vorüberkommt, sie nenn und ihrer gedenke?

Pero no ha llegado aún la hora de la victoria. La batalla de Salamina ha sido una derrota más del pueblo esclavizado. El poema no puede cantar la victoria de los griegos. Sobre la Hélade soplan «vientos siniestros» (*schaurige Lüfte*). Todo es un «angustioso sueño» (*ängstiger Traum*), en que «nuestro linaje vaga en la noche y vive sin Dios» (*es wandelt in Nacht, es wohnet ohne Göttliches unser Geschlecht*).

En mitad de un poema que narra un episodio del siglo V antes de Cristo, Hölderlin ha deslizado un verso que vale como síntesis de toda su *Weltanschauung*: «nuestro linaje vaga en la noche y vive sin Dios». Así es como Hölderlin ve el mundo que le ha tocado vivir.

Pero en la huida, Dios ha dejado su huella entre las cosas. Por eso Hölderlin, que no puede cantar al Dios que no ve, canta a la naturaleza que ve. Nada más ajeno al poeta —a pesar de lo que algunos han dicho— que el panteísmo. El poeta se demora en la belleza porque ve en ella un rastro de Dios. Y es admirable la delicadeza con la que Hölderlin ve —ve con los ojos del corazón— la belleza de Grecia: «los jardines de Jonia», «los bosques de laureles», «las llanuras soleadas donde maduran el noble trigo y los árboles frutales», «la brisa que acaricia las olas tranquilas»…

Y las islas: Hölderlin no las conoce, pero no puede imaginar nada más hermoso. El poeta, cuando piensa en ellas, las ve siempre floreciente (*blühend*), propicias (*hold*), gozosas (*selig*). Cuando Hiperión habla de su felicidad junto a Diótima dice: «Nuestra vida era como una isla recién nacida». «¡Islas queridas, pupilas abiertas a un mundo prodigioso!», dirá en el poema «Lágrimas» (*Tränen*).

Los héroes sólo pueden nacer en las islas. Las islas son las madres de los héroes: *Heroenmütter*. Islas y estrellas se reflejan las unas en las otras. Y a veces todas ellas se unen en el mar:

> […] muchas veces, en la penumbra del atardecer,
> cuando viene de los montes de Asia la sagrada luz de la luna,
> las estrellas se encuentran en las olas […]

[…] und oft, am dämmernden Abend,
Wenn von Asiens Bergen herein das heilge Mondlicht
Kommt und die Sterne sich in deiner Woge begegnen […]

Sí, «El archipiélago» es una declaración de amor. Grecia está presente en toda la obra de Hölderlin, griegos son Hiperión y Empédocles, y cuando Hölderlin pierda la cabeza, y los visitantes —amigos o curiosos— le pidan un poema como recuerdo de la visita, el poeta les preguntará si lo quieren sobre Grecia o sobre otro tema. Pero es aquí, en «El archipiélago», donde Hölderlin expresa con un tono más cálido y próximo su pasión por ese país que no conoció. ¿No lo conoció?

¡Delicioso tiempo de primavera en Grecia!

Köstliche Frühlingszeit im Griechenlande!

XXVIII

INTERMEDIO SUIZO

Cuando Hölderlin está viviendo los días más serenos de su vida, cuando ha logrado, gracias a ellos, escribir los poemas más altos de toda su obra, huye. Huye otra vez. Quiere irse lejos. El último poema escrito en Stuttgart, en diciembre de 1800, está dedicado a su anfitrión, el comerciante Landauer. Es un canto a la vida en paz, a la dulce monotonía del hogar, al equilibrio, al «dorado centro» (*goldene Mitte*). El poema —titulado «A Landauer» (*An Landauer*)— es particularmente cálido: está escrito para ser cantado. El día del cumpleaños del buen comerciante de telas, todos, la familia y los amigos, debían entonar —y entonaron— una cantinela con la letra de este poema. ¿Hizo el propio Hölderlin la melodía, como otras veces? No lo sabemos.

Álegrate, tú que has sabido escoger la mejor parte,
pues se te ha dado un alma honda y fiel,
y tú has nacido para ser amigo:
en esta fiesta lo testimoniamos.

Feliz quien tiene, como tú, en su casa
la paz, la plenitud, el amor, la calma.
Hay vidas que son como la noche,
y otras como el día: tú estás en el dorado centro.

Luce brillante el sol en tus hermosas salas,
madura el sol tu vino en las laderas,
y el próspero comercio de tus bienes
un dios aplicado lo vigila sin tregua.

Bendito el niño, la madre y el esposo.
Como la nube de oro corona la montaña,

estáis junto a él, sombras queridas.
También vosotros, muertos familiares, estáis cerca.

Hacedle compañía. ¡Son tantas las nubes y tormentas
que amenazan, inquietas, casa y patria!
Sólo descansa el corazón de todos los trabajos
en la fidelidad sagrada.

Pero mira: con alegría hablamos de las penas,
igual que nos alegra un vino recio, puede alegrar también
un canto grave. Pasará la fiesta, y al llegar mañana
cada cual volverá a caminar por las angostas sendas.

Sei froh! Du hast das gute Los erkoren,
Denn tief und treu ward eine Seele dir;
Der Freunde Freund zu sein, bist du geboren,
Dies zeugen dir am Feste wir.

Und selig, wer im eignen Hause Frieden,
Wie du, und Lieb und Fülle sieht und Ruh;
Manch Leben ist, wie Licht und Nacht, verschieden,
In goldner Mitte wohnest du.

Dir glänzt die Sonn in wohlgebauter Halle,
Am Berge reift die Sonne dir den Wein,
Und immer glücklich führt die Güter alle
Der kluge Gott dir aus und ein.

Und Kind gedeiht, und Mutter um den Gatten,
Und wie den Wald die goldne Wolke krönt,
So seid auch ihr um ihn, geliebte Schatten!
Ihr Seligen, an ihn gewöhnt!

O seid mit ihm! denn Wolk und Winde ziehen
Unruhig öfters über Land und Haus,
Doch ruht das Herz bei allen Lebensmühen
Im heilgen Angedenken aus.

Und sieh! aus Freude sagen wir von Sorgen;
Wie dunkler Wein, erfreut auch ernster Sang;
Das Fest verhallt, und jedes gehet morgen
Auf schmaler Erde seinen Gang.

A principios de diciembre, la inquietud ha hecho presa ya en el ánimo de Hölderlin. Siente «una necesidad profunda e imperiosa de paz y tranquilidad». ¿No las ha tenido acaso en esas lentas horas en que ha compuesto odas e himnos, sentado frente al firme escritorio de haya, en el cuarto abuhardillado de la casona confortable de Stuttgart? La inquietud de Hölderlin no deriva del mundo que le rodea, que no puede ser más apacible y más favorable a su labor. Es una inquietud que asoma en el horizonte: un «desasosiego paralizador» (*betäubende Unruhe*) que se cierne, amenazador, a lo lejos. Y cree que un modo de escapar de esa amenaza es huir, alejarse, para que también el horizonte sea otro.

«Estoy en conversaciones con una familia suiza para trabajar allí como preceptor. Parece que se trata de gente buena y educada […]», le escribe a su hermana. Los amigos, que no entienden su deseo de alejarse, tratan de retenerle, le buscan empleos en Stuttgart… pero todo es inútil. El 11 de enero de 1801 Hölderlin empieza una larga marcha a pie: es su «tercera peregrinación», dice. Landauer y otros amigos le acompañan hasta Tubinga. Hölderlin sigue caminando a lo largo de la carretera, hacia el sur: por el valle del Steinlach cruzó Heschingen, y llegó a Winterlingen. Allí subió a la calzada romana, alta, solitaria y fría —ya era enero— que atraviesa los montes del *Schwäbische Alb* y le llevó hasta Sigmaringen. Allí vió las cascadas del Danubio joven que atraviesa las cumbres. En Überlingen, a orillas del lago de Constanza —el *Bodensee*—, se embarcó. Cuando desembarcó al otro lado del lago vio ya las estribaciones de los Alpes. En una última jornada agotadora llegó, de noche, a Hauptwil.

Y sí, allí el horizonte es otro: «Un cielo azul claro, un sol nítido, un valle sembrado de bosquecillos de abetos, prados bordeados de chopos…». ¿También su horizonte interior ha cambiado? La respuesta no puede ser más rotunda: «Es posible estar tranquilo y sereno, y tener a la vez el corazón desbordante. Así estoy yo ahora».

Uno de los primeros poemas que escribe en Hauptwil es el «Canto al pie de los Alpes» (*Unter den Alpen gesungen*), que revela el ánimo del poeta en esos primeros días de su estancia en Suiza:

> [...]
> Estar así, a solas con los dioses,
> ver el curso del río, de la luz y del viento,
> cómo van transcurriendo las horas,
> y fijar en todo la mirada.
>
> No conozco ni quiero felicidad mayor,
> hasta que la marea me arrastre como un sauce,

y elevado por ella, me tenga que alejar
dormido entre las olas.

Pero está a gusto en la tierra quien lleva
en su pecho leal lo que es divino.
Y mientras pueda quiero, en libertad
oiros y cantaros, oh lenguajes del cielo.

So mit den Himmlischen allein zu sein, und
Geht vorüber das Licht, und Strom und Wind, und
Zeit eilt hin zum Ort, vor ihnen ein stetes
Auge zu haben,

Seliger weiß und wünsch ich nichts, so lange
Nicht auch mich, wie die Weide, fort die Flut nimmt,
Daß wohl aufgehoben, schlafend dahin ich
Muß in den Wogen;

Aber es bleibt daheim gern, wer in treuem
Busen Göttliches hält, und frei will ich, so
Lang ich darf, euch all, ihr Sprachen des Himmels!
Deuten und singen.

Por aquellos días llegó la noticia de que se había firmado la paz de Luneville. Terminaba la segunda Guerra de Coalición, otra vez con pérdidas de territorio alemán. Pero los largos años de guerra —casi una decena— parecían llegar a un final definitivo. «De ahora en adelante y por siempre, habrá paz, amistad y buen entendimiento…», decían las palabras finales del tratado. Todos lo creyeron, y Hölderlin entre ellos. El poeta cogió inmediatamente la pluma y escribió un himno —«Fiesta de la paz» (*Friedensfeier*)— de grandiosa sonoridad, en que el poeta ha necesitado romper los moldes clásicos y recurrir al verso libre. Entre metáforas majestuosas que se van encadenando, aparece la paz como un nuevo Pentecostés:

[…]
Aquel que es todo vida, aquel del que proceden
la felicidad y los cánticos,
tiene un Hijo, sereno y poderoso,
y ahora le reconocemos,
ahora, sí, en que conocemos al Padre,
para celebrar los días de fiesta,
el alto, el Espíritu

del mundo ha venido a inclinarse sobre todos los hombres.
[…]

[…]
Vom Allebendigen aber, von dem
Viel Freuden sind und Gesänge,
Ist einer ein Sohn, ein Ruhigmächtiger ist er,
Und nun erkennen wir ihn,
Nun, da wir kennen den Vater
Und Feiertage zu halten
Der hohe, der Geist
Der Welt sich zu Menschen geneigt hat.
[…]

El señor Anton von Gonzenbach tiene una fábrica de tejidos de lino. No es un comerciante, es un industrial, uno de los primeros industriales del siglo XIX. También es un virtuoso violinista. Las niñas a las que educa Hölderlin se llaman Barbara Julia, de dieciséis años, y Augusta Dorothea, de quince. No sabemos nada de ellas. Hölderlin sólo dice que tienen «un sano entendimiento». No sabemos tampoco qué les enseñó.

Pero no debió de ser mucho. Porque al llegar la primavera, Hölderlin tiene días de profunda tristeza. Los «Alpes plateados» ya no le producen alegría alguna. «No sé para qué tengo un corazón dentro de mí, porque no se lo puedo abrir a nadie…». «Me siento impulsado hacia atrás de un modo que no puedo resistirlo» (*unwiderstehlicher zurückgedrängt*).

El señor Gonzenbach se da cuenta del estado de Hölderlin y espera. Pero el poeta no recobra los ánimos. Al llegar la Pascua, Gonzenbach le deja sobre la mesilla de noche una carta que está escrita en términos muy afectuosos. Entre otras cosas le dice: «Puede actuar usted con absoluta libertad y según su conveniencia. Yo lamento de todo corazón que tengamos que separarnos tan pronto. Pero los cambios del destino no están bajo nuestro poder. Espero que no me atribuya a mí lo que nos ha venido impuesto, y me honre siempre, aunque esté lejos y pase mucho tiempo, con su amistad. Yo puedo asegurarle que en tanto viva puede contar conmigo».

Y Hölderlin vuelve a casa. Su alegría es desbordante. Mientras hace a pie el camino de vuelta va componiendo mentalmente un largo poema, que pondrá sobre el papel cuando llegue a Nürtingen. La palabra «alegría» aparece seis veces en una sola estrofa. Es tanta la que embarga al poeta, que a mitad del poema tiene que exclamar:

Son disparates lo que digo. Es la alegría.

Törig red ich. Es ist die Freude.

Los Alpes se han convertido ya en materia de la memoria, y es precisamente en la memoria de los poetas donde las cosas adquieren su verdadera dimensión:

Allá en los Alpes reina aún la noche clara, y la nube,
con su densa alegría, cubre en lo hondo el valle que bosteza.
Ruge y tropieza el viento juguetón de la montaña.
Un rayo brusco brilla y se oculta después en los abetos.
Despacio se prepara y lucha, tormentoso y feliz, el caos.
De apariencia joven, fuerte, celebra su amorosa lucha
entre las rocas, pugna y claudica en su profundo campo de [batalla,
y de él surge y se alza, con embriaguez, la mañana.
Crece, inacabable, el tiempo, las sagradas horas,
los días, todo se ordena y mezcla del modo más audaz.
El gran ave de presa advierte que ha llegado la hora,
se alza entre los montes, en lo alto del aire, y llama al día.
Ahora también despierta el pueblecito, allá en su hondura,
y sin miedo, confiando en la altura, eleva su mirada hacia las [cumbres.
Soñando su crecida, saltan como rayos las antiguas fuentes
y hierve el suelo bajo las cascadas.
Resuena el eco en torno. Y la inmensa fábrica
agita su brazo noche y día y despacha sus dones.
[...]

Drin in den Alpen ists noch helle Nacht und die Wolke,
Freudiges dichtend, sie deckt drinnen das gähnende Tal.
Dahin, dorthin toset und stürzt die scherzende Bergluft,
Schroff durch Tannen herab glänzet und schwindet ein Strahl.
Langsam eilt und kämpft das freudigschauernde Chaos,
Jung an Gestalt, doch stark, feiert es liebenden Streit
Unter den Felsen, es gärt und wankt in den ewigen Schranken,
Denn bacchantischer zieht drinnen der Morgen herauf.
Denn es wächst unendlicher dort das Jahr und die heilgen
Stunden, die Tage, sie sind kühner geordnet, gemischt.
Dennoch merket die Zeit der Gewittervogel und zwischen
Bergen, hoch in der Luft weilt er und rufet den Tag.
Jetzt auch wachet und schaut in der Tiefe drinnen das Dörflein

Furchtlos, Hohem vertraut, unter den Gipfeln hinauf.
Wachstum ahnend, denn schon, wie Blitze, fallen die alten
Wasserquellen, der Grund unter den Stürzenden dampft,
Echo tönet umher, und die unermeßliche Werkstatt
Reget bei Tag und Nacht, Gaben versendend, den Arm.

En las últimas estrofas de este poema —que lleva como título «Regreso a la patria» (*Heimkunft*)—, hay varias referencias a la tarea poética. En dos versos que para el lector tienen resonancias rilkeanas, Hölderlin escribe que

cuanto imaginan o cantan los poetas
se refiere sobre todo a los ángeles

was auch Dichtende sinnen
Oder singen, es gilt meistens den Engeln,

pero la aspiración poética de este Hölderlin ya maduro —maduro poéticamente, pero muy joven aún, porque tiene treinta años recién cumplidos— está en un inciso de la penúltima estrofa: hacer «un cántico más claro» (*hellern Gesang*); aunque el poeta parece intuir que el final de su evolución poética será el silencio, —un silencio que resultará extremadamente largo:

A menudo debemos callar. Nos faltan los nombres sagrados.
Los corazones laten, ¿pero no se nos queda la palabra atrás?

Schweigen müssen wir oft; es fehlen heilige Namen.
Herzen schlagen und doch bleibt die Rede zurück?

XXIX

PENÚLTIMO RETORNO: LA PUESTA EN LIMPIO

El regreso a la casa familiar de Nürtingen, aunque se produce tras un nuevo fracaso, lo emprende Hölderlin con una ilusión en perspectiva: el editor Cotta, de Tubinga, el editor más importante del territorio alemán en la época de entresiglos —el que publica a Goethe y a Schiller—, le ha propuesto publicar unas poesías reunidas. La propuesta es acuciante y generosa: los poemas estarían en la calle para la Pascua de 1802, la edición sería de mil ejemplares, y por cada pliego impreso se pagaría al autor nueve guldas.

Hölderlin se pone de inmediato manos a la obra. Sobre grandes hojas verjuradas de papel de barba transcribe en limpio poemas antiguos. Muchos de ellos pasan ahora a tener una versión más extensa. Aquellas odas que Hölderlin escribió en una sola estrofa —siguiendo la recomendación de Goethe: «escriba poemas breves»— pasan ahora a tener varias.

El caso más llamativo es «Voz del pueblo» (*Stimme des Volks*), que en la primera versión tiene dos estrofas y en la segunda, dieciocho. Este poema tiene un singular valor biográfico. El poeta, a pesar de los fracasos que se van sucediendo en su vida, sigue teniendo confianza en su destino poético. El río —como otras veces— es la imagen: sigue su curso indiferente hasta llegar a la meta. El poeta/río va cayendo «de roca en roca» (*von Klippe zu Klippe*). Hölderlin repite literalmente la misma frase que había empleado en «La canción del destino de Hiperión» (*Hyperions Schicksalslied*), «como agua se vierte / de roca en roca» (*Wie Wasser von Klippe / zu Klippe geworfen*). El destino de esa caída «de roca en roca» es ahora más trágico: en el primer poema había dicho que caía «a lo desconocido» (*ins Ungewisse*). Ahora dice que cae «al abismo» (*Abgrund*).

Que eras la voz de Dios. Eso pensaba
en mi bendita juventud, y aun lo sostengo.
Bajan los ríos, bramando indiferentes,
ajenos a nosotros. Sin embargo,

¿quién no los ama? Me conmueven
el corazón cuando los oigo lejos,
perdiéndose por vías distintas de las mías,
pero avanzando seguros hacia el mar presentido.

Olvidados de sí, dóciles siempre
al deseo de los dioses, los mortales
avanzan, los ojos muy abiertos,
por su propia senda que es siempre

el camino más corto para volver al Todo.
Igual que la corriente en busca del reposo,
contra su voluntad se arrastra
y va de roca en roca, a la deriva,

y cae, con mágica nostalgia, en el abismo.
Hechiza la libertad. Y hasta los pueblos sienten
el deseo de morir, y a veces
orgullosas ciudades, después de muchos años

de buscar lo mejor, de hacer su obra,
acaban pereciendo en un final sagrado.
Luego brota la tierra, y en silencio
bajo las estrellas, como hombres que rezan

postrados en la arena, el arte —inacabable—
se ofrece a los que no han pensado que pudiera existir.
[…]

Du seiest Gottes Stimme, so glaubt ich sonst
In heilger Jugend; ja, und ich sag es noch!
Um unsre Weisheit unbekümmert
Rauschen die Ströme doch auch, und dennoch,

Wer liebt sie nicht? und immer bewegen sie
Das Herz mir, hör ich ferne die Schwindenden,
Die Ahnungsvollen meine Bahn nicht,
Aber gewisser ins Meer hin eilen.

Denn selbstvergessen, allzubereit, den Wunsch
Der Götter zu erfüllen, ergreift zu gern,
Was sterblich ist, wenn offnen Augs auf
Eigenen Pfaden es einmal wandelt,

Ins All zurück die kürzeste Bahn; so stürzt
Der Strom hinab, er suchet die Ruh, es reißt,
Es ziehet wider Willen ihn, von
Klippe zu Klippe, den Steuerlosen,

Das wunderbare Sehnen dem Abgrund zu;
Das Ungebundne reizet und Völker auch
Ergreift die Todeslust und kühne
Städte, nachdem sie versucht das Beste,

Von Jahr zu Jahr forttreibend das Werk, sie hat
Ein heilig Ende troffen; die Erde grünt
Und stille vor den Sternen liegt, den
Betenden gleich, in den Sand geworfen,

Freiwillig überwunden die lange Kunst
Vor jenen Unnachahmbaren da […]

Y el poeta da paso así, en el poema, a ese otro mundo que es siempre, para él, un trasunto idealizado del mundo real: la Grecia clásica. La ciudad se destruye —el poeta muere—, pero sobreviven «las leyendas, el recuerdo / de las altas hazañas» (*die Sagen, denn ein Gedächtnis sind / Dem Höchsten*): quedan sus versos.

Otro poema que escribe Hölderlin en estos meses que pasó en la casa familiar de Nürtingen es «El cantor ciego» (*Der blinde Sänger*). El *cantor*, para Hölderlin —que concibe la poesía como canción o cántico— es el poeta. La ceguera del cantor/poeta es un símbolo de resonancias biográficas: es necesario pasar por el sufrimiento para llegar a la plenitud (poética). «La noche infinita me retiene cautivo» (*Hemmt die unendliche Nacht mich immer*), dice en una de las primeras estrofas. Y añade:

Heme aquí pasando hora tras hora,
solo, imaginando escenas

diversas de amor y de pesares,
días más claros que mi pensar ensueña.

Nun sitz ich still allein, von einer
Stunde zur anderen und Gestalten

Aus Lieb und Leid der helleren Tage schafft
Zur eignen Freude nun mein Gedanke sich.

En las últimas estrofas, la larga ceguera desemboca de nuevo en la luz, la luz antigua que se ha vuelto ahora más íntima, más dorada:

[…] ¡Oh fortuna! ¡La vieja
luz de nuevo! Hoy te difundes más íntima,
como fuente dorada […]

[…] O Glück! das alte
Wieder! doch geistiger rinnst du nieder
du goldner Quell […]

Todo ese esfuerzo que Hölderlin ha dedicado a rehacer poemas antiguos y a componer otros nuevos, aunque ha producido uno de los más brillantes capítulos de la poesía universal, resulta inútil para la meta que él perseguía: el editor Cotta no publica los poemas. Tendría aún que pasar un cuarto de siglo para que el ilustre editor tubingués publicase versos de Hölderlin. Será en el año 1826 cuando Cotta publique una obra compilada de mala manera por Uhland y Schwab entre manuscritos de un Hölderlin ya completamente ajeno a la poesía y a la vida.

En estos meses de Nürtingen, en que el poeta no tiene oficio ni beneficio, se cierne sobre él de nuevo la amenaza de ser destinado a una parroquia rural. Y Hölderlin hace un último intento para lograr su sueño, su *jenaer Project*: obtener una plaza de profesor de griego en la universidad. Escribe a su compañero Niethammer y a su maestro Schiller.

A Schiller le dice que no quiere volver a ser preceptor, que no quiere ser criado de ninguna familia acaudalada. En ese puesto, dice, «sólo he logrado provocar descontento cuando he actuado torpemente, o una angustiosa compasión cuando alguna vez he actuado con destreza». No quiere —añade— «sacrificar la auténtica meta de mi vida por hacer un servicio a los demás». No quiere desviarse «de la vocación más profunda».

Pero pasan los meses y las cartas quedan sin respuesta. No sólo Schiller, sino también Niethammer, su compañero de los años juveniles del Seminario, le da la espalda. Y Hölderlin, después de sus tres fracasos como preceptor, después de renegar de ese trabajo tan servil, tiene que hacer precipitadas gestiones para encontrar una familia con niños en la que pueda emplearse.

Viaja a Stuttgart, acude de nuevo a casa de su amigo el comerciante Landauer, le pide ayuda, y después de conversaciones y cartas que Landauer dirige afanosamente a unos y a otros, se enciende una luz en un lugar lejano: un alemán que cultiva vinos en Burdeos busca preceptor. Hölderlin acepta. El señor Daniel Meyer acepta a Hölderlin.

Este último intento de desempeñar con acierto un puesto de preceptor lo emprende Hölderlin con desánimo. Sólo le alegra «¡poder contemplar el mar!» (*der Anblick des Meeres!*). Él, que ha escrito páginas tan vivas sobre el mar de Grecia va a ver por primera vez el mar. No el Mediterráneo, que no lo verá nunca, sino el Atlántico: hasta ahora sólo ha imaginado esa visión de un horizonte líquido.

Hölderlin tiene, en lo más íntimo de su conciencia, dos sospechas: la primera es que no volverá a Alemania. En esos últimos años, el poeta ha cantado como ningún otro la belleza de su patria: los ríos —*Der Main, Der Neckar, Der Rhein, Am Quell der Donau*…—, las ciudades —*Heidelberg, Stuttgart*…— los paisajes —«Canto del alemán» (*Gesang des Deutschen*), «El paseo por el campo» (*Der Gang aufs Land*)…—, y ahora teme perder su tierra para siempre. «Hace tiempo que no lloro —escribe a Casimir Böhlendorff—. Pero ahora me ha costado lágrimas amargas tomar la decisión de alejarme de mi patria, tal vez para siempre». La segunda sospecha es la perturbación mental. Los tránsitos vertiginosos del entusiasmo a la congoja le hacen dudar de sí mismo. «Temo que al final me pase lo que al antiguo Tántalo, que estuvo más cerca de los dioses de lo que pudo resistir», dice en la misma carta.

XXX

INTERMEDIO FRANCÉS

El día 10 de diciembre de 1801 emprendió Hölderlin el viaje más largo de su vida. Entre Nürtingen y Burdeos hay más de mil kilómetros, y la mayor parte de ellos los hizo a pie. Atravesó las ciudades de Herrenberg y Freudenstadt, cruzó las estribaciones septentrionales de la Selva Negra y llegó a Estrasburgo. Todo extranjero que entraba en Francia por aquellas fechas era sospechoso. La policía infiltrada entre los jacobinos sabía que se estaba preparando un atentado contra Napoleón, y era muy probable que se contara con elementos extranjeros para consumar el atentado. A Hölderlin le retuvieron dos semanas en Estrasburgo. Al final llegó el visado: *Autorisé à continuer sa route*.

La primera etapa del recorrido francés la hizo por Colmar, Belfort y Besançon. Al llegar a Lyon pidió autorización para pasar allí cuatro días. Se ha conservado el permiso que le dio la policía. Se alojó en el *Hotel du Commerce*, en la *rue Saint-Dominique*. Hoy es el número 76 de la que sigue siendo una de las más bellas calles de la ciudad, que tiene otro nombre: *Émile Zola*. Mucho tiempo después se ha caído en la cuenta de por qué quiso Hölderlin detenerse en Lyon: Napoleón estaba allí, dispuesto a firmar la paz con Inglaterra. Hölderlin había dedicado unos años atrás una oda a Napoleón —*Buonaparte*—, en que el poeta se había considerado a sí mismo indigno de cantar el heroísmo del joven general:

> Los poetas son ánforas sagradas
> donde se guarda el vino de la vida,
> el alma de los héroes.
>
> Pero acaso el alma de este joven
> ¿no quebrará al momento
> el ánfora que quiera contenerlo?

No pretenda el poeta hacerlo suyo, como tampoco el alma del
[paisaje.
Ante ese tema el maestro no pasa de ser un aprendiz.

Él no puede vivir ni quedar en el poema.
Vivirá y perdurará en el mundo.

Heilige Gefäße sind die Dichter,
Worin des Lebens Wein, der Geist
Der Helden, sich aufbewahrt,

Aber der Geist dieses Jünglings,
Der schnelle, müßt er es nicht zersprengen,
Wo es ihn fassen wollte, das Gefäß?

Der Dichter laß ihn unberührt wie den Geist der Natur,
An solchem Stoffe wird zum Knaben der Meister.

Er kann im Gedichte nicht leben und bleiben,
Er lebt und bleibt in der Welt.

Es muy probable, por tanto, que Hölderlin se asomara entre las cabezas de los vecinos a ver pasar bajo guirnaldas y arcos de triunfo la figura pequeña y erguida de Napoleón. No ha quedado testimonio de ello, porque las cartas enviadas por Hölderlin desde el viaje están llenas de cautela para no suscitar sospechas. En una de las cartas alude a «muchas cosas de las que no puede hablar». Puede que una de esas «cosas» fuese su emoción de ver pasar al Primer Cónsul de la República.

La marcha a pie entre Lyon y Burdeos la hizo por Thiers, Périgeux y Libourne. Eran frecuentes los atracos de bandas de salteadores de caminos. Hölderlin iba armado. Dormía en malas posadas con «la pistola cargada junto a la áspera cama» (*die geladene Pistole neben mir im rauhen Bette*). Los primeros días de esta última etapa fueron duros —Hölderlin habla de «montañas cubiertas de nieve», «tempestades», «regiones despobladas», «noches heladas»—, pero los últimos fueron claros y tibios: «He caminado por bellos días primaverales», dice.

El 28 de enero de 1802 llega a Burdeos, después de cincuenta días de marcha. Llega «endurecido y purificado» (*gehärtet und geweiht*). «Va a ser usted feliz», le dice el señor Meyer al recibirle. Y Hölderlin le escribe en una carta a su madre: «Creo que tiene razón».

Daniel Christoph Meyer, cultivador y comerciante de vinos, es también cónsul de la ciudad libre de Hamburgo en Burdeos. Vive en una de las casas más lujosas y céntricas de la ciudad. Las *allées de Tourny*

son dos avenidas paralelas que bordean una gran manzana neoclásica levantada por el arquitecto Louis Combes. La construcción era reciente —de 1797—, pero el arquitecto había querido darle un aire renacentista. A Hölderlin le alojan —es el destino de los preceptores— en una buhardilla. Pero esta buhardilla es muy especial: desde ella se ven los barcos anclados en el puerto y las colinas cubiertas de bosque que se alzan en la orilla derecha del Garona.

Meyer está casado con una francesa de las Antillas, *madame* Anne Marie Andrieu de Saint-André, que ha aportado cuatro hijos de un anterior matrimonio a los cuatro que ha tenido con el cónsul y vinatero. No se sabe qué pudo enseñar Hölderlin a tantos niños juntos de corta edad. Se ha supuesto que les daba de cuando en cuando clase de religión, y poco más. Sí se sabe que les acompañaba en excursiones por los campos vecinos y que estuvo con toda la familia en la casa de campo que los Meyer tenían en Blanquefort, un pueblecito de las afueras, que hoy es un suburbio de Burdeos.

Y la historia se interrumpe bruscamente. Hölderlin pide a la comisaría de Burdeos un pasaporte que le permita viajar a Estrasburgo. El 10 de mayo abandona la casa de los Meyer y emprende la larga marcha de regreso. A partir de aquí empiezan a faltar testimonios autobiográficos. Hölderlin no escribe ya apenas cartas. En cuatro semanas de agotadoras jornadas de camino llega a Estrasburgo. Y después de otras cuatro semanas de marcha aparece en la casa materna de Nürtingen, completamente trastornado.

Antes ha pasado por París, y ha ido a ver las antigüedades griegas, romanas y egipcias que Napoleón ha traído de sus campañas por Europa y por África, y que están en el *Musée des Antiques* —recién instalado en el palacio del Louvre—. No sabemos cuál era el estado de ánimo de Hölderlin cuando paseó por París. Probablemente no había decaído aún por completo. De haber sido así no habría escrito: «La contemplación de las obras antiguas me hizo más comprensibles a los griegos, e incluso me hizo comprender la máxima altura a que puede llegar el arte». Antes de llegar a Nürtingen, el poeta se detuvo en casa de su amigo Landauer, quien le dio la noticia: Susette Gontard acaba de morir.

XXXI

ÚLTIMO RETORNO: *APOLO ME HA VENCIDO*

Estaba Friedrich von Matthison en su casa sentado en el despacho, cuando de pronto alguien empujó la puerta y entró. Matthison no reconoció aquella figura espantosa: era como un cadáver, pálido y de ojos hundidos, con la mirada perdida y la barba y el pelo crecidos sin concierto, y las uñas largas y negras. La ropa era de un pordiosero. Matthison se levantó, y miró con asombro aquella figura que permaneció muda un tiempo, luego se acercó y con voz opaca y fantasmal murmuró: *Hölderlin*. Inmediatamente después desapareció.

En el mismo estado llegó el poeta a Nürtingen. De Burdeos había salido sin equipaje, y Meyer lo había enviado a la casa familiar. La madre, sin esperar a que llegara el hijo, abrió el cofre, sacó la ropa sucia para lavarla y encontró las cartas de Susette. Al estado de agotamiento y enajenación con que Hölderlin llegó a Nürtingen se sumó la amarga recriminación de la madre —que no sabía, además, que Susette había muerto—. El poeta tuvo una violenta explosión de ira. Echó a todos de la casa y quedó sumido en una profunda melancolía. La relación afectiva con la madre no se recompuso ya en ningún momento. Es posible que el esfuerzo de sumisión que Hölderlin había hecho hasta entonces, no sólo para terminar —contra su voluntad— la larga carrera eclesiástica, sino también al resignarse a no recibir en ningún momento la herencia paterna, se quebrara entonces y diera paso a un sordo rencor.

Del segundo semestre del año 1802 sólo se conserva una carta de Hölderlin, escrita en noviembre —cuando ya llevaba cuatro meses en la casa familiar— y dirigida a Böhlendorff. Es el primer testimonio del desvío de su razón que ha quedado escrito de mano de Hölderlin. Sin embargo, entre frases incongruentes, asoman las grandes pasiones del poeta, que sin unos contornos coherentes seguían vivas en él: «los griegos», «la naturaleza de la patria», «la luz de la filosofía»… Y entre esas

líneas caóticas, una trágica afirmación: «si hablara como lo hacían los héroes, podría decir sin duda que Apolo me ha vencido» (*und wie man Helden nachspricht, kann ich wohl sagen, daß mich Apolo geschlagen*).

«El elemento poderoso, el fuego del cielo y el silencio de los hombres, su vida en la naturaleza, y su limitación y satisfacción, me han conmovido siempre, y si hablara como lo hacían los héroes, podría decir sin duda que Apolo me ha vencido», escribe con casi total incoherencia. Y refiriéndose a los franceses de la Gironde con los que convivió en los primeros meses del año, añade: «Lo atlético de los hombres del sur, entre las ruinas del espíritu clásico, me permitió conocer la verdadera esencia de los griegos. Conocí su naturaleza y su sabiduría, su cuerpo, su arte, tal como crecían en aquel clima, y la regla conforme a la cual contenían su espíritu orgulloso de la fuerza de los elementos». Y esta larga frase, en que la patria, la tormenta, los bosques y su ventana se mezclan sin orden ni concierto: «La naturaleza de la patria me emociona con más fuerza cuanto más la estudio. La tormenta, no sólo en su manifestación más elevada, sino también cuando manifiesta su rostro, como poder y figura, en las demás formas del cielo, la luz en su actuación, cuando forman un principio y un destino de carácter nacional, algo que para nosotros es sagrado, su impulso al ir y venir, lo característico de los bosques y el encuentro en un lugar de los diversos caracteres de la naturaleza, de manera que todos los lugares sagrados se juntan en torno a un lugar, y la luz de la filosofía junto a mi ventana, ¡ojala pueda conservarlos, como hasta ahora, desde que he llegado!».

Y, al terminar la carta, las extrañas frases de despedida: «Necesito tus puros tonos. La psique entre los amigos, el surgir del pensamiento en conversaciones y cartas, les resulta necesario a los artistas. Si no, no tenemos nada para nosotros mismos, sino que todo pertenece a la sagrada imagen que nosotros formamos. Que sigas bien. Tu H».

Schelling le vio en los primeros días de 1803. No consiguió trabar una conversación coherente con Hölderlin, y escribió a Hegel pidiendo ayuda: Hegel había tenido siempre, desde los años del *Stift*, una relación más estrecha con Hölderlin que él, probablemente por razón de edad. Cuando los tres coincidieron en aquel dormitorio del Seminario, Schelling era solo un niño, y esa diferencia de años influyó siempre en su relación. «El espectáculo más triste que he tenido en esta ciudad ha sido el de Hölderlin —le escribe Schelling a Hegel—. Desde su viaje a Francia —a donde se fue por recomendación del profesor Ströhlin con ideas totalmente equivocadas sobre lo que debía hacer en su nuevo puesto, y del que volvió inmediatamente, porque parece que le exigieron cosas que era incapaz de cumplir o que chocaban con su susceptibilidad—, desde ese fatal viaje, su espíritu está completamente alterado, aunque aún sea capaz de hacer ciertos trabajos —por ejemplo, traducciones del griego—,

y se encuentra en un estado de absoluta ausencia de ánimo. Su visión me ha conmovido: descuida de tal modo su aspecto que provoca repugnancia; y si sus palabras no revelan completamente un estado de enajenación mental, se comporta de la misma manera que los que han caído en él. Aquí no hay manera alguna de que se recupere. Por eso he pensado preguntarte si podrías hacerte tú cargo de él, en el caso de que venga a Jena, lo que le hace mucha ilusión. Necesita estar rodeado de un ambiente tranquilo, y quizá un tratamiento continuo podría lograr que mejorase. Si alguien le acogiera, debería actuar con él como un preceptor, y rehacerle desde los cimientos. Si se consigue pasar por alto su apariencia, no resulta una carga, porque se ha vuelto muy sereno y muy recogido en sí mismo».

Hegel, que estaba entonces en pleno éxito de sus lecciones de Jena, no hizo nada por ayudar a Hölderlin. A la carta de Schelling contestó con evasivas: «Hölderlin ha entrado en una fase en que Jena no puede producirle ya ningún efecto favorable», «no creo que la calma sea suficiente para curarle de su estado actual», «tiene que curarse por sí mismo», «si sigue confiando en mí, como siempre lo ha hecho, quizá fuera posible ejercer alguna influencia sobre él…».

Del encuentro que Schelling tuvo con Hölderlin a mediados de 1803 ha quedado otro testimonio, muy tardío. Ya había pasado casi medio siglo de aquel encuentro. Schwab, que preparaba entonces —hacia 1845— la segunda edición de los poemas de Hölderlin, le preguntó por él. «Sí, volví a verle—le contesta el filósofo— y fue triste, porque en seguida me di cuenta de que ese tierno y desafinado instrumento estaba ya destruido para siempre. Si yo expresaba algún pensamiento que en otro tiempo le habría resultado interesante, decía unas primeras palabras que siempre eran correctas y adecuadas, pero inmediatamente después perdía el hilo. Pero pude comprobar lo arraigada que estaba en él la educación con la que había nacido y que había recibido: en las treinta y seis horas que estuvo con nosotros, no dijo ni hizo nada inadecuado, nada que contradijera su anterior forma de ser, noble y atenta. La despedida fue dolorosa. Ya no le volví a ver».

El poeta siguió encerrado en la casa familiar, con raptos de ira en mitad de largas temporadas de mutismo. Pero en Hölderlin se da un fenómeno singular, que revela la hondura de su vocación poética. Cuando tiene ya la razón muy perdida, cuando es incapaz de escribir cartas coherentes, sigue componiendo grandes poemas. De los mismos días de la carta que Schelling envía a Hegel y le describe el triste estado del amigo común es el poema «Recuerdo» (*Andenken*), un poema que ha pasado a todas las antologías, y el que mereció el estudio más extenso de los que el filósofo Heidegger dedicó a Hölderlin. En ese poema evoca con plena lucidez —al menos lucidez poética— sus vivencias francesas, y lo hace en versos delicados y claros, y más que claros aún, transparentes.

Sopla el nordeste,
el más querido de los vientos
para mí, porque promete espíritu de fuego
y buena travesía a los marinos.
Ve, pues, ahora, y saluda
al hermoso Garona
y a los jardines de Burdeos,
allí, donde en la abrupta orilla
baja el sendero y en la corriente
profunda cae el arroyo, y en lo alto
una noble pareja de álamo y encina
todo lo contempla.

Aún lo recuerdo bien, y cómo
inclinan sus frondosas copas
los olmos en el bosque, hacia el molino,
y crece una higuera en patio.
En los días de fiesta van hacia allí
las mujeres morenas,
sobre el suelo sedoso.
Y cuando llega marzo,
y son iguales los días y las noches,
sobre lentos senderos
empapados de dorados ensueños
soplan tenues brisas.

Pero que alguien me acerque
llena de luz oscura
la olorosa copa.
Que pueda descansar, pues dulce
sería dormir bajo las sombras.
No es bueno
estar sin alma, vacío
de pensamientos terrenos. Sin embargo es bueno
hablar, y que diga
qué siente el corazón, y oír lo mucho
que tuvieron los días de amor,
los hechos que ocurrieron.

Pero, ¿dónde están los amigos? Belarmino
y su compañero, ¿dónde están? Algunos
no se atreven a acercarse a la fuente.
porque después de todo, la riqueza

empieza en el mar. Ellos,
como pintores, juntan
lo bello de la tierra, y no desdeñan
la guerra alada, ni
vivir solos, a lo largo de años, bajo
el mástil sin hojas, donde no brillan en la noche
los días de fiesta en la ciudad,
ni músicas de cuerda, ni las danzas propias del lugar.

Pero ahora los hombres
se han marchado a las Indias.
Allí, en la cumbre ventosa,
junto a los viñedos, donde
inicia el Dordoña su descenso,
y se une al grandioso
Garona, ancho como un mar,
y ensancha su corriente. Pero el mar
quita y da memoria,
y también el amor fija las atentas miradas.
Mas lo que permanece, lo fundan los poetas.

Der Nordost wehet,
Der liebste unter den Winden
Mir, weil er feurigen Geist
Und gute Fahrt verheißet den Schiffern.
Geh aber nun und grüße
Die schöne Garonne,
Und die Gärten von Bourdeaux
Dort, wo am scharfen Ufer
Hingehet der Steg und in den Strom
Tief fällt der Bach, darüber aber
Hinschauet ein edel Paar
Von Eichen und Silberpappeln;

Noch denket das mir wohl und wie
Die breiten Gipfel neiget
Der Ulmwald, über die Mühl,
Im Hofe aber wächset ein Feigenbaum.
An Feiertagen gehn
Die braunen Frauen daselbst
Auf seidnen Boden,
Zur Märzenzeit,
Wenn gleich ist Nacht und Tag,

Und über langsamen Stegen,
Von goldenen Träumen schwer,
Einwiegende Lüfte ziehen.

Es reiche aber,
Des dunkeln Lichtes voll,
Mir einer den duftenden Becher,
Damit ich ruhen möge; denn süß
Wär unter Schatten der Schlummer.
Nicht ist es gut,
Seellos von sterblichen
Gedanken zu sein. Doch gut
Ist ein Gespräch und zu sagen
Des Herzens Meinung, zu hören viel
Von Tagen der Lieb,
Und Taten, welche geschehen.

Wo aber sind die Freunde? Bellarmin
Mit dem Gefährten? Mancher
Trägt Scheue, an die Quelle zu gehn;
Es beginnet nämlich der Reichtum
Im Meere. Sie,
Wie Maler, bringen zusammen
Das Schöne der Erd und verschmähn
Den geflügelten Krieg nicht, und
Zu wohnen einsam, jahrlang, unter
Dem entlaubten Mast, wo nicht die Nacht durchglänzen
Die Feiertage der Stadt,
Und Saitenspiel und eingeborener Tanz nicht.

Nun aber sind zu Indiern
Die Männer gegangen,
Dort an der luftigen Spitz
An Traubenbergen, wo herab
Die Dordogne kommt,
Und zusammen mit der prächtgen
Garonne meerbreit
Ausgehet der Strom. Es nehmet aber
Und gibt Gedächtnis die See,
Und die Lieb auch heftet fleißig die Augen,
Was bleibet aber, stiften die Dichter.

Extraña perturbación ésta de Hölderlin, que no le impide escribir un poema en el que —como ha demostrado Heidegger— no hay un solo verso ni una sola palabra que carezca de pleno sentido. Sí resulta sorprendente que se titule «Recuerdo» un poema cuyo centro está en dos versos de trágica textura biográfica:

> Pero, ¿dónde están los amigos? Belarmino
> y su compañero, ¿dónde están?
>
> *Wo aber sind die Freunde? Bellarmin*
> *Mit dem Gefährten?*

Sobre todo si se tiene en cuenta que el compañero de Belarmino, su corresponsal de tantas cartas, es precisamente Hiperión. De modo que Hölderlin se pregunta en el poema por su propia existencia, una existencia oscura y olvidada, en la que sólo aspira a

> que alguien me acerque
> llena de luz oscura
> la olorosa copa.
> Que pueda descansar, pues dulce
> sería dormir bajo las sombras.
> No es bueno
> estar sin alma, vacío
> de pensamientos terrenos
>
> *Es reiche aber,*
> *des dunkeln Lichtes voll,*
> *Mir einer den duftenden Becher,*
> *Damit ich ruhen möge, denn süß*
> *Wär' unter Schatten der Schlummer.*
> *Nicht ist es gut*
> *Seellos von sterblichen*
> *Gedanken zu sein.*

«¿Dónde están los amigos?», se pregunta el poeta. *Aber sie können mich nicht brauchen*, le había dicho a Böhlendorff en una carta que le envió unos días antes de salir hacia Burdeos: «No saben qué hacer de mí», o lo que es lo mismo, no les sirvo para nada. Hölderlin no les sirve —y sus cartas sin respuesta son una prueba irrefutable— porque no es un brillante profesor de Jena, no es un filósofo de fama, y apenas es un poeta —porque los editores le prometen ediciones que luego no hacen.

Pero el título —«Recuerdo»—, que resulta incongruente más allá de la evocación de algunas vivencias francesas, adquiere plena significación a la vista del último verso:

> Mas lo que permanece, lo fundan los poetas.
>
> *Was bleibet aber, stiften die Dichter.*

Permanece lo que ha quedado grabado en la memoria de los poetas: la realidad que se ha convertido en recuerdo. No otra cosa será lo que diga Rilke en la séptima de las *Elegías de Duino*: el poeta «construye *interiormente* de un modo más grande, con columnas y estatuas» (*sie's nun* innerlich *baun, mit Pfeilern und Statuen, größer*). Si el hombre es el único ser que «puede realizar esa transformación íntima y duradera de lo visible en lo invisible, de manera que ya no dependa [su existencia] de ser visible o tangible», como dice Rilke en una de sus cartas, la tarea del poeta es hacer esa misma transformación pero «con columnas y estatuas»: con belleza.

XXXII

EL VIAJE A RATISBONA Y LOS *CANTOS NOCTURNOS*

Un amigo no le olvida: Isaac von Sinclair. Al poco de volver Hölderlin de Burdeos a la casa familiar de Nürtingen, Sinclair le animó a acompañarle a Ratisbona, donde se iba a celebrar una reunión de los Estados alemanes para reordenar las fronteras después de la segunda Guerra de Coalición. Se ha conservado el pasaporte que concedió la comisaría de Nürtingen al poeta para hacer el viaje, y por él puede reconstruirse el itinerario. También contiene datos físicos sobre Hölderlin: llevaba barba de color castaño, tenía anchas espaldas «sin defectos» (*breite Schultern ohne Gebrechen*) —lo que probablemente quería decir sin curvatura, sin corcova—. Tras la palabra «talla», que aparece impresa, consta, a mano, «seis pies». En aquella época y región, un pie equivalía a 28,64 cm., por lo que Hölderlin medía algo más de 1,71 m. La cifra difiere sensiblemente de la que figura en pasaportes anteriores. En el extendido en Lyon el 15 de diciembre de 1801 consta «1.766 milímetros», y en el que le concedieron en Burdeos para el regreso, el 10 de mayo de 1802, figura «1,75 metros».

La primera parada la hicieron Sinclair y Hölderlin en Blaubeuren. Ya no vivía allí la hermana del poeta, que al quedarse viuda había tenido que abandonar la vivienda que correspondía al marido como profesor de la *Klosterschule*. Con sus tres hijos —Christian Friedrich, Heinrika Sibylla y Karl Heinrich Friedrich, del que había sido padrino Hölderlin—, se fue a vivir a la casa materna de Nürtingen. Y allí en Nürtingen moriría en 1850, a una edad que para la época era ya provecta.

A diecisiete kilómetros de Blaubeuren está Ulm, a orillas del Danubio, con la esbelta torre de la catedral —la torre gótica más alta de Europa— dominando el caserío medieval. Unos días después de que Hölderlin y Sinclair pasaran por allí, la ciudad de Ulm, capital de un minúsculo Estado, perdería su independencia: precisamente por el acuerdo que se firmaba en esos días, Ulm pasaría a formar parte del reino de Baviera.

… Y Ratisbona. De la estancia de Hölderlin y Sinclair en la ciudad se ha hablado ya páginas atrás: allí conoció el poeta al conde soberano de Hessen-Homburg, Friedrich V, y allí recibió de él el encargo de escribir el poema «Patmos».

La estancia en Ratisbona duró un par de semanas. No se sabe si Hölderlin volvió solo a Nürtingen o lo hizo en compañía de Sinclair. La reunión de Ratisbona se prolongó varios meses, pero como las pretensiones territoriales del condado de Hessen-Homburg se rechazaron en los primeros días, es probable que Sinclair abandonase pronto la ciudad. Del estado de Hölderlin durante la estancia en Ratisbona hay un testimonio ambiguo. Se trata de una carta escrita por Sinclair a la madre del poeta en junio de 1803, en que le dice: «No puedo creer que mi querido amigo sufra ni una verdadera pérdida ni un verdadero debilitamiento de sus facultades mentales. Se trata sólo —y así lo espero— de síntomas que nadie puede juzgar, salvo quien conozca las numerosas y graves causas que le han conducido al estado en que se encuentra. En Ratisbona yo era el único, o casi el único, que no compartía el diagnóstico que hicieron los médicos de allí. Y puedo afirmar con toda veracidad que nunca le vi con tan gran fuerza de espíritu y de alma como entonces».

La estancia en Ratisbona resulta un enigma. Si hubo que llamar a los médicos es que los síntomas de Hölderlin eran graves. Pero la impresión que tuvo Sinclair era que el poeta tenía intactas sus facultades mentales. ¿Es concebible, además, que el conde Friedrich —que pudo tratar largamente a Hölderlin, y que convivió con él en la misma residencia— encargara un poema a un loco?

El 15 de octubre, Hölderlin está ya de vuelta en la casa materna de Nürtingen. Inmediatamente vuelve a encerrarse en su cuarto, a sumirse en el mutismo y a escribir. La madre, que nunca entendió la vocación poética de su hijo, y que siempre atribuyó a la poesía sus excentricidades, le escribe a Sinclair: «No me explico como puede trabajar en su estado. Advierto con preocupación que le cuesta gran esfuerzo, y que ese esfuerzo le produce un debilitamiento creciente».

Las últimas cartas coherentes que se conservan de Hölderlin van dirigidas al editor Wilmans, de Fráncfort. Son cuatro cartas breves, en que el poeta le habla de la traducción que está haciendo de las tragedias de Sófocles y de unos «pequeños poemas» que tiene ya compuestos y que «tal vez le gusten». Wilmans le había pedido alguna colaboración para su *Almanaque dedicado al amor y la amistad* (*Taschenbuch der Liebe und Freundschaft gewidmet*), que se publicaba anualmente. En una carta posterior, Hölderlin da un nombre común a esos poemas que le envía: *Cantos nocturnos* (*Nachtgesänge*).

Los poemas que Hölderlin agrupó bajo ese título eran nueve. Seis de ellos eran odas —«Quirón» (*Chiron*), «Lágrimas» (*Tränen*), «A la es-

peranza» (*An die Hoffnung*), «Vulcano» (*Vulkan*), «Timidez» (*Blödigkeit*), «Ganímedes» (*Ganymed*)— y los otros tres, poemas breves en verso libre —«Mitad de la vida» (*Hälfte des Lebens*), «Edades» (*Lebensalter*) y «El rincón del Hardt» (*Der Winkel von Hardt*)—. Casi todos ellos son reelaboración de poemas anteriores, que pasan a tener un sesgo marcadamente mitológico, como los propios títulos revelan: «El cantor ciego» pasó a ser «Quirón», «El invierno» se convirtió en «Vulcano», y «La corriente encadenada» (*Der gefesselte Strom*), escrito un par de años atrás, se transformó en «Ganímedes»…

En uno de los párrafos siguientes al anuncio del envío de los *Cantos nocturnos* —en la misma carta al editor Wilmans— Hölderlin hace una clasificación de los poemas —refiriéndose probablemente a los que tenía entre manos esos días— entre «canciones amorosas» (*Liebeslieder*) y «cantos patrios» (*vaterländische Gesänge*). No hay duda de que, entre estos últimos, están «Patmos» y «Recuerdo» (*Andenken*) —de los que ya se ha hablado—, «El Ister» (*Der Ister*), «Mnemosyne», «El águila» (*Der Adler*) y el esbozo de «Los titanes» (*Die Titanen*). Pero los *Cantos nocturnos*, ¿pueden encuadrarse entre las «canciones amorosas»? ¿Al hablar de las «canciones amorosas» se estaba refiriendo Hölderlin a los *Cantos nocturnos* a que había aludido unos párrafos atrás?

El tono de los *Cantos nocturnos* no es, desde luego, amoroso. Pero la caracterización que hace Hölderlin de uno y otro tipo de poemas puede llevar a una respuesta afirmativa. Dice el poeta que lo propio de los «cantos patrios» es «el júbilo alto y puro» (*das hohe und reine Frohlocken*), mientras que lo que caracteriza las «canciones amorosas» es su «siempre cansado vuelo» (*immer müde Flug*). Sí, desde la perspectiva biográfica, se entiende que Hölderlin considerara los *Cantos nocturnos* como «canciones amorosas»: el poeta, a esta altura de su vida, no podía escribir una poesía amorosa con otros rasgos. No podía esperarse de él una poesía amorosa cargada de ilusión. Su vida ha sido un completo fracaso, Susette ha muerto, y él es consciente de su desvarío. Sólo le quedan jirones de lo que amó en otro tiempo: el recuerdo de una mujer que no pudo ser suya, las islas griegas, algunos ríos y ciudades, la poesía. Y esos sí son los temas de los *Cantos nocturnos*.

Además, los *Cantos nocturnos* —salvo «El rincón del Hardt»— son poemas marcadamente subjetivos, y por ello líricos. El *yo* poético no es exultante, sino apagado, mate: el poeta pide ayuda a la poderosa corriente del río para seguir luchando, evoca «bajo encinas armoniosamente ordenadas» (*wohleingerichtete Eichen*) los «bosques de columnas en mitad del desierto» (*Säulenwälder in der Ebene der Wüste*) que fueron en otro tiempo las calles de Palmira, se queja del «aguijón del dios» (*der Stachel des Gottes*) que le hiere día tras día, o llora el hundimiento de las antiguas islas griegas, como en el poema «Lágrimas» (*Tränen*),

¡Tierno, celeste amor! Si me olvido de ti,
o de vosotras, desdichadas,
ardientes, cubiertas de cenizas,
devastadas, desiertas,

¡islas queridas, pupilas abiertas a un mundo prodigioso!
Sólo a vosotras quiero,
a vosotras, orillas donde el amor idólatra
expía su culpa ante los dioses.

Pues en ciertos días, los santos y los héroes feroces
sirvieron con fervor excesivo a la belleza.
Y árboles sin número
y ciudades enteras se erigieron,

semejantes a un hombre ensimismado. Ahora
los héroes están muertos, y las islas de amor,
desfiguradas. Así, engañado,
loco incluso, ha de estar el amor en todas partes.

Vosotras, blandas lágrimas, no lleguéis a apagar
del todo la luz ante mis ojos. Dejad al menos,
ladronas y engañosas, que un recuerdo,
para poder morir más noblemente, sobreviva.

Himmlische Liebe! zärtliche! wenn ich dein
Vergäße, wenn ich, o ihr geschicklichen,
Ihr feurgen, die voll Asche sind und
Wüst und vereinsamet ohnedies schon,

Ihr lieben Inseln, Augen der Wunderwelt!
Ihr nämlich geht nun einzig allein mich an,
Ihr Ufer, wo die abgöttische
Büßet, doch Himmlischen nur, die Liebe.

Denn allzudankbar haben die Heiligen
Gedienet dort in Tagen der Schönheit und
Die zorngen Helden; und viel Bäume
Sind, und die Städte daselbst gestanden,

Sichtbar, gleich einem sinnigen Mann; itzt sind
Die Helden tot, die Inseln der Liebe sind
Entstellt fast. So muß übervorteilt,
Albern doch überall sein die Liebe.

Ihr weichen Tränen, löschet das Augenlicht
Mir aber nicht ganz aus; ein Gedächtnis doch,
Damit ich edel sterbe, laßt ihr
Trügrischen, Diebischen, mir nachleben.

Cabe preguntarse por qué puso Hölderlin al frente de esos nueve poemas el título común de *Cantos nocturnos*, cuando la noche sólo aparece nombrada en dos de ellos. En «Quirón» dice el poeta que «insensible / me arrastra siempre la noche poderosa» (*herzlos / zieht die gewaltige Nacht mich immer*), y en «Vulcano» dice que «la noche asalta la tierra / con la helada» (*die Nacht mit dem Frost das Land / befällt*). El *yo* de los *Cantos* es un ser que se mueve fantasmalmente entre sombras. No es un ambiente luminoso el de estos nueve poemas, sino un ambiente de penumbra, de noche. Como ha escrito Hölderlin, por estos mismos días, en el poema «Recuerdo», «dulce / sería dormir bajo las sombras» (*süß / Wär unter Schatten der Schlummer*). No aspira a más. Los *Cantos nocturnos* son poemas de amorosa y a la vez sombría resignación.

Los *Cantos* no fueron apreciados al tiempo de publicarse. Görres, que había alabado con entusiasmo el *Hyperion* en la prestigiosa revista *Aurora*, dedicó una reseña breve y compasiva a los *Cantos* en la misma revista: «En los poemas del *Almanaque*, un águila bate compulsivamente sus alas rotas; los gamberros la maltratan en la calle, pero quien conoce sus circunstancias y tiene un corazón en el pecho sigue al ave con ojos de tristeza, cuando la ve pasar, tratando de elevarse hasta el sol». Más dura fue la crítica —implícita— de Schwab, que al publicar las obras de Hölderlin en 1846, situó los *Cantos nocturnos* bajo el epígrafe «Poemas de los años de locura» (*Gedichte aus der Zeit des Irrsinns*), criterio que siguió Marie Joachimi-Dege en 1909 al emplazar los *Cantos nocturnos* entre los poemas *Del tiempo de la demencia* (*Aus der Zeit der Umnachtung*).

Es probable que a quien leyera el *Almanaque* en 1805 —cuando se publicaron los *Cantos nocturnos*— le viniera a la mente otra obra de título semejante que se había publicado muy poco tiempo atrás —en 1800—: los *Himnos a la Noche*. Pero la obra de Novalis y la de Hölderlin no tienen nada en común. Los *Himnos* de Novalis hablan de la noche en el sentido en que lo hacen los místicos —santa Teresa, con su «mala noche en una mala posada», y san Juan de la Cruz con su «noche oscura del alma»—: como un paso necesario para llegar a la Luz. La noche de Hölderlin no tiene dimensión trascendente, no tiene madrugada a la vista: es la tiniebla de una vida torturada.

XXXIII

LOS *CANTOS PATRIOS*

Igual que en Ratisbona, también en Nürtingen llamaron al médico para que tratara de aliviar al poeta. Y el modesto médico rural de Nürtingen, que tuvo más tiempo para hablar con Hölderlin que el de Ratisbona, dio con el único tratamiento que le relajaba: que los alumnos de la escuela latina le leyeran poemas de Horacio. Y allí iban los pequeños estudiantes del pueblo a sentarse a la cabecera de aquel raro vecino suyo, y por turno iban desgranando dificultosamente los versos escritos en latín.

Se han conservado diez cartas que la madre de Hölderlin envió a Isaac von Sinclair entre diciembre de 1802 y diciembre de 1804, en las que le va dando cuenta de la salud mental de su hijo. Por esas cartas sabemos que el poeta trabaja «el día entero y la mitad de la noche», que los arrebatos de violencia van desapareciendo, que los médicos venidos de fuera no dan esperanza alguna de curación, y, lo que resulta más trágico aún, que el propio Hölderlin «se aflige enormemente por haber perdido toda la energía y haber perdido casi por completo toda su capacidad de reflexión» (*er quält sich so sehr daß er gegenwärtig ganz geschwächt ist und beynahe seine Besinnungskraft verloren hat*).

En la primavera de 1803, Hölderlin —que no quiso tener trato con nadie durante su larga estancia en Nürtingen—, fue a visitar a Schelling, que pasaba unos días en el convento benedictino de Murrhardt. Ya ha podido leerse, páginas atrás, cómo fue el testimonio de Schelling sobre ese encuentro. El poeta no podía seguir el hilo de la conversación, y tras unas pocas palabras coherentes empezaba a desbarrar. Pero a Schelling le llamó la atención la compostura de Hölderlin, que conservaba, con la razón perdida, su delicadeza habitual.

Frente a los grandes himnos de la primera época, como los *Himnos de Tubinga*, con una rigurosa estructuración en estrofas y con versos sonoros de arte mayor inspirados en la métrica griega, los *Cantos patrios*

son poemas escritos en verso libre. Pero lo que caracteriza los himnos que integran los *Cantos patrios* no es sólo la forma, sino también el tono. Cuando dice el poeta —en una de las cartas al editor Wilmans— que lo propio de los «cantos patrios» es «el júbilo alto y puro» (*das hohe und reine Frohlocken*), está expresando un ideal poético, quizá incluso un propósito. Pero no la realidad de los poemas que está componiendo por esas fechas.

Al verdadero tono de los poemas se ajusta más la breve nota que Hölderlin puso al frente de uno de los primeros *Cantos patrios*, el que lleva por título *Fiesta de la paz*: «Sólo pido al que lea esta hoja que lo haga con benevolencia […]. Quizá algunos perciban que el lenguaje empleado es poco convencional: no puedo hacer otra cosa». *Ich kann nicht anders*: resignación, de nuevo, como en las *Cantos nocturnos*. Es difícil escribir a la vez dos tipos de poemas de tono radicalmente distinto. El tono de unos y otros *Cantos* es igualmente sombrío. Por ninguna parte se advierte ese «júbilo alto y puro» del que habla Hölderlin al editor Wilmans.

El arranque de «Mnemosyne» es ya desolador:

> Somos un signo sólo, y sin sentido.
> Estamos sin dolor y casi
> hemos perdido el habla en tierra extraña.
>
> *Ein Zeichen sind wir, deutungslos,*
> *Schmerzlos sind wir und haben fast*
> *Die Sprache in der Fremde verloren.*

Ese «sin dolor» no es placidez, sino incapacidad de sentir. Hay un momento en que el sufrimiento no puede aumentar más: el hombre ha llegado al dintel. Y el «sin sentido» no es sólo pérdida de significado —de razón de ser o de existir—, es también la desorientación absoluta. El hombre queda reducido a un signo. Pero a un signo que ha perdido su esencia, que es significar. No cabe expresión más rotunda del vacío existencial.

En uno de los *Cantos patrios* que no llegó a concluir —«El águila» (*Der Adler*)— vuelve a aparecer la palabra «signo» (*Zeichen*), referida ahora a algo externo que marque el rumbo del hombre desorientado:

> Un signo es necesario,
> nada más, un signo simple y claro,
>
> *Ein Zeichen braucht es,*
> *Nichts anderes, schlecht und recht,*

Los *Cantos patrios* fueron los últimos poemas que Hölderlin escribió en la casa familiar de Nürtingen. A diferencia de los *Cantos nocturnos*, el poeta no llegó a verlos publicados. Fue Friedrich Beißner, al preparar la extraordinaria *Große Stuttgarter Ausgabe* quien, bien entrado ya el siglo XX, los editó por primera vez, y a él se debe, no sólo la determinación de los once poemas agrupados bajo ese título, sino también el orden en que suelen imprimirse: «A la tierra madre» (*Der Mutter Erde*), «En el manantial del Danubio» (*Am Quell der Donau*), «Fiesta de la paz» (*Friedensfeier*), «La marcha» (*Die Wanderung*), «El Rin» (*Der Rhein*), «Germania» (*Germanien*), «El único» (*Der Einzige*), «Patmos», «Recuerdo» (*Andenken*), «El Ister» (*Der Ister*) y «Mnemosyne». A este ciclo pertenecen también diversos fragmentos que, por abarcar en los primeros versos una excesiva riqueza de contenido, Hölderlin, con las facultades mentales disminuidas, no pudo desarrollar y concluir.

Uno de los más bellos de esos *Cantos* fragmentarios es «Los titanes» (*Die Titanen*), donde la incoherencia y la angustia del poeta quedan de manifiesto desde las primeras líneas:

> Pero no ha llegado
> el tiempo. Todavía
> están libres de cadenas. Lo divino no alcanza a los herméticos.
> Podrán contar más tarde
> con Delfos. Entre tanto,
> concédeme que en horas de descanso pueda
> con calma pensar sobre los muertos.
> Porque han caído tantos
> capitanes de otro tiempo,
> damas bellas, poetas,
> e incluso en nuestros días
> tantos hombres.
> Y yo estoy tan solo.
> […]
>
> *Nicht ist aber*
> *Die Zeit. Noch sind sie*
> *Unangebunden. Göttliches trifft unteilnehmende nicht.*
> *Dann mögen sie rechnen*
> *Mit Delphi. Indessen, gib in Feierstunden*
> *Und daß ich ruhen möge, der Toten*
> *Zu denken. Viele sind gestorben*
> *Feldherrn in alter Zeit*
> *Und schöne Frauen und Dichter*
> *Und in neuer*

Der Männer viel.
Ich aber bin allein.
[…]

No es fácil deslindar, en los pasajes más oscuros de los *Cantos patrios*, qué hay en ellos del «nuevo estilo» —el *neue Sangart* del que Hölderlin le habla a Wilmans— y qué hay de incoherencia derivada de la locura. Algo sí resulta evidente: aunque se trata de dos conjuntos poemáticos escritos en fechas muy próximas, Hölderlin mantuvo en los *Cantos nocturnos* la misma estructura rigurosa de las odas escritas en su etapa de plenitud —estrofas alcaicas o asclepiadeas perfectamente medidas—, pero los himnos que integran los *Cantos patrios* no son capaces ya de mantener el rigor formal de los himnos anteriores —estrofas de ocho versos decasílabos de rima consonante y ritmo yámbico o trocaico—. En los *Cantos patrios* cae la medida de los versos, cae la rima, caen los ritmos clásicos, y cae —a veces— la más elemental armonía de expresión.

XXXIV

UNA TRADUCCIÓN PRODUCE RISA EN WEIMAR

La pasión de Hölderlin por la literatura griega le llevó a traducir a lo largo de toda su vida. Empezó a hacerlo cuando era aún estudiante de la escuela conventual de Maulbronn, con dieciocho años, y lo siguió haciendo hasta que la locura le impidió seguir traduciendo a Sófocles, cuyas tragedias tenía el propósito de verter al alemán en su totalidad. Incluso en aquel verano feliz de 1796 que pasó junto a Susette en Bad Driburg —lejos del banquero Gontard y lejos de la casa del *Großer Hirschgraben* en que el preceptor era un criado distinguido, pero un criado más—, tradujo. Y en los años inmediatamente anteriores al encierro de Tubinga, con la razón casi perdida, Hölderlin paseaba por Homburg con el minúsculo volumen —en doceavo— del *Pindari et caeterorum Lyricorum carmina*, que en versión griega y latina había publicado el francés Henri Etienne en 1560.

Las traducciones juveniles no pasaron de ser ejercicios de devoción. Homero fue el autor más admirado por Hölderlin, y eso explica que en sólo dos semanas tradujera más de mil cien versos de la *Ilíada*: todo el primer canto y gran parte del segundo. En sus años de mayor fervor revolucionario, Hölderlin tradujo *El banquete de los doctos*, del escritor griego del siglo III Ateneo de Naúcratis, en que se alaba la conducta de los héroes Harmodio y Aristogitón, que asesinan al tirano Hiparco.

De sus años de preceptor en Fráncfort es la traducción de una parte —algo más de cien versos— de la tragedia *Hécuba*, de Eurípides, en que predomina la exaltación del heroísmo. En los meses de su primera estancia en Homburg —últimos de 1799 y primeros de 1800—, Hölderlin tradujo parte de *Las Bacantes*, también de Eurípides: concretamente el nacimiento y los viajes del dios Dioniso, tan presente en sus propios poemas.

También tradujo a los clásicos latinos, en un caso por encargo de Schiller, como le cuenta a Neuffer en una carta de la primavera

de 1795: «Schiller me ha encargado que le traduzca el *Faeton* de Ovidio para su *Almanaque*, y nunca he emprendido un trabajo con tanta alegría como éste. No se apasiona uno tanto como con las producciones propias, aunque la música de la versificación le absorbe a uno por completo. Y eso sin hablar de otros encantos que tiene ese trabajo». Lo cierto es que la traducción de Ovidio no llegó a aparecer en el *Musen-Almanach*, quizá porque Hölderlin actuó con excesiva libertad respecto del original, y más que traducir compuso poemas propios basados en Ovidio.

La otra traducción del latín la hizo en los primeros meses de 1796, cuando su amistad con Susette iba derivando precipitadamente hacia el amor. Lo que tradujo entonces fue un episodio de la *Eneida*: el que cuenta la amistad de Niso y Eurialo, jóvenes héroes dispuestos a dar la vista por el sentimiento que los unía. No hay traducción de Hölderlin que no tenga un anclaje biográfico muy preciso.

En los meses de su última estancia en Nürtingen, y al tiempo que redactaba febrilmente los *Cantos nocturnos* y los *Cantos patrios*, Hölderlin tradujo dos tragedias de Sófocles: *Edipo rey* y *Antígona*. Inmediatamente después empezó a traducir *Edipo en Colono* y *Áyax*, pero ya no pudo seguir, porque no tenía la mente a la altura de la voluntad. Cuando, poco tiempo después —a finales de abril de 1804—, llegaron a Nürtingen los primeros ejemplares de las dos tragedias traducidas, en la elegante edición en dos volúmenes que había hecho Wilmans, Hölderlin los miró con absoluta indiferencia.

Los criterios de Hölderlin que presidieron su traducción de las tragedias griegas están expuestos en una carta dirigida a Wilmans en septiembre de 1803: quiere presentar esas obras al público «de un modo más vivo que el habitual» (*lebendiger als gewöhnlich*). En la carta siguiente dice que «el lenguaje de *Antígona* no me parecía lo bastante vivo» —extraño reproche a un autor que está traduciendo—, y que quiere «corregir los fallos artísticos» (*die Kunstfehler verbessern*) del original. En la última carta que envió a Wilmans, el 2 de abril de 1804 —cuando ya está a punto de recibir los primeros ejemplares impresos— le dice que en la traducción ha procurado «seguir siempre, con el mayor atrevimiento, el entusiasmo excéntrico (*die exzentrische Begeisterung*) que le estaba prohibido al poeta».

No se explica que con estas premisas, que auguraban una traducción, más que libre, absolutamente osada, Wilmans se arriesgase a publicar la versión de Hölderlin. ¿Estaba Schelling detrás, respaldando una edición que estaba encaminada al más absoluto fracaso? Schelling le había anunciado a Hölderlin que las tragedias se estrenarían en el teatro de Weimar, algo sensatamente impensable y que sólo pudo decir para infundirle ánimos.

La edición de las tragedias iba seguida de unas «Notas sobre Edipo» (*Anmerkungen zum Oedipus*) y «Notas sobre Antígona» (*Anmerkungen zu Antigonä*). Se trata de una veintena de páginas, con algunos extraños esquemas de líneas que se cruzan. Como escribió Dilthey, en esas notas están presentes los elementos que, en otros textos de Hölderlin, le sirvieron para construir teorías poéticas coherentes, pero aquí son sólo «un montón de escombros».

La traducción está dedicada a la princesa Auguste von Hessen-Homburg, con unas frases que tienen también una cierta oscuridad sospechosa: «Hace años me animásteis, en una bondadosa carta, y desde entonces he quedado en deuda con vuestras palabras. Ahora, puesto que entre nosotros un poeta debe hacer alguna cosa útil o agradable, he elegido este trabajo, que está ligado a leyes ciertamente extranjeras, pero firmes e históricas. Por lo demás, quisiera, si tengo tiempo, cantar a los antepasados de nuestros príncipes y sus asientos, y los ángeles de la sagrada patria».

Heinrich Voss estuvo en Weimar algún tiempo después de aparecer las traducciones de Hölderlin, y le escribe a un amigo: «¿Qué te ha parecido el Sófocles de Hölderlin? Este hombre ¿está loco o se lo hace? ¿Su Sófocles es una sátira encubierta a los malos traductores? Hace poco he estado una tarde con Schiller y Goethe, y los dos se partían de risa. Léete el cuarto coro de *Antígona*. Tendrías que haber visto cómo se reía Schiller. O lee el vigésimo verso de *Antígona*: '¿Qué sucede?, pareces colorear de rojo la palabra'. Le he recomendado ese pasaje a Goethe, porque es una buena aportación a su teoría de los colores. Cada vez que encuentro algo en mis lecturas de libros viejos sobre ese tema se lo comunico».

Lenguaje oscuro, traducción arbitraria —se han hecho largas listas de palabras alemanas que no se corresponden con las que figuran en el original griego—, reinvención de escenas cuyo dramatismo se lleva al extremo. Durante más de un siglo se ha desdeñado la traducción de Sófocles. Luego se ha descubierto que encubría un acierto: era una buena traducción hecha «de oído». La letra era casi caprichosa, pero la melodía era fiel. Con la inevitable conversión de las sílabas largas y breves del griego en sílabas átonas y tónicas —único modo de trasladar los pies griegos al ritmo de las lenguas europeas modernas—, el texto de Hölderlin es una fiel imitación sonora del original. Quizá por esa razón, el único que ha respetado íntegramente el texto de Hölderlin al llevarlo a la escena ha sido el músico Carl Orff. Y quizá por esa razón también, Orff redobló los tambores de la orquesta en la ópera *Antígona*: quería acentuar así el ritmo implacable de los versos escritos por el poeta.

XXXV

UNA MIRADA RETROSPECTIVA: LA MUERTE DE SUSETTE

Hay que retroceder unos meses, porque un episodio decisivo en la vida de Hölderlin se ha reseñado con excesiva precipitación al hilo de los acontecimientos que desencadenaron la locura. El 22 de junio de 1802 murió Susette Gontard en su casa del lujoso *Großer Hirschgraben* de Fráncfort. Por esos días, Hölderlin cruzaba a pie, desarrapado, hambriento y sin equipaje, el puente sobre el Rin que en la ciudad de Kehl unía Francia con el condado alemán de Baden-Durlach.

El día 30 de junio, el poeta llegó a Stuttgart, camino de Nürtingen. Ese mismo día, Isaac von Sinclair escribió una carta, dirigida a Hölderlin, en que le comunicaba la muerte de Susette. No mandó la carta a Burdeos —donde él creía que estaba aún Hölderlin—, sino que la envió a Landauer —probablemente Sinclair no conocía la dirección exacta de Hölderlin—, para que fuera él quien la remitiera al poeta. Pero cuando la carta llegó a casa de Laudauer, Hölderlin estaba aún allí, de manera que no tuvo que enviarla por correo: se la entregó en mano.

«Querido Hölderlin:

»Por espantosa que sea la noticia que tengo que darte, no puedo dejar que te enteres de ella por azar, aunque la ayuda que puede proporcionar la amistad en este caso es muy pequeña. Yo también me he visto herido por un destino semejante, que me golpeó de manera inesperada y me dejó malherido en lo más íntimo del corazón. La noble destinataria de tu amor ya no está, pero fue siempre tuya. Y aunque eso es espantoso, más grave es no haber sido merecedor de su amor. Aquel ha sido tu caso y este el mío. No sé darte consuelo de una manera mejor a como tú puedas dártelo a ti mismo. Tú creías en la inmortalidad cuando ella aún vivía, y ahora lo creerás aún más que antes, ahora que la vida de tu amada se ha alejado de este mundo efímero. Y qué hay más grande y

noble que un corazón que ha sobrevivido al mundo y que ha aceptado un destino que promete vida, paz y eternidad. Trato de animarte con el corazón sereno. Precisamente porque no tengo temor alguno, tengo que decir la verdad sobre el amor.

»El día 22 de este mes murió tu amada, por causa de una rubeola, al décimo día de su enfermedad. Sus hijos estaban junto a ella y soportaron su muerte con entereza. El pasado invierno tuvo un peligroso catarro que debilitó sus pulmones. Hasta el último momento se mantuvo como siempre. Su muerte fue como su vida.

»Estoy profundamente conmovido, y estoy llorando mientras escribo. Desde que os separásteis yo no había vuelto a verla, y me pareció indigno pedir noticias de un ser que vivía la vida inmutable de la divinidad. Por eso la noticia me ha resultado tan inesperada, pero la he encomendado con lo más puro del corazón, y te lo digo porque eres digno de ella.

»Desde que te fuiste de aquí me han alcanzado algunos reveses del destino. Me he vuelto más sereno y frío, y puedo prometerte que podrás descansar en el pecho de tu amigo. Conoces todos mis defectos, y confío en que ninguno nuevo pueda producir discordia entre nosotros. Por eso quiero invitarte a que vengas a mi casa, y te quedes conmigo todo el tiempo que yo esté aquí. En el caso probable de que mi situación cambie, pensaremos y decidiremos juntos, según se vaya presentando el destino, de qué modo lo afrontaremos como lo haría una pareja fiel. Ahora puedo poner a tu disposición 200 guldas anuales, y una vivienda libre con todo lo necesario para habitar en ella. No tomes esto como un puro ruego, sino como un consejo, aunque no conozco tu situación actual y no sé si has encontrado allí esa paz que tanto necesitas. Comunícame tu decisión. También podría viajar a Burdeos y recogerte, si tú quieres.

»El amigo Ebel te saluda. Está desde enero en Fráncfort. Estuvo junto a tu amada durante su enfermedad y la consoló en sus últimas horas.

Tu Sinclair».

Hölderlin se enteró pues de la muerte de Susette cuando pasaba unos días en casa de Landauer, antes de recorrer la escasa distancia que le separaba de la casa familiar de Nürtingen. No es exacto, por tanto, lo que escribió Karl Gock, el hermano de Hölderlin, en las notas biográficas: que el poeta se enteró cuando aún estaba en Burdeos. Entre otras cosas, no habría tenido serenidad para detenerse en París a contemplar antigüedades. Tampoco parece probable que le llegara a tiempo una carta de Susette en que le pedía que le acompañara en sus últimas horas, como parece dar a entender Waiblinger. Aunque se ha escrito que Ebel,

que asistió como médico a Susette durante su enfermedad y estuvo a su lado durante la agonía, pudo haber encubierto a Hölderlin en su visita fugaz. La extraña conducta del banquero Gontard, que salió precipitadamente de Fráncfort nada más morir Susette y no asistió ni al entierro ni a los funerales por su mujer, habría sido coherente con ese encuentro último.

En todo caso, una duda ha quedado en pie de este episodio: si Hölderlin había llegado a Stuttgart con la razón trastornada —como parece lo más probable— o fue la noticia de la muerte de Susette lo que desencadenó la locura.

También ha quedado en pie la duda de si Hölderlin se sintió culpable de haber abandonado a Susette, de no haber tenido la valentía de volver a ella tras su salida del *Weißer Hirsch*, y haber hecho todo lo contrario: aceptar el lejano destino de preceptor en Burdeos. Se ha querido encontrar un testimonio de ese arrepentimiento en unas frases de la primera carta a Böhlendorff, en que Hölderlin dice: «Hace tiempo que no lloro. Pero ahora me ha costado lágrimas amargas tomar la decisión de alejarme de mi patria, tal vez para siempre». Y añade: «Pues, ¿qué es lo que más quiero en el mundo?».

Si Hölderlin sintió arrepentimiento antes de partir para Burdeos, no hay duda de que el arrepentimiento se acentuaría tras la muerte de Susette. Pero con esa carga sobre su conciencia, ¿es concebible que Hölderlin mantuviera una productividad tan intensa en la época inmediatamente posterior?

Es probable que la locura tuviera ya cautiva la mente de Hölderlin a su regreso de Burdeos. La irracional caminata de un Hölderlin hambriento que cruza media Europa sin más ropa que la que llevaba encima parece una prueba casi irrefutable de locura. La noticia de la muerte de Susette puede que ya apenas hiciera mella en él. Y en ese estado de perturbación —con raptos de violencia en mitad de un «estado de ánimo triste» (*traurige Gemütszustand*), como escribe su madre a Sinclair— escribió poemas y traducciones a lo largo de su estancia en Nürtingen; es decir, de julio de 1802 a junio de 1804.

XXXVI

HOMBURG (II): *AQUÍ ESTÁ OTRA VEZ, SOLO Y LOCO*

A finales de junio de 1804, Sinclair fue a buscar a Hölderlin a Nürtingen, y le pidió que le acompañara a Stuttgart, con la intención de sacarle de su ensimismamiento y también de alejarle de la siempre opresiva esfera familiar. Sinclair había quedado a cenar en Stuttgart con varios amigos de ideas afines, republicanos y revolucionarios todos ellos: Baz, Weisshaar, Seckendorf y el comisario de la Corte (*Hofkommissar*) Blankenstein. Hölderlin no sólo los conocía, sino que compartía sus mismas ideas, y asistió a la cena. En la sobremesa se habló de la necesidad de provocar una sublevación contra el despótico conde de Württemberg. La presencia de Hölderlin en aquella cena traería graves consecuencias para el poeta, como luego se verá.

Desde Stuttgart, Sinclair y Hölderlin viajaron a Homburg. Ya en la carta en que Sinclair le comunicaba la muerte de Susette —dos años atrás— le había recomendado que fuera a vivir con él a Homburg, y después le había insistido varias veces en lo mismo. Es posible que en Stuttgart acabara de convencerle. Lo cierto es que el 22 de junio de 1804, Hölderlin pasó la primera noche de su segunda estancia en Homburg, esta vez alojado en casa del relojero francés Charles Frédéric Calame, en la *Dorotheenstraße* número 34 (entonces era la *Neugasse* 133). Sinclair había alquilado para su amigo una habitación, en el primer piso a la derecha. La casa se conserva, restaurada con absoluta fidelidad a su configuración primitiva. Pronto le asustaron al relojero Calame los ataques de furia de Hölderlin, y le pidió que se fuera. Sinclair le encontró nuevo alojamiento en casa del maestro guarnicionero Lattner, en la *Haingasse* número 38 (hoy lleva el número 12). Las dos casas estaban cerca de la que ocupaba Sinclair —más cercana aún la segunda que la primera—, y todas estaban próximas al palacio condal.

En la decisión de Hölderlin de trasladarse a Homburg influyó un engaño piadoso de su amigo Sinclair: el poeta desempeñaría el puesto

de bibliotecario de corte (*Hofbibliothekar*), con un sueldo de 200 guldas. El buen conde Friedrich V accedió a participar en el engaño, y le pagó mensualmente el sueldo a Hölderlin: las 200 guldas las detraía de lo que Sinclair cobraba como consejero.

La delicadeza de Sinclair llegó al extremo de hacer creer a la madre del poeta que el puesto de bibliotecario no era ficticio, sino real. Eso explica la preocupación que la madre expresa a Sinclair a mediados de 1804: «No creo que esté en situación de desempeñar ese cargo, pues desde mi modesto punto de vista, el cargo exige una mente ordenada, y por desgracia mi querido hijo tiene las facultades mentales muy debilitadas. Si no atendiera su puesto con la debida atención, se vería obligado a abandonarlo, y eso atentaría contra su amor propio —lo que, como madre, tengo que confesar que es su punto débil—, y constituiría para él un nuevo revés. Como estoy lejos de allí, tengo una gran preocupación de cómo le afectarán esas desgraciadas circunstancias, y cómo podría hacer el viaje de vuelta a casa. Quizá la alegría de estar con usted y el honor que supone para él ese cargo han movilizado toda la fuerza de su mente, pero creo que usted no se ha dado cuenta de que tiene la razón perturbada (*sein zerrütener Verstand*), y yo no me explico cómo en ese estado puede realizar trabajo alguno. Veo con preocupación que el trabajo [se refiere a la labor poética] le cuesta un extraordinario esfuerzo, un esfuerzo que le debilita cada vez más, y por eso dicen los médicos que no hay medicamento ni cura que pueda producirle efecto, porque no se aviene a abandonar su trabajo preferido, o a hacerlo con medida».

¿Cómo transcurre la vida de este poeta «con la razón perturbada» en ese pueblo soleado que repta tímidamente por una ladera boscosa del Taunus? Cuando no está en compañía de Sinclair, Hölderlin pasea por las calles, y se deja saludar, muy satisfecho, con el tratamiento respetuoso de *Herr Hofbibliothekarius*. A veces hace largas excursiones a pie, de las que vuelve extenuado. A todas partes lleva el pequeño volumen con los versos de Píndaro. Cuando ha regresado a su habitación toca el piano. El piano está completamente desafinado y le faltan cuerdas, así que hay teclas que no emiten sonido alguno, lo que hace disparatada la melodía. A veces toca durante muchas horas seguidas, repitiendo mecánicamente los mismos compases. Los vecinos lo soportan por compasión.

Y largas horas del día y de la noche las pasa frente al papel en blanco, tratando, con enorme sufrimiento, de escribir poemas. No consigue terminar ninguno de los que empieza. Por una extraña necesidad de compensación psicológica, el tono de los fragmentos es heroico —frente al tono sombrío de los *Cantos patrios* que acaba de escribir en Nürtingen—, y es frecuente que en los versos se ensalcen figuras intrépidas —Cristóbal Colón, Barbarossa, Konradin…—, príncipes guerreros, emperadores, dioses griegos…

Y es conmovedor que el poeta diga de sí mismo:

Habría deseado ser uno de los héroes
y poder proclamarlo libremente.
Habría sido entonces un héroe del mar.

Wünscht' ich der Helden einer zu sein
Und dürfte frei es bekennen
So wär' s ein Seeheld.

Y en un brevísimo esbozo de dos líneas, que titula «Diótima», escribe, de un modo no menos conmovedor:

Podría decir el nombre de los héroes
y guardar silencio sobre la más bella de las heroínas.

Die Helden könnt' ich nennen
Und schweigen von der schönsten der Heldinnen.

El fragmento más extenso es el que lleva por título «A la Virgen» (*An die Madonna*). Los últimos versos contienen una reflexión sobre los poetas y sobre sí mismo:

Pero algo todavía
me queda por decir. Porque me vino
demasiado precipitadamente
la fortuna,
la soledad, y yo sin comprender
la riqueza
me volví hacia las sombras.
Porque tú has dado
a los mortales,
para tentarlos, una forma divina.
¿Para qué una palabra? Así pensaba, pues odia los discursos
quien ahorra la luz de la existencia, que nutre el corazón.
Desde siempre
han dicho los poetas de sí mismos
que han arrebatado la fuerza de los dioses,
pero nosotros sólo arrancamos presas
a la infelicidad, y alzamos las banderas
al dios de la victoria, a aquel que nos libera.
[…]

Noch Eins ist aber
Zu sagen. Denn es wäre
Mir fast zu plötzlich
Das Glück gekommen,
Das Einsame, daß ich unverständig
Im Eigentum
Mich an die Schatten gewandt,
Denn weil du gabst
Den Sterblichen
Versuchend Göttergestalt,
Wofür ein Wort? so meint ich, denn es hasset die Rede, wer
Das Lebenslicht, das herzernährende, sparet.
Es deuteten vor alters
Die Himmlischen sich, von selbst, wie sie
Die Kraft der Götter hinweggenommen.
Wir aber zwingen
Dem Unglück ab und hängen die Fahnen
Dem Siegsgott, dem befreienden, auf
[…]

Hay dos fragmentos de estos meses de Homburg que quizá puedan considerarse poemas acabados. No terminan con una frase interrumpida —como otros— ni tienen lagunas dentro de los versos. Sí cabe pensar que Hölderlin, de haber tenido plena lucidez, los hubiera reelaborado, como hizo con casi todos los poemas que escribió a lo largo de su vida. Tanto un fragmento como el otro empiezan por una pregunta: «¿Qué es la vida del hombre?» (*Was ist der Menschen Leben?*), «¿Qué es Dios?» (*Was ist Gott?*), y no llevan título.

¿Qué es la vida del hombre? Una imagen de la divinidad.
Bajo el cielo caminan todos los terrestres,
y lo miran, y lo leen
en cierto modo como si fuera un texto escrito. Como si
[contemplaran
el infinito y la riqueza. Pero el simple cielo
¿es rico? Como flores
son las nubes de plata. De ellas llueve
la escarcha y el rocío. Y si el azul se apaga,
lo simple adquiere
una apariencia mate, semejante al mármol, al mineral,
un signo de riqueza.

Was ist der Menschen Leben? Ein Bild der Gottheit.
Wie unter dem Himmel wandeln die Irdischen alle, sehen

Sie diesen. Lesend aber gleichsam, wie
In einer Schrift, die Unendlichkeit nachahmen und den Reichtum
Menschen. Ist der einfältige Himmel
Denn reich? Wie Blüten sind ja
Silberne Wolken. Es regnet aber von daher
Der Tau und das Feuchte. Wenn aber
Das Blau ist ausgelöschet, das Einfältige, scheint
Das Matte, das dem Marmelstein gleichet, wie Erz,
Anzeige des Reichtums.

El otro poema, escrito probablemente a continuación del anterior, está presidido por la misma idea que asocia la imagen del cielo a la imagen de Dios:

¿Qué es Dios? Desconocido, y sin embargo
lleno de atributos, es el rostro
del cielo, de él. Los rayos en efecto
son la cólera de Dios. Cuanto más
invisible, más remite a lo extraño. Y el trueno
es la gloria de Dios. Y el amor a la inmortalidad,
la propiedad también, como lo nuestro,
es de un Dios.

Was ist Gott? unbekannt, dennoch
Voll Eigenschaften ist das Angesicht
Des Himmels von ihm. Die Blitze nähmlich
Der Zorn sind eines Gottes. Jemehr ist eins
Unsichtbar, schicket es sich in Fremdes. Aber der Donner
Der Ruhm ist Gottes. Die Liebe zur Unsterblichkeit
Das Eigentum auch, wie das unsere,
Ist eines Gottes.

No se conservan cartas de esta segunda estancia de Hölderlin en Homburg, probablemente porque no las escribió. Sí se han conservado cartas de su madre dirigidas a Sinclair, en que se queja de la falta de noticias del hijo: «Este largo silencio —dice en una de ellas— es una triste prueba de que su estado de ánimo no ha mejorado. ¿Tiene usted la bondad de preguntarle a mi hijo que por qué razón no me escribe, cuando me haría tan feliz recibir alguna noticia tranquilizadora de él?». Unos meses más tarde, la madre de Hölderlin escribe a la madre de Sinclair, pidiéndole que lave la ropa de Hölderlin, «porque mi hijo no tiene suficiente uso de razón para saber lo que le tiene que dar a la lavandera».

El 2 de noviembre de 1804, Isaac von Sinclair salió de viaje hacia París, en representación del duque Friedrich V, para asistir a la coro-

nación imperial de Napoleón. En los dos meses en que Sinclair estuvo ausente, Hölderlin se fue a vivir con la señora Wilhelmine von Proeck, madre de su amigo.

Cuando Sinclair volvió a Homburg a principios de enero, se confirmaron las sospechas que había ido incubando en los últimos meses sobre la irregularidad de la conducta del comisario Blankenstein en la gestión de la lotería del condado de Hessen-Homburg. Blankenstein, al verse descubierto, se anticipó a la acusación de Sinclair y le acusó a su vez de tramar una conspiración contra el conde de Württemberg: le bastó para ello con dirigir un escrito al conde en que le contaba la conversación de sobremesa de aquella cena del 19 de junio de 1804 en que estuvieron reunidos en Stuttgart. Blankenstein acusó de alta traición a todos los comensales; no sólo a Sinclair, sino también a Baz, a Weisshaar y a Seckendorf. «Su camarada Friedrich Hölderlin —añadía— estaba enterado de todo, aunque ahora ha caído en una especie de locura».

En el mes de febrero empezó a sustanciarse el proceso por alta traición ante el tribunal de Ludwigsburg. Sinclair, Baz, Weisshaar y Seckendorf fueron detenidos y llevados a prisión. Como Hölderlin «estaba enterado de todo» se inició una investigación sobre su participación en los hechos. Se pidió informe al alcalde y al director de la escuela latina de Nürtingen, y se analizaron detenidamente las cartas de Hölderlin dirigidas a Sinclair que se requisaron en la casa de éste. De las cartas resultaba, efectivamente, que Hölderlin era demócrata y revolucionario.

Aunque los informes venidos de Nürtingen ponían de manifiesto la confusión mental (*Verwirrung*) en que había caído el poeta, el documento decisivo para que el tribunal le exculpara fue el diagnóstico del doctor Friedrich Karl Müller, de Homburg, que en un solo párrafo brinda un testimonio extraordinariamente valioso para conocer el estado mental del poeta:

«Ya en el año 1799, en que residió aquí, el *Magister* Hölderlin padeció una fuerte hipocondría (entonces me pidió consejo sobre su mal), que no cedió con ningún remedio. Desde aquel tiempo no había vuelto a saber nada más de él hasta el pasado verano, en que volvió aquí, y me dijeron: 'Aquí está otra vez Hölderlin, solo y loco'. No sabía si se referían a su antigua hipocondría, y quise conocer la realidad por mí mismo, y traté de hablar con él. ¡Y cómo me asusté cuando vi al pobre hombre tan trastornado! No se podían cruzar dos palabras sensatas con él, y él era incapaz de detener un instante sus movimientos convulsivos. Volví a visitarle algunas veces, y encontré al enfermo cada vez peor, y su conversación resultaba cada vez más incomprensible. Ahora, cuando se le pasa la furia, cae en una locura en que parece hablar mitad en alemán, mitad en latín y mitad en griego, de manera que no se le entiende apenas nada».

XXXVII

VOLAR COMO PÍNDARO

La detención de Sinclair en la madrugada del 26 de febrero dejó a Hölderlin en total desamparo. A poca capacidad de reflexión que le quedara, podía darse cuenta, además, de que su situación era extremadamente insegura: él no tenía el apoyo incondicional del conde de Homburg, como Sinclair; él no pertenecía a la alta nobleza, como Sinclair, y, además —a diferencia de Sinclair, y esto era lo más grave— él sí era súbdito del conde de Württemberg.

Abandonado y solo, sin nadie que atendiera a sus necesidades más elementales y sin capacidad para resolverlas por sí mismo, Hölderlin anduvo por las calles, cada día más demacrado y famélico, mirando obsesivamente las baldosas del suelo, sin alzar la vista, encorvado, con aire de anciano enfermo a sus treina y cinco años.

Contrastaba con esa imagen de pordiosero loco que Hölderlin llevara siempre en las manos un libro, un minúsculo volumen con los poemas de Píndaro en griego y en latín. A Hölderlin siempre le había gustado traducir al aire libre, mentalmente, sin tomar nota alguna y tratando de retener las palabras alemanas. También en estos días de absoluta soledad lo hace: en las afueras del pueblo, sentado sobre una piedra o una tapia, se queda con la mirada fija en las páginas del libro. «Por aquí anda Hölderlin, medio loco, afanosamente ocupado con Píndaro», le escribe en estos días Johann von Gerning a su amigo Karl Ludwig von Knebel.

Muchos años antes, en el poema «Mi propósito» (*Mein Vorsatz*), Hölderlin había escrito:

> ¿Qué es lo que empuja mi corazón [...]?
> [...]
> Miradme en lo más hondo. Contempladme y juzgadme.

[...]
¿Es un débil impulso de volar como Píndaro?
[...]
[...] No podré alcanzar nunca
el vuelo de los grandes que sobrepasa el mundo.

¡Pero no! ¡Adelante por el grandioso camino del honor!
¡Adelante! ¡Adelante! Que en un sueño ardiente
conseguiré alcanzarlos [...]

Was zwingt mein armes Herz […]?
[…]
Schaut mir in's Innerste! Prüft und richtet!
[…]
Ists schwacher Schwung nach Pindars Flug?

[…] Ich erreich' ihn nie den
Weltenumeilenden Flug der Großen.

Doch nein! hinan den herrlichen Ehrenpfad!
Hinan! hinan! im glühenden kühnen Traum
Sie zu erreichen […]

«Volar como Píndaro»: ese era su sueño como poeta. A mediados del año 1800, cuando Hölderlin, en el ambiente confortable y sereno del que le rodeó Landauer en su casa de Stuttgart, iba a empezar una de las etapas de mayor y más alta creatividad literaria, tradujo a Píndaro. Sentado frente al escritorio que había comprado con ilusión, fue desentrañando, palabra tras palabra, seis de las *Odas Olímpicas* —la 2, 3, 8, 10, 11 y 14— y diez de las *Odas Píticas* —de la 1 a la 5 y de la 8 a la 12—. Hizo una traducción casi literal: quiso forzar la sintaxis alemana para comprobar hasta dónde podía ajustarse al texto griego sin que desaparecieran el valor poético y la comprensión del poema. Hölderlin no hizo esa traducción —que suele conocerse como la *Gran traducción de Píndaro* (*Große Pindarübertragung*)— con el propósito de publicarla, sino para servirse de ella como modelo: muchos de los poemas posteriores de Hölderlin tienen, efectivamente, claras resonancias de las *Odas* pindáricas.

Ahora, en un ambiente muy distinto del de Stuttgart, solo y con la razón trastornada, vuelve otra vez a Píndaro. Ya no tiene fuerza ni capacidad para hacer largas traducciones. En cinco páginas —un pliego y una hoja suelta escritos con letra cuidadosa—, Hölderlin traduce nueve fragmentos de Píndaro, y añade un breve comentario a cada uno de

ellos. Esta vez no tiene el prurito de mantenerse absolutamente fiel al texto original. Quizá porque esta vez hace lo que puede, sin más, lo que le dejan sus mermadas facultades mentales.

Hölderlin pone título a cada uno de los *Fragmentos de Píndaro* (*Pindarfragmente*): «Infidelidad de la sabiduría» (*Untreue der Weisheit*), «De la verdad» (*Von der Wahrheit*), «De la calma» (*Von der Ruhe*), «Del delfín» (*Vom Delphin*), «Lo más alto» (*Das Höchste*), «Edad» (*Alter*), «Lo infinito» (*Das Unendliche*), «Los asilos» (*Die Asyle*) y «Lo vivificante» (*Das Belebende*).

No hay duda de que Hölderlin conservó, incluso en los años tardíos en que estaba sumido en las nieblas más profundas, una sorprendente capacidad poética. Estas traducciones de los *Pindarfragmente*, precisamente porque Hölderlin no se somete a la literalidad, tienen un alto valor poético. Más oscuras —y en ocasiones incongruentes— son las notas en prosa que siguen a cada traducción en verso.

Lo que resulta excesivo es ir más allá en la intención del autor y encontrar —o creer que se ha encontrado— una estructura esotérica en la composición de los *Fragmentos*. Se ha dicho que los *Fragmentos* son nueve, porque Hölderlin quería hacer un μουσείον, un lugar dedicado a las musas, y como son nueve las musas, nueve son también los fragmentos. Pero ¿qué relación tienen estos textos de Hölderlin con las musas, que aparecen nombradas una sola vez, y en una frase incidental? Se ha dicho que los *Fragmentos* tienen una simetría bilateral —también se ha escrito que tienen forma de anillos concéntricos—, cuyo eje estaría en el fragmento «Lo más alto», y los demás estarían relacionados por parejas: desde el primero y el último —«Infidelidad de la sabiduría» y «Lo vivificante»—, hasta los dos más próximos al eje —«Del delfín» y «Edad»—. Pero ¿qué tiene que ver un texto sobre la sabiduría con otro dedicado a los centauros? Se ha dicho que los tres fragmentos centrales son un símbolo de la Santísima Trinidad: «Lo más alto» representaría a Dios Padre, «Del delfín» al Hijo (¡porque el Delfín es el primogénito del rey de Francia!), y «Edad» representaría al Espíritu Santo (porque en él habla Hölderlin del consuelo, y el Espíritu Santo es, en el evangelio de san Juan, «el Consolador»). Pero aquí la exégesis hölderliniana llega ya al paroxismo. Una prueba de lo absurdo que resulta ese «descubrimiento» es que el delfín sea simplemente, en el texto de Hölderlin, «un pez móvil en el mar sin olas, que percibe el silbido de los tritones» (*das wellenlose Meer, wo der bewegliche Fisch die Pfeife der Tritonen fühlt*). Nada que ver, pues, con Jesucristo.

Quizá de los nueve *Fragmentos de Píndaro* el que tiene más relevancia biográfica sea «Los asilos». Este Hölderlin torturado por su propia mente que deambula por las calles de Homburg siente una profunda necesidad de reposo. La palabra *Ruhe* se repite varias veces en unas

pocas líneas, incluso en una bella expresión: «los serenos lugares de reposo» (*die stille Ruhestätte*). Esa expresión evoca las palabras que el poeta le escribía a su hermana Heinrike en una carta del invierno de 1800: «Estoy en un momento crítico de mi vida en que un desasosiego paralizante se acumula en mi interior [...] necesito encontrar lugares de reposo más serenos (*ruhere Ruhestätte*) donde todo lo que me rodee me afecte menos y por ello mismo me hiera menos».

XXXVIII

SIETE MESES EN UNA JAULA

El buen conde Friedrich V de Hessen-Homburg logró que su amigo y consejero Sinclair saliera de la cárcel de Stuttgart y volviera a su tierra. Y el 10 de julio, después de pasar más de cuatro meses alejado de Hölderlin, Sinclair volvió a encontrarse con él. Pero ya nada volvió a ser como antes en aquella amistad que los había unido desde los lejanos años en que convivieron en las aulas de la Universidad de Jena. Sinclair —extremadamente sensible— volvía con los nervios destrozados del largo encierro, y Hölderlin tenía ya la razón totalmente perdida.

A las pocas semanas de volver a Homburg, Sinclair fue enviado a Berlín en misión diplomática. Hölderlin volvió a quedar en un desamparo absoluto. En Berlín visitó Sinclair a Charlotte von Kalb, y ésta, utilizando las palabras que debió de emplear Sinclair al hablar de Hölderlin, le escribió por esos días a Jean Paul: «Nuestro amigo Hölderlin se ha vuelto ya un loco furioso». Y añade, basándose en su conocimiento personal del poeta: «Su espíritu se había elevado a una altura que sólo alcanzan los visionarios, los amados de Dios».

La estancia de Sinclair en Berlín se prolongó más de lo previsto. Seis meses anduvo Hölderlin completamente solo por unas tierras que no eran las suyas, y a las que sólo le unía la relación con Sinclair, que ya estaba rota. Pero su situación empeoró más aún. En julio de 1806 el pequeño Estado de Hessen-Homburg desapareció, anexionado al Gran Ducado de Hessen-Darmstadt, tal como convinieron los soberanos alemanes con Napoleón en el Tratado que creaba la Confederación del Rin. El ficticio Bibliotecario de la Corte no tenía ya señor a quien servir, ni, por tanto, un sueldo que cobrar.

Sinclair escribió con prisa a la madre de Hölderlin y le pidió que se llevara a su hijo. Esta carta de agosto de 1806 no contiene ya los términos amables y compasivos de otras anteriores: «Los cambios que,

desgraciadamente, se han producido en la situación del Señor Conde, y que usted ya conocerá, imponen al Señor Conde ciertas restricciones, y limitan mi propia presencia en este lugar. Por ello no es posible que mi infeliz amigo, cuya locura ha llegado a una fase muy avanzada, pueda seguir percibiendo un sueldo y siga permaneciendo aquí en Homburg. Me siento en la obligación de rogarle que mande usted a recogerlo. Sus desvaríos han hecho que todo el pueblo se haya puesto contra él, y en mi ausencia se ha temido que sufriera malos tratos. También la gente se ha sentido en peligro por encontrarse él libre, y como en esta tierra no hay establecimientos adecuados, el interés público exige alejarlo de aquí.

»No se imagina el dolor que todo esto me produce, puede usted creerlo, pero la necesidad hace que debamos dejar a un lado cualquier sentimiento. En el futuro trataré de dispensar la mayor atención a Hölderlin, pero las circunstancias no me permiten expresarme con mayor precisión.

»Reciba usted de mi madre, y de mí mismo, la expresión de mi más respetuosa amistad, que tengo el honor de testimoniarle. Su leal, Dr. I. von Sinclair».

Cuando Hölderlin oyó que tenía que irse de Homburg se negó en redondo. Sinclair le dijo entonces que era conveniente que fuese él en persona, como Bibliotecario de la Corte, a comprar unos libros a Tubinga para la biblioteca de Palacio. Y el poeta, oída esa explicación, aceptó. Pero cuando el día 11 de septiembre vinieron de la clínica a llevárselo en un coche de caballos, Hölderlin creyó que le llevaban preso por el asunto de la conspiración, y se resistió violentamente. «Esta mañana ha sido trasladado el pobre Hölderlin —le escribe la condesa Karoline a su hija—. Ha hecho toda la fuerza que ha podido para escaparse del coche, pero el hombre encargado de su custodia le ha empujado hacia atrás. Hölderlin, creyendo que se trataba de un policía, ha hecho más fuerza aún, y le ha arañado con las uñas, enormemente largas, y aquel hombre quedó todo cubierto de sangre».

Hölderlin no volvió a ver más a Sinclair. El duque de Hessen-Homburg, ya sin corona y sin posibilidad de proteger a su ahijado, le envió a Berlín, junto a su hermana menor, la princesa Marianne, que había entrado por matrimonio en la familia real prusiana. En aquellos años de Berlín parece que Sinclair olvidó su pasado revolucionario, y emergió su sensibilidad reaccionaria de noble feudal. Luchó contra Napoleón, como voluntario, en 1814: unos años antes, habría luchado en las filas del emperador. Después trató de vivir de sus escritos —como *freier Schriftsteller*, esa ambición tan generalizada entre los de su generación—, pero no lo consiguió, aunque escribió baladas y tragedias, e incluso una ambiciosa *Filosofía del lenguaje* (*Sprachphilosophie*), y hasta un proyecto de Constitución para el futuro reino —o imperio— de

Alemania. Tuvo la satisfacción de ver cómo en el Congreso de Viena, a la vez que se restablecían las fronteras de Europa tras la caída de Napoleón, resurgía el pequeño condado de Hessen-Homburg. Sinclair había ido al Congreso como representante oficioso del duque —que seguía, naturalmente, sin corona ni territorio—, y en Viena murió, cuando aún no había cumplido los cuarenta años. Las circunstancias de su muerte —ocurrida en un burdel de Viena— trataron de ocultarse, por lo que no se ha llegado a conocer la causa que la motivó.

Sin pasar por la casa familiar de Nürtingen, Hölderlin fue trasladado de Homburg a la clínica del doctor Autenrieth, en Tubinga. La clínica acababa de inaugurarse cuatro meses atrás. Es posible que Hölderlin fuese el primer enfermo mental que ingresaba en ella.

El doctor Johann Heinrich Ferdinand von Autenrieth era ya, a pesar de su juventud —tenía dos años menos que Hölderlin—, profesor de anatomía y fisiología de la facultad de medicina de Tubinga, y pronto sería canciller de la universidad. La clínica, situada en la corta y elegante *Bursagasse* —que discurre paralela al río—, tenía doce habitaciones en que podían alojarse quince enfermos. Tres de ellas, destinadas a los enfermos mentales, eran *Palisadenzimmer*: habitaciones empalizadas, auténticas jaulas rodeadas de barrotes de madera. En una de ellas fue encerrado Hölderlin.

No existían entonces cátedras de psiquiatría, y por esa razón no era psiquiatría lo que enseñaba Autenrieth, a pesar de que esa era su auténtica vocación. Poco tiempo atrás había inventado la que ha pasado a la historia como *máscara de Autenrieth*: una pieza de cuero que se encajaba en la mandíbula y tapaba la boca, con agujeros para la nariz y los ojos, y se sujetaba a la cabeza por tres cintas, dos que pasaban sobre las orejas y una sobre el cráneo. A la vez que la máscara, se ponía al enfermo una camisa de fuerza.

No hay testimonios que acrediten que a Hölderlin le pusieran la máscara, aunque cabe imaginar que lo hicieron, porque en los primeros días tuvo violentos ataques de furia. Sí ha quedado rastro escrito del tratamiento a que sometieron al poeta: opio en grandes cantidades, y para sacarle del largo estado de estupor que le producía el opio, altas dosis de digital.

Después de siete meses de encierro —exactamente de 231 días— y de no advertirse mejoría alguna en el enfermo, el doctor Autenrieth dictaminó que la locura de Hölderlin era incurable, aunque no peligrosa: podía vivir en libertad, aunque necesitaba ser atendido en su vida diaria.

¿Por qué no volvió a Nürtingen? No hay más rastro de la madre, en esos meses de encierro en la clínica de Tubinga, que el pago de los gastos del traslado de su hijo desde Homburg hasta Tubinga: 137 guldas. La

madre no vino a verle a la clínica, que estaba a menos de treinta kilómetros —dos o tres horas en un coche de postas, contando la ida y la vuelta—. En los veintiún años que aún le quedaban de vida —la señora Johanna Christiana Gock murió en 1828— no fue tampoco a visitar a su hijo ni una sola vez.

Un ebanista que vivía en una casa próxima —a mitad de la *Bursagasse*, junto al río— y reparaba los muebles de la clínica, había leído meses atrás el *Hyperion*, y al saber que estaba allí internado su autor fue a conocerle, y luego siguió visitándole de cuando en cuando. El doctor Autenrieth pensó que el señor Ernst Zimmer era la persona más adecuada para encargase del cuidado de Hölderlin. Tenía una casa grande, recién reformada, en la que alquilaba habitaciones a estudiantes de otras regiones alemanas que venían a estudiar a la Universidad de Tubinga. Además, tanto él como su mujer Elisabeth eran personas cultas y sensibles, y podían dar al poeta, que aunque loco seguía siendo una persona extremadamente delicada, el trato que merecía. En todo caso, el encargo no era demasiado gravoso, porque Hölderlin no viviría —según las previsiones de Autenrieth— más allá de tres años.

«En la clínica estaba muy mal —contaría muchos años más tarde el ebanista Zimmer—. En aquella época yo había leído su *Hyperion* al tiempo que la señora del encuadernador Bliefers. Me gustó extraordinariamente. Visité a Hölderlin en la clínica y lamenté muchísimo que un espíritu tan grande y bello como el suyo estuviera por los suelos. Como en la clínica no se podía hacer ya nada por él, el doctor Autenrieth me propuso que le alojara en mi casa, porque no se le ocurría un lugar mejor. Hölderlin era y sigue siendo un gran amante de la naturaleza, y puede contemplar desde su cuarto todo el valle del Neckar, e incluso el valle del Steinlach. Yo acepté, y le traje a casa, y ya hace treinta años que está con nosotros».

El ebanista Zimmer murió en noviembre de 1838, y su hija Charlotte se hizo cargo del cuidado de Hölderlin. El poeta vivió en la misma habitación —una habitación hexagonal en el primer piso de una torre que tenía, y tiene, tres pisos—, a lo largo de treinta y seis años y un mes: desde el 3 de mayo de 1807 hasta el 7 de junio de 1843. El día que entró en aquella habitación tenía treinta y siete años y en la misma habitación murió, al poco de cumplir los setenta y tres.

XXXIX

UN DÍA COMO TODOS

Los más de trece mil días que Hölderlin pasó en la habitación de la torre se pueden resumir en uno solo. No hay variación apenas en la vida de una persona que tiene la razón perdida, y cuyos movimientos son continuamente vigilados. Más de una vez quiso escaparse —Fráncfort era su obsesión—, pero bastaba con esconderle las botas durante unos días para que el impulso se desvaneciera en su mente.

Se levantaba a las tres de la madrugada. Entonces estaba aún en pie una muralla baja que rodeaba la ciudad, y que por este lado se alzaba al borde del río. Un largo camino, *der Zwinger* —la ronda—, se iba extendiendo a lo largo del muro. Hölderlin andaba por la ronda, muy pegado al muro, haciendo un recorrido corto que repetía una y otra vez, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Ese paseo podía durar cuatro o cinco horas, de modo que acababa completamente agotado. La casa del ebanista Zimmer estaba junto a la ronda. La torre sobresalía de ella. Hölderlin subía luego a su habitación y tocaba la espineta, o la flauta, o cantaba.

Comía muy pronto. Le subían la bandeja a la habitación, y en cuanto había terminado —lo que ocurría en seguida, porque tenía buen apetito—, dejaba inmediatamente la bandeja en la puerta, porque le molestaba tener cerca el plato sucio. Después volvía a pasear a lo largo del muro, o se quedaba en la habitación hablando en voz alta consigo mismo, o leía con mucho énfasis algunos párrafos de su *Hyperion*. Se acostaba temprano, hacia las siete.

Si en su paseo se cruzaba con alguien, el poeta saludaba muy ceremoniosamente, incluso si se trataba de niños. Alguna vez llegó a saludar también con reverencias a algún perro. Sólo los enfermeros de la clínica Autenrieth, a quienes veía con cierta frecuencia —porque estaban en la misma *Bursagasse*, en la acera de enfrente— le provocaban una cólera

inmediata. Tenía una especial sensibilidad a las risas o las burlas, que más o menos disimuladamente pudieran referirse a él. Reaccionaba de inmediato y con gran violencia lanzaba piedras, o tierra si no encontraba ninguna piedra a mano.

Cuando el señor Zimmer y su familia salían al campo o a un pequeño viñedo que tenían junto a la ciudad, procuraban llevar al poeta. Antes de salir tenían que lavarle las manos y ponerle ropa limpia. Cuando ya estaba preparado y con el sombrero puesto solía negarse a ir, y tenían entonces que convencerle con algún engaño. En el campo solía estar sentado, muy quieto, sobre una piedra. A veces cogía flores, hacía pequeños ramos, y luego los destruía.

Era vanidoso, aunque con una vanidad pueril. Le gustaba que le llamaran «Señor Bibliotecario», y cuando terminaba de leer algún poema suyo, o alguna página de *Hyperion*, hacía grandes alabanzas, más para sí mismo que para quien estuviera presente, a quien apenas tenía en cuenta. Conservó la cortesía que tuvo siempre, ahora acentuada por las fórmulas que usaba con los visitantes, a quienes llamaba Su Majestad, Su Santidad, Su Excelencia o Reverendo Padre. No lo hacía porque creyera que eran reyes, príncipes o papas quienes le visitaban, sino para mantener las distancias. Por cortesía hacía también preguntas amables a los visitantes, aunque luego no prestaba atención a las respuestas. Si se le forzaba a mantener una conversación coherente se ponía nervioso, contraía la cara, cogía al interlocutor por el brazo y, siempre con palabras corteses, le ponía en la puerta.

A veces, el entusiasmo que le producía la lectura de *Hyperion* le hacía exclamar, mirando al visitante: «¡Oh, qué bonito, qué bonito, Majestad!». Pero inmediatamente podía decir: «Pero fíjese, estimado Señor, una coma», y se quedaba ensimismado mirando la página.

Un joven poeta, Wilhelm Waiblinger, visitó a Hölderlin varias veces a lo largo de los años 1822 y 1823. Aunque llena de inexactitudes, Waiblinger publicó la primera biografía del poeta, una obra muy breve —de apenas medio centenar de páginas—, con un título ambicioso —*Vida, poesía y locura de Friedrich Hölderlin* (*Friedrich Hölderlins Leben, Dichtung und Wahnsinn*)— que tiene un extraordinario valor como testimonio del estado mental de Hölderlin en sus años finales. «No está permanentemente dominado por ideas fijas. Está más bien en una situación de debilidad que de locura —escribe Waiblinger—, y todas las cosas sin sentido que dice son consecuencia de su agotamiento de cuerpo y de espíritu». «Hölderlin se ha vuelto incapaz de centrarse en una idea, de verla con claridad, desarrollarla, relacionarla con otras y enlazar de ese modo un razonamiento. Si le viene algo a la mente, sea un recuerdo o una observación que le suscita el mundo exterior, empieza a pensar. Pero le falta calma, y no tiene firmeza ni fijeza (*alle*

Ruhe, alles Stete und Feste) para captar lo que se le aparece como entre brumas. Quiere afirmar algo, pero como la verdad le tiene sin cuidado, porque la verdad sólo puede ser producto de un pensar ordenado y sano, lo que hace es negarlo. Todo el mundo del espíritu es para él apariencia y niebla. Si por ejemplo se dice a sí mismo: 'Los hombres son felices', inmediatamente le falta solidez y claridad para preguntarse por qué, siente dentro de sí un sordo sentimiento opuesto, se contradice, y afirma: 'Los hombres son desgraciados', sin preocuparse por qué y en qué medida lo son. Esa desgraciada pugna que destruye su pensamiento cuando se está formando la he observado incontables veces, porque habitualmente piensa en voz alta. Si llega realmente a fijar un concepto o una idea, inmediatamente se le va de la cabeza, y entonces se enmaraña más, mueve convulsivamente la cabeza y grita: '¡No!, ¡No!'».

«Una vez le pregunté cuántos años tenía —escribe Waiblinger—. Sonriendo, me respondió: 'Diecisiete, Señor Barón'. No contestaba con ironía, sino con absoluta distracción. Nunca atiende a lo que se le dice, porque siempre está luchando en su interior con sus pensamientos confusos, incompletos, y si se le quiere sacar de sus enmarañadas meditaciones con una pregunta, dice lo primero que se le ocurre». «Recordaba a Matthison, a Schiller, a Zollikofer, a Lavater, a Heinse y a otros muchos, pero no a Goethe, como ya había podido comprobar. Su memoria seguía siendo buena y firme». «Resulta llamativo que no sea posible hacerle hablar de las cosas que tanto le importaban en sus mejores días. De Fráncfort, Diótima, de Grecia, de sus poesías y de asuntos análogos que en otro tiempo eran tan importantes para él no dice ni una palabra, y si se le dice 'Hace mucho tiempo que no ha estado usted en Fráncfort', se limita a contestar con una reverencia: '*Oui, Monsieur*, eso lo afirma usted', y después suelta una avalancha de palabras en una jerga medio francesa».

«Tiene un miedo tremendo a la muerte, como tiene miedo a todo. Cuando está en una situación de extrema debilidad nerviosa se asusta con facilidad. Se sobresalta por el más mínimo murmullo». «'¡No me pasa nada!' (*Es geschieht mir nichts!*), le he oído decir a menudo. Es como si al decirlo quisiera tranquilizarse, como si pensara que mientras mantuviera ese pensamiento no podría sucederle nada».

En la primavera y el verano de 1823, Waiblinger llevó varias veces a Hölderlin a una casita con jardín que tenía en el monte del Öster. Desde allí arriba se veía la ciudad de Tubinga al pie del *Schloßberg*, la amplia curva que traza el Neckar al borde de la ciudad y varios pueblos colgados a distintas alturas de la sierra del Alb. Hölderlin, que siempre se serenaba al contemplar el paisaje, abría la ventana, se sentaba junto a ella, y alababa la vista con palabras absolutamente coherentes. Si Waiblinger le llenaba la pipa —que el poeta siempre llevaba consigo, porque era un

fumador empedernido desde su juventud—, se sentía inmensamente feliz. Dejaba de hablar, los pensamientos contradictorios no le torturaban y permanecía largo tiempo en silencio.

Waiblinger recordaba otro momento de intensa felicidad: cuando llevaron un sofá a su habitación de la torre. «Mire, estimado Señor, ahora tengo un sofá», le dijo a Waiblinger y le obligó a sentarse en él. Sin embargo en otra ocasión, cuando el visitante era Christoph Schwab, y pretendió sentarse en el sofá, Hölderlin le dijo: «Oh no, por amor de Dios, no lo haga. ¡Es peligroso!».

XL

LA HABITACIÓN DE LA TORRE

La torre que formaba parte de la casa del ebanista Zimmer y su familia fue, en origen, un elemento de la fortificación medieval que rodeaba la ciudad. A principios del siglo XVII la torre se vendió y el comprador dedicó las plantas superiores a tintorería y la inferior a establo. En los documentos de la época aparece designada como *Farbhaus* y *Färberhaus*. Cuando en el año 1983 se ha reformado la casa para adecuarla a museo y sede de la Sociedad Hölderlin, procurando restablecer la configuración que tuvo en los tiempos en que vivió allí el poeta, se han encontrado en el subsuelo restos animales que testimonian ese destino que tuvo la planta baja.

En 1778 se reconstruyó parcialmente la torre y la casa que estaba unida a ella, para destinar el conjunto a vivienda. Se conserva en el archivo municipal el plano de la distribución interior de las habitaciones: así era la casa de Zimmer cuando Hölderlin fue a vivir a ella en mayo de 1807. Cuando el poeta llevaba allí veinte años —en 1828—, Zimmer reformó la planta baja, con el propósito de formar tres pequeñas habitaciones para alquilarlas a estudiantes —con la reforma, los inquilinos pasaron a ser siete estudiantes y el poeta—. Para dar acceso independiente a los inquilinos se trazó un pasillo que recorría íntegramente la planta baja: desde la puerta de entrada a la vivienda a la puerta de salida al jardín. El pasillo se ha reconstruido en 1983. En una carta de 1 de noviembre de 1828, le dice Zimmer a Heinrike, la hermana del poeta: «Con las nuevas obras dispone ahora [Hölderlin] de un pasillo de 42 pies, que recorre diariamente a grandes zancadas».

La forma de la torre no era entonces semicircular, como ahora, sino poligonal. Tenía cinco paramentos exteriores y uno interior. Las habitaciones de la torre eran, pues, hexagonales. En la reforma de 1983 —que procuró una reconstrucción fiel a la casa que habitó Hölderlin—

debería haberse vuelto a la estructura poligonal de la torre, pero no se hizo así. Fue en 1876 cuando se dio a la torre la forma semicircular que desde entonces tiene. Un año antes se había producido un incendio que afectó gravemente a la casa. Las vigas eran de madera, algunas no resistieron el fuego y la casa se derrumbó en una buena parte. En la reconstrucción se elevó el tejadillo de pizarra que cubría la torre, que en tiempos de Hölderlin no sobresalía del tejado de la casa, ni estaba rematado por una aguja.

La habitación que ocupó Hölderlin fue la del primer piso. Según testimonio de Waiblinger, la habitación «no tenía ninguno de los elementos habituales de adorno». Por eso se mantiene hoy con la máxima austeridad: sólo dos viejas sillas de madera tapizadas de azul —quizá salidas de las hábiles manos del ebanista Zimmer— y un jarrón con tulipanes rojos, los mismos que Ludwig Uhland mandaba al poeta cada 20 de marzo, para felicitarle en su cumpleaños.

Delante de las tres ventanas que tiene la habitación de Hölderlin fluye el río y se extiende la avenida de plátanos —la *Platanenallee*— a lo largo de la isla —la *Neckarinsel*—. Los árboles que hoy se alzan ante las ventanas tienen más de un siglo y sus copas, altas y densas, no dejan ver más allá de ellas. Pero la isla se formó mucho tiempo después de que Hölderlin viviera en la torre. Entre los años 1909 y 1911 se abrió un canal que discurre paralelo al río —el *Flutkanal*— y esa bifurcación de la corriente dio lugar a la isla. La avenida de plátanos es también posterior al poeta: los árboles se plantaron para formar un paseo que recorriera la isla de un extremo a otro.

¿Qué veía el poeta desde las ventanas de su habitación? Albert Diefenbach visitó a Hölderlin en diciembre de 1837. «Conseguí entrar en su cuarto —escribe—, con el pretexto de que quería contemplar desde allí el panorama del hermoso valle del Neckar y del valle del Steinlach». El propio poeta, en uno de los dos poemas que tituló «La vista» (*Die Aussicht*) —el escrito en junio de 1841—, habla de «el verdor de la llana lejanía» (*das Grün der ebnen Ferne*). Un mes antes de que Hölderlin escribiera ese poema, había venido a visitarle un matrimonio de escritores, Marie y Philipp Nathusius. En su diario común contaron la visita. Después de describir el aspecto del poeta —«en camisón, con los pelos lacios y finos cayendo sobre la cara, y la cabeza inclinada, más por timidez que por debilidad»—, explican su intento de subir a su habitación, y la resistencia de Hölderlin. Al fin lo consiguieron. «Se quedó, como atemorizado, junto a la estufa. Era una imagen triste. Nos fuimos en seguida». «Desde las ventanas se veía el Neckar, y también pequeñas colinas y hermosos bosquecillos».

En una nota de septiembre de 1842, escribe Christoph Theodor Schwab: «La casa en que vive Hölderlin está en el costado meridional

de la ciudad. El cuarto que ocupa Hölderlin está en un cuerpo salidizo construido sobre los cimientos de una vieja torre. Desde el cuarto hay una vista jubilosa (*lachende*) sobre el río que fluye y brilla a los pies, y al otro lado del río hay amables praderas y paseos con plátanos. Por ambos lados, tanto hacia arriba como hacia abajo, hay una vista abierta sobre el valle». En los últimos años en que Hölderlin vivió en la torre tenía, pues, una vista muy semejante a la que hay actualmente desde las ventanas: un bosquecillo de plátanos —más jóvenes que los actuales, porque se plantaron hacia 1820— y, a los lados, la vista, entonces abierta —sin las copas de los árboles que la cerrarían luego— sobre el Neckar.

La ciudad terminaba en la orilla izquierda del Neckar. Los grandes barrios que se han construido en la orilla derecha no existían entonces. La torre estaba en el límite sur de la ciudad. Desde las ventanas el poeta llegaba a ver, en los primeros años, las cumbres del *Schwäbisch Alb*. En los últimos años, las copas de los plátanos ocultaban el paisaje. Hoy también: apenas pueden verse las construcciones de la orilla derecha.

XLI

SI PUEDES RECONOCERME TODAVÍA

Pueden distinguirse dos etapas en los *Turmgedichte*, en los poemas escritos por Hölderlin en la torre de Tubinga. La línea divisoria podría situarse hacia 1738. Antes de esa fecha los poemas tienen un tinte subjetivo —es verdad que con una subjetividad difuminada, borrosa— y después de esa fecha tienen un marcado carácter objetivo. Podría hablarse quizá —con la debida cautela— de poemas *subjetivos* y poemas *objetivos*. Con términos poco diferenciadores, se habla a veces de poemas *tardíos* y de poemas *más tardíos* (*späte, späteste Gedichte*).

Los poemas de la primera etapa están escritos, en su mayoría, en primera persona del singular o del plural, y nombran explícitamente sentimientos o estados de ánimo: amor (*Liebe*), amistad (*Freundschaft*), alegría (*Freude*), placer (*Gonne*), encanto (*Entzücken*), simpatía (*Gunst*), mansedumbre (*Zahmheit*), benevolencia (*Gewogenheit*), agrado (*das Angenehm*), sosiego (*Beruhigung*), calma (*Ruhe*), dolor (*Schmerz*), melancolía (*Schwermut*), paz (*Frieden*), pena (*Leid*). También se repiten en esos poemas primeros las palabras corazón (*Herz*), alma (*Seele*), vida (*Leben*), incluso se habla una vez de la interioridad (*Inneres*) del hombre.

Pero la subjetividad de los primeros *Turmgedichte* no revela el mismo poeta que estaba tras los poemas de la lucidez: quien asoma ahora en ellos es un hombre inocente, simple, que se repite sin apenas variación. El propio Hölderlin parece referirse a ese desdibujamiento de su personalidad cuando escribe en uno de los versos de esta primera etapa:

> Si puedes reconocerme todavía…
>
> *Wenn ich dir noch kennbar bin…*

Y de pronto la subjetividad desaparece. El *yo* poético muere. Vienen a la memoria las palabras que le escribía Waiblinger a su editor en 1826, refiriéndose a Hölderlin: «el infeliz está como muerto» (*der unglückliche ist gleichsam tot*). Además, Hölderlin está, juanramonianamente, «cansado de su nombre». Y para firmar sus últimos poemas empieza a usar otros nombres, completamente arbitrarios, y al pie de los poemas pone fechas de años ya pasados, algunos remotos: 1758, 1748, 1743, 1676, 1671, 1648… A veces lo que escribe es una fecha futura, que el propio poeta no alcanzará en vida —1845—, expresada en ocasiones con datos muy precisos —9 de marzo de 1940—.

En estos poemas finales desaparece toda referencia a sentimientos, y el poeta sólo nombra cosas: los campos (*Gefilde*), los montes y los valles (*Berg und Tale*), la lejanía (*die Ferne*), el cielo (*der Himmel*), el arroyo (*der Bach*), la corriente (*der Strom*), praderas (*Auen*), ramas y troncos (*Zweigen und Äste*), los rayos del sol (*die Sonnenstrahle*)… Y los títulos son monótonamente repetitivos: nueve veces «La primavera» (*Der Frühling*), cinco «El verano» (*Der Sommer*), dos «El otoño» (*Der Herbst*). El poeta parece haber llegado a una situación de vacío interior, en la que sólo tiene despiertos los sentidos corporales. Su mundo se ha reducido a la escena —cambiante con las estaciones— que enmarcan las cuatro líneas de sus ventanas. Sólo puede cantar lo que ve, aunque no logra cantarlo tal como lo ve. Los paisajes no son reconocibles.

También el ritmo de creación cambia. Frente a la facilidad y abundancia con que brotaban de su pluma los poemas subjetivos, estos poemas objetivos parecen resultarle difíciles, y son escasos. «El pobre Hölderlin quiere editar un Almanaque, y para ello llena a diario un gran número de papeles», escribía en 1811 un estudiante que compartía hospedaje con el poeta en casa de la familia Zimmer. Al año siguiente le decía Ernst Zimmer a la madre del poeta: «Su espíritu poético está siempre activo. Ha visto en mi casa un dibujo de un templo, y me dijo que yo debería hacer uno igual en madera. Le repliqué que yo tenía que trabajar para ganarme el pan, y que no era tan afortunado como él, que podía vivir en una serenidad filosófica (*so in philosophischer Ruhe*). Inmediatamente me contestó '¡Ay! En realidad yo soy un pobre hombre', y en el mismo momento escribió a lápiz sobre una tabla:

> Diversas son las líneas de la vida.
> Como caminos son, como los límites
> que separan montañas, y lo que aquí somos
> lo completará Dios con armonía en eterna paz y recompensa.
>
> *Die Linien des Lebens sind verschieden*
> *Wie Wege, und wie der Berge Gränzen.*

Was wir hier sind, kann dort ein Gott ergänzen
Mit Harmonien und ewigem Lohn und Frieden».

«Al principio escribía mucho —dice Waiblinger en su biografía del poeta, teniendo probablemente a la vista poemas de esa época, porque no emplea palabras que pudiera haberle oído el ebanista Zimmer—: llenaba todos los papeles que se pusieran en sus manos. Eran cartas en prosa, o poemas libres en metro pindárico dirigidos a su amada Diótima, pero con más frecuencia se trataba de odas arcaicas».

Aunque Zimmer le racionaba el papel, porque en los primeros tiempos le producía gran excitación la dedicación intensa a la poesía, también le gustaba al buen ebanista que Hölderlin escribiera versos para él. Se han conservado varios poemas titulados «A Zimmer» (*An Zimmer*), o escritos para el ebanista con conmovedoras confesiones:

De lo bueno del mundo ya he gozado,
las horas juveniles —¡tan largas!— ya han pasado,
abril, mayo y junio están lejanos…
Ya no soy nada, ¡ya no vivo con gusto!

Das Angenehme dieser Welt hab ich genossen,
Die Jugendstunden sind, wie lang! wie lang! verflossen,
April und Mai und Julius sind ferne,
Ich bin nichts mehr, ich lebe nicht mehr gerne!

En los primeros *Turmgedichte* son frecuentes las alusiones a Dios, que desaparecerán por completo en los poemas de la segunda etapa. Este delicado serventesio que Hölderlin regaló a uno de los estudiantes que convivían con él en casa de Zimmer, parece que era la última estrofa de una «Canción a la muerte de un niño» (*Lied auf den Tod eines Kindes*):

La belleza es algo propio de los niños,
retrato tal vez del mismo Dios.
Calma y silencio son su esencia,
elevada a los ángeles para la alabanza.

Die Schönheit ist den Kindern eigen,
Ist Gottes Ebenbild vielleicht, –
Ihr Eigentum ist Ruh und Schweigen,
Das Engeln auch zum Lob gereicht.

Pero el poema de más alta calidad literaria de esta primera etapa —y probablemente de las tres décadas de vida en la torre— es el que empieza con las palabras «Si desde lejos…» (*Wenn aus der Ferne…*). A pesar de la coherencia con que se van sucediendo los versos, el poeta no logra terminarlos, y el poema queda truncado por una frase rota y un verso incompleto: «Pero eso no lo sabes…» (*Weißt aber du nicht…*).

En este poema no es Hölderlin quien habla, sino su amada. No hay razones suficientes para afirmar que ese poema sea un monólogo de Diótima dirigido a Hiperión. Ni uno ni otro aparecen mencionados. No hay por qué reducir a ficción este poema. Lo que en él se dice tiene más sentido en boca de Susette Gontard. El poema es rotundamente subjetivo y biográfico. Uno tras otro se van encadenando episodios que corresponden a la separación de Susette y Hölderlin: «el jardín donde nos encontramos / después de un tiempo terrible y oscuro» es el jardín de los encuentros furtivos; el «hombre reservado de sombrío aspecto» no es otro que el poeta durante su primera estancia en Homburg; las «cartas» existieron; y en esos encuentros furtivos en el jardín, ¿qué otras cosas hacían los amantes que no fuera hablar «de cualquier cosa» y mirarse «con gozo»? Y si aquellos «fueron hermosos días», ¿hay alguna duda de que «una triste oscuridad llegó tras ellos»? Y este Hölderlin que está encerrado en la torre, ¿no puede justificadamente lamentar de sí mismo «que estés tan solo en un mundo tan bello»?

Si desde lejos, ya que separados,
puedes reconocerme, y el pasado
—¡oh tú, que mi dolor compartes! —
sigue siendo hermoso para ti,

entonces, dime: ¿cómo tu amada espera?
¿En el jardín aquel en que nos encontramos
después de un tiempo de oscuridad y espanto?
Aquí en los ríos del sagrado mundo originario.

Debo decirlo: algo bueno había
en tu mirada cuando desde lejos
te volviste de pronto alegremente,
hombre siempre taciturno,

de apariencia sombría. ¿Cómo huyeron las horas,
cómo estuvo mi alma tan serena
ante la certidumbre de haber sido separada de ti?
Sí, lo confieso: yo era tuya.

¡Es cierto! Todo lo que sé
lo traes a mi memoria, y quieres escribirlo
en cartas; a mí también me pasa:
también quiero contar todo el pasado.

¿Fue en primavera? ¿Fue en verano? El ruiseñor cantaba
su dulce canción entre los pájaros
que estaban allí cerca, en los arbustos,
y el aroma del bosque nos bañaba.

Y los caminos claros, y la maleza baja
y la arena en la que juntos caminábamos
eran aún más felices y amorosos
porque había en ellos jacintos, tulipanes, claveles y violetas.

La hiedra verdeaba sobre muros y tapias,
y verde era la sombra en los altos paseos.
Allí nos reunimos en mañanas y noches
a hablar de cualquier cosa, a mirarnos con gozo.

Entre mis brazos revivió aquel joven
que, aún perdido, llegó desde los campos,
y me hizo contemplarlos con melancolía,
porque retenía los nombres de lugares extraños,

retenía todo lo que era hermoso,
las felices orillas de su tierra natal
que también quise tanto, y que brillan
y que a veces se ocultan, vistas de lo alto,

donde puede contemplarse el mar entero.
Pero nadie quiere permanecer allí. Resígnate y piensa
en aquella que aún sigue contenta por lo que vivimos,
porque un día delicioso brilló para nosotros,

y empezó con promesas, y manos estrechadas,
uniéndonos. ¡Desdichada de mí!
Fueron hermosos días.
Pero una triste oscuridad llegó tras ellos.

¡Que estés tan solo en un mundo tan bello!
Sin cesar me aseguras, amado…
Pero eso no lo sabes…

gastos del poeta eran, en la intención de la madre, computables, y los de Karl no, lo que hacía que en la práctica las porciones hereditarias de uno y otro fueran muy desiguales.

El litigio duró un año y medio, de febrero de 1828 a septiembre de 1829. El Tribunal Superior (*Obergericht*) de Stuttgart dictó sentencia en última instancia: a Hölderlin le correspondían 9.074 guldas en la herencia de su madre, una cantidad notablemente superior a la que se reconocía a su hermana y a su hermanastro.

Los litigios hereditarios no acabaron ahí. Cuando murió Hölderlin, los hermanos se disputaron su herencia. No tanto por los bienes —el sofá, dos sillas, una mesa, un atril de pie y una espineta destrozada—, como por los derechos de autor, que empezaban a ser importantes: en el año de su muerte alcanzaban ya varios cientos de guldas.

Antes de la muerte de Hölderlin, sus hermanos Heinrike y Karl habían ido enconándose con una sospecha: que el poeta nombrase heredera a Lotte Zimmer, que era quien, tras la muerte de su padre en noviembre de 1838, se había hecho cargo del cuidado de Hölderlin. Tener a un loco en casa, aunque fuese un loco pacífico, durante treinta años, revelaba un cariño que estaba muy por encima de la modesta gratificación económica que recibía la familia Zimmer. De manera que las insinuaciones que los hermanos de Hölderlin hicieron sobre las verdaderas intenciones de Lotte Zimmer le resultaron a ésta muy hirientes. En una carta de 1841, Lotte se vio obligada a declarar algo que habría resultado innecesario de haber tenido los hermanos algo más de sensibilidad: que ni ella ni sus padres habían pretendido enriquecerse a costa de Hölderlin.

Wenn aus der Ferne, da wir geschieden sind,
Ich dir noch kennbar bin, die Vergangenheit,
O du Teilhaber meiner Leiden!
Einiges Gute bezeichnen dir kann,

So sage, wie erwartet die Freundin dich?
In jenen Gärten, da nach entsetzlicher
Und dunkler Zeit wir uns gefunden?
Hier an den Strömen der heilgen Urwelt.

Das muß ich sagen, einiges Gutes war
In deinen Blicken, als in den Fernen du
Dich einmal fröhlich umgesehen,
Immer verschlossener Mensch, mit finstrem

Aussehn. Wie flossen Stunden dahin, wie still
War meine Seele über der Wahrheit, daß
Ich so getrennt gewesen wäre?
Ja! ich gestand es, ich war die deine.

Wahrhaftig! wie du alles Bekannte mir
In mein Gedächtnis bringen und schreiben willst,
Mit Briefen, so ergeht es mir auch,
Daß ich Vergangenes alles sage.

Wars Frühling? war es Sommer? die Nachtigall
Mit süßem Liede lebte mit Vögeln, die
Nicht ferne waren im Gebüsche
Und mit Gerüchen umgaben Bäum uns.

Die klaren Gänge, niedres Gesträuch und Sand,
Auf dem wir traten, machten erfreulicher
Und lieblicher die Hyazinthe
Oder die Tulpe, Viole, Nelke.

Um Wänd und Mauern grünte der Efeu, grünt'
Ein selig Dunkel hoher Alleen. Oft
Des Abends, Morgens waren dort wir,
Redeten manches und sahn uns froh an.

In meinen Armen lebte der Jüngling auf,
Der, noch verlassen, aus den Gefilden kam,
Die er mir wies, mit einer Schwermut,
Aber die Namen der seltnen Orte

Und alles Schöne hatt er behalten, das
An seligen Gestaden, auch mir sehr wert,
Im heimatlichen Lande blühet
Oder verborgen, aus hoher Aussicht,

Allwo das Meer auch einer beschauen kann,
Doch keiner sein will. Nehme vorlieb, und denk
An die, die noch vergnügt ist, darum,
Weil der entzückende Tag uns anschien,

Der mit Geständnis oder der Hände Druck
Anhub, der uns vereinet. Ach! wehe mir!
Es waren schöne Tage. Aber
Traurige Dämmerung folgte nachher.

Du seiest so allein in der schönen Welt,
Behauptest du mir immer, Geliebter! das
Weißt aber du nicht…

XLII

POEMAS (1826), UNA EDICIÓN DESDICHADA

La fama de Hölderlin empezó a extenderse en aquellos años en que el poeta, con la vida reducida a la paredes hexagonales de su cuarto, el muro, la ronda, la casa de Zimmer y la pequeña ladera verde que se extendía entre la casa y la orilla, no podía enterarse ya de nada. El *Hyperion* no se reeditó hasta 1822. La tirada inicial había sido corta y muchos ejemplares seguían amontonados en los almacenes de Cotta veinte años después. Pero es posible que la difusión fuera más amplia de lo que suele pensarse, porque aquella era una época de sociedades de lectura (*Lesegesellschaften*) —cuatrocientas cincuenta se han llegado a identificar en esos años de entresiglos, sobre territorio alemán— en que un mismo libro podían usarlo a la vez varias docenas de personas, y era frecuente también la lectura conjunta: ya se ha visto que el ebanista Zimmer —por citar un caso— había leído *Hyperion* «al tiempo que la señora del encuadernador Bliefers».

La imagen del poeta loco que los visitantes difundieron contribuyó a aumentar el interés por su obra. Pero quienes vienen a visitar a Hölderlin a la torre de Tubinga —Waiblinger, Gustav Schlesier, los Schwab, padre e hijo, Eduard Mörike y otros muchos de cuyo nombre no ha quedado recuerdo— no lo hacen por afecto o por compasión, sino por morbosa curiosidad, o incluso por rapiña de algún poema.

Si a Hölderlin no le fue fácil publicar en sus años de lucidez, en la época de locura las ediciones se multiplican. En 1807 aparecen varios poemas en el *Musenalmanach* de Seckendorf; la reacción de Hölderlin, cuando le acercaron un ejemplar entre los barrotes del *Palisadenzimmer*, fue de indignación (*er ist sehr ungehalten*, escribe alguien que fue testigo). En la misma revista se publican, al año siguiente, dos poemas más. En 1809, el *Periódico del mundo elegante* (*Zeitung für die elegante Welt*), que se imprimía en Leipzig, emprendió una ambiciosa edición de

sus obras en prosa y verso, que si no llegó a culminar fue por la dificultad de reunir tantos originales como se querían publicar.

En 1820, el lugarteniente de la infantería prusiana Heinrich von Diest tiene la idea de hacer una antología de Hölderlin, y el editor Cotta acepta de inmediato la publicación. Al año siguiente, Ludwig Uhland y Gustav Schwab deciden publicar la obra completa. A la iniciativa se suman al momento otros poetas ilustres: Achim von Arnim, Carl Conz, Karl Varnhagen, Georg Kerner… Algunos autores llegan a incluir poemas de Hölderlin en obras propias, como sucede con el poema en prosa «En amoroso azul» (*In lieblicher Bläue*), que Waiblinger incorpora a su *Phaeton*. Y a todas estas ocurrencias, iniciativas y publicaciones, Hölderlin está, por supuesto, completamente ajeno.

Los dos grandes impulsos a la fama de Hölderlin los dan, en la primera mitad del siglo XIX, los *Poemas* (*Gedichte*) que publican Uhland y Schwab en 1826, y las *Obras Completas* (*Sämtliche Werke*), compiladas por el hijo de Schwab, Christoph Theodor, en 1846. Luego se abre un largo silencio de medio siglo, que no se rompe hasta la edición de las *Poesías reunidas* (*Gesammelte Dichtungen*) en dos volúmenes por Litzmann —1896— y las *Obras reunidas* (*Gesammelte Werke*) en tres volúmenes por Böhm. Pero la recuperación definitiva de Hölderlin la logra la edición histórico-crítica de las *Obras completas* (*Sämtliche Werke*) que llevó a cabo Norbert von Hellingrath. El cuarto volumen —*Poemas 1800-1806* (*Gedichte 1800-1806*)— supuso la sorprendente revelación de más de mil quinientos versos que eran absolutamente desconocidos hasta aquel momento. Como escribió Hellingrath en el prólogo, «en este volumen se contiene el corazón, el núcleo y la cumbre de la obra de Hölderlin, su auténtico legado».

Esa frase no habría podido ponerse al frente de la desdichada edición de 1826. En muchos casos, Uhland y Schwab no acertaron a distinguir la versión final de un poema de las versiones anteriores. En otros casos tuvieron la osadía de retocar los versos de Hölderlin. Es cierto que el primer defecto tenía alguna justificación: la enfermedad del poeta hizo que sus papeles se dispersaran. Unos los custodió celosamente el ebanista Zimmer, que, a la vista de las aviesas intenciones de los visitantes, no los sacó de un cajón cerrado con candado. Otros estaban en la casa familiar de Nürtingen, y otros los tenía en su poder Karl Gock, el medio hermano del poeta. Menos justificación tenía el atrevimiento de completar poemas que a los editores les parecieron inacabados o que ellos creían mejorables. Parece que cuando le dijeron a Hölderlin que Uhland y Schwab habían retocado muy bien sus poemas, contestó, con profundo mal humor (*in tiefer Unmut*), que «él no necesitaba esa ayuda, porque él mismo sabía redactar muy bien los poemas que había hecho».

Uhland y Schwab, que no olvidan insistir, con tono compasivo, en la locura de Hölderlin —era un eficaz reclamo comercial—, ven rasgos de esa locura en poemas escritos en plena lucidez de su autor, y dejan fuera de la selección poemas de la importancia de «Patmos» o «Quirón». Otros poemas igualmente lúcidos —como los *Cantos nocturnos*— los sitúan bajo el epígrafe «Poemas de los años de locura» (*Gedichte aus der Zeit des Irrsinns*). Pero este prejuicio de ver rasgos de locura en poemas de plenitud no es exclusivo de Uhland y Schwab: cuando Waiblinger escribe, en su biografía del poeta, que «habría sido bueno que los editores, señores Uhland y Schwab, hubieran dejado fuera algunas piezas, o hubieran hecho alguna indicación, al menos, para aquellos que no estén al tanto de las circunstancias», no se está refiriendo a ninguno de los *Turmgedichte*, sino a poemas tan relevantes en la obra de madurez de Hölderlin como «La marcha» (*Die Wanderung*), «El Rin» (*Der Rhein*) o «Recuerdo» (*Andenken*).

En todo caso, no parece que los desastres cometidos por Uhland y Schwab afectaran demasiado a Hölderlin. Al recibir un ejemplar se limitó a echar una ojeada rápida a los poemas y a decir con toda rotundidad: «No son auténticos». Cuando Waiblinger, un par de años antes, le anunció que esos dos poetas estaban reuniendo sus poemas para editarlos, se limitó a hacer una profunda inclinación de medio cuerpo y dijo: «Es usted muy bondadoso, señor Waiblinger. Le estoy muy agradecido, Santidad».

XLIII

MUERTE DE LA MADRE: HERENCIA Y LITIGIO

El duro reproche que le hizo la madre al encontrar las cartas de Susette en el cofre llegado de Burdeos, produjo en Hölderlin una herida que no cicatrizó. Una prueba es bien visible: no hay una sola carta dirigida a la madre desde mediados de 1802 a principios de 1812. Es cierto que los dos primeros años los pasó en Nürtingen y no tuvo necesidad de escribirla, pero en los años de la segunda estancia en Homburg pudo hacerlo.

Otra prueba —esta vez del lado de la madre— es que no fuera a verle ni una sola vez a Tubinga. Temía, probablemente, no ser bien recibida por su hijo, y no tanto por rencor —ahora se verá que hay cartas abiertamente reconciliadoras—, como por la incalculable reacción de una persona enajenada. El hijo sí tuvo intención de ir a Nürtingen —«tal vez me tome la libertad de ir a presentarle mis respetos y vaya a visitarla», dice en una carta que puede ser del año 1824—, pero no debió de recibir una respuesta que le acabara de animar.

La madre se preocupó de pagar el traslado a la clínica Autenrieth en octubre de 1806, pero ninguno de los pagos posteriores salieron de su bolsillo: ni la estancia en la clínica, ni el alojamiento y la manutención en casa de la familia Zimmer. En 1805 Johanna Gock había solicitado al gobierno de Württemberg una pensión para su hijo y la obtuvo inmediatamente: 150 guldas anuales. La madre alegó —lo que no era cierto— que el patrimonio familiar había quedado notablemente mermado por causa de la enfermedad del hijo. A la concesión precedió un expediente administrativo que terminó el 14 de enero de 1806. Desde esa fecha, la representación de Hölderlin se encomendó a un curador; el primer nombramiento recayó en la propia madre; a su muerte fueron nombrados, sucesivamente, dos altos funcionarios municipales de Nürtingen: Israel Gottfried Burk y Wilhelm Zelle.

Se han conservado dos relaciones de gastos escritas por la madre a lo largo de varias décadas: una se refiere a los gastos de su hijo Friedrich, y otra a los gastos de su hijo Karl. Los gastos de *Fritz* aparecen detallados minuciosamente, mientras que los de Karl sólo a grandes rasgos. La relación que se refiere a Karl tiene un subepígrafe: «Estos gastos no deben descontarse». La relación que se refiere al poeta tiene un subepígrafe distinto: «Estos gastos no deben descontarse si permanece obediente» (*Ausgaben von den L. Fritz, welche aber wann er im Gehorsam bleibt nicht sollen abgezogen werden*). Ese descuento es, técnicamente, una colación. Lo que la madre quiere decir es que, a diferencia de Friedrich, Karl debía recibir en todo caso íntegra la porción hereditaria que le correspondiera. Los gastos que la madre hizo para su hijo Friedrich debían descontarse de su herencia si no había sido «obediente». ¿Obediente a qué? ¿A la madre, al compromiso formulado en su juventud de dedicarse a la carrera eclesiástica? La interpretación de esa frase será uno de los motivos del litigio cuando haya que repartir la herencia de la madre.

La correspondencia con la madre se reanuda en 1812. Las cartas de Hölderlin —sesenta, lo que hace suponer que escribía una al trimestre— son siempre breves y nunca indican la fecha en que fueron escritas. Una lectura superficial puede hacer pensar que todas son cartas formularias e inexpresivas, que repiten de una manera casi idéntica unas mismas expresiones corteses. Por testimonios de Zimmer y de Schwab se sabe que no procedía de él la idea de escribir. Dice este último que «había que recodarle que escribiera a su madre. Las cartas que le enviaba no carecían de sentido. Se esforzaba y lograba ser claro, pero escribía con el estilo con que lo haría un niño que no sabe todavía pensar y escribir con soltura. Una de ellas, que estaba bastante bien, concluía así: 'Veo que tengo que acabar'. Había empezado a embrollarse, se había dado cuenta de ello, y terminó. Ese estado se podría comparar con los trastornos del pensamiento que arrastran algunas enfermedades que producen dolores de cabeza y gran somnolencia, o la turbiedad que se siente en esas mañanas que han seguido a una noche de juerga y borrachera».

Las cartas de los dos primeros años son más largas que las posteriores, y su formulismo es menor. La segunda carta escrita desde la torre de Tubinga, probablemente de 1812, parece revelar una sincera y humilde voluntad de reconciliación: «Queridísima madre, me acojo a la ocasión que me ofrece el señor Zimmer de dirigirme a usted con el pensamiento y manifestarle mi sumisión y la firmeza de mi afecto. Su clara bondad, que me ilumina desde hace tanto tiempo, su afecto constante y su benéfica influencia moral, están siempre ante mi vista, y hacen que intente reforzar la veneración que le debo y recordar tantas cosas por las que estoy en deuda. Si no me dirijo a usted del mismo modo que usted lo

hace, es por el respeto que quiero demostrarle. Mi interés por usted no ha cesado todavía (*meine Teilnahme hat an Ihnen noch nicht aufgehört*). Tan duradera como su maternal bondad, así de duradero e invariable es el recuerdo de usted, respetable madre […]».

En las cartas siguientes hay, entre frases hiperbólicas de satisfacción por la salud de la madre, y frases de exagerado respeto y sumisión, otras de conmovedora lucidez: «En mi juventud me ocupé con entusiasmo de los libros y me alejé de usted», dice en una de las cartas. En otras posteriores justifica la monotonía o la impersonalidad de sus cartas, que probablemente le reprochaba la madre con frecuencia: «Si mis cartas no pueden gustarle por completo, tómelas al menos como testimonio de un esfuerzo bienintencionado». «La repetición de cosas que ya se han escrito no es siempre una actividad inútil». «Mis cartas quizá no supongan mucho para usted, pero lo que digo sólo puedo hacerlo con pocas palabras; yo ahora no tengo otra manera de decirlo». ¿No entendería la madre que su hijo, encerrado en una habitación y sin más mundo en torno que un jardín limitado por un muro, tenía poca materia para dar variedad a sus cartas?

La última carta escrita por Hölderlin —al menos la última que se conserva— está dirigida a la madre. Es muy breve, como todas las anteriores, pero su tono es muy distinto. Quizá resulte algo incoherente, pero no por ello es menos expresiva: «Perdone usted, queridísima madre, si no consigo resultar totalmente comprensible para usted.

»Le repito cortésmente lo que ya he tenido el honor de decirle. Le pido a Dios que, del mismo modo que yo le hablo como un sabio, le ayude a usted en todo, y también a mí.

»Cuide de mí (*nehmen sie sich meiner an*). El tiempo es puntualmente preciso y misericordioso».

La madre le ha dicho, en una carta anterior, que no le entiende. Sin vanidad, el hijo le contesta: «le hablo como un sabio». Lo es, y no lo puede evitar: «del mismo modo» —tan cierto como inevitable— que él es sabio, pide a Dios que les ayude. No es sabio por afectación o por fingimiento. Y, como escribe Bertaux, la prueba de que es sabio se cuela espontáneamente en la última frase de la carta, que es una cita literal del *Edipo rey* de Sófocles.

La madre murió en el mes de febrero del año 1828. En el testamento partía su herencia en tres partes iguales, una para cada uno de sus hijos, y a Karl le hacía, además, un legado de 500 guldas. Pero la injusticia de este testamento —y por ello lo impugnaron Heinrike y el curador de Hölderlin— estaba en la pretensión de incluir en el caudal hereditario los patrimonios de sus dos maridos, con el agravante de que el patrimonio del padre de Heinrike y Friedrich Hölderlin era cuantioso, y el del padre de Karl, muy escaso. A eso había que añadir que los

XLIV

YA NO ES INFELIZ

En un breve poema escrito en 1812 para el ebanista Zimmer, Hölderlin dice en el último verso:

> Ya no soy nada, ¡ya no vivo con gusto!
>
> *Ich bin nichts mehr, ich lebe nicht mehr gerne!*

Los primeros años de vida en la torre fueron de infelicidad. Tenía continuos ataques de ira, sus exaltados soliloquios le agotaban y veía ofensas en cualquier mirada furtiva. En las cartas que Zimmer escribe a la madre y a los hermanos del poeta, el relato de esos episodios se repite una y otra vez. En una carta de abril de 1812 le escribe a la señora Gock: «Desde hace unos diez días pasa las noches inquieto, pasea por mi taller de un lado para otro y habla a grandes voces consigo mismo. Una vez me levanté y le pregunté si necesitaba algo. Me pidió que me volviese a la cama y le dejase solo, y añadió con gran sensatez: 'No puedo quedarme en la cama, tengo que moverme, pero pueden ustedes estar tranquilos, no hago nada a nadie, duerma usted bien, buen Zimmer'. Se calló y yo me volví a la cama, porque no quería irritarle, y él se quedó haciendo lo que quería.

»Por la mañana estaba más tranquilo, pero tenía mucho calor interior y sed, como sólo se tiene con mucha fiebre, y una gran agitación. Se quedó por eso tan débil que tuvo que quedarse en la cama, y por la tarde tuvo unos sudores muy fuertes.

»El segundo día tuvo más calor y más sed, y un sudor tan fuerte que la cama y todo lo que llevaba puesto se quedó completamente mojado. Esta situación continuó unos días, y después le salieron unas ampollas en la boca. La sed, el calor y el sudor han ido pasando, pero la agitación, por desgracia, no».

Pero los largos años de desasosiego, con fuertes y frecuentes ataques de ira, terminaron. «Ya no es infeliz —escribe Zimmer a la hermana del poeta en una carta de 1828—. Su ánimo es tranquilo, e incluso en el trato con los demás es amable y complaciente».

En ese año, en que Hölderlin cumple los cincuenta y ocho, su espíritu se serena, y esa serenidad la conservará ya el resto de su vida. También su aspecto exterior ha cambiado: «Sus fuerzas siguen siendo buenas —escribe Zimmer—, pero su rostro ha envejecido, porque ha perdido los dientes, sus labios se han retraído y la mandíbula ha avanzado». En el extraordinario bajorrelieve en cera que hizo del busto de Hölderlin el escultor Wilhelm Neubert —hoy en el *Schiller-Nationalmuseum* de Marbach am Neckar— se aprecian con todo realismo esos rasgos físicos que pone de relieve Zimmer.

En una carta del año siguiente escribe el ebanista: «Hölderlin suele estar alegre, y cuando alguno de mis inquilinos [se refiere a los estudiantes que tenía alojados en la casa] toca un vals, empieza en seguida a bailar, y a menudo bromea. Esta primavera está particularmente tranquilo; ahora llega su época dorada, en la que se levanta a las tres y se va a pasear. El paseo es para él una verdadera fiesta».

«Pronto va a cumplir sesenta años —escribe en una carta posterior—, pero sigue siendo un hombre fuerte, y ahora vive tranquilo y satisfecho, y es muy raro que muestre algún rasgo de infelicidad». «Su hermano se encuentra muy bien, y muy valiente —dice en otra carta—, y su compañía no resulta incómoda ni en lo más mínimo; también hacia los demás huéspedes de la casa es atento y amistoso. Todos le compadecen y le atienden». «Ya tiene sesenta y cinco años —escribe Zimmer en una carta de diciembre de 1835—, y está tan despejado y activo (*munter und lebhaft*) como si tuviera treinta. El poema que le envío lo ha escrito en doce minutos. Le pedí que me escribiera también uno a mí, y entonces abrió la ventana, echó un vistazo al horizonte, y en doce minutos lo terminó». Y añade en la misma carta: «Hölderlin tiene un corazón noble (*edelherzig*) y un espíritu profundo (*ein tiefes Gemüt*), y en todo el tiempo que lleva en mi casa [treinta años] no ha estado nunca enfermo. Su figura es hermosa y bien constituida (*wohlgebaut*), y no he visto ojos más vivos que los de Hölderlin en ningún otro mortal».

Son tan buenas las noticias que Zimmer da a unos y a otros, que llegan a pensar en su curación. Pero en una carta dirigida al funcionario municipal que tiene encomendada la curatela del poeta, el señor Gottfried Burk, de Nürtingen, le dice: «Su fervoroso deseo de que el buen *Magister* Hölderlin pueda liberarse de su enfermedad, en lo que yo he pensado también a menudo, parece que no llega a cumplirse. Pero, por lo demás, él no es nada infeliz. Tiene una extraordinaria fantasía y encuentra siempre en sí mismo ocupación bastante».

Hay aproximadamente una década —la que media entre 1828 y 1838— en que el poeta tiene una relación más clara con las personas de su entorno y tiene, además, plena conciencia de sí mismo. Son años posteriores a aquellos en que le visitó Waiblinger, en los que Hölderlin —según el visitante— vivía sumido en una niebla que le aislaba de los demás. Ahora se relaciona con todos, incluso bromea con ellos, y tiene conciencia de su propia felicidad. Por si no fueran suficientes los repetidos testimonios de Zimmer, algunos poemas de esos años lo confirman, como el que lleva el expresivo título «La vida feliz» (*Das fröhliche Leben*):

Cuando llego a la pradera,
cuando vago por los campos,
soy un hombre manso y pío,
que los espinos respetan.
Mis ropas al viento ondean,
y me pregunta el Espíritu,
alegre, que si perdura
mi alma hasta el desenlace.

Oh qué imagen más amable;
verdes árboles se alzan,
y al caminar me detiene
el rótulo de un albergue.
La paz de los días tranquilos
parece que es para mí,
pero no preguntes nada
que ya te lo diré yo.

Para llegar al arroyo
busco un alegre camino
que avance por la ribera
salvaje entre las colinas.
Donde el puente lo atraviesa
el bello bosque se alza,
donde el viento mueve el puente
se alza alegre la mirada.

En lo alto, en la colina,
algunas tardes me siento;
la brisa silba en la cumbre
y resuena un campanario.
La imagen que se divisa
me trae paz al corazón,

me alivia de los dolores
y serena la razón.

Por el amable paisaje
cruza un camino muy llano,
la luna, pálida, asciende
y sopla en la noche el viento.
Naturaleza sencilla,
montañas majestuosas.
Regreso al fin al hogar
y busco el vino dorado.

Wenn ich auf die Wiese komme,
Wenn ich auf dem Felde jetzt,
Bin ich noch der Zahme, Fromme,
Wie von Dornen unverletzt.
Mein Gewand in Winden wehet,
Wie der Geist mir lustig fragt,
Worin Inneres bestehet,
Bis Auflösung diesem tagt.

O vor diesem sanften Bilde,
Wo die grünen Bäume stehn,
Wie vor einer Schenke Schilde
Kann ich kaum vorübergehn.
Denn die Ruh an stillen Tagen
Dünkt entschieden trefflich mir,
Dieses mußt du gar nicht fragen,
Wenn ich soll antworten dir.

Aber zu dem schönen Bache
Such ich einen Lustweg wohl,
Der, als wie in dem Gemache,
Schleicht durchs Ufer wild und hohl,
Wo der Steg darüber gehet,
Gehts den schönen Wald hinauf,
Wo der Wind den Steg umwehet,
Sieht das Auge fröhlich auf.

Droben auf des Hügels Gipfel
Sitz ich manchen Nachmittag,
Wenn der Wind umsaust die Wipfel,
Bei des Turmes Glockenschlag,

Und Betrachtung gibt dem Herzen
Frieden, wie das Bild auch ist,
Und Beruhigung den Schmerzen,
Welche reimt Verstand und List.

Holde Landschaft! wo die Straße
Mitten durch sehr eben geht,
Wo der Mond aufsteigt, der blasse,
Wenn der Abendwind entsteht,
Wo die Natur sehr einfältig,
Wo die Berg erhaben stehn,
Geh ich heim zuletzt, haushältig,
Dort nach goldnem Wein zu sehn.

Hay un testimonio extraordinariamente revelador de esos años en que Hölderlin parece volver a la vida y al trato de los hombres. Es el poema «Al respetable señor Lebret» (*Dem gnädigsten Herrn von Lebret*). Fuera de los poemas dedicados a Zimmer, es el único que tiene destinatario. Y a diferencia de los primeros, no se trata de versos simplemente dedicados a una persona, sino de versos que hablan de ella.

Lebret, cuando era estudiante de derecho en Augsburgo, vivió en casa de Zimmer en los meses finales de 1829 y los primeros de 1830. Asistía a un curso semestral en la Universidad de Tubinga. Lebret era sobrino de Elise Lebret, que había sido novia de Hölderlin en sus tiempos de Seminario. La relación entre Lebret y Hölderlin fue muy estrecha, y no hay duda de que en ese especial lazo de afecto que se trabó entre el joven estudiante y el poeta influyó aquel lejano episodio amoroso.

El filólogo ruso Roman Jakobson vio en este poema de Hölderlin una hábil estructura que se vertebra sobre la palabra «hombre» (*Mensch*), que se repite seis veces en los doce versos.

Usted, noble Señor, es hombre de quien puede
decirse sin mentir el mayor bien, y todo hombre lo sabe.
La perfección entraña aspectos tan variados
que con sólo enunciarlos el hombre lo atestigua.

Usted ya la ha alcanzado con una vida digna,
y con esa bondad que tanto honra a los hombres
y sólo a los más altos como un tesoro es dada,
mientras otros se hunden en miserias y en penas.

No pierda nunca lo que tanto vale, y por tanto valer
como favor es dado. No vive el hombre sólo

y sin más del brillo y la apariencia, y cada hombre
debe dar testimonio, y así la sensatez se extiende por el mundo.

Sie, Edler! sind der Mensch, von dem das Beste sagen
Nicht fälschlich ist, da jeder Mensch es kennet,
Doch die Vollkommenheit enthält verschiedne Fragen,
Wenn schon der Mensch es leicht bezeuget nennet.

Sie aber haben dies in recht gewohntem Leben,
In der Gewogenheit, von der sich Menschen ehren,
Das ist den Würdigern als wie ein Gut gegeben,
Da viele sich in Not und Gram verzehren.

So unverlierbar dies, so geht es, hoch zu gelten,
Aus der Gewogenheit; die Menschen leben nimmer
Allein und schlechterdings von ihrem Schein und Schimmer,
Der Mensch bezeuget dies und Weisheit geht in Welten.

XLV

LAS CARTAS DE ZIMMER

De las muchas cartas que, a lo largo de dos décadas, fue enviando Zimmer a la madre de Hölderlin, a sus hermanos y al curador Burk sólo se conservan diecisiete. Son un testimonio de valor excepcional para conocer la vida diaria del poeta. Revelan, además, el afecto que Zimmer sentía hacia él, y cómo participaba en sus inquietudes y en sus alegrías. Revelan también la extraordinaria paciencia no sólo de Zimmer, sino de todos los miembros de su familia: soportaban sus largos paseos nocturnos por la casa, y era muy frecuente que Hölderlin bajara de su habitación y tocara el fortepiano —un instrumento de gran sonoridad— que estaba en el cuarto de la hija menor, Lotte, y tocara a lo largo de muchas horas seguidas, repitiendo una y otra vez las mismas melodías.

Por las cartas puede saberse que Hölderlin consumía grandes cantidades de rapé y que le gustaba beber vino en las comidas y tomar un café a media tarde. También se sabe por ellas que era friolero, porque al acercarse los meses fríos insistía en que le dieran sus zapatos de invierno o le hicieran otros nuevos, y que pedía que le hicieran calcetines de lana gruesa. «Hoy ha intentado dos veces dar un paseo, y las dos veces se ha vuelto a casa en seguida, porque ha pasado mucho frío». Por las cartas puede saberse también que Hölderlin recibía diariamente la visita del barbero —*Balbir*, lo llama Zimmer— y que al poeta le gustaba ponerse chaquetas y un pañuelo negro al cuello.

En las cartas hay pequeñas anécdotas: las grandes risas de Hölderlin cuando agitaban el tronco del ciruelo que había en el jardín y caían las ciruelas sobre las cabezas; el día que reunió solemnemente a la familia Zimmer y les dijo: «No me llamen más *Magister*. Yo no soy *Magister*, soy el Bibliotecario del Príncipe», y a continuación empezó a maldecir al Consistorio de Stuttgart, que durante tanto tiempo estuvo pendiente de él para darle un destino eclesiástico, precisamente porque era *Ma-*

gister; su alegría cuando recibió dos pipas que estaban en la casa materna de Nürtingen, y que reconoció inmediatamente: «Las compré en Fráncfort, dijo, y añadió: «En Fráncfort necesité mucho dinero. En mis viajes no, en mis viajes no lo necesitaba»; sus frecuentes sobresaltos al creer que los ejércitos franceses estaban muy próximos y que podían cercar Tubinga…

Por las cartas de Zimmer se tiene noticia de algunas visitas. En el mismo año 1828 vinieron a verle Rosine Stäudlin e Immanuel Nast. Rosine era hermana del poeta Friedrich Stäudlin; Hölderlin la había conocido en Stuttgart, cuando estuvo en casa del poeta —introducido por Neuffer— en octubre de 1789. «Ha venido a visitarle una señorita, Rosine Stäudlin, ya bastante mayor, pero de ojos vivos y brillantes, y de una actitud extraordinariamente alegre (*überaus munteres Wesen*)». Nast, el amigo de los años adolescentes con quien Hölderlin no había vuelto a tener relación desde hacía casi cuatro décadas, vino también de visita a la torre de Tubinga. «[…] Pero Hölderlin no quiso reconocerle. Cuando llegó su amigo estaba tocando el fortepiano. Nast lloraba como un niño, dolido por el cariño que sentía hacia él y por la nostalgia. 'Querido Hölderle, ¿cómo es que ya no me conoces?', le decía, y Hölderlin, recreándose en las piezas que estaba tocando, se limitaba a mover la cabeza en respuesta a las preguntas que le hacía el señor Nast».

A la muerte de la madre se nombró un curador administrativo a Hölderlin. El nombramiento recayó sobre un funcionario municipal de Nürtingen, el señor Israel Gottfried Burk, que, aunque no visitó en ningún momento a su pupilo, no se limitó a una supervisión lejana y burocrática de los asuntos de Hölderlin, sino que se interesó en ellos y logró, además, que el patrimonio que el poeta heredó a la muerte de su madre rindiera suculentos intereses —450 guldas anuales, cantidad notablemente alta, si se tiene en cuenta que Hölderlin cobraba como preceptor en Fráncfort 400 guldas, y que por el *Hyperion* sólo cobró 100.

Burk cesó en el cargo de curador de Hölderlin en 1841. En los dos años que aún vivió el poeta, su curador fue Wilhem Zelle, que sí fue a Tubinga a conocer al pupilo. Tanto a la madre como a Burk y a Zelle, Zimmer les rindió cuentas tres veces al año. Los periodos de tiempo los contaba por festividades religiosas: de la Candelaria (*Lichtmeß*, 2 de febrero) a San Jorge (23 de abril), de San Jorge a San Martín (11 de noviembre), y de San Martín a la Candelaria.

Pero de todas las cartas de Zimmer —rebosantes de humanidad y de pequeños detalles de la vida cotidiana—, la más conmovedora es la primera que envió a Burk. La carta lleva fecha de 28 de abril de 1828. «No sé si usted conoce al querido y desdichado Hölderlin —le escribe—. Merece sin duda alguna todas las atenciones que se le presten. Las recientes *Tag Blätter* [se refiere a la revista *Berliner Conversations-Blatt*,

en cuyo último número se había publicado el artículo de Achim von Arnim *Ausflüge mit Hölderlin*] le llaman el primer poeta elegíaco de Alemania. Es una lástima que su genio, tan grande, tan magnífico, esté hoy encadenado. Su espíritu es tan rico, tan profundo y tan noble, que en ningún otro mortal se encontraría un espíritu que le igualara».

Tras la muerte de Zimmer, su hija Lotte siguió enviando las relaciones de gastos al curador Zeller. En ellas se refleja el mismo afecto por el poeta, pero los pormenores de su vida diaria sólo pueden conocerse a través de las cuentas, porque faltan en las cartas de Lotte los detalles humanos que eran tan frecuentes en las cartas del ebanista Zimmer.

XLVI

SEÑOR MÍO, YO YA NO ME LLAMO HÖLDERLIN

A partir de 1838, el año en que Hölderlin cumplió los sesenta y ocho años, dejó de firmar los poemas con su nombre. «Yo, señor mío, ya no me llamo Hölderlin. Me llamo Scardanelli», le dijo a Christoph Schwab. Y cuando Johann Georg Fischer le llevó un ejemplar de la edición de bolsillo de sus poemas que había hecho Cotta, Hölderlin lo ojeó nerviosamente de delante a atrás y de atrás a delante, y dijo: «Sí, los poemas son auténticos, son míos. Pero el nombre está falsificado, yo nunca me he llamado Hölderlin, sino Scardanelli, o Scarivari, o Salvator Rosa, o algo parecido».

A partir de esa fecha faltan esos testimonios tan precisos sobre la vida diaria del poeta que eran las cartas del ebanista Zimmer a los hermanos de Hölderlin. Zimmer murió, como se ha dicho, en noviembre de 1838. Las cartas escritas por su hija Lotte —que asumió el cuidado del poeta— son pocas —aunque muy bien escritas—, y casi todas de defensa frente a las malévolas insinuaciones de los hermanos de Hölderlin. De las escasas referencias a la vida del poeta se desprende que en estos años finales se ha producido cierto retroceso en su evolución: tiene una actitud «infantil», y se empeña en andar descalzo, lo que le produce continuos catarros.

De la serenidad de su espíritu da una prueba clara Christoph Schwab, que le visitó a principios de 1841. Hasta esos últimos años, Hölderlin no había permitido que estuviera alguien presente cuando tocaba la espineta que tenía en su habitación. Con Waiblinger había tenido un violento ataque de ira al darse cuenta de que había entrado sigilosamente en el cuarto y le estaba escuchando. Kühne se hizo pasar por el afinador para poder oírle, y ni aún así lo consintió el poeta. El relato de Schwab es muy distinto. No se trata, en este caso, de la espineta, sino del fortepiano que estaba en la planta baja —en la vivienda de la

familia Zimmer—, y en el que habían aprendido a tocar las hermanas Lotte y Christiane. «Lotte me dijo que llevaría a Hölderlin a su cuarto y le pediría que se sentase al piano, y luego me llamaría. Y así fue. Cuando entré, él estaba sentado al piano y tocaba. Me hizo un amable cumplido y le respondí del mismo modo. Aunque la joven me había dicho que quizá dejara de tocar al verme, para fortuna mía no lo hizo, sino que volvió a sentarse y siguió tocando. Su interpretación era muy precisa y melodiosa, y tocaba sin partitura. No dijo ni una sola palabra, y estuve media hora al lado del instrumento, sin dirigirme a él. Una sola vez, cuando tocaba un pasaje particularmente melodioso, me miró. Sus ojos, que eran de color gris, tenían un brillo mate, como sin energía. Dos veces más puso su mirada en mí con una ingenuidad infantil».

Los testimonios coinciden en el mismo adjetivo: infantil (*kindisch*). Hölderlin conserva la calma de los últimos años, pero su espíritu ha retrocedido a esa fase inicial en que el hombre no tiene aún conciencia de sí mismo. El reflejo poético de ese estado son los veintisiete *Scardanelligedichte*: esos poemas que no están escritos por él, sino por otro, ese Scardanelli que vive en las fechas más dispares, desde 1648 a 1940, y que firma al pie de los versos tras una fórmula de infantil sumisión, *mit Untertänigkeit*, «humildemente».

Los poemas de esta etapa final no tienen un espacio ni un tiempo concreto, no tienen atmósfera: a veces recuerdan la pintura metafísica del siglo XX. No tienen tampoco sujeto: no hay nadie detrás de ellos. En una única ocasión parece oírse el eco de una existencia humana: cuando el poema «El hombre» (*Der Mensch*) habla de alguien que vive

> separado de la naturaleza y lejos de la envidia,
> como si estuviera solo en otra enorme vida.
>
> *Von der Natur getrennt und unbeneidet,*
> *Als wie allein ist er im andern weiten Leben.*

Aunque todos los poemas reflejan escenas de la naturaleza, se trata de escenas en que los elementos —campos, árboles, nubes, amaneceres, puestas de sol…— carecen de conexión entre sí. No forman una imagen unitaria, coherente, a pesar de que la palabra «imagen» (*Bild*) es quizá la que más se repite en los poemas. Dos veces —en los dos versos finales— aparece en éste, que lleva como título «El otoño» (*Der Herbst*):

> La naturaleza brilla en máximo esplendor
> y el día termina con abundantes gozos,
> es el año que glorioso culmina
> y los frutos se enlazan con un brillo feliz.

Adornada está la tierra entera, y raramente suena
un ruido en campo abierto. Calienta el sol el día
de otoño suavemente, los campos se despliegan
en amplias perspectivas, y los vientos soplan

sobre ramas y troncos con susurros dulces.
Todos los campos se van quedando yermos.
Este es el sentido de la imagen clara,
una imagen nimbada de esplendor dorado.

Das Glänzen der Natur ist höheres Erscheinen,
Wo sich der Tag mit vielen Freuden endet,
Es ist das Jahr, das sich mit Pracht vollendet,
Wo Früchte sich mit frohem Glanz vereinen.

Das Erdenrund ist so geschmückt, und selten lärmet
Der Schall durchs offne Feld, die Sonne wärmet
Den Tag des Herbstes mild, die Felder stehen
Als eine Aussicht weit, die Lüfte wehen

Die Zweig' und Äste durch mit frohem Rauschen,
Wenn schon mit Leere sich die Felder dann vertauschen,
Der ganze Sinn des hellen Bildes lebet
Als wie ein Bild, das goldne Pracht umschwebet.

Los últimos poemas son de una sorprendente perfección formal. Se trata de versos perfectamente medidos —quienes visitaron a Hölderlin en la torre le vieron contar las sílabas con la mano izquierda mientras movía la pluma con la derecha—, siempre rimados en consonante, en rima pareada y a veces alterna. El ritmo —casi siempre de acentuación yámbica— es sonoro y firme, y quizá sea ésa la razón por la que grandes músicos hayan compuesto partituras para estos poemas finales de Hölderlin: entre los más destacados, Carl Orff, que escribió, para coro y recitador, «Las estaciones» (*Die Jahreszeiten*) tomando como texto «La primavera» (*Der Frühling*), «El verano» (*Der Sommer*), «El otoño» (*Der Herbst*) y «El invierno» (*Der Winter*), y el húngaro György Ligeti, que puso música para piano y canto a otro de los poemas titulado «El verano» (*Der Sommer*), el que empieza

Aún puede contemplarse el tiempo en que los campos
reflejan la dulzura y el brillo del verano.
El verde de los prados se extiende esplendoroso
y en él lanza el arroyo sus olas en cascada […]

Noch ist die Zeit des Jahrs zu sehn, und die Gefilde
Des Sommers stehn in ihrem Glanz, in ihrer Milde;
Des Feldes Grün ist prächtig ausgebreitet,
Allwo der Bach hinab mit Wellen gleitet.

XLVII

UNA MUERTE SIN AGONÍA

Aquella inquietud que Hölderlin había padecido en los años anteriores, y que le obligaba a pasear a lo largo de la noche por la casa, y de día a recorrer a grandes y sonoras zancadas su habitación, haciendo retumbar toda la torre, desapareció en los últimos tiempos, pero le quedó el movimiento nervioso de las manos. «No se puede imaginar cómo destroza las camisas —le escribe Lotte a la hermana del poeta—. Tiene las manos todo el día en los puños, y juega con ellos sin parar».

Pero lo más grave, los ataques de ira, eran ya historia remota. Cuando a principios de 1842 vino a visitarle la pintora Louise Keller para hacerle un retrato —el editor quería incorporarlo a la segunda edición de los *Poemas* (*Gedichte*) que habían compilado Uhland y Schwab en 1826—, Hölderlin se dejó amablemente pintar.

A principios del año siguiente, que sería el último de la vida de Hölderlin, le visitó el joven poeta Johann Georg Fischer: «Le dije a Hölderlin que venía a despedirme de él, porque me iba de Tubinga en los días siguientes, y él me escuchó con agrado. En esta visita, que fue la última que le hice, le dije: 'Señor Bibliotecario, me haría muy feliz si me regalara un par de estrofas suyas como recuerdo'. La respuesta fue: 'Como Su Santidad ordene. ¿Debe ser un poema sobre Grecia, sobre la primavera o sobre el espíritu del tiempo?'. 'Sobre el espíritu del tiempo', dijeron por lo bajo los dos amigos que me acompañaban. Y fue eso lo que le pedí.

»Entonces Hölderlin, que andaba casi siempre un poco inclinado hacia delante, se irguió, se colocó delante del atril de pie, cogió un gran pliego de papel y una vistosa pluma de ganso y se preparó para escribir. Nunca olvidaré cómo resplandecía su cara en ese instante. Los ojos y la frente brillaban como si jamás hubiera pasado por ellos el grave trastorno que padecía. Se puso entonces a escribir, midiendo cada verso

con la mano izquierda, y al final de cada uno de ellos soltaba un '¡Hm!' lleno de satisfacción. Al terminar, me acercó la hoja y preguntó: '¿Está satisfecha Su Santidad?'. Un fuerte apretón de manos fue mi último agradecimiento. Los versos decían así:

El espíritu del tiempo

Los hombres se encuentran viviendo en este mundo,
y según son los años, y va avanzando el tiempo,
así va siendo el cambio, y van quedando cosas verdaderas,
y el tiempo pasa en años muy diversos.
La plenitud se alcanza al fin en esta vida
y el hombre se acomoda con noble esfuerzo a ella.

Humildemente,
Scardanelli.
24 de mayo de 1748.

Der Zeitgeist

Die Menschen finden sich in dieser Welt zum Leben,
Wie Jahre sind, wie Zeiten höher streben,
So wie der Wechsel ist, ist übrig vieles Wahre,
Daß Dauer kommt in die verschiednen Jahre;
Vollkommenheit vereint sich so in diesem Leben,
Daß diesem sich bequemt der Menschen edles Streben.

Mit Untertänigkeit,
Scardanelli.
24 Mai 1748».

Y Fischer añade al final del relato: «¡Qué confusión de nombre y de fecha!».

Medio año después de la visita de Fischer, a principios de junio, Hölderlin escribió su último poema: «La vista» (*Die Aussicht*), de perfecto y sostenido ritmo yámbico:

Cuando a lo lejos se pierde la vida de los hombres,
en una lejanía donde brilla el tiempo de las vides,
allí donde verano ha dejado seca la campiña,
y asoma el bosque con su oscura imagen.

Que complete el paisaje la imagen de los tiempos,
que se demore hasta verse alcanzada
por la plenitud, y que en su cumbre el cielo
ilumine a los hombres, como las flores coronan las copas de los
[árboles.

Wenn in die Ferne geht der Menschen wohnend Leben,
Wo in die Ferne sich erglänzt die Zeit der Reben,
Ist auch dabei des Sommers leer Gefilde,
Der Wald erscheint mit seinem dunklen Bilde.

Daß die Natur ergänzt das Bild der Zeiten,
Daß die verweilt, sie schnell vorübergleiten,
Ist aus Vollkommenheit, des Himmels Höhe glänzet
Den Menschen dann, wie Bäume Blüt umkränzet.

Roman Jakobson puso de relieve la absoluta simetría de este poema, que tiene dos estrofas, cada estrofa dos pares de versos, cada par de versos dos rimas consonantes, y cada verso dos partes divididas por una cesura. La simetría se acentúa por las sucesivas parejas de nombres en nominativo y genitivo: «la vida de los hombres» (*der Menschen Leben*), «el tiempo de las vides» (*die Zeit der Reben*), «la campiña del verano» (*des Sommers Gefilde*), «la imagen de los tiempos» (*das Bild der Zeiten*), «la cumbre del cielo» (*des Himmels Höhe*). Culmina la simetría del poema la repetición, en el primero y el último verso, de la palabra *Menschen*, «los hombres».

Cuando estaba aún fresca la tinta con que Hölderlin había escrito su último poema, y sonaban a lo lejos doce campanadas que anunciaban la medianoche y el final del día 7 de junio de 1843, Lotte Zimmer escribió una carta a Karl Gock. Después de consignar la dirección en el sobre, añadió con letra nerviosa: «Muy urgente. Se ruega que entreguen esta carta lo antes posible». El texto de la carta era el siguiente:

«Tengo el honor de anunciaros la triste noticia del sereno fallecimiento de vuestro querido hermano. Desde hacía unos días tenía un catarro, y le encontrábamos particularmente débil; fui en busca del profesor Gmelin, que le dio una medicina. En la tarde misma de su fallecimiento estuvo tocando la espineta, cenó en nuestra habitación y después se fue a la cama, pero pronto tuvo que levantarse; me dijo que tenía demasiada angustia como para seguir tumbado. Traté de tranquilizarle, y ya no me alejé de la cabecera de la cama. Después de algunos minutos volvió a tomar la medicina, porque seguía teniendo angustia. Entonces su vida se extinguió muy dulcemente, sin verdadera agonía. Mi madre estaba también junto a él, y ninguno de nosotros imaginaba que iba a

morir. Estoy tan conmovida que no puedo ni siquiera llorar. Y sin embargo hay que estar mil veces agradecido a Dios por haberle ahorrado los sufrimientos del lecho del dolor; no hay muchos hombres, entre millares, que partan tan dulcemente como vuestro querido hermano.

»En la espera de veros o, si vuestra salud no os lo permite, de recibir instrucciones sobre los funerales, quedo, con todo respeto, a vuestra disposición».

Pusieron el cadáver en un sencillo ataúd de pino. Lo dejaron en el cuarto en que había muerto, el mismo cuarto en que había vivido más de tres décadas. Con una pequeña corona de laurel —*ein voller Lorbeerkranz*, dice Gustav Schwab— adornaron la cabeza prematuramente senil del poeta.

A los tres días del fallecimiento, el 10 de junio, fue el entierro. Los jóvenes estudiantes que se alojaban, como Hölderlin, en la casa de la familia Zimmer, llevaron el ataúd. Seguían al féretro Fritz Breunlin, sobrino del poeta, la señora Zimmer y su hija Lotte, el poeta Karl Mayer y algunos profesores del *Tübinger Stift*. Ni Karl ni Heinrike, los hermanos de Hölderlin, estaban presentes. En el pequeño cementerio de Tubinga, con la tumba ya abierta, un coro cantó algunas melodiosas canciones de la liturgia protestante. En el momento en que el cuerpo de Hölderlin bajaba a la fosa, Christoph Schwab leyó unas palabras. Empezó recordando aquellas que Hölderlin había puesto en boca de Hiperión: «No somos nada. Lo que buscamos es todo» (*Wir sind nichts. Was wir suchen ist alles*). «Y lo que él buscó —añadió Schwab—, y por lo que luchó y luchó, y le hizo extraviarse en la noche, en una noche de la que ningún auxilio humano pudo liberarle, aunque sí consolarle, fue ese Dios que está en nosotros y sobre nosotros, y que dirige el destino como guía las aguas del arroyo, y que dejó que en esa noche oscura brillaran las estrellas de la amistad y del amor. Él ha disuelto en un sueño ligero las fuerzas de su cuerpo y ha roto las cadenas de su espíritu y lo ha atraído hacia sí».

No se sabe bien por qué razón hicieron la autopsia al cadáver de Hölderlin. El informe del médico habla del «deseo de sus amigos». ¿Qué amigos había cerca de él en esos días en que nada hacía presagiar su muerte? Parece que la curiosidad morbosa con que los visitantes se acercaron a ver al poeta loco de la torre de Tubinga se prolongó más allá de su muerte. El informe de la autopsia es un texto romántico: se habla en él de «la plenitud y belleza con que estaba construido su cerebro». También se habla de cierta cavidad que estaba llena de agua, y que presionaba y endurecía el tejido cerebral… y ésa era la causa de una locura que había durado cuarenta años. Como se ve, algo menos poético que esa afanosa búsqueda de Dios a la que unas horas más tarde Christoph Schwab atribuiría el trastorno del poeta.

Cuando el *Allgemeine Zeitung* de Tubinga dio cuenta de la muerte de Hölderlin, terminó la noticia con la última estrofa de la «Canción del destino de Hiperión»:

Pero a nosotros no se nos concede
el reposo en sitio alguno.
Desaparecen, caen
los hombres llenos de dolor,
ciegamente, de una
hora a otra hora,
como agua se vierte
de roca en roca,
a través de los años, a lo desconocido.

Doch uns ist gegeben,
Auf keiner Stätte zu ruhn,
Es schwinden, es fallen
Die leidenden Menschen
Blindlings von einer
Stunde zur andern,
Wie Wasser von Klippe
Zu Klippe geworfen,
Jahr lang ins Ungewisse hinab.

Sobre la tumba colocaron un pedestal de piedra, y sobre el pedestal una sencilla cruz de hierro. Karl Gock mandó que en uno de los costados del pedestal se grabaran unos versos del poema «El destino», que Hölderlin había escrito medio siglo antes, cuando era un joven seminarista:

Que en lo más sagrado de la tempestad
caigan los muros de esta cárcel,
y mi espíritu, más libre y más feliz,
peregrine a una tierra desconocida.

Im heiligsten der Stürme falle
Zusammen meine Kerkerwand,
Und herrlicher und freier walle
Mein Geist ins unbekannte Land!

Un fresno, por cuyo tronco sube la hiedra, da sombra a la tumba, cubierta siempre de flores.

CRONOLOGÍA
(con indicación de domicilios, viajes y obras,
y concordancias de literatura alemana y española)

1770 20 de marzo: Johann Christian Friedrich Hölderlin nace en Lauffen am Neckar. Sus padres son Johanna Christiana Heyn (1748-1828) y Heinrich Friedrich Hölderlin (1736-1772).
21 de marzo: bautizo de Hölderlin.
Johann Wolfgang von Goethe: *Sesenheimer Lieder*.
Nace Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831).
Muere Diego de Torres Villarroel (1693-1770).

1771 7 de abril: nacimiento de su hermana Johanna Christiana Friederike.

1772 5 de julio: muere el padre de Hölderlin, Heinrich Friedrich.
7 de julio: entierro del padre, y traslado de una hermana de éste, viuda, Elisabeth Lohenschiold, a la casa de su cuñada y sobrinos.
15 de agosto: nace su hermana Maria Eleonora Heinrike (*Rike*).
Gotthold Ephraim Lessing: *Emilia Galotti*.
Christoph Martin Wieland: *Der goldene Spiegel*.
Nace Friedrich von Schlegel (1772-1829).
Nace Manuel Josef Quintana (1772-1857).

1773 Johann Wolfgang von Goethe: *Götz von Berlichingen mit der eisernen Hand*.
Johann Gottfried Herder: *Auszug aus einem Briefwechsel über Ossian und die Lieder alter Völker*.
Nace Ludwig Tieck (1773-1853).
Nace Wilhelm Heinrich Wackenroder (1773-1798).
Gaspar Melchor de Jovellanos: *El delincuente honrado*.

1774 10 de octubre: su madre, Johanna Christina Heyn, se casa con Johann Christoph Gock. La familia se traslada a Nürtingen, donde Gock es nombrado alcalde.
Johann Wolfgang von Goethe: *Ganymed* y *Die Leiden des jungen Werthers*.
Johann Gottfried Herder: *Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit*.

1775 18 de abril: confirmación.
18 de agosto: nacimiento de su hermanastra Anastasia Carolina Dorothea.
16 de noviembre: muerte de su hermana Johanna Christiana Friederike.
19 de diciembre: muerte de su hermanastra Anastasia Carolina Dorothea.
Nace Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling (1775-1854).
Nace Alberto Lista (1775-1848).

1776 29 de octubre: nace Karl Gock, medio hermano de Hölderlin.
11 de mayo: muerte de la tía Elisabeth Lohenschiold. Hölderlin hereda de ella la cuarta parte de sus bienes.
Nace Johann Joseph von Görres (1776-1848).
Nace E. T. A. Hoffmann (1776-1822).
Nace Eugenio de Tapia (1776-1860).
Vicente García de la Huerta: *Raquel*.

1777 Nacimiento y muerte de un hermano, que no recibe nombre por no llegar con vida al bautismo.
Nace Heinrich von Kleist (1777-1811).
Nicolás Fernández de Moratín: *Guzmán el Bueno* y *Carta histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España*.
Nace Juan Nicasio Gallego (1777-1852).

1778 Nacimiento de su hermanastra Friederike Rosina Christiana.
Nace Clemens Brentano (1778-1842).

1779 13 de marzo: muere el padrastro, Johann Christoph Gock. La abuela materna, Johanna Rosina Heyn, se traslada a vivir con su hija.
Gotthold Ephraim Lessing: *Nathan der Weise*.

1780 Hölderlin empieza las clases de clavicordio y flauta.
Septiembre: aprueba en Stuttgart el examen que le permite acceder a las escuelas conventuales.
Christoph Martin Wieland: *Oberon*.
Tomás de Iriarte: *El don de gentes*.
Muere Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780).
La Real Academia Española publica la primera edición del *Diccionario de la lengua española*.

1781 Nace Achim von Arnim (1781-1831).
Nace Adalbert von Chamisso (1781-1838).
Muere Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781).
Muere José Francisco de Isla (1703-1781).
Félix María de Samaniego: *Fábulas morales*.

1782 Recibe clases particulares de los profesores Köstlin y Kraz, de religión, hebreo, latín, griego, dialéctica y retórica.
Friedrich Schiller: *Die Verschwörung des Fiesko zu Genua*.
Muere José Cadalso (1741-1782).

1783 Conoce a Schelling, sobrino de Köstlin y alumno de la escuela latina de Nürtingen.
20 de diciembre: muerte de su hermanastra Friederike Rosina Christiana.

1784 Octubre: Hölderlin entra en la escuela conventual inferior (*niedere Klosterschule*) de Denkendorf.
Lee el poema de Klopstock *Hermanns Schlacht*.
21 de marzo: aprueba el examen final, obteniendo el sexto puesto de los 29 alumnos.
Noviembre: primera carta de Hölderlin que se conserva; está dirigida a Nathanael Köstlin.
Juan Meléndez Valdés: *Las bodas de Camacho el rico*.

1785 Friedrich Schiller: *Kabale und Liebe*.
Juan Meléndez Valdés: *Poesías*.
Nace Bettina Brentano (1785-1859).
Nace Jacob Ludwig Karl Grimm (1785-1863).

1786 19 de octubre: entra en la escuela conventual superior (*höhere Klosterschule*) de Maulbronn.
Entabla amistad con Luise Nast.
Escribe los poemas *Die Meinige*, *An Stella*, *An die Nachtigall* y *An meinem B.*
Nace Wilhelm Karl Grimm (1786-1859).
Nace Justinus Andreas Christian Kerner (1786-1862).
José Francisco de Isla: *Cartas familiares*.

1787 Conoce a Immanuel Nast, primo de Luise, que será uno de sus más íntimos amigos. Por la misma época entabla amistad con Franz Karl Hiemer.
Entusiasmo por Ossian, y nuevos poemas: *Klagen*, *An meine Freundinnen*, *Auf einer Heide geschrieben* y *Mein Vorsatz*.
En noviembre le confiesa a Immanuel Nast su amor por Luise.
Septiembre: en el examen final de curso obtiene en griego, poesía y retórica la calificación de «muy bien» (*recht gut*) y en matemáticas «regular» (*mittelmäßig*).
Friedrich Schiller: *Don Carlos, Infant von Spanien*.
Johann Wolfgang von Goethe: *Iphigenie auf Tauris*.
Nace Ludwig Uhland (1787-1862).

1788 Abril: lee *Don Carlos*, de Schiller.
Del 2 al 6 de junio: viaje por el Palatinado.
21 de octubre: Hölderlin empieza sus estudios de teología en el Seminario o Fundación de Tubinga (*Tübinger Stift*). Allí conoce a Hegel.
Noviembre: Alianza poética (*Dichterbund*) con Neuffer y Magenau.
3 de diciembre: obtiene el grado de bachiller.
Johann Wolfgang von Goethe: *Egmond*.
Friedrich Schiller: *Die Götter Griechenlands*.
Immanuel Kant: *Kritik der praktischen Vernunft*.
Nace Joseph von Eichendorff (1788-1857).
Nace Arthur Schopenhauer (1788-1860).
Muere Johann Georg Hamann (1730-1788).
Tomás de Iriarte: *El señorito mimado*.

1789 Abril: ruptura con Luise Nast.
20 y 21 de abril: conoce a Gotthold Friedrich Stäudlin y Christian Friedrich Schubart cuando hace una visita a Stuttgart con Neuffer.

Verano: recibe lecciones de flauta del virtuoso Friedrich Ludwig Dulon.
14 de julio: toma de la Bastilla y comienzo de la Revolución francesa.
16 de noviembre: Hölderlin es castigado a seis horas de calabozo.
En una carta de mediados de noviembre comunica a su madre el propósito de salir del Seminario y estudiar derecho.
José Cadalso: *Cartas marruecas*.
Tomás de Iriarte: *La señorita malcriada*.
Leandro Fernández de Moratín: *La derrota de los pedantes*.

1790 A principios de año llega al Seminario Friedrich Philipp Immanuel Niethammer, que inmediatamente sugiere a Hölderlin la lectura de Kant.
Marzo: primero de los encuentros (*Aldermannstage*) entre Hölderlin, Neuffer y Magenau.
En el verano, Hölderlin conoce a Elise Lebret, hija del canciller del Seminario de Tubinga, a la que llama en sus poemas *Lyda*.
Escribe dos monografías para obtener el grado de *Magister*: *Geschichte der schönen Künste unter den Griechen bis zu Ende des Perikleischen Zeitalters* y *Parallele zwischen Salomons Sprüchwörtern und Hesiods Werken und Tagen*.
Septiembre: lee con entusiasmo las cartas de Jacobi *Über die Lehre des Spinoza, in Briefen an den Herrn Moses Mendelssohn*. Traduce la epopeya *Farsalia*, de Lucano, en hexámetros.
20 de octubre: entra Schelling en el *Tübinger Stift*.
Empieza el ciclo de los *Tübinger Hymnen*, que se prolongará hasta 1793: *Hymne auf die Wahrheit, Hymne an den Genius Griechenlands, Hymne an die Muse, Hymne an die Freiheit*, *Hymne an die Göttin der Harmonie*.
Johann Wolfgang von Goethe: *Torquato Tasso*.
Jean Paul: *Leben des vergnügten Schulmeisterlein Maria Wuz*.
Immanuel Kant: *Kritik der Urteilskraft*.
Leandro Fernández de Moratín: *El viejo y la niña*.
José Cadalso: *Noches lúgubres*.

1791 En una carta de 14 de febrero, dirigida a su madre, Hölderlin expone sus ideas religiosas y filosóficas, con comentarios sobre el pensamiento de Spinoza, Leibniz, Wolff y Kant.
Abril: viaje a través de Suiza con sus compañeros Christian Friedrich Hiller y Friedrich August Memminger. Allí visitan a Lavater en Zúrich el 19 de abril. Inspirado en ese día, Hölderlin escribe *Kanton Schweiz*, que dedica a Hiller.
Septiembre: el *Musenalmanach fürs Jahr 1792* publica cuatro poemas de Hölderlin.
Johann Wolfgang von Goethe: *Beiträge zur Optik*.
Johann Gottfried Herder: *Paramythien. Dichtungen aus der griechischen Fabel*.
Nace Franz Grillparzer (1791-1872).
Nace Theodor Corner (1791-1813).
Tomás de Iriarte: *La señorita malcriada*.

Manuel Josef Quintana: *Las reglas del arte*.
Nace Ángel Saavedra, duque de Rivas (1791-1865).
Muere Tomás de Iriarte (1750-1791).

1792 En febrero, y por el rigor que imponen los nuevos estatutos, Hölderlin tiene el propósito —que no lleva a la práctica— de abandonar el Seminario.
Verano: conoce al estudiante de derecho Leo von Seckendorf y a su grupo de patriotas revolucionarios.
9 de octubre: boda de su hermana Heinricke con Christoph Matthäus Breunlin en Nürtingen. Hölderlin asiste y le regala a la hermana el retrato al pastel hecho por Hiemer.
Primeros esbozos de la novela *Hyperion*.
Leandro Fernández de Moratín: *La comedia nueva o El café*.
José Francisco de Isla: *Sermones*.

1793 Mayo: durante la visita de Stäudlin a Tubinga, Hölderlin le lee los borradores de *Hyperion*.
25 de mayo: Charlotte von Kalb pide ayuda a Schiller en la búsqueda de un preceptor para su hijo Fritz.
Junio: aprueba el examen final.
14 de julio: Hegel, Hölderlin y Schelling plantan un Árbol de la Libertad en una pradera próxima a Tubinga.
Septiembre: Hölderlin conoce al estudiante de derecho Isaac von Sinclair.
4 de septiembre: Stäudlin alaba *Hyperion*, y anima a incorporar a la novela algún pasaje sobre el «espíritu de la época», y en especial el anhelo de libertad.
17 de septiembre: nacimiento de Heinrike, hija de Heinrike Hölderlin y Christoph Breunlin.
1 de octubre: breve visita a Schiller en Ludwigsburg.
6 de diciembre: examen consistorial en Stuttgart. Prueba de predicación, sobre Romanos 5, 10.
Mediados de diciembre: viaje por Stuttgart, Núremberg, Erlangen, Bamberg y Coburg hasta Waltershausen.
28 de diciembre: empieza a trabajar como preceptor en casa de Charlotte von Kalb, en Waltershausen.
Friedrich Schiller: *Über Anmuth und Würde*.
Jean Paul: *Die unsichtbare Loge*.
Ludwig Tieck: *Karl von Berneck*.
Se publica, sin expresión de autor, *Versuch einer Kritik aller Offenbarung*.
Lorenzo Hervás y Panduro: *Viaje estático al mundo planetario*.

1794 A mediados de agosto, Charlotte von Kalb recibe la obra de Fichte *Wissenschaftslehre*, y la lee al tiempo que Hölderlin.
Noviembre: pasa unos días con su pupilo Fritz von Kalb en Jena. En una visita a Schiller se encuentra a Goethe, pero Hölderlin no le identifica.
Visitas repetidas a Fichte, a cuyas clases asiste.

Conoce a Sophie Mereau y trata a su condiscípulo Niethammer.
El *Fragment von Hyperion* aparece en *Thalia*.
Finales de diciembre: visita, que resulta muy cordial, a Herder.
Johann Gottlieb Fichte: *Wissenschaftslehre*.
Friedrich Schlegel: *Wert des Studiums der Griechen und Römer.*
Ludwig Tieck: *William Lovell*.
Muere don Ramón de la Cruz (1731-1794).
Gaspar Melchor de Jovellanos: *Informe sobre el expediente de la ley agraria*.

1795 Principios de enero: tiene un segundo encuentro con Goethe, del que Hölderlin habla en una carta a Neuffer.
Mediados de enero: deja de trabajar en la casa de la familia von Kalb. Vuelve a Jena y asiste a las clases de Fichte.
Marzo: se hace más estrecha la amistad con Sinclair; en abril, Hölderlin se traslada a vivir a su casa.
Trata con frecuencia a Schiller, que le anima a escribir para su revista *Die Horen*.
Finales de marzo a principios de abril: viaje a pie a Halle, Dessau, Leipzig y Lützen.
Abril: a sugerencia de Schiller, traduce *Phaeton*, de Ovidio.
Principios de verano: Hölderlin, Fichte y Friedrich von Hardenberg (Novalis) se reúnen en casa de Niethammer.
Principios de junio: sale precipitadamente de Jena y viaja a Nürtingen. Pasa por Heidelberg para visitar al doctor Johann Gottfried Ebel, al que plantea su necesidad de encontrar un nuevo puesto de preceptor.
Julio: visita a Schelling en Tubinga.
Principios de octubre: encuentro con Neuffer en Stuttgart. Discuten sobre el poema *Das Reich der Schatten*, de Schiller. Conoce al comerciante Christian Landauer.
Diciembre: Schelling visita a Hölderlin en Nürtingen.
28 de diciembre: llega a Fráncfort.
Johann Wolfgang von Goethe: *Wilhelm Meisters Lehrjahre*; *Römische Elegien*.
Friedrich Schiller: *Über die ästhetische Erziehung des Menschen*.
Jean Paul: *Hesperus*.

1796 10 de enero: empieza a trabajar como preceptor, en casa de la familia Gontard, de Fráncfort, con el sueldo de 400 guldas anuales. Visita a Sinclair en la ciudad próxima de Homburg.
11 de febrero: escribe a su hermano Karl para pedirle que le envíe la flauta; quiere tocar con Susette Gontard y sus amigos.
Abril: encuentro con Schelling, que pasa unos días en Fráncfort.
Mayo: se enamora de la madre de su pupilo, Susette Gontard.
En el verano llegan las tropas de la República francesa hasta Fráncfort.
10 de julio: la familia Gontard (sin el marido), y Hölderlin con ellos, huye de Fráncfort a Kassel. En esta última ciudad conoce al poeta Wilhelm Heinse.

9 de agosto: continúan el viaje hasta Bad Driburg.
Hegel dedica el poema «Eleusis» a Hölderlin.
13 de septiembre: regreso a Kassel, donde permanecen hasta fin de mes. Regreso a Fráncfort.
14 de septiembre: suicidio de Stäudlin arrojándose al Rin.
13 de octubre: carta a Karl en que habla de su decepción sobre los logros de la Revolución francesa.
Nace Cecilia Böhl de Faber, *Fernán Caballero* (1796-1877).
Gaspar Melchor de Jovellanos: *Memoria para el arreglo de la policía de espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España.*

1797 16 de febrero: carta a Neuffer sobre su amor a Susette.
Abril: aparece el primer tomo de *Hyperion* en la editorial Cotta de Tubinga. Visita de Karl Gock a Hölderlin.
En mayo, los Gontard se trasladan a un lugar próximo a Fráncfort, el *Adlerflychtschen Hof*, donde pasan el verano.
20 de junio: Hölderlin envía el primer tomo de *Hyperion* a Schiller, junto a dos poemas, *An den Aether* y *Der Wanderer*.
27 de junio: Schiller envía los dos poemas de Hölderlin a Goethe. Respuesta de Goethe.
Agosto: se publica la elegía *Der Wanderer* en la revista *Die Horen*, de Schiller.
22 de agosto: último encuentro de Hölderlin y Goethe.
Empieza a trazar el plan de la tragedia *Der Tod des Empedokles*.
22 de diciembre: nace su sobrino Fritz, hijo de su hermana Heinrike. Hölderlin, aunque no asiste, es el padrino.
Johann Wolfgang von Goethe: *Balladen*.
Wilhelm Heinrich Wackenroder: *Herzensergießungen eines kunstliebenden Klosterbruders*.
Nace Annette von Droste-Hülshoff (1797-1848).
Nace Heinrich Heine (1797-1856).

1798 Principios de año: carta a la madre sobre «la paz y el orden» que siente en su ánimo.
Establecimiento, en el sur, de una República Alemana, en la que participan políticos de Württemberg.
Verano en el *Adlerflychtschen Hof* con la familia Gontard.
25 de septiembre: deja el trabajo en casa de Gontard, después de una discusión con el marido. Se traslada a Homburg, por sugerencia de Sinclair.
Encuentros secretos y cartas a Susette hasta mayo de 1800.
4 de octubre: primer encuentro con Susette Gontard.
Trabaja en *Empedokles* y en ensayos estéticos y filosóficos.
Septiembre: encuentro con Hegel en Fráncfort.
Mediados de octubre: la princesa Augusta ha leído *Hyperion* y manifiesta su deseo de conocer a Hölderlin.
Noviembre: a sugerencia de Sinclair, asiste al Congreso de Rastatt. Le causan profunda impresión los republicanos, y especialmente Baz y Muhrbeck.
6 de diciembre: encuentro con Susette Gontard.

Termina el segundo tomo de *Hyperion*.
Aparece el primer número de la revista *Athenaeum*, dirigida por los hermanos Schlegel.
Johann Wolfgang von Goethe: *Hermann und Dorothea*.
Friedrich Schlegel: *Geschichte der Poesie der Griechen und Römer*.
Ludwig Tieck: *Franz Sternbalds Wanderungen*.

1799 2 de marzo: August Wilhelm von Schlegel elogia los poemas de Hölderlin en una recensión que se publica en el *Taschenbuch für Frauenzimmer*, que dirige Neuffer.
11 de marzo y 5 de abril: encuentros con Susette Gontard.
Finales de marzo: trastornos de ánimo que los médicos consideran hipocondría.
9 de mayo: encuentro con Susette Gontard.
Principios de junio: planes de editar una revista literaria que se titularía *Iduna*. Escribe a Schiller, Goethe y Schelling, y la escasa respuesta le lleva a abandonar la idea.
Junio: termina la primera versión de *Der Tod des Empedokles*.
3 de julio: carta a Neuffer en que le envía *Emilie vor ihrem Brauttag*.
Finales de octubre: aparece el segundo tomo de *Hyperion*.
Agosto: se terminan los ahorros de Fráncfort y tiene que pedir ayuda económica a su madre.
1 de agosto y 5 de septiembre: encuentros con Susette Gontard.
7 de noviembre: encuentro con Susette y entrega del segundo tomo de *Hyperion* con dedicatoria.
Segunda mitad de noviembre: envío de un poema a la princesa Auguste von Homburg con motivo de su 23 cumpleaños. También le envía el poema *Gesang der Deutschen* y el segundo tomo de *Hyperion*.
6 de diciembre: última carta a Neuffer y distanciamiento.
Friedrich Schiller: *Wallenstein*.
Ludwig Tieck: *Phantasien über die Kunst, für Freunde der Kunst*.
Friedrich Schleiermacher: *Über die Religion*.
Johann Gottfried Herder: *Metakritik zur Kritik der reinen Vernunft*.
Nace Serafín Estébanez Calderón (1799-1867).

1800 Landauer, que ha estado en Fráncfort por motivos comerciales, visita a Hölderlin en Homburg.
6 de febrero: encuentro con Susette Gontard.
29 de febrero: carta a la madre en que rechaza cualquier cargo público, que considera incompatible con su vocación poética.
2 de marzo: muere su cuñado Christoph Matthäus Breunlin, marido de su hermana Heinrike.
8 de mayo: Hölderlin y Susette se ven por última vez.
El 20 de junio termina su primera estancia en Homburg. Hölderlin viaja a Nürtingen. Inmediatamente se traslada a pie a Stuttgart, donde le acoge su amigo el comerciante Landauer.
Principios de diciembre: Anton von Gonzenbach, de Hauptwil, que está buscando un preceptor para sus hijas menores, contrata a Hölderlin.

Antes de Navidades llega a Nürtingen.
Es uno de los años de mayor creatividad; escribe las odas *Der Frieden, An die Deutschen, Rousseau, Heidelberg, Die Götter, Der Neckar, Die Heimat, Die Liebe, Lebenslauf, Ihre Genesung, Der Abschied, Diotima, Rückkehr in die Heimat, Das Ahnenbild,* las elegías *Menons Klagen um Diotima, Der Wanderer* (segunda versión), *Stuttgart, Brot und Wein, Der Archipielagus, Wie wenn am Feiertage, Mutter Erde*.

1801 Del 15 de enero al 13 de abril trabaja como preceptor, esta vez en Hauptwil, Suiza, en casa de la familia Gonzenbach.
Abandona Hauptwil, cruza el lago de Costanza hacia Lindau, y llega a Nürtingen. El viaje le inspira el poema *Heimkunft*.
15 de mayo: después de leer *Hyperion*, Charlotte von Kalb intenta —inútilmente— reanudar su amistad con Hölderlin.
2 de junio: cartas a Schiller y Niethammer, en las que solicita ayuda para obtener una plaza de profesor de literatura griega en Jena.
Otoño: un amigo de Stuttgart, el profesor Friedrich Jakob Ströhlin, le ofrece un puesto de preceptor en Burdeos en casa del cónsul de Hamburgo Daniel Christoph Meyer.
11 de diciembre: emprende un viaje a Francia a pie, desde Nürtingen a Burdeos, a través de la Selva Negra. En Estrasburgo es detenido durante un tiempo por los franceses.
Poemas: *Dichterberuf, Stimme des Volks, Der blinde Sänger, Chiron, Tränen, An die Hoffnung, Vulcan, Dichtermut, Blödigkeit, Der gefesselte Strom, Ganymed, Ermunterung, Natur und Kunst oder Saturn und Jupiter, An Eduard, Am Quell der Donau, Friedensfeier, Die Wanderung, Der Rhein* y *Germanien*.
Dorothea Veit: *Florentin*.
Friedrich Schlegel: *Gespräch über die Poesie*.
Nace Christian Dietrich Grabbe (1801-1836).
Muere Félix María de Samaniego (1745-1801).

1802 El viaje a pie se prolonga a lo largo de enero: el Beaujolais, la Auvernia, el Perigord.
28 de enero: llega a casa del cónsul Meyer, en las *Allées de Tourny*.
14 de febrero: muere la abuela Johanna Rosina Heyn.
Pasa una temporada en Blanquefort (Médoc), donde Meyer tiene viñedos.
Mediados de mayo: abandona la casa de Meyer, viaja a París —donde visita las antigüedades griegas del *Musée des Antiques*—, y en junio llega a Alemania.
El 22 de junio muere Susette Gontard; el 30 se entera por una carta de Sinclair que le entrega Landauer.
Julio: pasa unos días en Nürtingen y Stuttgart.
29 de septiembre: viaja con Sinclair a Ratisbona; allí conoce al conde de Hessen-Homburg.
Mediados de junio: regresa a Nürtingen. Empieza a escribir los *Cantos nocturnos*.

20 de diciembre: la madre de Hölderlin escribe a Sinclair expresándole la inquietud sobre la salud de su hijo. Entre 1802 y 1804, la madre escribe nueve cartas a Sinclair.
Nace José de Espronceda (1802-1842).

1803 Hölderlin vive en Nürtingen en casa de su madre.
13 de enero: Hölderlin envía a Sinclair el poema «Patmos», dedicado al conde de Hessen-Homburg. Sinclair se lo envía al conde con motivo de su 55 cumpleaños.
3 de junio: el editor Wilmans acepta publicar las traducciones de Sófocles.
Junio: encuentro con Schelling en Murrhardt, donde, en compañía de su mujer, aquel visita a sus padres.
A finales de año termina los *Cantos patrios.*
Heinrich von Kleist: *Die Familie Schroffenstein*.
Muere Johann Gottfried Herder (1744-1803).
Muere Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803).
Nace Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882).

1804 14 de abril: recibe doce ejemplares de *Las tragedias de Sófocles* editadas por Wilmans.
19 de junio: cena en Stuttgart con Sinclair, Blankenstein y otros revolucionarios, en que hablan del derrocamiento del conde de Württemberg.
22 de junio: última salida de Nürtingen y traslado a Homburg.
7 de julio: ocupa —ficticiamente— el puesto de bibliotecario de la Corte (*Hofbibliothekar*), que le proporciona y paga Sinclair.
2 de noviembre: Sinclair viaja a París, para asistir a la coronación de Napoleón en representación del conde de Hessen-Homburg.
Friedrich Schiller: *Wilhelm Tell.*
Nace Eduard Mörike (1804-1875).
Muere Immanuel Kant (1724-1804).
Leandro Fernández de Moratín: *La mojigata*.

1805 Enero: Sinclair vuelve de París, se enfrenta con Blankenstein por la gestión de la lotería y es acusado por éste de conspirar contra el conde de Württemberg.
26 de febrero: Sinclair es apresado.
27 de febrero: empieza el procesamiento de Sinclair por alta traición en Ludwigsburg. El diagnóstico médico de que Hölderlin padece locura impide que éste sea también procesado.
10 de julio: Sinclair recupera la libertad y regresa a Homburg.
13 de septiembre: Sinclair viaja a Berlín, donde se aloja en casa de Charlotte von Kalb.
29 de octubre: fecha de la única carta de la madre dirigida a Hölderlin que se conserva.
24 de noviembre: visita de Leo von Seckendorf, tras su salida de la cárcel, a Hölderlin.
Nace Adalbert Stifter (1805-1868).
Muere Friedrich Schiller (1759-1805).

1806 A principios de septiembre, Friedrich Schlegel visita Homburg.
11 de septiembre: enfermeros de la clínica del doctor Autenrieth, de Tubinga, trasladan a Hölderlin contra su voluntad.
15 de septiembre: ingreso de Hölderlin en la *Autenriethsche Klinikum*.
9 de octubre: a instancia de la madre, el Consistorio concede una pensión de enfermedad a Hölderlin de 150 guldas anuales.
Noviembre: Leo von Seckendorf publica en el *Musen-Almanach* de 1807 los poemas de Hölderlin *Stuttgart, Die Wanderung* y *Die Nacht* (la primera estrofa de *Brot und Wein*), sin contar con el consentimiento del autor.
Leandro Fernández de Moratín: *El sí de las niñas*.

1807 Hölderlin es considerado incurable y le hacen salir de la clínica. Encomiendan su cuidado al ebanista Ernst Zimmer de Tubinga. Con la familia Zimmer y alojado en una torre, pasa Hölderlin la segunda mitad de su vida.
Noviembre: Seckendorf vuelve a publicar poemas de Hölderlin sin su consentimiento; ahora se trata de *Der Rhein*, *Patmos* y *Andenken*, que aparecen en el *Musen-Almanach* de 1808.
Heinrich von Kleist: *Amphytrion*.
Georg Wilhelm Friedrich Hegel: *Phänomenologie des Geistes*.
Nace Ventura de la Vega (1807-1868).

1808 Empieza a tocar la espineta y la flauta.
Varnhagen von Ense y Justinus Kerner visitan a Hölderlin.
Johann Wolfgang von Goethe: *Faust, der Tragödie erster Teil*.
Heinrich von Kleist: *Das Käthchen von Heilbronn*.

1809 Johann Wolfgang von Goethe: *Die Wahlverwandschaften*.
Nace Mariano José de Larra (1809-1837).
Muere Nicasio Álvarez Cienfuegos (1764-1809).
Muere Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809).

1811 Planea la publicación de una revista literaria.
En la novela de Kerner *Reiseschatten* aparece un Hölderlin loco que se expresa en largos monólogos.
Johann Peter Hebel: *Schatzkästlein des rheinischen Hausfreundes*.
Gaspar Melchor de Jovellanos: *Memoria en defensa de la Junta Central*.
Muere Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811).

1812 Nace Berthold Auerbach (1812-1882).

1813 Nace Charlotte (Lotte) Zimmer, hija de Ernst Zimmer, que cuidará de Hölderlin tras la muerte de su padre.
Nace Christian Friedrich Hebbel (1813-1863).
Muere Christoph Martin Wieland (1733-1813).
Nace Antonio García Gutiérrez (1813-1884).

1814 Adelbert von Chamisso: *Peter Schlemihls wundersame Geschichte*.
Francisco Martínez de la Rosa: *La viuda de Padilla*.

1815 29 de abril: mientras asiste al Congreso de Viena, Sinclair muere, a la edad de cuarenta años.
Joseph Freiherr von Eichendorff: *Ahnung und Gegenwart*.
Ludwig Uhland: *Gedichte*.

Nace Enrique Gil y Carrasco (1815-1846).
1817 Nace Theodor Storm (1817-1888).
Nace Ramón de Campoamor (1817-1901).
Nace Manuel Zorrilla (1817-1893).
Muere Juan Meléndez Valdés (1754-1817).
1819 Johann Wolfgang von Goethe: *West-östlicher Diwan*.
Arthur Schopenhauer: *Die Welt als Wille und Vorstellung*.
Franz Grillparzer: *Sappho*.
Nace Gottfried Keller (1819-1890).
1820 El teniente del ejército prusiano Heinrich von Diest emprende la publicación de poemas de Hölderlin.
Visita de Karl Gock.
1821 Juan Meléndez Valdés: *Discursos forenses*.
Eugenio de Tapia: *Poesías*
1822 Se reedita *Hyperion*.
3 de julio: primera visita de Wilhelm Waiblinger.
Franz Grillparzer: *Das goldene Vließ*.
Ramón de Mesonero Romanos: *Mis ratos perdidos*.
1823 En verano, Hölderlin acompaña varias veces a Waiblinger a la casa de campo que aquél tiene en Österberg.
Duque de Rivas: *Lanuza*.
1824 El profesor de estética en Stuttgart, Friedrich Theodor Vischer (1807-1887), visita a Hölderlin.
Nace Juan Valera (1824-1905).
1825 Johann Georg Schreiner hace un dibujo al carboncillo de Hölderlin.
August Graf von Platen-Hallermünde: *Sonette aus Venedig*.
Franz Grillparzer: *König Ottokar's Glück und Ende*.
Nace Conrad Ferdinand Meyer (1825-1898).
Muere Jean Paul (1763-1825).
1826 En junio aparece *Gedichte*, primera recopilación de poemas hecha por Gustav Schwab y Ludwig Uhland; reúne 69 poemas y algunos fragmentos de *Empedokles*.
Joseph Freiherr von Eichendorff: *Aus dem Leben eines Taugenichts*.
1827 Gustav Schwab publica en *Blätter für literarische Unterhaltung* un ensayo sobre Hölderlin y su obra.
Mariano José de Larra: *Oda a la primera exposición de las artes españolas*.
1828 17 de enero: muere la madre, y empieza el largo litigio sobre la herencia.
Nace Adelardo López de Ayala (1828-1879).
Muere Leandro Fernández de Moratín (1760-1828).
1829 Septiembre: Neuffer publica en *Zeitung für die elegante Welt* 15 poemas de Hölderlin que no formaban parte de la obra publicada en 1826.
Nace Manuel Tamayo y Baus (1829-1898).
Francisco Martínez de la Rosa: *Edipo*.
1830 A los veinticinco años muere Wilhelm Waiblinger en Roma.

Francisco Martínez de la Rosa: *La conjuración de Venecia*.
Ramón López Soler: *Los bandos de Castilla*.

1831 14 de noviembre: muere Hegel de cólera en Berlín.
Christian Dietrich Grabbe: *Napoleon oder Die hundert Tage*.

1832 Hölderlin escribe el poema *Der Frühling*, el primero de 49 poemas escritos entre 1832 y 1843. Dieciséis de ellos los firma como *Scardanelli,* con fechas imaginarias: 1648, 1940, 1676, 1748…
Muere Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832).
Nace José Echegaray (1832-1916).

1833 Johann Wolfgang von Goethe: *Faust, der Tragödie zweiter Teil*.
Nace Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891).
Nace José María de Pereda (1833-1906).
Francisco Martínez de la Rosa: *Poesías*.

1834 Nace Gaspar Núñez de Arce (1834-1903).
Duque de Rivas: *El moro expósito*.
Francisco Martínez de la Rosa: *Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas*.

1835 Karl Ferdinand Gutzkow: *Wally, die Zweiflerin*.
Duque de Rivas: *Don Álvaro o la fuerza del sino*.
Francisco Martínez de la Rosa: *El espíritu del siglo*.

1836 Nace Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870).
Antonio García Gutiérrez: *El trovador*.

1837 Nace Rosalía de Castro (1837-1885).
Muere Mariano José de Larra (1809-1837).
Francisco Martínez de la Rosa: *Doña Isabel de Solís, reina de Granada*.
Juan Eugenio Hartzenbusch: *Los amantes de Teruel*.
Eugenio de Tapia: *La bruja, el duende y la Inquisición*.
José Zorrilla: *Poesías*.

1838 18 de noviembre: muere Ernst Zimmer a los 68 años. Su hija Lotte se hace cargo del cuidado de Hölderlin.

1839 Antonio García Gutiérrez: *El rey monje*.
Eugenio de Tapia: *Juguetes satíricos en prosa y verso*.

1840 Antonio García Gutiérrez: *Poesías*.
Ramón de Campoamor: *Ternezas y flores*.

1841 14 de enero: un hijo de Gustav Schwab, Christoph, estudiante en el Seminario de Tubinga, visita a Hölderlin por primera vez.
16 de febrero: Karl Gock, Gottfried Burk —curador de Hölderlin— y Cotta firman un contrato para la segunda edición de *Gedichte* en una edición formato de bolsillo.
Jeremias Gotthelf: *Uli der Knecht*.
Juan Eugenio Hartzenbusch: *Alfonso el Casto*.
Antonio García Gutiérrez: *El caballero leal*.

1842 24 de enero: Louise Keller hace un dibujo a lápiz de Hölderlin.
Georg Büchner: *Leonce und Lena*.
Annette von Droste-Hülshoff: *Die Judenbuche*.
Jeremias Gotthelf: *Die schwarze Spinne*.
Antonio García Gutiérrez: *Luz y tinieblas*.

José Zorrilla: *Sancho García*.
Ramón de Campoamor: *Fábulas.*
Antonio García Gutiérrez: *El premio del vencedor*.
1843 Christoph Schwab, Ludwig Uhland y Adalbert Kehler visitan a Hölderlin.
7 de junio: muerte de Hölderlin.
Nace Benito Pérez Galdós (1843-1920).
Juan Eugenio Hartzenbusch: *Fábulas*.
José Zorrilla: *El puñal del godo.*

PRINCIPALES OBRAS CONSULTADAS

I. HÖLDERLIN

Sämtliche Werke, ed. de Friedrich Beißner, Adolf Beck y Ute Oelman, 8 vols., Stuttgart, 1943-1985.

Sämtliche Werke. Historisch-kritische Ausgabe, ed. de Dietrich Eberhardt Sattler, 20 vols., 3 supl., Frankfurt a. M., 1975-2006.

Sämtliche Gedichte. Studienausgabe in zwei Bänden, ed. y comentario de Detlevs Lüders, Homburg vor der Höhe, 1970.

Sämtliche Werke und Briefe in drei Bänden, ed. de Jochen Schmidt, Frankfurt a. M., 1992.

Werke und Briefe, ed. de Friedrich Beißner y Jochen Schmidt, vol. 1: *Gedichte. Hyperion*; vol. 2: *Der Tod des Empedokles. Aufsätze. Übersetzungen, Briefe*, Frankfurt a. M., 1969.

Sämtliche Gedichte und Hyperion, ed. de Jochen Schmidt, Frankfurt a. M., 1999.

Gesammelte Werke, ed. de Robert Honsell y Hans Jürgen Meinerts, introd. de Paul Fechter, comentarios de Brigitte Schillbach, Gütersloh, s.d.

Hyperion. Erläuterung und Dokumente, Michael Knaupp, Stuttgart, 1997.

II. HÖLDERLIN EN ESPAÑOL

Antología poética, ed. bilingüe de Federico Bermúdez Cañete, Madrid, 2002.

Correspondencia amorosa, ed. y trad. de Helena Cortés Gabaudán y Arturo Leyte Coello, Madrid, 1998.

Correspondencia completa, trad. e introd. de Helena Cortés Gabaudan y Arturo Leyte Coello, Madrid, 1990.

De libre plenitud. Antología griega, trad. y prólogo de José Luis del Barco, Málaga, 2005.

Doce poemas, trad. de José María Valverde, Madrid, 1949.

El archipiélago, estudio y trad. del poema por Luis Díez del Corral, Madrid, 1979.
Emilia en vísperas de su boda, introd., trad. y notas de Anacleto Ferrer, ed. bilingüe, Madrid, 1999.
Empédocles, presentación, trad. y notas de Anacleto Ferrer, prólogo de Michael Knaupp, ed. bilingüe, Madrid, 1997.
Ensayos, trad., presentación y notas de Felipe Martínez Marzoa, Madrid, 1983.
«Fiesta de la paz (tercera y última versión)»: *Revista de Occidente* 270 (2003), pp. 82-89.
Fragmento de Hiperión, trad. y estudio preliminar de Manuel Barrios Casares: *Thémata. Revista de filosofía* 2 (1985), pp. 149-172.
Hiperión. Versiones previas, trad. de Anacleto Ferrer, Madrid, 1988.
Hiperión o el eremita en Grecia, trad. y prólogo de Jesús Munárriz, Madrid, 1976; [26]2007.
La muerte de Empédocles, trad. de Anacleto Ferrer, Madrid, 1988.
La muerte de Empédocles, trad. de Feliu Formosa, Barcelona, 2001.
Las grandes elegías (1800-1801), versión castellana y estudio preliminar de Jenaro Talens, ed. bilingüe, Madrid, 1980.
Los himnos de Tubinga, trad. y estudio introd. de Carlos Durán y Daniel Innerarity, ed. bilingüe, Madrid, 1991.
Odas, trad. y notas de Txaro Santoro, con un texto de Virginia Euri Careaga y una nota introductoria de Anacleto Ferrer, ed. bilingüe, Madrid, 1999.
Poemas, trad. de Ernst-Edmund Keil y Jenaro Talens, Valencia, 1970.
Poemas, trad. e introd. de José María Valverde, ed. bilingüe, Barcelona, 1991.
Poemas, introd. y versión de Luis Cernuda, Madrid, 1996.
Poemas. Las primeras traducciones al castellano por Fernando Maristany (1919) y Manuel de Montoliu (1921), ed. de Anacleto Ferrer, texto bilingüe, Madrid, 2004.
Poemas de la locura, precedidos de algunos testimonios de sus contemporáneos sobre los «años oscuros» del poeta, trad. y notas de Txaro Santoro y José María Álvarez, ed. bilingüe, Madrid, 1978.
Poesía completa, trad. de Federico Gorbea, Barcelona, 1977.

III. SOBRE HÖLDERLIN

1. *Obras generales*

Beck, Adolf, y Raabe, Paul, *Hölderlin. Eine Chronik in Text und Bild*, Frankfurt a. M., 1970.
Beese, Marianne, *Friedrich Hölderlin*, Leipzig, 1981.
Bertaux, Pierre, *Friedrich Hölderlin*, Frankfurt a. M., 1978.
Binder, Wolfgang, *Friedrich Hölderlin. Studien*, Frankfurt a. M., 1987.
Bothe, Henning, *Hölderlin zur Einführung*, Hamburg, 1994.
Constantine, David, *Friedrich Hölderlin*, München, 1992.

Dannhauser, Martin-Horch, y Hans Otto-Schuffels, Klaus, *Wörterbuch zu Friedrich Hölderlin. Erster Teil, Die Gedichte*, Tübingen, 1983; *Zweiter Teil, Hyperion*, Tübingen, 1992.
Fischer, E. Kurt, *Hölderlin. Ein Leben in Selbstzeugnissen, Briefen und Berichten*, Berlin, 1938.
Gaier, Ulrich, *Hölderlin. Eine Einführung*, Tübingen, 1995.
Haussermann, Ulrich, *Hölderlin*, Reinbek bei Hamburg, 1975.
Kohler, Maria, *Internationale Hölderlin-Bibliographie*, Stuttgart, 1985-1998.
Kreuzer, Johann (ed.), *Hölderlin-Handbuch. Leben, Werk, Wirkung*, Stuttgart, 2002.
Martens, Günter, *Friedrich Hölderlin*, Reinbek bei Hamburg, 1996.
Ryan, Lawrence, *Friedrich Hölderlin*, Stuttgart, 1962.
Szondi, Peter, *Hölderlin-Studien*, Frankfurt a. M., 1967.
Treichler, Rudolf, *Friedrich Hölderlin. Leben und Dichtung, Krankheit und Schicksal*, Stuttgart, 1987.
Volke, Werner y Westhoff, Heidi, *Hölderlin. Ständige Ausstellung des Schiller-National-Museums und des Deutschen Literaturarchivs Marbach a. Neckar*, Marbach, 1980.
Wackwitz, Stephan, *Friedrich Hölderlin*, Stuttgart, 1997.
Waiblinger, Wilhelm, *Friedrich Hölderlins Leben, Dichtung und Wahnsinn*, Wurmlingen, 1982.

La más amplia colección de textos sobre la vida y la época es la editada por la *Hölderlin Gesellschaft* con el título general *Hölderlin Texturen*:
Hölderlin Texturen 1.1 «Alle meine Hofnungen». Lauffen, Nürtingen, Denkendorf, Maulbronn. 1770-1788, Ulrich Gaier, Valérie Lawitschka, Stefan Metzger, Wolfgang Rapp, Violetta Waibel, Tübingen, 2003.
Hölderlin Texturen 1.2 «Alle meine Hoffnungen». Tübingen. 1788-1793, Ulrich Gaier, Valérie Lawitschka, Stefan Metzger, Wolfgang Rapp, Violetta Waibel, Tübingen, 2005.
Hölderlin Texturen 2. Das «Jenaische Project». Das Wintersemester 1794/95 mit Vorbereitung und Nachlese, Ulrich Gaier, Valérie Lawitschka, Wolfgang Rapp, Violetta Waibel, Tübingen, 1995.
Hölderlin Texturen 3. «Gestalten der Welt». Frankfurt 1796-1798, Von Ulrich Gaier, Valérie Lawitschka, Stefan Metzger, Wolfgang Rapp, Violetta Waibel, Tübingen, 1996.
Hölderlin Texturen 4. «Wo sind jetzt Dichter». Homburg, Stuttgart 1798-1800, Ulrich Gaier, Valérie Lawitschka, Stefan Metzger, Wolfgang Rapp, Violetta Waibel, Tübingen, 2002.

Está prevista la publicación de dos volúmenes más:
Hölderlin Texturen 5. «Sprachen des Himmels». Hauptwil, Bordeaux, Homburg, 1801-1806, Ulrich Gaier, Valérie Lawitschka, Stefan Metzger, Wolfgang Rapp, Violetta Waibel.
Hölderlin Texturen 6. «Scardanelli». Tübingen 1806-1843. Rezeption Hölderlins im 19. Jahrhundert, Ulrich Gaier, Valérie Lawitschka, Stefan Metzger, Wolfgang Rapp, Violetta Waibel.

La bibliografía sobre Hölderlin puede consultarse en *Internationale Hölderlin-Bibliographie Online*: http://www.stala.bwl.de/hoelderlin/

2. *Monografías y artículos*

Adorno, Theodor W., «Parataxis. Zur späten Lyrik Hölderlins», *Gesammelte. Schriften*, vol. II, Frankfurt a. M., 1974.
Aspetsberger, Friedbert, *Welteinheit und epische Gestaltung. Studien zur Ichform von Hölderlins Roman Hyperion*, München, 1971.
Bartsch, Kurt, *Die Hölderlin-Rezeption im deutschen Expressionismus*, Frankfurt a. M., 1974.
Beissner, Friedrich, *Hölderlins Götter*, Stuttgart/Berlin, 1969.
Bertaux, Pierre, *Hölderlin und die Französische Revolution*, Frankfurt a. M., 1969.
Bolle, Eric, *Die Kunst der Differenz. Philosophische Untersuchung zur Bestimmung der Kunst bei Martin Heidegger, Friedrich Hölderlin, Paul Celan und Bram van Velde*, Amsterdam, 1988.
Bordat, Josef, *Der schöne Staat. Die Überwindung der kantischen Republik im 'Ältesten Systemprogramm des Deutschen Idealismus' (1796)*, Saarbrücken, 2006.
Böschenstein, Bernhard, *Frucht des Gewitters. Zu Hölderlins Dionysos als Gott der Revolution*, Frankfurt a. M., 1990.
Dilthey, Wilhelm, *Das Erlebnis und die Dichtung. Lessing, Goethe, Novalis, Hölderlin*, Leipzig, 1989.
Fischer, Kurt, *Hölderlin. Sein Leben in Selbstzeugnissen, Briefen und Berichten*, Berlin, 1928.
Frank, Manfred, *Der kommende Gott. Vorlesungen über die Neue Mythologie*, Frankfurt a. M., 1982.
Gerlach, Ingeborg, *Natur und Geschichte. Studien zur Geschichtsauffassung in Hölderlins 'Hyperion' und 'Empedokles'*, Frankfurt a. M., 1973.
Guardini, Romano, *Hölderlin und die Landschaft*, Tübingen/Stuttgart, 1946.
Guardini, Romano, *Hölderlin. Weltbild und Frömmigkeit*, Ostfildern, 1996.
Härtling, Peter y Kurz, Gerhard, *Hölderlin und Nürtingen*, Stuttgart/Weimar, 1994.
Hauschild, Hans-Ulrich, *Die idealistische Utopie. Untersuchungen zur Entwicklung des utopischen Denkens Friedrich Hölderlins*, Frankfurt a. M., 1977.
Heidegger, Martin, «Wozu Dichter?», en *Holzwege*, Frankfurt a. M., 1980.
Heidegger, Martin, «Hölderlins Hymne 'Der Rhein'», Gesamtausgabe, I sec., vol. 39, Frankfurt a. M., 1980.
Heidegger, Martin, «Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung». Gesamtausgabe I sec., vol. 4, Frankfurt a. M., 1981.
Heidegger, Martin, «Hölderlins Hymne 'Andenken'», Gesamtausgabe, I sec., vol. 52, Frankfurt a. M., 1982.
Heidegger, Martin, «Hölderlins Hymne 'Der Ister'», Gesamtausgabe, I sec., vol. 53, Frankfurt a. M., 1984.

Heise, Wolfgang, *Hölderlin: Schönheit und Geschichte*, Berlin, 1988.
Hesse, Hermann e Isenberg, Karl, *Hölderlin: Dokumente seines Lebens*, Frankfurt a. M., 1979.
Heuschele, Otto, *Hölderlins Freundeskreis. Ein Essay*, Stuttgart, 1975.
Hock, Erich, *Dort Drüben in Westphalen. Hölderlins Reise nach Bad Driburg mit Wilhelm Heinse und Susette Gontard*, Stuttgart/Weimar, 1995.
Jünger, Hans-Dieter, *Mnemosyne und die Musen. Vom Sein des Erinnerns bei Hölderlin*, Würzburg, 1993.
Kalász, Claudia M., *Hölderlin. Die poetische Kritik instrumenteller Rationalität*, München, 1988.
Kies, Otfried, *Hölderlin und seine Familie in Lauffen am Neckar*, Tübingen, 2001.
Kondylis, Panajotis, *Die Entstehung der Dialektik: Eine Analyse der geistigen Entwicklung von Hölderlin, Schelling und Hegel bis 1802*, Stuttgart, 1979.
Kurz, Gerhard, *Mittelbarkeit und Vereinigung. Zum Verhältnis von Poesie, Reflexion und Revolution bei Hölderlin*, Stuttgart, 1975.
Lueders, Detlev, *Die Welt im verringerten Maßstab. Hölderlin-Studien*, Tübingen, 1968.
Mason, Eudo C., *Hölderlin und Goethe*, Bern, 1975.
Metz, Christian, *Schloss Homburg vor der Höhe*, Regensburg, 2006.
Mieth, Günther, *Friedrich Hölderlin. Dichter der bürgerlich-demokratischen Revolution*, Berlin, 1978.
Ott, Manfred, *Hölderlin und revolutionäre Bestrebungen in Württemberg unter dem Einfluß der Französischen Revolution*, Köln, 1979.
Peters, Uwe Hendrik, *Hölderlin. Wider die These vom edlen Simulanten*, Reinbek, 1982.
Prignitz, Christoph, *Friedrich Hölderlin. Die Entwicklung seines politischen Denkens unter dem Einfluß der Französischen Revolution*, Hamburg, 1976.
Reuss, Roland, *Die eigene Rede des andern: Hölderlins 'Andenken' und 'Mnemosyne'*, Basel, 1990.
Riedel, Ingrid (ed.), *Hölderlin ohne Mythos*, Göttingen, 1973.
Scheuffelen, Thomas y Wagner-Gnam, Angela, *Zwölf Briefe Ernsts Zimmers aus den Jahren 1828-1832 über Hölderlin im Tübinger Turm*, Nürtingen, 1989.
Schlott, Adelheid, *Das Kulturdenkmal Tübinger Platanenallee*, Tübingen, 2007.
Schmidt, Jochen, «Hölderlins idealistischer Dichtungsbegriff in der poetologischen Tradition des 18. Jahrhunderts»: *Hölderlin-Jahrbuch* (1980/1981).
Schmidt, Jochen, *Hölderlins geschichtsphilosophische Hymnen*, Darmstadt, 1990.
Schmiz, Heinz G., *'Kritische Gewaltenteilung'. Mythenrezeption der Klassik im Spannungsfeld von Antike, Christentum und Aufklärung: Goethes 'Iphigenie' und Hölderlins 'Hyperion'*, Frankfurt a. M., 1988.
Schoeller, Wilfried, *Hölderlins Verwirrung. Stimmen aus der Anstalt*, Frankfurt a. M., 1986.
Stierlin, Helm, *Nietzsche, Hölderlin und das Verrückte. Systemische Exkurse*, Heidelberg, 1992.

Strack, Friedrich, *Ästhetik und Freiheit. Hölderlins Idee von Schönheit, Sittlichkeit und Geschichte in der Frühzeit*, Tübingen, 1976 («Studien zur deutschen Literatur» 45)
Thomasberger, Andreas, *Von der Poesie der Sprache. Gedanken zum mythologischen Charakter der Dichtung Hölderlins*, Frankfurt a. M., 1982.
Uffhausen, Dietrich, «*Weh! Närrisch machen sie mich*. Hölderlins Internierung im Authenriethschen Klinikum als die entscheidende Wende seines Lebens»: *Hölderlin-Jahrbuch* (1984/1985).
Vogel, Klaus, *Der Wilde unter Künstlern. Zur Strategie des Anderen seit Friedrich Hölderlin*, Berlin, 1991.
Walser, Martin, *Hölderlin zu entsprechen*, Biberach, 1970.
Wanner, Paul, *Hölderlin. Bilder aus seinem Leben (Text des Lebensganges)*, Stuttgart, 1954.
Weinholz, Gerhard, *Zur Genese des 'Wahnsinns' bei Friedrich Hölderlin. Ein Erklärungsmodell aus dem Kontext seines Lebens und seiner Zeit*, Essen, 1991.
Wiesner, Doris Maria, *Myrten aber gibt es in Griechenland. Fünf Betrachtungen zu Hölderlin*, Gelnhausen, 2007.
Wolf, Gerhard, *Der arme Hölderlin*, Darmstadt/Neuwied, 1982.
Zuberbühler, Rolf, *Hölderlins Erneuerung der Sprache aus ihren etymologischen Ursprüngen*, Berlin, 1969.

Cuatro revistas están dedicadas a Hölderlin:
Hölderlin-Jahrbuch (Tübingen)
Bad Homburger Hölderlin-Vorträge (Bad Homburg)
Turm-Vorträge (Tübingen)
Hölderlin-Cahiers (Paris)

IV. SOBRE HÖLDERLIN EN ESPAÑOL

Argullol, Rafael, «Hölderlin: el dios y el mendigo», en *El Héroe y el Único*, Barcelona, 1999.
Ávila Crespo, Remedios, «Heidegger y Hölderlin»: *Logos. Anales del Seminario de Metafísica* 12 (1977), pp. 95-102.
Azúa, Félix de, «A propósito de banderas. El intérprete de Hölderlin como traductor», en *Lecturas compulsivas. Una invitación*, Barcelona, 1998.
Barrios Casares, Manuel, *Hölderlin y Nietzsche: dos paradigmas intempestivos de la modernidad en contacto*, Sevilla, 1992.
Barrios Casares, Manuel, *Narrar el abismo: ensayos sobre Nietzsche, Hölderlin y la disolución del clasicismo*, Valencia, 2001.
Blanchot, Maurice, «La palabra sagrada de Hölderlin»: *Estudios de Filosofía* 9 (1994), pp. 193-208.
Bodei, Remo, *Hölderlin, la filosofía y lo trágico*, Madrid, 1990.
Böschenstein, Bernhard, «Divino fuego destructor: la recreación poética en Hölderlin», trad. de Mercedes Sarabia: *Sileno. Variaciones sobre arte y pensamiento* 4 (1998), pp. 80-85.

Collelldemont Pujadas, Eulalia, *La bellesa com a pedagogia: la proposta d'educació estètica a Hölderlin*, Barcelona, 1997.
Cortés Gabaudan, Helena, *Claves para una lectura de Hiperión: filosofía, política, ética y estética en Hölderlin*, Madrid, 1996.
Cortés, Helena, «El canto de Diotima: Hölderlin y la música», en Juan Cruz Cruz (coord.), *La realidad musical*, Pamplona, 1998, pp. 309-320.
Duque Pajuelo, Félix, «El nido de antaño: El Adiós de Hölderlin a Grecia»: *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* 37 (1999), pp. 15-28.
Duque Pajuelo, Félix, «Sagrada inutilidad. (Lo sagrado en Heidegger y Hölderlin)»: *Eikasia. Revista de filosofía* 2 (2006), pp. 1-20.
Eguizábal, José Ignacio, «Hölderlin»: *Claves de razón práctica* 92 (1999), pp. 81-82.
Fernández, Fruela, «Hölderlin: una lectura de(sde) Luis Cernuda»: *Clarín. Revista de nueva literatura* 7/38 (2002), pp. 47-52.
Ferrer Más, Anacleto, «El Hiperión de Hölderlin: una novela filosófica en el idealismo alemán»: *Quaderns de Filosofia i Ciència* 9-10 (1986), pp. 159-165.
Ferrer Más, Anacleto, *La reflexión del eremita: razón, revolución y poesía en el 'Hiperión' de Hölderlin*, Madrid, 1993.
Ferrer Más, Anacleto, *Hölderlin*, Madrid, 2004.
Frank, Manfred, «Hölderlin y el primer romanticismo filosófico», trad. de Mercedes Sarabia: *Sileno. Variaciones sobre arte y pensamiento* 4 (1998), pp. 12-19.
Gabás Pallás, Raúl, «El todo-uno del idealismo alemán en la poesía de Hölderlin»: *Enrahonar. Quaderns de filosofía* 32-33 (2001), pp. 43-65.
García Sánchez, Javier, *Conocer Höderlin y su obra*, Barcelona, 1979.
Gutiérrez Girardot, Rafael, «El fragmento 'Fiesta de la paz' de Hölderlin»: *Revista de Occidente* 270 (2003), pp. 64-81.
Heidegger, Martin, *Arte y poesía*, Madrid, 1958.
Heidegger, Martin, *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*, Barcelona, 1983.
Heidegger, Martin, *Hölderlin y la esencia de la poesía*, trad. de Juan David García Bacca, Barcelona, 1989.
Heidegger, Martin, *Aclaraciones a la poesía de Hölderlin*, Madrid, 2005.
Hellingrath, Norbert von, «Hölderlin ante las estatuas»: *Revista de Occidente* 193 (1997), pp. 13-22.
Hernández de la Fuente, David Alejandro, «Dos traducciones de las *Bacantes* de Eurípides (vv. 1-24 y vv. 1242-1297) por Hölderlin y Goethe»: *Exemplaria. Revista de literatura comparada* 5 (2001), pp. 87-102.
Huber, Elena, «Tras las huellas del espíritu griego: Hölderlin y su traducción de Píndaro»: *Iter* 5 (1996), pp. 213-224.
Innerarity Grau, Daniel, «Dialéctica de la Revolución: Hegel, Schelling y Hölderlin ante la Revolución Francesa»: *Anuario filosófico* 22/1 (1989), pp. 35-54.
Jamme, Christoph, «La evolución filosófica de Hölderlin», trad. de Mercedes Sarabia: *Sileno. Variaciones sobre arte y pensamiento* 4 (1998), pp. 32-42.

Jarque, Vicente, «Johann Wolfgang Goethe, G. W. F. Hegel, Friedrich Schiller, Friedrich Hölderlin», en Valeriano Bozal Fernández (coord.), *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*, vol. 1, 1996, pp. 220-244.

Jaspers, Karl, *Genio y locura. Ensayo de análisis patográfico comparativo sobre Strindberg, Van Gogh, Swedenborg y Hölderlin*, trad. y prólogo de Agustín Caballero Robredo, Madrid, 1968.

Kerkhoff, Manfred, «Vivir elegíacamente: la temporalidad de lo trágico en Friedrich Hölderlin»: *Estudios de Filosofía* 9 (1994), pp. 11-119.

Lanceros, Patxi, *La herida trágica: el pensamiento simbólico tras Hölderlin, Nietzsche, Goya y Rilke*, Rubí, 1997.

Laplanche, Jean, *Hölderlin y el problema del padre*, Buenos Aires, 1975.

Leyte Coello, Arturo, «Grecia como conflicto entre Kant y Hölderlin»: *Anuario filosófico* 37/80 (2004), pp. 713-732.

López Castro, Armando, «La poesía de Hölderlin: fundación y permanencia»: *Insula. Revista de letras y ciencias humanas* 452-453 (1984), p. 25.

Martínez Marzoa, Felipe, *De Kant a Hölderlin*, Madrid, 1992.

Martínez Marzoa, Felipe, *Hölderlin y la lógica hegeliana*, Madrid, 1995.

Mas Torres, Salvador, *Hölderlin y los griegos*, Madrid, 1999.

Matamoro, Blas, «Las elegías de Hölderlin»: *Cuadernos hispanoamericanos* 538 (1995), pp. 137-155.

McLaren, Neil, «Cernuda como traductor de Friedrich Hölderlin (1770-1843)», en Emilio Barón (coord.), *Traducir poesía: Luis Cernuda, traductor*, 1998, pp. 107-116.

Mendoza Casp, Pablo, «Hölderlin: La irrupción de lo inmediato»: *Quaderns de filologia. Estudis literaris* 5 (2000), pp. 299-308.

Mialdea Baena, Antonio José, «Diotima de Hölderlin»: *Alfinge. Revista de filología* 16 (2004), pp. 175-186.

Moya, Carlos, «Hölderlin y Novalis: romanticismo y revolución»: *Claves de razón práctica* 53 (1995), pp. 56-69.

Munárriz, Jesús, «La aventura de traducir a Hölderlin al castellano»: *Tk* 13-14 (2002), pp. 73-76.

Nietzsche, Friedrich, «Hölderlin reivindicado»: *Revista de Occidente* 187 (1996), pp. 109-114.

Onetto Muñoz, Breno, *Hölderlin. Revolución y memoria*, Santiago de Chile, 2001.

Onetto Muñoz, Breno, «El destino del hombre: Antígona y el otro helenismo»: *Psikeba. Revista de Psicoanálisis y Estudios Culturales* 5 (2007).

Oyarzun, Pablo, «Lo trágico, de Hölderlin a Nietzsche»: *Revista de filosofía* 55-56 (2000), pp. 137-156.

Palenzuela Borges, Nilo Francisco, «De Novalis y Hölderlin a Fernando Pessoa, un proyecto inconcluso»: *Ínsula. Revista de letras y ciencias humanas* 466 (1985), p. 1.

Piulats Riu, Octavi, *Lecciones sobre Hiperión: ensayo sobre la filosofía de la unificación de F. Hölderlin*, Zaragoza, 2002.

Piulats Riu, Octavi, «Identidad y diferencia en la filosofía de la unificación de Hölderlin»: *Thémata. Revista de filosofía* 23, pp. 477-486.

Pujante Sánchez, José David, «Luis Cernuda traductor de Hölderlin»: *Tonos digital. Revista electrónica de estudios filológicos* 7 (2004).
Rodríguez García, J. L., *Friedrich Hölderlin: el exiliado en la tierra*, 2 t., Zaragoza, 1987.
Serna Arango, Julián, «Hölderlin: Sólo cuando aman son buenos los mortales»: *Endoxa. Series Filosóficas* 10 (1998), pp. 433-444.
Serrano Marín, Vicente, «Sobre Hölderlin y los comienzos del Idealismo alemán»: *Anales del seminario de historia de la filosofía* 10 (1993), pp. 173-194.
Silver, Philip W., «Hölderlin, Bécquer y las ruinas del Romanticismo europeo», en Antonio Monegal, Enric Bou y Darío Villanueva (coords.), *Sin fronteras: ensayos de literatura comparada en homenaje a Claudio Guillén*, 1999, pp. 129-140.
Szondi, Peter, *Estudios sobre Hölderlin. Con un ensayo sobre el conocimiento filológico*, Barcelona, 1992.
Taminiaux, Jacques, «Hölderlin en Jena»: *Ideas y valores: Revista Colombiana de Filosofía* 128 (2005).
Uscatescu Barrón, Jorge, «Eminescu y Hölderlin»: *Cuadernos hispanoamericanos* 453 (1988), pp. 114-118.
Waiblinger, Wilhelm Friedrich, *Vida, poesía y locura de Friedrich Hölderlin*, ed. de Anacleto Ferrer y Txaro Santoro, Madrid, 1988.
Zubiría, Martín, «¿Poetizar y Pensar? Desde la meditación heideggeriana hacia el topos histórico de Hölderlin»: *Thémata. Revista de filosofía* 13 (1995), pp. 211-230.
Zweig, Stefan, *La lucha contra el demonio*, Barcelona, 2002.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ANHALT-DESSAU, Christiane Amalie von (1774-1846), hija primogénita del conde soberano Friedrich V von Hessen-Homburg, casada con el príncipe Friedrich von Anhalt-Dessau; madre del duque Leopold IV: 172

ANHALT-DESSAU, Friedrich (Dessau, 1769-1814), príncipe que no llegó a reinar, general del ejército prusiano. Era hijo del príncipe soberano Leopold III y padre del duque Leopold IV (1794-1871) de Anhalt-Dessau: 172

ANHALT-DESSAU, Leopold III von (Dessau, 1740-1817), príncipe, y desde 1807 duque de Anhalt-Dessau. Trató de combatir la hegemonía prusiana a través del *Fürstenbund* y matuvo una relación amistosa con Napoleón. Ilustrado y tolerante, promovió la creación de los jardines de Dessau-Wörlitz y la construcción de sus palacios. Para difundir la literatura entre el pueblo creó la *Allgemeine Buchhandlung der Gelehrten* y para difundir el grabado la *Chalkographische Gesellschaft*: 172

ARNIM, Carl Joachim Friedrich Ludwig Achim von (Berlín, 1781-Schloss Wiepersdorf, Jüterbog, 1831), poeta que junto a Clemens Brentano es uno de los principales miembros de la *Heidelberger Romantik*: 201, 344, 359

AUTENRIETH, Johann Heinrich Ferdinand von (Stuttgart, 1772-Tubinga, 1835), profesor de anatomía y fisiología de la facultad de medicina de Tubinga, canciller de la universidad en 1819. Su obra principal es *Handbuch der empirischen menschlichen Physiologie* (3 vols., 1801). Es uno de los fundadores de la medicina legal en Alemania: 199, 253, 325-327, 347

BACH, Carl Philipp Emanuel (Weimar, 1714-Hamburgo, 1788), compositor y virtuoso clavecinista, compuso veintidós pasiones, dos oratorios, diecinueve sinfonías, quince conciertos, unas doscientas obras de cámara y diversas piezas para teclado, canciones e himnos. Su método de tocar los instrumentos de tecla —*Versuch über die wahre Art das Clavier zu spielen* (1753)— sirvió de inspiración a todos los métodos posteriores: 29

BARDILI, Christoph Gottfried (Blaubeuren, 1716-Mergelstetten, 1808), profesor de filosofía en Stuttgart, su principal obra sistemática es *Grundriss der ersten Logik* (1800). Combatió las ideas kantianas en *Briefe über den Ursprung der Metaphysik* (1798): 48

BAZ, Christian Friedrich (1763-1808), alcalde de Ludwigsburg de 1805 a 1817: 313, 318

BENGEL, Johann Albrecht (Winnenden, 1687-Stuttgart, 1752), teólogo luterano y cabeza del pietismo suabo. Alumno del Seminario de Tubinga y profesor de la escuela conventual de Denkendorf. En 1742 publicó *Gnomon Novi Testamenti*, escrita en latín. Diferencias doctrinales le mantuvieron enfrentado a la *Herrnhuter Brüdergemeinde*, comunidad pietista fundada por Zinzendorf y extendida por Moravia y Sajonia: 16

BILFINGER, Christian Ludwig (1770-1850), pasó a estudiar derecho en 1789, cuando terminó los estudios del Seminario de Tubinga. Fue consejero de legación (*Geheimer Legationsrat*) en Stuttgart: 43

BLANKENSTEIN, Alexander, Baron von, comisario del condado de Hessen-Homburg: 313, 318

BÖHLENDORFF, Casimir Ulrich (Mitau, hoy Letonia, 1775-1825), estudió en Jena, donde asistió a las clases de Fichte e hizo amistad con el filósofo y pedagogo Johann Friedrich Herbart. Fue profesor particular en Berna y escribió una *Geschichte der Helvetischen Revolution*. Las críticas negativas de que fue objeto por parte de Schiller y Goethe, y las dificultades que encontró en su carrera literaria, le llevaron a una vida marginal que acabó en el suicidio: 12, 117, 167, 281, 287, 293, 311

BRANDENBURG-BAYREUTH, Elisabeth Friederike Sophie von (Bayreuth, 1732-1780), hija del conde soberano Friedrich von Brandenburg-Bayreuth y esposa del duque Karl Eugen von Württemberg. Tuvo una única hija, Friederike von Württemberg, nacida en 1750, que murió con pocos meses. En sus últimos años vivió separada del duque, en el *Schloss Fantaisie*, situado en Eckersdorf-Donndorf, a cinco kilómetros al oeste de Bayreuth: 27, 99

BRENTANO, Elisabeth Catharina Ludovica Magdalena, conocida como Bettine von Arnim (Fráncfort, 1785-Berlín 1859), escritora, casada con Achim von Arnim, mantuvo una extensa correspondencia con Goethe, Clemens Brentano y el rey de Prusia Friedrich Wilhelm IV. Autora de la novela epistolar *Die Günderode* (1804), basada en su amistad con la poeta Karoline von Günderode. Participó en la revolución de 1848 y se opuso a la ocupación polaca de Prusia: 126

BRENTANO, Clemens (Ehrenbreitstein, hoy Coblenza, 1778-Aschaffenburg, 1842), miembro de la *Heidelberger Romantik*, poeta, autor de novelas y relatos, y recopilador de canciones populares en los tres volúmenes de *Des Knaben Wunderhorn*: 186, 219

BREUNLIN, Karl Heinrich Friedrich (1797-1880), hijo de Heinrike Hölderlin y Christoph Breunlin. Su padrino de bautismo fue Friedrich Hölderlin. Se dedicó a la industria textil, sobre la que escribió *Über mechanische Leinen-Spinnereien* (1838). Casado

con Friederike Luise Ziller, tuvo cuatro hijos: 368

BREYER, Karl Friedrich Wilhelm (Heutingsheim, 1771-Múnich, 1818), estudió en la escuela conventual de Blaubeuren y en el Seminario de Tubinga, y más tarde fue discípulo de Fichte en Jena. Fue preceptor, en Stuttgart, del conde Reischach, profesor de historia y miembro de la *Akademie der Wissenschaften* de Múnich. Su obra principal es *Grundriß der Universalgeschichte* en dos volúmenes (1804). Editó en Jena la revista *Historisches Magazin*: 237

CAMERER, Johann Caspar (1772-1847), estudió medicina en Jena y Tubinga. Amplió estudios en Viena. En 1796 fue nombrado médico oficial (*Oberamtsarzt*) en Blaubeuren. Alcanzó el grado de doctor en medicina en 1797: 90

CHOISEUL-GOUFFIER, Marie-Gabriel-Florent-Auguste de (París, 1752-Aquisgrán, 1817), noble diplomático, miembro de la Académie des inscriptions et belles-lettres y de la Académie française. Participó en el Congreso de Viena y dejó reflejado su viaje al Peloponeso en los tres tomos del *Voyage pittoresque de la Grèce*: 114, 196

COMBES, Louis (Burdeos, 1757-1818), urbanista y arquitecto, estudió la arquitectura renacentista en Roma y obtuvo el Primer Premio de Arquitectura en el año 1781. Casi toda su obra se encuentra en su ciudad natal; fue autor también de la iglesia de San Pablo en Burdeos: 285

CONZ, Carl Philipp (Lorch, 1762-Tubinga, 1827), estudió teología en el Seminario de Tubinga, autor de estudios de filología, estética e historia, traductor de Esquilo y de Aristófanes. Ejerció como pastor en diversos pueblos de Suabia: 48, 79, 184, 201, 344

COTTA, Johann Friedrich (Stuttgart, 1764-1832), barón de Cottendorf, editor y político, publicó obras de Goethe, Schiller, Hölderlin, Hebel, Uhland, Schwab, Schelling, Fichte, Pestalozzi, Kleist, Annette von Droste-Hülshoff, Alexander von Humboldt, Jean Paul, Hegel y Herder, entre otros. También publicó en las principales revistas de la época: *Die Horen*, *Musen-Almanach*, *Allgemeine Zeitung*, *Morgenblatt für gebildete Stände* (desde 1816 con el suplemento *Kunst-Blatt*), *Literaturblatt*, y las revistas femeninas *Amaliens Erholungsstunden* y *Flora*. El gobierno de Württemberg le encomendó diversas misiones diplomáticas: 79, 86, 92, 144, 195, 197, 206, 217, 277, 280, 343, 344, 361

DENIS, Johann Nepomuk Cosmas Michael (Schärding, 1729-Viena, 1800), jesuita, escritor, traductor, zoólogo y bibliotecario. Casi todos los poemas los publicó con el pseudónimo *Sined der Barde*. Tradujo a Ossian en dos volúmenes: *Die Gedichte Ossians, eines alten celtischen Dichters, aus dem Englischen übersetzt* (1768-1769). Sus investigaciones sobre las mariposas las reflejó en *Systematischer Verzeichnis der Schmetterlinge der Wienergegend* (1775): 37

DIEZ, Carl Immanuel (1766-1796), fue *Repetent* en el Seminario de Tubinga entre los años 1790 y 1792. Kantiano *enragé* —como decían de él—, sus textos sobre el filósofo de Königsberg se han re-

cogido en *Briefwechsel und kantische Schriften* (1997): 48

DULON, Friedrich Ludwig (1769-1826), flautista y compositor ciego, amigo de Carl Philipp Emanuel Bach: 59

EBEL, Johann Gottfried (Züllichau, hoy Sulechów, Polonia, 1764-Zúrich, 1830), médico, investigador científico y escritor, desde 1792 ejerció como médico en Fráncfort. Escribió la primera guía de Suiza, *Anleitung, auf die nützlichste und genußvollste Art die Schweiz zu bereisen* (1793). Sus estudios geológicos quedaron reflejados en varias obras, la más destacada de las cuales es *Über den Bau der Erde im Alpengebirge* (1808): 61, 93, 94, 195, 310

EISLER, Hanns (Leipzig, 1898-Berlín, 1962), músico, compositor, fue el primero de los discípulos de Arnold Schönberg que compuso música dodecafónica. Autor de música de cámara, de canciones con letra de Bertolt Brecht, el himno nacional de la República Democrática Alemana, y el *Lenin Requiem*, entre otras muchas obras: 157

EMMERICH, Friedrich (1773-1802), jurista, revolucionario, se incorporó al ejército francés. Al comprobar que ese ejército no colaboraba en la sublevación de los revolucionarios alemanes, lo abandonó, y se dedicó al periodismo: 11

FICHTE, Johann Gottlieb (Rammenau bei Bischofswerda, 1762-Berlín, 1814), profesor en Jena y Berlín, continuador de la filosofía crítica de Kant, instaurador del Idealismo alemán, que proseguirían Hegel y Schelling. Su obra *Reden an die deutsche Nation* (1807) se convirtió en el manifiesto del nacionalismo alemán: 69, 71, 86-89, 92, 167, 185, 197, 198, 244

FISCHER, Johann Georg (Groß-Süßen, 1816-Stuttgart, 1897), poeta y dramaturgo, profesor de filosofía en la *Obere Stuttgarter Realschule*. Publicó en vida tres libros de poemas y dos dramas, *Friedrich der Zweite von Hohenstaufen* y *Florian Geyer, der Volksheld im deutschen Bauernkrieg*: 361, 365, 366

FLATT, Johann Friedrich (1759-1821), profesor del Seminario de Tubinga, expuso su doctrina contraria a Kant en *Briefe über den moralischen Erkenntnisgrund der Religion überhaupt, und besonders in Beziehung auf die kantische Philosophie* (1789): 48

GELLERT, Christian Fürchtegott (Hainichen, 1715-Leipzig, 1769), poeta y filósofo moral, autor de numerosas fábulas, y también de canciones, a alguna de las cuales Beethoven llevó al pentagrama: 262

GEORGE, Stefan Anton (Büdesheim, 1868-Minusio, Italia, 1933), poeta y traductor, fundó la revista *Blätter für die Kunst*, en torno a la cual se reunió un amplio círculo literario. Su poesía —formalista y oscura— revela la influencia de Nietzsche y está emparentada con el simbolismo francés. No aceptó la oferta de Goebbels de asumir el ministerio de cultura, pero no se sintió lejos de la ideología nacionalsocialista. Sus obras más reeditadas son *Algabal* (1892), *Der Teppich des Lebens und die Lieder von Traum und Tod* (1900), *Tage und Taten* (1903) y *Drei Gesaenge: An die Toten*, *Der Dichter in Zeiten der Wirren*, *Einem jun-*

gen Führer im ersten Weltkrieg (1921): 208

GERNING, Johann Isaak, Baron von (Fráncfort, 1767-1837), estudió historia y teoría del Estado en Jena, y fue consejero del duque de Hessen-Homburg desde 1804. Autor de la obra *Reise durch Österreich und Italien*: 319

GOCK, Johann Christoph (1748-1779), segundo marido de Johanna Christiana Heyn y padrastro de Hölderlin. Fue primero escribano en Lauffen y luego cultivador de vinos en Nürtingen, donde compró —con el caudal que su mujer había heredado del primer marido— una gran finca, el *Schweizerhof*. En 1776 fue nombrado alcalde de Nürtingen: 15-18, 24

GOCK, Karl Christoph Friedrich (1776-1849), hermanastro de Hölderlin. Escribano de la Escribanía Municipal (*Stadtschreiberei*) de Nürtingen a los diecisiete años, y desde 1802 Jefe de la Administración (*Oberamt*), primero en Nürtingen y luego en Zwiefalten an der Donau, donde contrae matrimonio en 1804 con Marie Eberhardine Blöst (1777-1853), con la que tiene dos hijos. En 1817 es nombrado Consejero de la Corte (*Hofrat*) y en 1831 es elevado a la nobleza, lo que le permite llamarse desde entonces *von Gock*. Autor de un tratado sobre el cultivo del vino —*Die Wein-Rebe und ihre Früchte* (1836)— y de una historia de Suabia —*Urkunden und Beiträge zur älteren Geschichte von Schwaben und Südfranken* (2 vols., 1846 y 1847): 18, 206, 310, 344, 367, 369

GOETHE, Johann Wolfgang von (Fráncfort, 1749-Weimar, 1832), novelista, dramaturgo, poeta, geólogo, botánico, anatomista, físico, historiador de las ciencias, pintor, economista, director de teatro, filósofo, que durante los años de madurez —entre 1776 y 1817— ocupó altos cargos en el ducado de Weimar: 65, 75, 78, 80, 86, 88, 90, 105, 130, 143, 144, 147, 185, 202, 245, 277, 307, 329

GONTARD, Susanna, conocida como *Susette* y *Suzette* (Hamburgo, 1769-Fráncfort, 1802), hija de Hinrich (*sic*) Borkenstein (1705-1777), comerciante radicado en Hamburgo y Susanna Brugier. Se casó en 1786 con el banquero Jakob Gontard (1764-1843), y tuvieron cuatro hijos, Henry (1787-1816), Henriette, *Jette* (1789-1830), Johanna Helene, *Lene* (1790-1820) y Friederike Amalie, *Male*, *Maly* (1791-1832). Tanto el marido como la mujer procedían de hugonotes huidos a tierras alemanas por la persecución de Luis XIV. Después de enviudar, Jakob Gontard contrajo matrimonio dos veces más, en 1806 y 1815, y ninguno de los hijos —de los tres matrimonios— le sobrevivió: 106, 107, 110, 115, 130, 131, 134, 135, 137-140, 143, 144, 147, 149-153, 155, 157, 162, 166, 170, 187, 195, 196, 199, 201, 210, 246, 285, 287, 297, 305, 306, 309-311, 313, 338, 347

GÖRRES, Johann Joseph (Coblenza, 1776-Múnich, 1848), escritor católico, partidario de la Revolución francesa, cuya historia —de la que fue testigo presencial durante su estancia en París— contó en *Resultate meiner Sendung nach Paris.* Funda el periódico *Der rheinische Merkur* para propugnar la unificación de los Estados alema-

nes. Su *Christliche Mystik* (1836-1842) es una colección de vidas de santos: 299

GÖSCHEN, Georg Joachim (Bremen, 1752-Grimma, 1828), librero de Leipzig, editor de Goethe, Schiller, Wieland, Klopstock, Lessing, August Schlegel y otros. Escribió sus memorias profesionales en *Meine Gedanken über den Buchhandel* (1802): 92

HAMEL, Johann Georg (Homburg, 1811-1872), originariamente llamado Hammel, bibliotecario de la ciudad de Homburg. Heredó de su padre un taller de medias, al que se dedicó durante un tiempo; pero su interés por la ciudad le llevó a dedicarse a la política municipal. Creó el Círculo de lectura —*Leseverein*— y, en 1841, la biblioteca de la ciudad —*Stadtbibliothek*—, en la que quiso reunir libros y documentos relacionados con Homburg. Con diecisiete años inició una crónica de la ciudad, que escribió minuciosamente de 1827 a 1849. Su *Rheimchronik* es una recopilación de poemas de todas las épocas relacionados con la ciudad. Promovió la erección del monumento a Hölderlin en el *Kurpark*: 189

HARDENBERG, Friedrich von, *Novalis*, (Oberwiederstedt, 1772-Weißenfels, 1801), poeta prerromántico, estudió derecho en Jena, Leipzig y Wittenberg, y minería en Freiberg. Su única obra en verso que llegó a ver publicada fue *Hymnen an die Nacht* (1800). Escribió dos novelas, aforismos y textos fragmentarios destinados a un desarrollo posterior que, por su muerte prematura, no llegó a hacer: 62, 87, 183, 202, 203, 221, 299

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich (Stuttgart, 1770-Berlín, 1831), desde 1816 catedrático de filosofía de la Universidad de Heidelberg y desde 1818 de Berlín. Partiendo de Kant, desarrolló una modalidad de idealismo que se ha llamado *absoluto*. Sus principales obras sistemáticas son: *Wissenschaft der Logik* (2 vols., 1812 y 1816), *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse* (1817), *Grundlinien der Philosophie des Rechts* (1819): 27, 28, 61, 65, 66, 68, 69, 71, 76, 87-89, 95, 102, 140, 147, 151, 152, 184, 197, 207, 241, 266, 288, 289

HEIDEGGER, Martin (Messkirch, 1889-Friburgo, 1976), profesor en Friburgo y Marburgo, rector de la universidad nombrado por las autoridades nazis, suele dividirse su itinerario filosófico en dos etapas: «el primer Heidegger», el de *Sein und Zeit* (1927), en que reflexiona sobre el hombre en cuanto ser capaz de plantearse la pregunta por el ser (*die Frage nach dem Sinn von Sein*), y en el que se percibe la influencia de Dilthey, Kierkegaard y Husserl; y «el segundo Heidegger», más historicista y a la vez nihilista, pero más estético, con reflexiones sobre la poesía, el arte y la técnica: *Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung* (1936, 1968), *Der Ursprung des Kunstwerkes* (1935), *Die Frage nach der Technik* (1953): 264, 289, 293

HEINSE, Johann Jakob Wilhelm (Langewiesen, 1746-Aschaffenburg, 1803), escritor y erudito, bibliotecario del arzobispo de Maguncia, autor de las novelas epistolares *Ardinghello und die glückseligen Inseln* (1787), que fue apreciada por los

jóvenes románticos, y *Anastasia und das Schachspiel* (1803). Sus conocimientos de arte quedaron de manifiesto en *Über einige Gemälde der Düsseldorfer Galerie* (1776): 138, 144, 184, 202, 220, 222, 245, 329

HELLINGRATH, Norbert von (1888-Verdún, 1916), filólogo y germanista, perteneciente al círculo de Stefan George, que inició sus investigaciones con una conferencia de 1910, «Pindarübertragungen von Hölderlin», y comenzó después una edición histórico-crítica de las obras del mismo poeta, que tras la muerte de Hellingrath continuó Ludwig von Pigenot. Por él conocieron a Hölderlin diversos autores relevantes de la época, como Rilke, Heidegger y Benjamin: 11, 24, 208, 344

HERDER, Johann Gottfried von (Mohrungen, 1744-Weimar, 1803), poeta, traductor, teólogo y filósofo del clasicismo de Weimar. De su extensa obra quedan hoy vigentes sus perspicaces observaciones de filosofía de la historia que expuso en *Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit* (1774) e *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (4 vols., 1784 a 1791): 79, 80, 86, 106, 185

HESSEN-HOMBURG, Auguste Friederike von (1776-1871), hija de Friedrich V, conde soberano de Hessen-Homburg y casada con el gran duque Friedrich Ludwig von Mecklenburg-Schwerin (1778-1819): 111, 170, 171, 174-176, 307

HESSEN-HOMBURG, Karoline von (Darmstadt, 1746-Homburg, 1821), hija de Ludwig IX von Hessen-Darmstadt y Henriette Karoline von Pfalz-Zweibrücken, contrajo matrimonio con Friedrich V, conde soberano de Hessen-Homburg; tuvieron quince hijos, de los que once alcanzaron la edad adulta: 111, 171, 324

HESSEN-HOMBURG, Ludwig Wilhelm Christian Friedrich von (Homburg, 1748-1820), Friedrich V, conde soberano de Hessen-Homburg, casado con la princesa Karoline von Hessen-Darmstadt. Invitó a la corte a músicos y poetas, entre ellos a Goethe. Sufrió la invasión de las tropas francesas al mando de Jourdan en 1795. Perdió el trono por la *Rheinbundakte* de 1806, pero lo recuperó en virtud de la *Wiener Bundesakte* de 1815: 166, 176, 177, 296, 314, 317, 323, 324

HESSEN-HOMBURG, Marianne Amalie von (1785–1846), hija de Friedrich V, conde soberano de Hessen-Homburg y casada con Friedrich Wilhelm Karl von Preußen (1783–1851), general de caballería del ejército prusiano: 172, 174

HEYDENREICH, Karl Heinrich (1764-1801), filósofo moral e historiador del arte, profesor de filosofía en Leipzig, seguidor de Kant. Su filosofía popular hizo que fuera un escritor muy leído. Sus obras más difundidas fueron *Mann und Weib. Ein Beytrag zur Philosophie über die Geschlechter* (1798), *Kritische Übersicht der neusten schönen Litteratur der Deutschen* (2 vols., 1788-1789), *Neuer Begriff der Baukunst als schöner Kunst* (1798). Escribió también poemas sentimentales que reunió en el volumen *Gedichte* (1793): 92

HEYN, Johanna Christiana (1748-1828), madre de Hölderlin, hija del pastor protestante Johann Andreas Heyn y descendiente de

Regina Bardili (1599-1669), de la que, según las investigaciones de Hans Wolfgang Rath, publicadas en 1927, descienden muchos personajes suabos, como Hölderlin, Schelling, Uhland, Mörike, Schiller, Hauff, Gerok y Ottilie Wildermuth. «La madre espiritual de Suabia» (*die schwäbische Geistesmutter*), llamó a Regina el genealogista, denominación que se ha repetido desde entonces: 15, 17, 24, 122, 326

HIEMER, Franz Karl (1768-1822), escritor de libretos de ópera y pintor: 243

HÖLDERLIN, Marie Eleonore Heinrike (Lauffen am Neckar, 1772-Nürtingen, 1850), hermana de Hölderlin, casada con Christoph Breunlin y madre de Karl Heinrich Friedrich Breunlin: 15, 18, 24, 78, 90, 94, 100, 189, 243, 322, 331, 349, 350, 368

HOMERO (finales del siglo VIII a.C.), poeta, autor de himnos y de los dos grandes poemas épicos de la Grecia clásica: 13, 37, 55, 196, 305

JOURDAN, Jean-Baptiste (Limoges, 1762-París, 1833), voluntario en el ejército revolucionario francés, General de División en 1793, comandante en jefe del ejército del norte, fue derrotado por el Archiduque Carlos en 1796 y 1798. Napoleón le nombró Mariscal de Francia. Como asesor de José Bonaparte vino a España en 1808: 212

KALB, Charlotte von, nacida baronesa *Marschalk von Ostheim* (Waltershausen im Grabfeld, 1761-Berlín, 1843), amiga de Schiller, Goethe, Hölderlin y Jean Paul, escritora cuya obra se editó póstumamente: la novela *Cornelia* (1851), el epistolario *Briefe an Jean Paul und seine Gattin* (1882) y el libro de memorias *Charlotte* (1789): 79-82, 85, 90, 103, 148, 197, 323

KANT, Immanuel (Königsberg, 1724-1804), renovador de la filosofía a través del que se ha llamado idealismo trascendental: 48, 49, 66, 69, 78, 144

KEPLER, Johannes (Weil der Stadt, 1571-Ratisbona, 1630), astrónomo y matemático, enunció las leyes sobre el movimiento de los planetas en su obra *Astronomia nova* (1609): 27

KERNER, Johann Georg (Ludwigsburg, 1770-Hamburgo, 1812), médico, poeta (*Das blaue Fieber*), cronista de la Revolución francesa en sus *Briefe aus Paris*: 344

KERNER, Justinus (Ludwigsburg, 1786-Weisberg, 1862), hermano del anterior y, como él, médico y poeta. Autor de relatos (*Die Heimatlosen*, 1816; *Geschichte zweier Somnambulen*, 1824), de la autobiografía *Bilderbuch aus meiner Knabenzeit* (1849), y de una docena de libros de poesía, además de una amplia obra médica: 28

KIRMS, Wilhelmine Marianne (1772-1840), institutriz: 78

KLOPSTOCK, Friedrich Gottlieb (Quedlinburg, 1724-Hamburgo, 1803), autor del poema *Messias* (1748), de veintidós mil versos, *Geistliche Lieder* (1758–1769), *Die frühen Gräber* (1764), *Oden und Elegien* (1771), *Hermann und die Fürsten* (1784). Defendió en el plano político la *Gelehrtenrepublik*, que propugnaba el gobierno por la élite intelectual: 31, 34, 37, 92, 177

KNEBEL, Karl Ludwig von (Schloss Wallerstein bei Nördlingen, 1744-

Jena, 1834), poeta, traductor, *Urfreund* de Goethe, preceptor del príncipe Constantin von Sachsen-Weimar-Eisenach (1758-1793), hermano del duque soberano Karl August von Sachsen-Weimar-Eisenach, a quien Knebel presentó a Goethe. Tradujo *De rerum natura*, de Lucrecio: 319

KOBERSTEIN, Karl August (Rügenwalde, 1797-Kösen, 1870), historiador de la literatura, profesor en Schulpforta desde 1820 hasta su muerte. Su obra principal es *Grundriß der Geschichte der deutschen Nationalliteratur* (1827), que escribió en un principio como manual de literatura para sus alumnos, y desde la cuarta edición se convirtió en el tratado más riguroso de la época. Escribió también monografías sobre estética y poética: *Vermischte Aufsätze zur Literaturgeschichte und Ästhetik* (1858) y *Entwickelung der deutschen Poesie* (1865): 208

KÖSTLIN, Nathanael (Nürtingen, 1744-1826), diácono y luego coadjutor (*Helfer*) en la parroquia de Nürtingen: 19, 33, 101

KÜHNE, Ferdinand Gustav (Magdeburgo, 1806-Dresde, 1888), escritor, estudió filosofía en Berlín con Schleiermacher y Hegel, dirigió el periódico *Europa, Chronik der gebildeten Welt*, escribió novelas, dramas, semblanzas —*Portraits und Silhouetten* (1843)— y recopiló sus artículos de prensa en *Mein Tagebuch in bewegter Zeit* (1863): 361

LAVATER, Johann Caspar (Zúrich, 1741-1801), reformador religioso y filósofo, creador de la fisiognomía, que expuso en los cuatro volúmenes de su *Physiognomische Fragmente zur Beförderung der Menschenkenntnis und Menschenliebe* (1775-1778): 71, 329

LE FÈVRE, Tanneguy (Caen, 1615-Saumur, 1672), catedrático de griego y traductor, protegido por Richelieu y Colbert, autor de *Les Vies des poètes Grecs* (1665) y *Méthode pour commencer les humanités grecques et latines* (1670): 55

LEBRET, Johann Friedrich (Untertürkheim, 1732-Tubinga, 1807), profesor del instituto de Stuttgart, del que fue también bibliotecario. En 1786 se trasladó a Tubinga, donde llegó a ser canciller de la universidad. Escribió una historia política de la República de Venecia y una historia general de Italia: 355

LEBRET, Marie Elisabeth, *Elise* (1774-1839), hija del rector del Seminario, es la *Lyda* de los poemas *Meine Genesung*, *Melodie* y *An Lyda*: 56, 355

LENGEFELD, Charlotte von (Rudolstadt, 1766-Bonn, 1826), se casó con Schiller en 1790, y tuvo cuatro hijos: 77

LIGETI, György (Diciosânmartin, actual Târnăveni, Rumanía, 1923-Viena, 2006), compositor, discípulo de Zoltán Kodály, investigador —junto a Karlheinz Stockhausen— de la música electrónica, adquirió la nacionalidad austriaca y fue profesor, en sus últimos años, en la *Hochschule für Musik und Theater Hamburg*: 363

LITZMANN, Berthold (1857-1926), autor de una monumental biografía de Clara Schumann, *Clara Schumann: Ein Künstlerleben nach Tagebüchern und Briefen* (3 vols., 1902-1908), historiador del teatro en *Theatergeschichtliche Forschungen*, en varios tomos, que

empezó a publicar en 1891. Su padre, Carl C. T. Litzmann, había escrito una breve biografía de Hölderlin —*Friedrich Hölderlins Leben, in Briefen von und an Hölderlin* (1890)—, y eso le hizo planear una recopilación de poemas, que se editó en 1896, basada en el estudio crítico de los manuscritos de Hölderlin: 344

MACPHERSON, James (Inverness, 1736-Belville in Badenoch, 1796), poeta escocés del prerromanticismo. Tras su primera obra, *Fragments of Ancient Poetry collected in the Highlands of Scotland* (1760), que afirmó haber traducido del gaélico, declaró haber encontrado un poema épico escrito por el bardo céltico del siglo III Ossian, que publicó con el título *Fingal*. Dos años después publicó *Temora* (1763), otra presunta traducción, y por fin la edición de la colección completa de esos supuestos manuscritos, *The Works of Ossian*, en 1765. Por estudios estilísticos, históricos y lingüísticos se descubrió la falsedad, pero el entusiasmo por Ossian ya se había extendido por toda Europa: 37

MAGENAU, Rudolf Friedrich Heinrich (1767-1846), estudió en el Seminario de Tubinga entre 1786 y 1791. Investigador de leyendas populares y poeta. Fue vicario en Vaihingen y párroco de Hermaringen. Escribió una detallada historia local en *Historisch-topographische Beschreibung der Stadt Giengen an der Brenz* (1830): 49, 50, 94, 140, 196

MANSO, Johann Kaspar Friedrich (Zella-Mehlis, 1759-Breslau, actual Wrocław, Polonia, 1826), estudió filosofía, filología y teología en Jena. Con treinta y cuatro años fue nombrado rector del prestigioso *Magdalenäum* de Breslau, en el que enseñó literatura alemana. Fue extraordinariamente apreciado como crítico literario. Fue poeta —en alemán y en latín— e historiador de la Grecia clásica en dos grandes obras: *Sparta, ein Versuch zur Aufklärung der Geschichte und Verfassung dieses Staats* (3 vols., 1800-1805) y *Leben Konstantins des Großen* (1817). Escribió también una minuciosa historia de Prusia en *Geschichte des preußischen Staats* (3 vols., 1819-1820). Reunió sus artículos, reseñas bibliográficas y poemas en obras misceláneas: *Vermischte Schriften* (Gotha, 1801, 2 vols.) y *Vermischte Abhandlungen* (Breslau, 1821): 205

MAYER, Karl Friedrich Hartmann (Bischofsheim, 1786-Tubinga, 1870), poeta, estudió derecho en Tubinga y fue abogado en Heilbronn y juez en Weiblingen. Sus *Lieder* (1833) son poemas románticos y naturalistas. El poema de Eduard Mörike *An Karl Mayer* ha preservado su fama: 368

MENZEL, Wolfgang (Waldenburg, Silesia, hoy Wałbrzych, Polonia, 1798-Stuttgart, 1873), crítico literario y escritor, exaltado nacionalista, autor de una *Literaturgeschichte* que se publicó primero en dos tomos (1828), y luego, notablemente ampliada, en cuatro tomos (1836). Dirigió la revista literaria *Morgenblatt für gebildete Stände*, editada por Cotta, y escribió la historia de la poesía alemana en *Deutsche Dichtung von der ältesten bis auf die neueste Zeit* (3 vols., 1858-1859): 206

MEREAU, Sophie Friederike (Altenburg, 1770-Heidelberg, 1806), nacida Schubert, casada con el profesor de derecho de la Universidad de Jena Friedrich Ernst Carl Mereau, fue la primera mujer alemana dedicada profesionalmente a la literatura. Divorciada de Mereau en 1801, se casó con el poeta Clemens Brentano. Escribió tres novelas, *Das Blüthenalter der Empfindung* (1794), *Amanda und Eduard* (1797) y *Sapho und Phaon* (1806) y dos volúmenes de poemas —*Gedichte* (1800 y 1802)—, que antes habían sido publicados en revistas. Su traducción de *Fiammetta*, de Boccacio, se publicó en Berlín en 1806: 186

MEYER, Johann Heinrich (Stäfa bei Zürich, 1760-Jena, 1832), pintor y teórico del arte, conoció a Goethe en Roma en 1784. Reconstruyó la casa de Goethe, en Weimar, para darle un estilo más clasicista. Fue profesor y luego director del *Weimarer Freies Zeicheninstitut*. Amigo y asesor de Goethe en materias artísticas durante casi medio siglo. Su monumental *Geschichte der bildenden Kunst bei den Griechen* se publicó en tres tomos entre 1824 y 1836: 86

MICHAELIS, Caroline (Gotinga, 1763-Maulbronn, 1809) contrajo matrimonio, sucesivamente, con el doctor Johann Franz Wilhelm Böhmer, con August Wilhelm Schlegel y con Friedrich Wilhelm Schelling; tradujo con Schlegel los dramas de Shakespeare y dejó un extenso epistolario: 186

MINCKWITZ, Johannes (Lückersdorf in der Oberlausitz, 1812-Heidelberg, 1885), poeta, traductor y filólogo, seguidor, en sus versos, de Karl August Georg Maximilian Graf von Platen-Hallermünde, profesor de la Universidad de Leipzig. Autor de una obra de poética —*Lehrbuch der deutschen Verskunst* (1844)—, de un manual de mitología —*Taschenwörterbuch der Mythologie aller Völker* (1852)—, de una obra de teatro —*Der Prinzenraub* (1839)—, de una recopilación de relatos —*Der Künstler* (1862)— y de dos libros de poemas —*Gedichte* (1847), *Lieder und Oden* (1854): 206

MÖRIKE, Eduard (Ludwigsburg, 1804-Suttgart, 1875), pastor protestante y poeta, cantor de su tierra natal de Suabia, traductor de Anacreonte —*Anakreontischen Lieder* (1864)— y de una amplia antología de autores griegos —*Classische Blumenlese* (1840): 119, 242, 343

MÜLLNER, Amandus Gottfried Adolf (Langendorf, 1774-Weißenfels, 1829), jurista y escritor, hasta el año 1815 simultaneó el derecho y la literatura, y desde esa fecha se dedicó exclusivamente a las letras. Director de la revista literaria *Morgenblatt für gebildete Stände*, editada por Cotta, y dramaturgo —*Die Schuld* (1816), *Die Albaneserin* (1820), *Dramatische Werke* (en ocho tomos, 1828): 206

NAST, Immanuel Gottlieb (1769-1829), sobrino del administrador del convento de Maulbronn y primo de Luise Nast. Fue escribano en Leonberg: 43, 99, 140, 358

NAST, Luise Philippine (1768-1839), hija del administrador del convento de Maulbronn. A ella, con el nombre de *Stella*, están dedicados los poemas *An Stella*, *An die*

Nachtigall y *Klagen*: 34, 43, 55, 100, 150

NATHUSIUS, Philipp Engelhard (Althaldensleben, 1815-Lucerna, 1872), se casó en el año 1841 con la escritora Marie Scheele. Director del periódico literario *Volksblatt für Stadt und Land zur Belehrung und Unterhaltung*, en el que escribió numerosos artículos. Poeta —*Fünfzig Gedichte* (1839) y *Noch fünfzig Gedichte* (1841)— muy influido por Bettine von Arnim, y polemista religioso —*Ulrich von Hutten. Volksthümliche Betrachtungen des gegenwärtigen kirchlichen Streites in Deutschland* (1839), *In Sachen der Deutschkatholiken* (1846)—, muy próximo al catolicismo: 332

NEUFFER, Christian Ludwig (Stuttgart, 1769-Ulm, 1839), alumno del *Stift* entre 1786 y 1791, pastor protestante. Escribió un poema en nueve cantos, *Die Herbstfeier, ein Sittengemälde* (1801), y el idilio *Der Tag auf dem Lande* (1802). Publicó una antología de sus versos en 1816 con el título *Auserlesene lyrische Gedichte*. Su obra poética en tres tomos se publicó en 1827 y 1828: *Poetische Schriften*: 100, 189-191, 196, 197, 305, 358

NIETHAMMER, Friedrich Immanuel (Beilstein bei Heilbronn, 1766-Múnich, 1848), pedagogo, teólogo y filósofo, profesor de la Universidad de Jena, editor, con Fichte, de la revista filosófica *Philosophisches Journal einer Gesellschaft teutscher Gelehrten*: 86, 104, 280

OETINGER, Friedrich Christoph (Göppingen, 1702-Murrhardt, 1782), teólogo, figura destacada del pietismo de Württemberg, autor, entre otras obras, de un *Biblisches und Emblematisches Wörterbuch* (1776), en que revela un criterio exegético que se ha llamado «realismo bíblico»: 16

ORFF, Carl (Múnich, 1895-1982), compositor, autor de la trilogía *Carmina Burana* (1938), *Catulli Carmina* (1943) y *Trionfo di Afrodita*, sobre textos de poesía alemana medieval y de lírica grecolatina. Preocupado por la formación musical en la infancia, escribió la obra teórica *Schulwerk*, que se ha traducido al español como *Música para niños*. De su ópera *Antígona* (1949) dijo que no era propiamente una ópera, sino una *Vertonung*, una «puesta en música» de la traducción de Hölderlin: 307, 363

PERRET, Claude Camille (Dijon, 1769-1834), miembro de la sociedad estudiantil revolucionaria *Gesellschaft der freien Männer*, de Jena, secretario del general Clarke en Italia, y más tarde secretario diplomático de Napoleón, introductor de la obra de Fichte en Francia: 169

PETRARCA, Francesco (Arezzo, 1304-Arquà, 1374), recibió las órdenes menores y estuvo al servicio de la Iglesia y, en sus últimos años, del arzobispo Giovanni Visconti, de Milán. Escribió en italiano el *Canzoniere* y en latín églogas y epístolas y un elogio de la vida retirada: 12

PÍNDARO (siglo VI a.C.), poeta lírico de la Grecia arcaica, autor de los *Epinicios* o cantos corales, y de odas y otros poemas de lenguaje elevado e imágenes imprevistas: 34, 55, 314, 319-321

PLATÓN (*ca.* 427 a.C.-347 a.C.), discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, fundador de la Academia de Atenas, autor de los *Diálogos* y de diversos epigramas y cartas: 55, 196

RÄTZER, Marie (1772-1849), institutriz, casada con Ludwig Rüdt von Collenberg (1772-1830), oficial del ejército: 130, 137, 149

REINHOLD, Karl Leonhard (Viena, 1757-Kiel, 1823), máximo difusor de la filosofía kantiana desde la Universidad de Jena. En 1794 fue nombrado profesor de la Universidad de Kiel. En sus últimos años se dedicó a la filosofía del lenguaje: 88

RICHTER, Johann Paul Friedrich (Wunsiedel, 1763-Bayreuth, 1825), por su admiración a Rousseau adoptó el pseudónimo francés *Jean Paul*; alcanzó el éxito popular en 1793 con la novela *Die unsichtbare Loge*. Su amistad con la escritora Charlotte von Kalb le llevó a Weimar, desde 1800 vivió en Berlín y, finalmente, en 1804 se trasladó a Bayreuth. Sus novelas, dijo August Schlegel, son monólogos en que deja participar al lector: 77, 202, 323

RILKE, Rainer Maria (Praga, 1875-Glion sur Territet, Suiza, 1926), poeta y prosista, cuya obra comienza con poemas intimistas (*Leben und Lieder*), y, tras una etapa objetiva (*Neue Gedichte*), culmina con largos poemas visionarios (*Duineser Elegien*): 11, 222, 294

ROSENZWEIG, Franz (Kassel, 1886-Fráncfort, 1929), historiador, filósofo y teólogo, promotor del diálogo interreligioso, dirigió la *Freie Jüdische Lehrhaus* de Fráncfort. Afectado por una parálisis progresiva, dictó sus últimas obras, entre ellas *Das neue Denken* (1925): 69, 70

RÖSSLER, Christian, profesor del Seminario de Tubinga: 48

SACHSEN-WEIMAR-EISENACH, Karl August von (Weimar, 1757-Schloss Graditz bei Torgau, 1828), duque soberano del pequeño ducado de Sajonia-Weimar-Eisenach, general del ejército prusiano en 1787, fue elevado al rango de Gran Duque en el Congreso de Viena (1814-1815): 88

SCHELLING, Friedrich Wilhelm Joseph von (Leonberg, 1775-Ragaz, Suiza, 1854), catedrático de filosofía en Jena a los veintitrés años, y más tarde en las universidades de Wurtzburgo, Múnich, Erlangen, Múnich de nuevo, donde fue presidente de la *Bayerische Akademie der Wissenschaften*, y Berlín. Desde su temprana obra *Vom Ich als Princip der Philosophie oder über das Unbedingte im menschlichen Wissen* (1795), se sitúa en la corriente del idealismo objetivo: 27, 28, 61, 65, 66, 68, 69, 71, 87, 94, 102, 140, 184, 186, 240, 241, 288, 289, 301, 306

SCHLEGEL, August Wilhelm (Hannover, 1767-1845), ensayista, filólogo, traductor de Shakespeare y Calderón de la Barca, iniciador del estudio del sánscrito en Alemania; publicó el *Bhagavad Gita* y el *Ramayana* traducidos al alemán. En su ensayo *Über dramatische Kunst und Literatur* propugnó una crítica literaria que atendiera a la obra en sí misma, y no en relación con las coordenadas estéticas vigentes: 64, 87, 100, 183, 186

SCHLEGEL, Friedrich (Hannover, 1772-Dresde, 1829), ensayista y poeta, con su hermano August fundó la revista *Athenaeum*, órgano del movimiento romántico alemán, en 1803, el periódico *Europa* y, en 1820 —después de su conversión—, el periódico católico *Concordia*. Su *Gespräch über die Poesie* expone la estética romántica: 87, 105, 183, 184, 186, 201

SCHILLER, Friedrich (Marbach am Neckar, 1759-Weimar, 1805), poeta, dramaturgo, historiador y filósofo, es, junto con Goethe, Wieland y Herder, un destacado miembro de la *Weimarer Klassik*. Conjugó los valores ilustrados con los revolucionarios, se preocupó por la *Ästhetische Erziehung des Menschen* (1795), y escribió baladas que han permanecido en la memoria de los alemanes: 28, 37, 41, 64, 75-77, 79, 80, 85, 86, 90, 92, 104, 108, 109, 116, 143, 144, 148, 183, 185-187, 195, 197, 207, 242, 245, 277, 280, 305-307, 329

SCHLEIERMACHER, Friedrich Daniel Ernest (Breslau, 1768-Berlín, 1834), clérigo, introductor del romanticismo en la teología, propugnó una religiosidad intimista —la religión es «el sentimiento y la intuición del universo», escribió—, luchó por el ecumenismo, y dedicó sus últimos años a la exposición sistemática de la doctrina cristiana y a la hermenéutica. El pseudónimo *Pacificus Sincerus* que empleó en algunas obras revela su temperamento: 183

SCHMID, Siegfried (Friedberg, 1774-Viena, 1859), hijo del alcalde de Friedberg, estudió teología en el Seminario de Jena, del que fue expulsado. Visitó a Goethe y Schiller, y éste le publicó cuatro poemas en el *Musenalmanach* de 1798. Fue preceptor en Basilea y Erlangen, y fugazmente profesor en Gießen. Sirvió como soldado en el ejército austriaco entre 1808 y 1819. Publicó en ediciones costeadas por él mismo varios dramas: *Die Heroine*, *Der Knabe Antonio*, *Die Verwandten*, *Lothar oder Liebe lößt den Widerstreit*. En su novela epistolar *Lothar*, las alusiones a Titán se refieren a Hölderlin: 109, 184, 186, 187

SCHNURRER, Christian Friedrich von (1742–1822), filólogo y teólogo, profesor de lenguas orientales en Tubinga desde 1775, expuso su criterio hermenéutico en *Dissertationes philologico-criticae* (1790), y escribió la historia de la Iglesia de Württemberg y de su Seminario en dos obras: *Erläuterungen der Württembergischen Kirchen- Reformations- und Gelehrten-Geschichte* (1798), y *Biographische und litterarische Nachrichten von ehemaligen Lehrern der Hebräischen Litteratur in Tübingen* (1792): 47, 48

SCHOLZ, Wilhelm von (Berlín, 1874-Constanza, 1969), poeta, novelista, actor, traductor, presidente de la sección de poesía de la *Preußische Akademie der Künste*, sus obras principales son los dramas *Der Jude von Konstanz. Tragödie in fünf Aufzügen* (1905), estrenada en Dresde en la misma fecha, *Der Wettlauf mit dem Schatten* (1921), *Claudia Colonna* (1941) y *Das Säckinger Trompetenspiel* (1955), la biografía *Friedrich Schiller* (1956) y las novelas *Perpetua. Der Roman der Schwestern Breitenschnitt* (1926) y *Theodor Dorn* (1967): 212

SCHWAB, Christoph Theodor (1821-1883), escritor, hijo de Gustav Schwab, su obra *Arkadien: seine Natur, seine Geschichte, seine Einwohner, seine Alterthümer*, editada por Cotta en 1852, está en la corriente helenística del siglo XIX. Publicó también una biografía de su padre —*Gustav Schwabs Leben* (1883)— y una antología de Hölderlin en dos volúmenes: *Gedichte und Hyperion* y *Nachlaß und Biographie*: 189, 206, 215, 289, 299, 330, 332, 343, 344, 348, 361, 368

SCHWAB, Gustav Benjamin (Stuttgart, 1792-1850), escritor y pastor protestante, párroco de Gomaringen y de Stuttgart, director de las escuelas superiores de Württemberg, doctor *honoris causa* por la Universidad de Tubinga. Dos de sus libros —*Das Buch der schönsten Geschichten und Sagen* (1837) y *Sagen des klassischen Altertums* (1838–1840)— son obras clásicas de la literatura juvenil. Reunió su obra poética en *Gedichte* (1828): 46, 189, 280, 343-345, 365, 368

SECKENDORF, Franz Karl Leopold von (1775-1809), fundó en 1808, con Joseph Ludwig Stoll, la revista literaria *Prometheus*. Más que escritor —sólo escribió poemas aislados en almanaques— fue animador cultural. Mantuvo correspondencia con Arnim, Böttiger, Brentano, Goethe, Herder, Hölderlin, Jean Paul, Kerner, Klopstock, Schiller, August Wilhelm y Friedrich Schlegel, Tieck, Uhland, Wieland y Karoline von Wolzogen. Actuó unos años en el servicio diplomático —de 1801 a 1805—, pero su inquietud política, de signo revolucionario, frustró su carrera. Murió cuando luchaba en el ejército austriaco contra Napoleón: 313, 318, 343

SINCLAIR, Isaac von (Homburg, 1775-Viena, 1815), escritor y diplomático, estudió en las universidades de Tubinga y Jena, donde fue discípulo de Reinhold. Partidario de las ideas revolucionarias francesas, formó parte de diversas sociedades secretas, o al menos tuvo contacto con ellas —*Gesellschaft der freien Männer*, *Schwarze Brüder*…—. Con el pseudónimo de *Crisalin* publicó la trilogía dramática *Cevennenkrieg*. Su obra filosófica, formada por *Wahrheit und Gewißheit* (3 vols., 1811) y *Versuch einer durch Metaphysik begründeten Physik* (1813) tuvieron poca difusión: 88-90, 92, 166, 167, 169, 171, 174, 176, 177, 183, 191, 197, 248-250, 295, 296, 301, 309-311, 313, 314, 317-319, 323-325

STÄUDLIN, Gotthold Friedrich (Stuttgart, 1758-Grünenberg, 1796), jurista y poeta, ejerció como abogado en Stuttgart, y editó el *Schwäbische Musenalmanach*: 56, 64, 65, 76, 108, 109, 115, 358

STEINKOPF, Johann Friedrich von (1771-1852), librero y editor en Stuttgart, publicó la revista literaria *Monatsschrift für Geistes- und Herzensbildung junger Frauenzimmer*: 184-186, 217

TIECK, Ludwig (Berlín, 1773-1853), narrador y dramaturgo, escribió cuentos inspirados en la tradición oral alemana, novela histórica —*Vittoria Accorombona*, ambientada en el Renacimiento—, drama histórico —*Leben und Tod der heiligen Genoveva*—; tradujo y publicó en cuatro volúmenes el *Quijote* (Berlín, 1799-1801): 183

UHLAND, Johann Ludwig (Tubinga, 1787-1862), estudió derecho y filología en su ciudad natal, fue profesor de lengua y literatura alemana de la Universidad de Tubinga, escribió poemas, sencillos y sentimentales, que reunió en *Gedichte* (1815) y dos dramas, *Ernst, Herzog von Schwaben* (1818) y *Ludivig der Baier* (1819): 258, 280, 332, 344, 345, 365

VARNHAGEN VON ENSE, Karl August (Dusseldorf, 1785-Berlín, 1858), escritor y diplomático, casado con la escritora Rahel Levin, a quien dedicó un libro de memorias, en tres tomos, *Rahel: Ein Buch des Andenken* (1833, 1834), que es una detallada crónica del movimiento romántico. La mayor parte de su obra es biográfica: *Biographische Denkmale* (5 vols.), *Goethe in den Zeugnissen der Mitlebenden* (1823) y otras. La publicación —en gran parte póstuma— de su diario ha alcanzado los catorce tomos: 112, 344

VOSS, Johann Heinrich (Sommersdorf, 1751-Heidelberg, 1826), poeta, miembro fundador del grupo literario *Göttinger Hain*, director de la Escuela Latina de Otterndorf y más tarde profesor de las universidades de Jena y Heidelberg. Sus obras más destacadas son idilios en hexámetros, como *Luise* (1795), en que describe con realismo la vida del campo. Tradujo al alemán, en verso, la *Odisea* (1781) y la *Ilíada* (1793): 307

WAIBLINGER, Wilhelm Friedrich (Heilbronn, 1804-Roma, 1830), estudió teología en el Seminario de Tubinga, del que fue expulsado por sus aventuras amorosas —que relató en *Drei Tage in der Unterwelt*—. Noveló los años de locura de Hölderlin en *Phaeton* (1823). En 1827 se trasladó a vivir a Roma; sus vivencias italianas las relató en *Taschenbuch aus Italien und Griechenland* (1829-1830) y *Bilder aus Neapel und Sizilien* (1879). Su amigo el poeta Eduard Mörike reunió sus poemas en *Gedichte* (1844): 121, 329, 330, 332, 336, 337, 343-345, 353, 361

WEISSHAAR, Jakob Friedrich (Korb im Remstal, 1775-Köngen, 1834), estudió derecho en la Universidad de Tubinga; su obra *Handbuch des Privatrechts* (1804) fue ampliamente reeditada. Con Ludwig Uhland fue autor de la Constitución de Württemberg de 1819. En 1832 fue nombrado ministro del interior y de asuntos eclesiásticos y educativos (*Minister des Innern und des Kirchen- und Schulwesens*): 313, 318

WIELAND, Christoph Martin (Oberholzheim bei Laupheim, 1733-Weimar, 1813), destacado poeta de la Ilustración alemana, dirigió la revista *Der teutsche Merkur*, tradujo a Cicerón, Luciano de Samosata y Shakespeare: 80, 92, 202

WILMANS, Friedrich (Bremen, 1765-Fráncfort, 1830), librero y editor de Fráncfort, publicó obras de Hölderlin, Brentano y Schlegel, y la revista *Taschenbuch der Liebe und Freundschaft*: 117, 296, 297, 302, 304, 306

WINCKELMANN, Johann Joachim (Stendal, 1717-Trieste, 1768), arqueólogo e historiador del arte, estudió teología en la Universidad de Halle, y fue autodidacta en el tema que verdaderamente le inte-

resaba: el arte griego. En varios viajes visitó Nápoles y Pompeya. Fue preceptor y bibliotecario. En 1775 publicó *Gedanken über die Nachahmung der griechischen Werke in der Malerei und Bildhauerkunst*, que suscitó una admiración general, pero su obra cumbre es *Geschichte der Kunst des Alterthums*, publicada en Dresde en 1764: 55

WÜRTTEMBERG, Friedrich Eugen von (Stuttgart, 1732-Hohenheim, 1797), tercer hijo del duque Karl Alexander von Württemberg y la princesa Marie-Auguste von Thurn und Taxis. Sus hermanos mayores —que gobernaron sucesivamente en Württemberg— fueron Karl Eugen y Ludwig Eugen. Friedrich Eugen ocupó el trono ducal de Württemberg entre 1795 y 1797. Poco antes había sido nombrado mariscal del ejército prusiano por el rey Federico Guillermo II de Prusia: 29

WÜRTTEMBERG, Friedrich I von (Treptow, 1754-Stuttgart, 1816), sucedió al frente del ducado de Württemberg a su padre, el duque Friedrich Eugen. Como duque, y luego como príncipe y como rey, ocupó el trono de Württemberg de 1797 a 1816. Antes de su llegada al trono había sido nombrado mariscal del ejército ruso por la emperatriz Catalina, y gobernador general de Finlandia: 29, 30

WÜRTTEMBERG, Karl Eugen von (Bruselas, 1728-Hohenheim, 1793), primogénito del duque Karl Alexander von Württemberg y la princesa Marie-Auguste von Thurn und Taxis. Llegó al trono a los diecinueve años, en 1737, y lo ocupó hasta su muerte: 27-29, 41, 47, 59, 99

WÜRTTEMBERG, Ludwig Eugen von (Fráncfort, 1731-Ludwigsburg, 1795), segundogénito del duque Karl Alexander von Württemberg y la princesa Marie-Auguste von Thurn und Taxis. Su hermano mayor fue el duque Karl Eugen, a quien, por carecer de sucesión masculina legítima, sucedió. Ludwig Eugen ocupó el trono ducal de Württemberg entre 1793 y 1795: 29

ZEERLEDER, Ludwig (1772-1840), hijo de un banquero de Berna, que le impuso viajar a Fráncfort, Hamburgo y Londres para aprender el negocio. El *Bank Ludwig Zeerleder* pasó a llamarse, a mediados del siglo XIX, *Bank Tschann-Zeerleder*, y por fusión, quedó absorbido en el actual *Berner Handelsbank*: 152

ZIMMER, Charlotte, *Lotte* (n. 1813), hija de Ernst Zimmer, que tras la muerte de su padre en 1838 cuidó a Hölderlin: 326, 350, 357, 359, 361, 362, 365, 367, 368

ZIMMER, Christiane (n. 1805), hija de Ernst Zimmer: 362

ZIMMER, Ernst (1772-1838), ebanista de Tubinga, que acogió a Hölderlin en su casa. Casado con Marie Elisabetha (1774-1849), tuvo dos hijas, Christiane y Charlotte: 124, 326-328, 331, 332, 336, 337, 343, 344, 347, 348, 351-353, 355, 357-359, 361, 362, 367

ÍNDICE DE OBRAS, POEMAS Y PRIMEROS VERSOS

A Eduardo (*An Eduard*): 30
A la calma (*An die Ruhe*): 51, 53
A la esperanza (*An die Hoffnung*): 297
A la naturaleza (*An die Natur*): 80
A la princesa Amalie von Dessau (*Der Prinzessin Amalie von Dessau*): 172
A la Virgen (*An die Madonna*): 315
A Landauer (*An Landauer*): 269
A las parcas (*An die Pfarzen*): 184
A los alemanes (*An die Deutschen*): 61, 209
A menudo envían los dioses, desde la altura de su morada en paz… (*Aus stillem Hause senden die Götter oft…*): 172
A Neuffer (*An Neuffer*): 50, 80
A Zimmer (*An Zimmer*): 337
Al Dios del sol (*Dem Sonnengot*): 145
Al éter (*An den Äther*): 109
Al respetable Señor Lebret (*Dem gnädigsten Herrn von Lebret*): 145
Álegrate, tú que has sabido escoger la mejor parte… (*Sei froh! Du hast das gute Los erkoren…*): 269
Alegre se apresura el caminante, por negros bosques… *(Froh eilt der Wanderer, durch dunkle Wälder*): 20
Aliento (*Ermunterung*): 263
Ansia furiosa (*Zornige Sehnsucht*): 51
Antígona (traducción): 306, 307
Arenga de Alejandro a sus soldados en Issos (*Alexanders Rede an seine Soldaten bei Issus*): 31
Así hablaba yo cuando de pronto… (*So sprach ich, da entführte…*): 178
Aún puede contemplarse el tiempo en que los campos… (*Noch ist die Zeit des Jahrs zu sehn, und die Gefilde…*): 363
Bonaparte (*Buonaparte*): 283
Callas y padeces, porque no te comprenden... (*Du schweigst und duldest, denn sie verstehn dich nicht…*): 131
Cambio de los tonos (*Wechsel der Töne*): 190
Canción a la muerte de un niño (*Lied auf den Tod eines Kindes*): 337
Canción del destino de Hiperión (*Hyperion Schicksalslied*): 277, 369
Canto al pie de los Alpes (*Unter den Alpen gesungen*): 271
Canto del alemán (*Gesang des Deutschen*): 168, 209, 281
Cantos nocturnos (*Nachtgesänge*): 296, 297, 299, 302-304, 306, 345
Cantos patrios (*Heimatgesänge*): 297, 301-304, 306, 314

Con peras amarillas… (*Mit gelben Birnen…*): 13
¡Concededme un verano, sólo un verano, oh poderosas!... (*Nur Einen Sommer gönnt, ihr Gewaltigen!...*): 184
Cuando a lo lejos se pierde la vida de los hombres… (*Wenn in die Ferne geht der Menschen wohnend Leben…*): 366
Cuando era niño (*Da ich ein Knabe war*): 140
Cuando joven, era feliz por la mañana… (*In jüngern Tagen war ich des Morgens froh…*): 146
Cuando llego a la pradera… (*Wenn ich auf die Wiese komme…*): 353
Curso de la vida (*Lebenslauf*): 146
De la calma (*Von der Ruhe*): 321
De la verdad (*Von der Wahrheit*): 321
De lo bueno del mundo ya he gozado… (*Das Angenehme dieser Welt hab ich genossen…*): 337
Del delfín (*Vom Delphin*): 321
Despedida (*Abschied*): 155
Diosa de la Armonía (*Göttin der Harmonie*): 138
Diótima: 131, 132, 134
Diversas son las líneas de la vida… (*Die Linien des Lebens sind verschieden…*): 336
Dominando las olas del antiguo caos… (*Thronend auf des alten Chaos Wogen…*): 62
¿Dónde estás? Se embriaga oscuramente mi alma… (*Wo bist du? trunken dämmert die Seele mir…*): 145
¡Eco del cielo! ¡Corazón sagrado! Por qué… (*Echo des Himmels! heiliges Herz! warum…*): 263
Edad (*Alter*): 251
Edades (*Lebensalter*): 297
Edipo Rey (traducción): 306, 349
El águila (*Der Adler*): 297, 302
El archipiélago (*Der Archipielagus*): 219, 265, 266, 268
El caminante (*Der Wanderer*): 143
El cantor ciego (*Der blinde Sänger*): 207, 279, 297
El descontento (*Der Unzufriedene*): 31, 32
El destino (*Der Schicksal*): 80, 369
¡El destino! Infelices pesares... (*Schicksal! unglücksvolle Leiden…*): 32
El espíritu del tiempo (*Der Zeitgeist*): 366
El hombre (*Der Mensch*): 362
El Ister (*Der Ister*): 297, 303
El invierno (*Der Winter*): 363
El laurel (*Der Lorbeer*): 35
El otoño (*Der Herbst*): 336, 362, 363
El recordar (*Das Erinnern*): 31
El rincón del Hardt (*Der Winkel von Hardt*): 297
El saludo del gallo me despierta, con su son de clarín... (*Vom Gruß des Hahns, vom Sichelgetön erweckt…*): 53
El verano (*Der Sommer*): 121, 336, 363
Elegía (*Elegie*): 161
Emilia en vísperas de boda (*Emilie vor ihrem Brauttag*): 190, 191
Ensayos de Homburg (*Homburger Aufsätze*): 189, 190
Ensayos periodísticos (*Journal-Aufsätze*): 189
Entonces y ahora (*Ehmals und Jetzt*): 146
Es tan dulce la muchacha de Suabia… (*So lieb wie Schwabens Mägdelein…*): 57
Está cerca / y es difícil captar al dios… (*Nah ist / Und schwer zu fassen der Gott…*): 177, 221
Fantasía de la tarde (*Abendphantasie*): 165
Fiesta de la paz (*Friedensfeier*): 272, 302, 303
Fragmento de Hiperión (*Fragment von Hyperion*): 130
Fragmentos de Fráncfort (*Frankfurter Fragmente*): 12

Fragmentos de Píndaro (*Pindarfragmente*): 320, 321
Ganímedes (*Ganymed*): 297
¡Gracias te doy, oh soledad, mi íntima amiga!... (*Dank dir! aus dem schnadernden Gedränge…*): 36
Grecia (*Griechenland*): 64
Hace mucho que te amo y quisiera… (*Lange lieb' ich dich schon, möchte dich, mir zur Lust…*): 39
¡Hermosa vida! Vives, como los tiernos brotes en invierno… (*Schönes Leben! du lebst, wie die zarten Blüten im Winter…*): 133
Deja que amenacen tormentas y penas… (*Laß sie drohen die Stürme, die Leiden…*): 45
Hacia lo alto se esforzaba mi espíritu, pero el amor… (*Hoch auf strebte mein Geist, aber die Liebe zog…*): 146
Heidelberg: 39
Heme aquí pasando hora tras hora… (*Nun sitz ich still allein, von einer…*): 279
Hermano, un dios del amor te dio llamas divinas... (*Bruder! dir gab ein Gott der Liebe göttlichen Funken…*): 71
Himno a la diosa de la armonía (*Hymne an die Göttin der Harmonie*): 108
Himno a la libertad (*Hymne an die Freiheit*): 29, 108
Himno a la Musa (*Hymne an die Muse*): 108, 109
Himno a la serenidad (*Hymne an die Heiterkeit*): 89
Himnos de Tubinga (*Tübinger Hymnen*): 17, 60, 61, 63, 138, 301
Historia del arte griego hasta el final de la Era de Pericles (Geschichte der schönen Künste unter den Griechen): 55
Hyperion: 21, 49, 50, 69, 85, 86, 89, 92, 94, 113-115, 128, 130, 134, 138, 144, 152, 170, 171, 174, 191, 195-199, 201-209, 217, 277, 299, 326-328, 343, 358
Hyperion (Primera parte): 144, 171, 197, 199
Hyperion (Segunda parte): 134, 199, 205
Hyperion. Penúltima versión (*Hyperion. Vorletzte Fassung*): 198
Hyperion. Versión métrica (*Hyperion. Metrische Fassung*): 198
Infidelidad de la sabiduría (*Untreue der Weisheit*): 321
Juicio y ser (*Urtheil und Sein*): 70, 88
La batalla (*Die Schlacht*): 139
La belleza es algo propio de los niños… (*Die Schönheit ist den Kindern eigen…*): 337
La brevedad (*Die Kürze*): 146
La corriente encadenada (*Der gefesselte Strom*): 297
La despedida (*Der Abschied*): 155
La gran traducción de Píndaro (*Große Pindarübertragung*): 320
La juventud de Hyperion (*Hyperions Jugend*): 134, 198
La marcha (*Die Wanderung*): 303, 345
La muerte de Empédocles (*Der Tod des Empedokles*): 184, 209-212
La muerte por la patria (*Der Tod fürs Vaterland*): 139, 168, 209
La naturaleza brilla en máximo esplendor… (*Das Glänzen der Natur ist höheres Erscheinen…*): 362
La patria (*Die Heimat*): 20, 168, 252
La paz (*Der Frieden*): 170
La primavera (*Der Frühling*): 336, 363
La salida al campo (*Der Gang aufs Land*): 218
La vida feliz (*Das fröhliche Leben*): 353
La vista (*Die Aussicht*): 332, 366
Lágrimas (*Tränen*): 162, 267, 296, 297
Lamentos de Menón por Diótima (*Menons Klagen um Diotima*): 161
Lo infinito (*Das Unendliche*): 321
Lo más alto (*Das Höchste*): 321

Lo vivificante (*Das Belebende*): 321
Los asilos (*Die Asyle*): 321
Los hombres se encuentran la vida en este mundo… (*Die Menschen finden sich in dieser Welt zum Leben…*): 366
Los míos (*Die Meinige*): 17, 31
Los poetas hipócritas (*Die scheinheiligen Dichter*): 144
Los poetas son ánforas sagradas… (*Heilige Gefäße sind die Dichter…*): 283
Los robles (*Die Eichbäume*): 90, 143
Los titanes (*Die Titanen*): 297, 303
Mi dominio (*Mein Eigentum*): 157
Mi propósito (*Mein Vorsatz*): 34, 319
Mitad de la vida (*Hälfte des Lebens*): 13, 297
Mnemosyne: 297, 302, 303
Muerto desde antiguo y encerrado en lo hondo… (*Lange tot und tiefverschlossen…*): 134
No aguanto más. Dar siempre, siempre... (*Ich duld es nimmer! ewig und ewig so…*): 51
Notas sobre Antígona (*Anmerkungen zu Antigonä*): 307
Notas sobre Edipo (*Anmerkungen zum Oedipus*): 307
Obras Completas (*Sämtliche Werke*): 11, 206, 344
Obras reunidas (*Gesammelte Werke*): 344
Odas Olímpicas [traducción]: 320
Odas Píticas [traducción]: 320
¡Oh amigos, amigos, que tan fieles me sois!... (*O Freunde! Freunde! die ihr so treu mich liebt!...*): 34
Oh ángeles de la patria, ante vosotros bajan… (*Engel des Vaterlands! o ihr, vor denen das Auge…*): 218
¡Oh mi buen Karl! Fue en uno de esos hermosos días... (*Guter Carl! – in jenen schönen Tagen…)*: 17
Oh suaves brisas, mensajeras de Italia… (*Ihr milden Lüfte! Boten Italiens!...*): 215
Pan y vino (*Brot und Wein*): 218
Paralelismo entre las *Sentencias* de Salomón y la obra de Hesíodo *Los trabajos y los días* (*Parallele zwischen Salomons Sprüchwörtern und Hesiods Werken und Tagen*): 55
Patmos: 12, 177, 182, 221, 296, 297, 303, 345
Pero ahora, en el valle... (*Jetzt aber, drin im Gebirg*): 38
Pero no ha llegado / el tiempo. Y sin embargo… (*Nicht ist aber / Die Zeit. Noch sind sie…*): 303
Pero yo, ¿a dónde iré? Los mortales viven… (*Wohin denn ich? Es leben die Sterblichen…*): 165
Poema de gratitud (*Dankgedicht*): 19
Poemas (*Gedichte*): 344, 365
Poemas 1800-1806 (*Gedichte 1800-1806*): 344
Poemas de los años de locura (*Gedichte aus der Zeit des Irrsinns*): 299, 345
Poesías reunidas (*Gesammelte Dichtungen*): 344
¿Por qué tan breve? ¿Es que acaso no amas, como en otro tiempo… (*Warum bist du so kurz? liebst du, wie vormals, denn…*): 147
Primer programa del idealismo alemán (*Das älteste Systemprogramm des Deutschen Idealismus*): 68
Profesión de poeta (*Dichterberuf*): 34, 261
Que eras la voz de Dios. Eso pensaba… (*Du seiest Gottes Stimme, so glaubt ich sonst…*): 278
¿Qué es Dios? Desconocido, y sin embargo… (*Was ist Gott? unbekannt, dennoch…*): 317
¿Que es la vida del hombre? Una imagen de la divinidad… (*Was ist der Menschen Leben? Ein Bild der Gottheit…*): 316
Quiero partir ahora. Quizá no pueda verte en mucho tiempo… (*Hin-*

gehn will ich. Vielleicht seh' ich in langer Zeit…): 157
Quirón (*Chiron*): 296, 297, 299
Recuerdo (*Andenken*): 289, 297, 303, 345
Regreso a la patria (*Heimkunft*): 275
Regreso a la patria (*Rückkehr in die Heimat*): 215
Reposa en plenitud el día de otoño… (*In seiner Fülle ruhet der Herbsttag nun…*): 158
Reposa la ciudad en torno nuestro. Se hace el silencio en la calle encendida… (*Rings um ruhet die Stadt; still wird die erleuchtete Gasse…*): 219
Salgo, día tras día, buscando algo distinto… (*Täglich geh ich heraus, und such ein Anderes immer…*): 161
Si desde lejos, ya que separados… (*Wenn aus der Ferne, da wir geschieden sind…*): 338
Si muero con deshonra, si mi alma (*Wenn ich sterbe mit Schmach, wenn an den nicht Frechen…*): 156
Sobre el modo en que se desarrolla el espíritu poético (*Über die Verfahrungsweise des poetischen Geistes*): 189
Sobre la distinción de los géneros poéticos (*Über den Unterschied der Dichtarten*): 190
Sobre la religión (*Über Religion*): 190
Sobre los diferentes modos de la poesía (*Über die verschiedenen Arten zu dichten*): 190
Somos un signo sólo, y sin sentido… (*Ein Zeichen sind wir, deutungslos…*): 302
Son tantos, tantos, los días míos… (*Viel, viel sind meiner Tage…*): 32
Sopla el nordeste… (*Der Nordost wehet…*): 290
Stuttgart: 109, 186, 218
¡Tierno, celeste amor! Si llegara a olvidarte… (*Himmlische Liebe! zärtliche! wenn ich dein…*): 162
Timidez (*Blödigkeit*): 297
Una palabra sobre la *Ilíada* (*Ein Wort über die Iliade*): 190
Usted, noble Señor, es hombre de quien puede decirse… (*Sie, Edler! sind der Mensch, von dem das Beste sagen…*): 355
Ven y aplaca, delicia de las musas, tú que en otro tiempo… (*Komm und besänftige mir, die du einst Elemente versöhntest…*): 133
¡Ven, amigo, hacia lo abierto! Es verdad que hoy la luz… (*Komm! ins Offene, Freund! zwar glänzt ein Weniges heute…*): 218
¡Vosotros, fríos hipócritas, no me habléis de los dioses!... (*Ihr kalten Heuchler, sprecht von den Göttern nicht!...*): 12, 144
Voz del pueblo (*Stimme des Volks*): 168, 277
Vuelve alegre el navegante a casa, por el río… (*Froh kehrt der Schiffer heim an den stillen Strom…*): 168
Vulcano (*Vulkan*): 297, 299
¡Ya llegas, oh batalla! Como olas desciende… (*Du kömmst, o Schlacht! schon wogen die Jünglinge…*): 139
Ya no es tiempo de reyes... (*Dies ist die Zeit der Könige nicht mehr…*): 30

ÍNDICE DE LUGARES

Alemania: 24, 60, 66, 72, 75, 82, 90, 168, 205, 210, 266, 281, 325, 359
Alpes: 38, 177, 271, 274
Anhalt-Dessau: 172
Ática: 199
Atlántico: 265, 281
Augsburgo: 355
Bad Driburg: 138-140, 143, 246, 305
Baden-Durlach: 309
Baja Sajonia: 137
Batavia: 30
Belfort: 283
Berlín: 69, 323, 324
Berna: 28, 66, 76, 102
Besançon: 283
Blanquefort: 285
Blaubeuren: 72, 90, 94, 115, 295
Burdeos: 25, 35, 75, 265, 281, 283-285, 287, 291, 293, 295, 309-311
Campo Formio: 169, 176
Colmar: 283
Constanza: 271
Danubio: 72, 271, 295, 303
Denkendorf: 31, 33, 234
Dessau: 88, 90, 92, 172, 244
Egeo: 265
Elba: 90, 138
Espira: 37, 41
Estrasburgo: 283, 285
Etna: 209
Fráncfort: 28, 86, 93, 94, 102, 107, 129, 130, 135, 137, 138, 143, 147, 149-151, 166, 176, 183, 198, 296, 305, 309-311, 327, 329, 358
Frankenthal: 41
Freudenstadt: 283
Garona: 285, 290, 291
Gotha: 79
Grecia: 12, 13, 50, 55, 56, 64, 88, 196, 199, 202, 205, 207, 221, 222, 266-268, 279, 281, 329, 365
Halle: 90, 270
Hamburgo: 135, 284
Hardt: 167, 297
Hauptwil: 35, 271
Heidelberg: 37, 39, 41, 93, 237, 281
Herrenberg: 283
Hessen: 37, 93
Hessen-Darmstadt: 166, 323
Hessen-Homburg: 89, 166, 167, 169, 176, 296, 307, 318, 323-325
Homburg: 35, 89, 138, 147, 150, 151, 166-172, 176, 177, 183, 187, 189, 190, 195, 210, 217, 247-251, 305, 313, 316-319, 321, 323-325, 338, 347
Iliso: 196
Ister: 303
Irschenhausen: 11
Ítaca: 199

Jena: 28, 35, 70, 75-78, 80, 82, 85, 86, 88-90, 92-94, 166, 167, 172, 183, 186, 195, 198, 280, 289, 293, 323
Kassel: 137, 138, 184, 246
Kehl: 309
Königshofen: 79
Lauffen am Neckar: 15, 23, 24, 97, 98, 228-231
Leipzig: 28, 66, 92, 262, 343
Lemnos: 199
Ludwigsburg: 76, 80, 318
Luneville: 18, 176, 272
Lyon: 283, 295
Macedonia: 199
Mannheim: 37, 41
Marbach am Neckar: 86, 352
Maulbronn: 33, 34, 37, 42-44, 49, 55, 99, 235, 236, 243, 305
Mecklenburg-Schwerin: 174
Mediterráneo: 265, 281
Mitilene: 199
Montbéliard, Mömpelgard: 27
Monte Ventoso: 12
Murrhardt: 301
Neckar: 15, 17, 23, 37, 41, 47, 118, 254, 255, 257, 281, 326, 329, 332, 333, 352
Núremberg: 79
Nürtingen: 15-17, 19, 23-25, 31, 33, 42, 55, 59, 61, 65, 66, 93-95, 98, 115, 140, 168, 189, 198, 215, 217, 232-234, 273, 277, 279, 280, 283, 285, 287, 295, 296, 301, 303, 306, 309-311, 313, 314, 318, 325, 344, 347, 352, 358
Oggersheim: 41
Öster: 329
Palatinado: 37
París: 285, 310
Paros: 199
Patmos: 12, 177-179, 182, 221, 296, 297, 303, 345
Ratisbona: 115, 171, 176, 177, 253, 295, 296, 301
Rastatt: 169, 170
Rin: 27, 37, 38, 41, 42, 56, 60, 71, 135, 138, 178, 303, 323, 345
Saale: 89, 90
Sajonia-Weimar: 75, 186
Salamina: 202, 265, 267
Schloßberg: 329
Schwäbische Alb: 271
Selva Negra: 283
Sigmaringen: 271
Steinlach: 271, 326, 332
Stuttgart: 28, 35, 50, 56, 65, 73, 76, 94, 135, 186, 212, 217, 218, 269, 271, 281, 303, 309, 311, 313, 318, 320, 323, 350, 357, 358
Suabia: 20, 21, 30, 57, 61, 94, 168, 171, 185, 217, 218
Taunus: 89, 135, 151, 314
Tebas: 199, 222
Teutoburgo: 138, 191, 192
Tina: 202
Tracia: 199
Tubinga: 17-19, 27, 42, 43, 47, 49, 56, 59, 60, 61, 63-66, 71, 73, 76, 88, 95, 123, 138, 144, 176, 184, 195-197, 199, 237, 238, 253, 259, 271, 277, 301, 305, 324-326, 329, 335, 343, 347, 348, 355, 358, 365, 368, 369
Ulm: 50, 72, 115, 295
Verdún: 11
Waltershausen: 50, 64, 66, 77-81, 85, 93, 129, 197
Weimar: 80, 82, 85, 86, 88, 186, 307, 307
Wertheim: 50
Wilhelmshöhe, castillo de: 137
Wörlitz: 90, 244
Wurmlingen: 65, 238, 239
Württemberg: 15, 16, 23, 27-29, 37, 41, 47, 56, 74, 85, 93, 94, 140, 187, 217, 313, 318, 319, 347
Zúrich: 71

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Convento y granja de Santa Regiswindis, dibujo a lápiz de Julius Nebel (*ca*. 1840): 97
Partida de bautismo de Friedrich Hölderlin, según el registro parroquial de Lauffen: 98
Nürtingen desde el lado oriental, litografía de Friedrich Federer, según dibujo de C. Weber (*ca*. 1850): 98
Hölderlin, silueta anónima (1786): 99
Hölderlin, dibujo a lápiz de Immanuel Nast (1788): 99
El duque Karl Eugen von Württemberg y la duquesa Franziska von Hohenheim, silueta (1787): 99
Heinrike Hölderlin, silueta anónima (s.f.): 100
Louise Nast, silueta (1789), procedente del álbum de recuerdos de Christian Friedrich Hiller: 100
Christian Ludwig Neuffer, óleo de W. Moosbrugger (s.f.): 100
Hölderlin como Magister, silueta (1790): 101
Nathanael Köstlin, óleo anónimo: 101
Retrato de Hölderlin y dedicatoria de un álbum de recuerdos (1789): 101
Friedrich Wilhelm Schelling, dibujo a lápiz de J. Klotz (1804): 102
Manuscrito del poema Eleusis (1796): 102
Carta de Charlotte von Kalb a Schiller, de 9 de diciembre de 1794: 103
Charlotte von Kalb, óleo de J. H. Schmidt (s.f.): 103
Immanuel Niethammer, silueta anónima (1789), en el álbum de recuerdos de Georg Christoph Friedrich Rueff: 104
Immanuel Niethammer, litografía de Franz Seraph Hanfstaengl (1832): 104
Friedrich Schiller, silueta anónima (*ca*. 1785): 104
Johann Wolfgang Goethe, dibujo al carboncillo de Friedrich Bury (1800): 105
Friedrich Schlegel, óleo de Franz Gareis (1798): 105
La casa El Ciervo Blanco (Der Weiße Hirsch), litografía de A. Fay (s.f.): 106
Susette Gontard, busto de Landolin Ohmacht (1795): 106
Johann Gottfried von Herder y su mujer Karoline, silueta anónima (*ca*. 1793): 106
Susette Gontard, mascarilla yeso, por Landolin Ohmacht (1795): 107

La casa de campo Adlerflychtsche Hof, en las afueras de Fráncfort, dibujo a lápiz de A. Eymer (s.f.): 107
Carta de Hölderlin a Schiller, de la segunda quincena de agosto de 1797: 108
Portada del Almanaque de las Musas del año 1792, editado por Stäudlin: 108
Hymne an die Muse, publicado en el *Almanaque de las Musas del año 1792*, editado por Stäudlin: 109
Siegfried Schmid, silueta anónima (s.f.): 109
Portada del Almanaque de las Musas del año 1798, editado por Schiller: 109
Carta de Susette Gontard a Hölderlin, de principios de octubre de 1798: 110
Carta de Hölderlin a Susette Gontard, de principios de noviembre de 1799: 111
La condesa Karoline von Hessen-Homburg y su hija la princesa Auguste, retratos al pastel, anónimos (*ca*. 1794): 111
Karl August Varnhagen von Ense, dibujo a lápiz de Wilhelm Hensel (1822): 112
Carta de despedida de Anton von Gonzenbach a Hölderlin, de 11 de abril de 1801: 112
Página manuscrita de Hyperion: 113
Christian Landauer y su familia, silueta anónima (s.f.): 113
Hiperión o el Eremita en Grecia, tomo primero, Tubinga, 1797: 114
Ilustración del Voyage pittoresque de la Grèce *del conde Choiseul-Gouffier*: 114
Pasaporte extendido el 28 de septiembre de 1802: 115
Hölderlin, silueta anónima (*ca*. 1797) y dedicatoria a Susette Gontard (1799): 115
Gotthold Friedrich Stäudlin, óleo de Philipp Friedrich Hetsch (s.f.): 115
Friedrich Matthisson en su cuarto, silueta de Luise Duttenhofer (s.f.): 116
Carta de Hölderlin a Schiller, de 30 de junio de 1798: 116
Carta de Hölderlin al editor Friedrich Wilmans, 28 de septiembre de 1803: 117
Las tragedias de Sófocles, traducidas por Friedrich Hölderlin, Fráncfort, 1804: 117
Casimir Ulrich Böhlendorff, silueta anónima (s.f.): 117
Tubinga desde la orilla izquierda del Neckar, acuarela de Johann Friedrich Partzschefeld (*ca*. 1790): 118
Plano de la casa en que vivió Hölderlin en sus últimos años, trazado a mediados del siglo XIX por J. Haller: 118
Hölderlin, dibujo a lápiz de Johann Georg Schreiner y Rudolf Lohbauer (1823): 119
Hölderlin, dibujo a lápiz de Louise Keller (1842): 119
Hölderlin, grabado a buril (1843), según el dibujo de Louise Keller: 120
Hölderlin, dibujo a tiza negra de Johann Georg Schreiner (1826): 120
Wilhelm Waiblinger, dibujo a tinta, anónimo (*ca*. 1838): 121
«El verano» (Der Sommer), manuscrito de un poema de julio de 1842: 121
Poemas de Friedrich Hölderlin, Tubinga, 1826: 122
Carta de la madre, de 29 de octubre de 1805: 122
Inventario de los bienes dejados a su muerte por la madre del poeta, fechado el 3 de marzo de 1828: 123
Hölderlin, bajorrelieve en cera, por Wilhelm Paul Neubert (*ca*. 1840): 124

Giro postal hecho desde Nürtingen, por el curador administrativo (Amtspfleger) *de Hölderlin, a favor de Ernst Zimmer*, 10 de febrero de 1828: 124
Carta de Ernst Zimmer dirigida al curador administrativo de Hölderlin, de 16 de abril de 1828: 125
Bettina Brentano, dibujo a lápiz de Ludwig Emil Grimm (1809): 126
Cuatro portadas: 127, 128
Escudo familiar de Hölderlin: 128
Elisabetha Juliana Haselmeyer (1710-1765) y *Jakob Friedrich Hölderlin* (1703-1762), miniaturas al óleo sobre marfil: 225
Hölderlin, dibujo a lápiz, anónimo (1786): 225
Johanna Christiana Heyn (1748-1828), óleo anónimo (1767): 226
Heinrich Friedrich Hölderlin (1736-1772), óleo anónimo (1767): 227
Casa familiar de Hölderlin en Lauffen: 228
Placa en la casa familiar de Lauffen: 228
Entrada al convento y granja de Santa Regiswindis: 229
Iglesia conventual de Lauffen: 229
La *Regiswindiskirche*: 230
Hölderlin, bajorrelieve en bronce de Wilhelm Pelargus (1873): 230
Monumento a Hölderlin en Lauffen, erigido en 1923: 231
Casa del administrador del Convento (Klosteramtshaus), acuarela de principios del siglo XX: 231
La parroquia de San Laurentius, construida entre 1506 y 1509: 232
Casa familiar de Hölderlin en Nürtingen: 232
Placa en la casa familiar de Nürtingen: 233
La escuela latina de Nürtingen: 233
Placa en la escuela latina de Nürtingen: 234
La escuela conventual de Denkendorf: 234
El monasterio de Maulbronn: 235
Muralla del monasterio de Maulbronn: 235
Construcciones en el recinto del monasterio: 236
La residencia de los seminaristas, vista desde el atrio: 236
La residencia de los seminaristas: 236
El Puente Nuevo de Heidelberg: 237
Ventanas del Seminario de Tubinga: 237
Fachada trasera del Seminario de Tubinga: 238
Tejados del pueblo de Wurmling y, en lo alto, la Sankt-Remigius-Kapelle: 238
Silueta y versos de Hölderlin en el álbum de Hiller (1788): 239
Wurmlinger Kapelle: 239
Patio interior del Seminario: 240
Friedrich Hölderlin, bajorrelieve en la galería del Seminario: 240
Friedrich Wilhelm Schelling, bajorrelieve en la galería del Seminario: 240
La Altane *o galería del Seminario*: 241
Georg Wilhelm Friedrich Hegel, bajorrelieve en la galería del Seminario: 241
Fuente del patio exterior del Seminario: 242
Friedrich Schiller, escultura en bronce de Bertel Thorvaldsen (1839), Stuttgart: 242
Hölderlin, retrato al pastel de Franz Karl Hiemer (1792): 243
Casa de Fichte en Jena: 244
Castillo de Wörlitz, construido entre 1769 y 1773: 244
Casa de Schiller en Jena: 245
Wilhelm Heinse, óleo de Johann Friedrich Eich (s.f.): 245
Fridericianum, en Kassel: 246
Jardines de Bad Driburg: 246
Casa de Hölderlin en la Dorotheenstraße, 34, de Homburg: 247

Placa en la casa de Hölderlin, en Homburg: 247
Isaac von Sinclair, óleo anónimo (1808): 248
Biblioteca del Castillo: 248
Castillo del duque de Hessen-Homburg: 249
Entrada del Castillo: 249
Casa de Isaac von Sinclair en Homburg: 250
Placa en la casa de Sinclair: 250
Monumento a Hölderlin en el Parque del Balneario (Kurpark): 251
Dedicatoria del monumento a Hölderlin: 251
Hölderlin, bajorrelieve en mármol, por A. May (1882): 252
Versos del poema «La patria» (Die Heimat) *grabados en el monumento*: 252
Frases de la novela Hyperion *grabadas en el monumento*: 252
Ratisbona. Puente romano sobre el Danubio: 253
Johann Heinrich Ferdinand von Autenrieth, bajorrelieve en bronce de su lápida sepulcral: 253
Fachada de casas de la orilla izquierda del Neckar, desde el Eberhardsbrücke: 254
La Torre de Hölderlin (Hölderlinturm) *desde el extremo de la isla del Neckar* (Neckarinsel): 254
Casa de la familia Zimmer en el Neckar, acuarela anónima (primera mitad del siglo XIX): 255
Hölderlin, busto en bronce, al pie de la torre: 255
La Torre de Hölderlin: 256
Planta baja de la Torre de Hölderlin: 256
Paseo a la orilla del río: 257
Ventana de la habitación de Hölderlin. Vista exterior e interior: 257
Muro a lo largo del río, y al fondo, la casa en que vivió Hölderlin: 258
Ludwig Uhland, escultura en bronce por Wilhelm Pelargus y Gustav Adolph Kietz (1872): 258
Monumento a Hölderlin, escultura en mármol de E. Andresen (1872): 259
Monumento a Hölderlin (detalle): 259
Dedicatoria del monumento, por Robert Hamerling: 259
Tumba de Hölderlin en el Alter Friedhof *de Tubinga*: 260
Tumba de Hölderlin, detalle: 260
Versos del poema «El destino» (Der Schicksal) *en la tumba de Hölderlin*: 260